

MIKAEL

"¿QUIÉN COMO DIOS?"



NUESTROS AMIGOS LOS SANTOS

Mons. Adolfo Tortolo

LOS MÁRTIRES DEL SIGLO XX

Card. Joseph Höffner

NEUROSIS DE FRUSTRACIÓN Y VIDA ESPIRITUAL

Abelardo Pithod

MODERNOS ATAQUES CONTRA LA FAMILIA

Carlos M. Buela

MARÍA DEL ADVIENTO Y MARÍA DE LA NAVIDAD

Héctor Muñoz O. P.

15

REVISTA DEL SEMINARIO DE PARANA

MIKAEL

Director: Pbro. Lic. Silvestre C. Paul.
Rector del Seminario Arquidiocesano.

Consejo de Redacción: Excia. Revma. Mons. Dr. José María Mestres, Pbro. Emilio Senger, R. P. Lect. y Lic. Fr. Marcos R. González O. P., Pbro. Lic. Alberto Ignacio Ezcurra, Pbro. Dr. Luis Melchiori, R. P. Dr. Alfredo Sáenz S. J., Pbro. Juan Alberto Puiggari, Pbro. Hernán H. Quijano Guesalaga.

Secretaría de Redacción: A cargo de un grupo de seminaristas de los cursos de Teología y Filosofía.

- En los artículos y documentos de nuestro Arzobispo así como también en los editoriales, queda expresada la posición oficial de MIKAEL.
- Los artículos que lleven firma no comprometen necesariamente el pensamiento de la Revista y son de responsabilidad de quien firma.
- No se devuelven los originales no publicados.

PARANA (Provincia de Entre Ríos)

REPUBLICA ARGENTINA

MIKAEL

Revista del
Seminario de Paraná

SECCION

UBICACION

N° 824

BIBLIOTECA

Año 5 — Nº 15

Tercer cuatrimestre de 1977

Registro de Propiedad Intelectual Nº 1.353.692

INDICE

Editorial	3
Mons. Adolfo Tortolo <i>Nuestros amigos los Santos ...</i>	7
Abelardo Pithod <i>Neurosis de frustración y vida espiritual</i>	19
Giovanni Papini <i>La ventura de un desventurado</i>	28
Carlos M. Bucla <i>Modernos ataques contra la familia</i>	31
Card. Joseph Höffner <i>Los mártires del siglo XX ...</i>	65
Héctor Muñoz O.P. <i>María del Adviento y María de la Navidad</i>	73
Ordenaciones	80
Gustavo Daniel Corbi <i>Un auténtico maestro y gran filósofo tomista: Louis Jugnet</i>	81
Bibliografía	119
Indice general de los 5 años	158

Los dibujos de las páginas 18 y 72 pertenecen a Juan Antonio Ballester Peña y al P. Pablo Sáenz O. S. B. respectivamente.

EDITORIAL

Mientras redactamos estas líneas, se está desarrollando en Roma, uno de los acontecimientos más trascendentales para la vida de la Iglesia: el cuarto Sínodo General Ordinario de los Obispos, que tendrá como tema central "la Catequesis en nuestro tiempo, especialmente para los niños y los jóvenes".

No escapa a ninguno de nuestros lectores la importancia y trascendencia de este evento para el desarrollo de la futura acción eclesial, tratándose de la reflexión de una asamblea tan cualificada, como lo es la que está reunida en estos momentos en el corazón de la Cristiandad, junto al Padre y Pastor de la Iglesia, Paulo VI, no para enfrentarse con él en una supuesta e imaginaria "puja de poderes" sino para colaborar con él en la difícil misión de gobierno.

Nacido el Sínodo de la preocupación del Sumo Pontífice por contar con un organismo que, luego del Concilio Vaticano II, continuase ofreciendo al supremo ministerio apostólico la "más válida y responsable colaboración de nuestros queridos y venerables hermanos en el episcopado" (29-IX-1963), el Papa había manifestado su esperanza en alguna nueva forma de asociación del Episcopado, sobre todo "entre los prelados que dirigen una diócesis, con el Jefe Supremo de la Iglesia, en el estudio y en la responsabilidad del gobierno" (12-IX-1963). Esa colaboración la esperaba recibir personalmente con el aporte de los "criterios doctrinales y prácticos" con los que "nuestro ministerio apostólico, dotado por Cristo de la plenitud y con la potestad suficiente que vosotros conocéis, puede estar mejor asistido y confortado... Este trabajo, sucesivo al Concilio, será el que haga precisa la colaboración del Episcopado en formas nuevas y sugeridas por la índole y las necesidades del conjunto de la Iglesia" (4-XII-1963). No llamó entonces la atención que en los trabajos previos al último período conciliar, preanunciara el Sumo Pontífice la institución del Sínodo de los Obispos que "compuesto por prelados elegidos, en su mayor parte por las Conferencias Episcopales con nuestra aprobación, será convocado, según las necesidades de la Iglesia, por el Romano Pontífice para su consulta

y colaboración cuando le parezca oportuno en orden al bien general de la Iglesia. Esta colaboración del Episcopado producirá grandes beneficios a la Santa Sede y a toda la Iglesia y en particular podrá ser muy útil al trabajo cotidiano de la Curia Romana" (14-IX-1965). Al día siguiente, con la aparición del Motu Proprio "Apostolica sollicitudo", se constituía para toda la Iglesia el Sínodo de los Obispos, cuya primera asamblea general se realizó desde el 29 de Setiembre al 29 de Octubre de 1967, contando con la presencia de 197 participantes y con un muy amplio temario: revisión del Código de Derecho Canónico; aparición de diversos peligros para la fe cristiana; orientación de los Seminarios; reforma de la legislación para los matrimonios mixtos y lineamientos para la liturgia, de modo especial para el nuevo Ordo de la Santa Misa.

La segunda asamblea fue "extraordinaria" y se llevó a cabo entre el 11 y el 28 de Octubre de 1969, con la concurrencia de 146 Padres Sinodales y un tema central: la colegialidad episcopal, su naturaleza e implicancias, poniendo a la luz de las reflexiones sinodales las relaciones de los Obispos y Conferencias Episcopales de las diversas naciones con la Santa Sede y las de ellas entre sí.

La tercera asamblea fue la del segundo Sínodo General Ordinario y se realizó entre el 30 de Setiembre y el 6 de Noviembre de 1971 con la presencia de 210 participantes y la consideración de dos temas, por cierto amplios y complejos: el Sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo. Los documentos finales del Sínodo, fueron sometidos a la consideración del Papa quien aprobó su publicación, y en ellos se proclamó la vigencia del celibato sacerdotal en la Iglesia Latina y se subrayó el papel de la Iglesia en la promoción de la justicia como parte de su ministerio.

La cuarta asamblea fue la del tercer Sínodo General Ordinario con el tema de la Evangelización en el mundo contemporáneo, y la presencia de 209 miembros; se realizó entre el 27 de Setiembre y el 26 de Octubre de 1974. Resultado de las deliberaciones sinodales, que no pudieron ser resumidas en un documento único, fue la documentación que los Padres asambleístas entregaron al Santo Padre y la breve declaración sobre evangelización que dieron a publicidad. Sobre la base de dicha documentación Su Santidad Paulo VI elaboró la Exhortación Apostólica "Evangelii nuntiandi", continuación y aplicación de la cual es el tema del Cuarto Sínodo General Ordinario, quinta asamblea sinodal, reunido ahora en Roma desde el 30 de Setiembre al 29 de Octubre.

Realizada la reforma litúrgica, puesto en marcha el trabajo de las distintas Comisiones para la revisión del Código de Derecho Ca-

nónico y "puestos al día los programas de acción pastoral, la Iglesia, en estos momentos, ha empezado a centrar más su atención en lo que constituye su deber principal, a saber, predicar el Evangelio y transmitir la fe: la evangelización y catequesis, según manifiestan claramente los temas tanto del anterior como del ya inminente Sínodo de los Obispos... En el proceso de renovación postconciliar, constituye uno de los elementos principales el anuncio de la fe valiente e íntegro, adaptado ciertamente a nuestros días. "A tiempo y a destiempo" (2 Tim 4,2) hay que proclamar también en la sociedad actual, en la que rige el pluralismo, toda la palabra de Dios, y hay que repetir y recordar su santa voluntad y ley como suprema y válida regla moral de la actividad humana... Pues cuanto más hoy en los Estados y en las sociedades se ponen en duda los principios morales de primer orden y las normas de actuación honesta, con tanta mayor fuerza y vehemencia hay que anunciar a los fieles, a la faz de todo el mundo, el Evangelio íntegro de Jesucristo, y hay que formarlos e instruirlos para ser cristianos maduros, que, llevados por su íntima persuasión, profesen la fe en Cristo y conformen asimismo la vida a la misma fe en las escuelas, y aún más en las familias" (Paulo VI, 13-IX-1977, a los Obispos de Austria en su visita "Ad limina").

Vemos en estas palabras del Santo Padre su preocupación por llevar adelante la tarea de evangelización proyectada en la anterior Exhortación Apostólica "Evangelii nuntiandi" y de concretarla al campo de la catequesis dirigida especialmente a los niños y a los jóvenes. La razón es porque en ellos se comienza a plasmar el hombre de nuestro tiempo y si queremos tiempos nuevos, tiempos mejores, debemos comenzar por formar hombres mejores. Como nos recuerda San Agustín, si los tiempos son malos es porque los hombres son malos. Y el único hombre que puede dar respuesta acabada a las nuevas exigencias —quizás viejas, pero hoy exacerbadas por una propaganda interesada y dirigida a sacar provecho particular de la misma— de "los pueblos empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambre, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y, especialmente, en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc..." (Evang. Nunt. n. 30) es el auténtico cristiano, formado sobre la fe en Cristo, Dios y hombre verdadero, única piedra angular del edificio de la humanidad y único que puede realizar esa "liberación que la evangelización anuncia y se esfuerza por poner en práctica... y que debe abarcar al hombre entero, en todas sus dimensiones, incluida su apertura al Absoluto que es Dios" (Ibid. n. 33). De ahí que la catequesis, de modo especial la del hombre en su período de formación, se con-

vierta en medio privilegiado de esa evangelización que debe llegar a toda la humanidad de este siglo, al hombre contemporáneo, y que debe comenzar ahí, en donde se plasma el hombre cristiano: Iglesia, familia, escuela, "tratando de fijar siempre en la memoria, la inteligencia y el corazón las verdades esenciales que deberán impregnar la vida entera. La inteligencia, sobre todo tratándose de niños y adolescentes, necesita aprender mediante una enseñanza religiosa sistemática, los datos fundamentales, el contenido vivo de la verdad que Dios ha querido transmitirnos y que la Iglesia ha querido expresar de manera cada vez más perfecta a lo largo de la historia. A nadie se le ocurrirá poner en duda que esta enseñanza se ha de impartir con el objeto de educar costumbres, no de estacionarse en un plano meramente intelectual" (Ibid. n. 44).

Para formar ese hombre cristiano la catequesis deberá comenzar por hacer conocer el mensaje, el contenido de la Palabra revelada, plasmar, desde dentro con la práctica de la oración y de los sacramentos al "hombre nuevo", el de San Pablo, no el de cierta "educación liberadora", y hacer que éste refleje en su vida cotidiana, en sus hábitos y costumbres, la fe recibida. Evidentemente que en esto desempeña un papel preponderante la fidelidad al depósito recibido en la Revelación, que debe ser transmitido mediante la catequesis. Importa entregar la imagen de la persona de Cristo, sin mutilar su realidad teándrica, constante tentación de las diversas herejías que se dieron a lo largo de la historia. Fidelidad a la Palabra divina, como se nos ha dado a conocer en la Revelación e interpretada y transmitida en el correr de los siglos mediante el Magisterio de la Iglesia, única depositaria de la Verdad revelada. Fidelidad, en una palabra, a la Tradición. Sólo de esta manera, conociendo a Cristo y su mensaje con todas sus implicancias teológicas y morales, estarán los jóvenes preparados para asumir las responsabilidades derivadas de su condición de hombres, de ciudadanos y de cristianos, y siguiéndole a El, encontrar de ese modo el solo camino para una verdadera liberación de la humanidad en el único Camino, Verdad y Vida, Cristo Nuestro Señor.

P. SILVESTRE C. PAUL
Rector del Seminario
Director de MIKAEL

NUESTROS AMIGOS LOS SANTOS

¿Se puede hablar de amistad con los Santos? Ellos están en el cielo, absortos en la visión facial de Dios. No hay asimismo conductos sensibles para mantener y cultivar con ellos el intercambio que la amistad exige.

Sin embargo, la respuesta a esta pregunta es absolutamente afirmativa. El ejemplo y la respuesta nos vienen del mismo Dios. Él es Espíritu purísimo, infinitamente feliz en su propio ser, cuya gloria consiste en invitarnos a corresponder a su Amor llamándonos amigos suyos.

Los Teólogos, siguiendo a Santo Tomás, nos dicen que el Amor con que Dios ama al hombre es amor de amistad, y amor de amistad también el amor con que quiere ser amado.

Un artículo de nuestra Fe afirma con un gozo que parece brotar de las mismas palabras: "Creo en la comunión de los Santos".

I. EL AMOR DE AMISTAD

¿En qué consiste la amistad? Varias veces Santo Tomás, hablando de la caridad infusa, define así la amistad: "Es amor de mutua benevolencia fundado en alguna comunicación" (I-II, 65).

El amor de mutua benevolencia consiste en ese recíproco amor por el cual el amigo quiere el bien del amigo. Si le es posible lo causa. Más aún, el amigo quiere ser él mismo bien del otro.

Nuestro Amigo es Dios y nosotros somos sus amigos si queremos serlo. Dios, que comenzó a amarnos "ab aeterno", nos comunica todos sus bienes, el mayor de los cuales es el don de Sí mismo, el don de toda la Trinidad.

Pero entre Dios y nosotros hay un desnivel abismal. Por eso Dios viene en nuestra ayuda y nos pide solamente "la igualdad de proporción" (S. Tomás) que podría enunciarse de este modo: al Don total de Dios el don total del hombre. Así queda sellada la amistad entre Dios y nosotros.

La benevolencia es el bien querer y el bien querer de Dios produce siempre su efecto. Dios colma con el Don de Sí mismo todo lo que exige la amistad. Su Amor es amor de amistad porque es amor, porque quiere

ser recíproco y mutuo, porque es benevolente, porque ese amor vive en perenne comunión interpersonal, incluido el hombre.

Nos place repetirlo: Dios nos ama con amor de amistad y con amor de amistad quiere ser amado. El ciclo de la caridad infusa quedaría incompleto si no llegara al amor de amistad que es su plenitud.

La caridad infusa es el origen y la fuente de la alteridad exigida por la amistad.

Como el germen tiende al árbol, como la flor tiende al fruto, la caridad infusa tiende a la amistad con Dios. Esta amistad es su objetivo, su término.

El mismo amor trinitario consiste en la comunión interpersonal de la Vida divina y esta comunión es su propio Bien esencial.

La Vida divina es Amor, y este Amor es circular: de la Trinidad al hombre, del hombre a la Trinidad. La Vida de Dios es sin duda el Bien sobre todo bien, el Bien supremo y absoluto. Bien que Dios no exclusiviza guardándose tan sólo para Sí.

La Vida divina comunicada al hombre, porque es amor, termina en amistad del hombre con Dios. El nos la da con sobreabundancia para que, haciéndola propia, nuestro corazón retorne como nivelado al Corazón de Dios.

Dios quiere ser la pasión del hombre para bien del hombre, y en orden a ello asedia constantemente el corazón humano hasta lograr que desde el abismo de su ser brote "el amor de absoluta entrega" (Pío XII), absoluta entrega que por sí misma sella todo el misterio y todo el contenido de la amistad con Dios.

El amor de benevolencia se funda en alguna comunicación. Santo Tomás insiste en este elemento considerándolo como esencial para la vida de amistad. Esta comunicación, cuando funda el amor de caridad, puede ser simpatía sobrenatural, o afinidad de Persona a persona. Puede ser paz, gozo, luz, gracia. Puede ser —y lo es—, ese caudal infinito de bienes celestiales que de algún modo la bondad de Dios anticipa en el destierro.

El bien querer de Dios consiste en dárseos a Sí mismo y en darnos nosotros a Él. Es la ley de la entrega y es también la ley del retorno porque nuestro don a Dios es obra de Él. De por sí la entrega es irretractable.

Este bien querer nos lleva a exigirnos lo más y lo mejor de nosotros mismos. Lo más y lo mejor de nosotros mismos es nuestro propio yo, regenerado por la gracia. De parte de Dios su bien querer es su darse.

Desde este ángulo entendemos mejor aquellas fórmulas de la Filosofía griega incorporadas a su patrimonio por la Teología Católica. Más que fórmulas son principios insertos en la misma naturaleza del hombre.

Señalemos algunas de ellas: "Mi amigo es mi otro yo. Es propio de la amistad querer lo mismo y rechazar lo mismo. Buscar el bien del otro y producirlo es propio también de la amistad, como lo es asimismo el decir: lo tuyo es mío, lo mío es tuyo".

Estas son leyes a las que el mismo Dios se ha sometido en su divina condescendencia al invitarnos a vivir con Él una vida de amistad, amistad divina, por cierto, pese a nuestro barro.

Esta también es la amistad con que los Santos aman a Dios, se aman entre ellos mismos, y nos aman a nosotros. Esta amistad también debe ser la nuestra con Dios, con los Santos y con nuestros hermanos en ruta hacia la Patria.

II. LA COMUNICACIÓN DE LOS SECRETOS

Quisiéramos detenernos en el análisis de un cuadro y su contexto lleno de luz que pertenece al evangelista San Juan.

El capítulo XV de su evangelio nos trae las maravillosas palabras del Señor sobre la amistad, amistad que Él vivió con incomparable grandeza de alma: "Nadie puede tener amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo más siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer".

Jesús subraya lo que da y comunica a sus amigos los Apóstoles: su verdad, su gozo, su paz, sus secretos, sus confidencias con el Padre. Si sus amigos lo son de veras cumplirán el mandamiento nuevo del amor y Él compartirá con ellos la plenitud de los bienes celestiales anticipados ahora. Se dará un vivo y generoso intercambio.

¡Como conmueven las palabras de Cristo alentándonos a dar la vida por los amigos! La amistad está sobre la vida.

¿Y qué quiere decirnos el Señor al comunicarnos sus secretos? El Padre es su Bien total; todo lo tiene de Él. El Padre vive en una luz inaccesible. En Él está todo el pasado, el presente y el futuro. Estamos en Él todos los hombres, cada uno con la gracia singular con que lo marcara Dios.

En todos los hombres los secretos son parte de su vida. En el corazón de cada hombre hay una zona reservada para sí mismo. "Mi secreto es para mí" es una afirmación bíblica que hace al caso. Liberar estas zonas infranqueables, liberarlas para otro, parecería una

traición a sí mismo, la destrucción de un extraordinario baluarte personal.

Sólo un hombre superior y noble es capaz de poseer secretos y no comunicarlos, a no ser cuando un amigo se pone a su lado. Pero entonces el secreto no es arrancado con violencia.

Como "mi amigo es mi otro yo" puedo con él compartir mi secreto. Compartir un secreto es confiarse a sí mismo. Es levantar el velo de una interioridad sagrada para coposeer con otro; es "plus" de alma, de vida y de persona.

Los secretos están confiados a nuestra intimidad y por lo tanto confiados a nuestra autodefensa. Por eso comunicar un secreto es un acto de extraordinaria confianza y no menos extraordinaria intimidad. Cristo viene desde donde habita el Padre. De labios de su Padre escuchó las "palabras arcanas" que profiere Dios para aquellos a quienes llama en su infinita misericordia y los hace depositarios de sus secretos. Cristo, confiando los secretos del Padre a los Apóstoles, enalteció a éstos de una manera no mensurable.

Los secretos de Cristo son más que sagrados. Hasta el momento de la Última Cena el Señor había vivido una vida misteriosa en medio de los hombres, envuelto en una especie de pudor sagrado. Su corazón había sido sin duda el centro y el entrecruce de un mundo extraordinario y ya irrepetible: el Hijo de Dios hecho hombre, viviendo en medio de los hombres pero siempre dueño de Sí mismo, controlando sus sentimientos, libre en su Señorío espiritual, Cuerpo y Alma colmados de Dios.

Una distancia no franqueable se interponía entre Jesús y los Doce; más aún, entre Jesús y su Madre. Pero llegó la hora de las despedidas, la noche del Testamento, la más solemne noche de la historia humana. Y, como rompiendo un mundo interior, el Corazón de Jesús salió fuera de Sí mismo para confiar a sus hijos los misterios de Dios.

De un modo categórico afirma —más allá de toda sacudida emocional—: "Os he comunicado todo lo que oí de mi Padre". Tanto el texto latino como el griego hablan de "todo" —"omnia", "panta"—, sin exclusión de tema alguno.

El cuadro evangélico que hemos comentado y su contexto lleno de luz iluminan como pocos las exigencias propias de la amistad, las grandes riquezas que transfiere, o mejor dicho, comunica al hombre. Las leyes de la amistad fueron cumplidas por Cristo de un modo inimaginable. Así se es amigo.

Esta introducción, evidentemente larga, era inevitable si queremos subrayar dos cosas: a) la amistad brota de la caridad sobrena-

tural como una exigencia esencial y b) la amistad vivida al estilo de Dios colma de felicidad al hombre. Vale la pena desprenderse de todo para poseer en su perenne fluir el don de la amistad.

III. LA AFINIDAD CON LOS SANTOS

¿Cómo conocer a un Santo? Ya que a los Santos —como a los hombres— sólo se los conoce desde dentro.

La base inicial es el conocimiento histórico. Los datos de la Teología y la familiaridad con el mundo sobrenatural nos ayudan a aproximarnos a ese misterio que es cada Santo.

Nace así una simpatía universal y sobrenatural a la que sigue una intensa afinidad. Espontáneamente la simpatía y la afinidad nos acercan al Santo y casi siempre provocan en nosotros un afán de imitación.

La Teología incorporó este pensamiento de los romanos: "La amistad consiste en querer y no querer lo mismo que el amigo". Por eso la amistad o es entre iguales o iguala.

De este modo el Santo viene al hombre, viene a nosotros, y se hace cognoscible. Nos entrega su vida como se entrega un libro para ser leído por dentro.

La pluralidad de vidas de Santos tiene la virtud —entre otras— de familiarizarnos con estas obras maestras de Dios y de permitirnos ir descifrando poco a poco el misterio personal de cada uno de ellos, su peculiaridad, su distinción específica, su identidad y el rasgo más personalizante. Nos muestra, asimismo, qué iguales y qué distintos son los Santos.

Los Santos parecen repetirnos las palabras del Apóstol: "Imitadme a mí, como yo lo imito a Cristo".

No se trata de una imitación servil e inflexible sino de poner nuestra conducta y nuestra vida a la luz de sus ejemplos. Más allá de la materialidad de los actos que jalonan la vida de los Santos, de sus programas personales, de sus hechos más sonados, hay una línea, un impulso a vivir en nuestro propio molde la ejemplaridad de esas vidas.

En toda la literatura eclesiástica el ejemplo tiene una ponderabilidad excepcional. Se logra conocer al Santo porque en cierto modo se lo vive.

IV. LA DEVOCIÓN A LOS SANTOS

¿Pero cómo cultivar esta amistad? Se cultiva y crece al ritmo de la caridad. El principio de este crecimiento está dado en una pa-

labra familiar y corriente en el vocabulario del Pueblo de Dios. Es la palabra "devoción".

Es claro que hay que rescatar esta palabra del uso vulgar que de ella se ha hecho. Pero aun entonces quienes hablan de devoción quieren expresar un vínculo sagrado, eminentemente religioso, con el Santo a quien se admira o venera y cuyo favor se suplica.

El mismo Santo Tomás de Aquino reconocería rasgos comunes entre la devoción del pueblo y lo que él formula en su Teología sobre la devoción.

En el mundo de la santidad — aun en sus fronteras — tener devoción a un Santo es comenzar una bellísima historia de mutua amistad.

La devoción es el primer vínculo existencial. Un mejor conocimiento de su amor que desborda sabiduría, ahonda el conocimiento del interior del Santo, conocimiento que a su vez revierte sobre el amor.

¿Podemos tener preferencia por un Santo o por tales Santos? Sin duda que sí. Las tiene Dios. Santo Tomás de Aquino reafirma esta verdad contenida en el principio de predilección, tan frecuente en él: "Nadie sería mejor si no fuera más amado".

Dios tiene su predilecciones, las tiene Jesús, las tiene su Madre bendita. Podemos tenerlas nosotros.

V. EL SANTO PROTECTOR

¿Qué vínculo se da entre el Santo de nuestro nombre y nosotros? La Iglesia ha promovido, y sigue promoviendo con amor, la veneración y la devoción a los Santos. El Vaticano II explicita con claridad el culto de los mismos.

Quiere la Iglesia que sus hijos se animen a imitar a los Santos y se confíen a su valiosa intercesión. No desconoce la necesidad psicológica que experimenta el hombre de fijar al menos parte de su mundo personal, en imágenes y en figuras. Por eso ha defendido y sigue defendiendo el culto que los hombres debemos tributar a los Santos.

Más aún: la Iglesia reconoce y alienta el vínculo personal que surge de la decisión de los padres al darles a sus hijos el nombre de un determinado Santo. Decisión de los padres que ratifica la Iglesia en el Bautismo.

De este modo y desde ese instante del Bautismo, entre el Santo "de nuestro nombre" y el recién bautizado se establece un vínculo

personal y directo de orden sobrenatural. El Santo asume la protección del niño — al modo del Arcángel Rafael con Tobías — y el niño, por sus padres primero, por sí mismo después, acepta a ese Santo como protector, se adhiere a él como amigo, y se promete imitarlo. El Santo de su nombre volcará en el alma del niño esos preciosos bienes de los que habla San Pedro en su primera Carta.

Así irá surgiendo, poco a poco, entre el alma del niño y el Santo de su nombre, una corriente de simpatía y afinidad espiritual. No nos extrañe entonces si el día del Santo protector pasa a ser juntamente el día del protegido.

Añadamos algo más. La fe de la Iglesia y su praxis mutuamente se estimulan e incluso se identifican. En los siglos de Cristiandad las ciudades, los pueblos, las corporaciones tenían su Santo protector, su especial patrono.

Para la conciencia de entonces el Santo Patrono era el primer habitante de la Ciudad, el dispensador de todos los bienes en nombre de Dios. Un vínculo muy hondo y afectuosamente cálido existía siempre entre el Santo y la Ciudad. La celebración de su Fiesta era casi la fiesta principal del año. Aun hoy, en nuestras provincias, la Fiesta del Patrono o titular de la Parroquia es, por antonomasia, la fiesta de todo el pueblo.

Dentro de este esquema parécenos tener lugar propio los Santos Pastores así como los Santos Fundadores que en nombre de Dios gobernaron, santificaron a su grey, o dieron forma a un nuevo estilo de vida consagrada. El vínculo de la tierra, de un modo u otro, continúa en la gloria. Un dominico no será extraño a Santo Domingo de Guzmán y viceversa. La visión integral de la Iglesia triunfante, su postulación adorando al Cordero, no debilitará el eslabón que une a los dos; todo lo contrario.

VI. LA CONVERSACIÓN CON LOS SANTOS

¿Podemos conversar con los Santos? "Es propio de la amistad conversar con el amigo" enseña Santo Tomás. La conversación con Dios es obra singular del Espíritu Santo a través de la oración y de la contemplación. Pero la conversación con Dios nos lleva a la conversación con los hijos de Dios ya glorificados. Sin duda aludía a ello el Apóstol San Pablo al pedirnos que nuestra conversación fuera del Cielo.

Hay que aprender a hablar con los Santos. Esta conversación humilde pero confiada, cándida y amorosa, nos introduce en el Cielo y nos ayuda a balbucir lo que un día no lejano escucharemos en el lenguaje celestial.

"La caridad no crece de golpe, crece con el frecuente trato", escribe Santo Tomás. El frecuente trato nos introduce en el interior de Cristo. También nos introduce en el interior de los Santos. Al crecer la caridad, descubriéndolo a Dios en Sí mismo y amándolo con pasión digna de Él, se intensifica nuestra amistad espiritual.

¿Desean los Santos ser nuestros amigos? Lo desean ardorosamente porque ellos aman a Dios y Dios se glorifica en la amistad, que es el más elevado de sus dones.

Aquí en la tierra los hermanos ricos suelen esquivar a los hermanos pobres. En el Cielo los Santos —nuestros hermanos ricos— no cesan de brindarnos, con su amistad, los bienes que poseen.

"Quien encuentra un amigo encuentra un tesoro". Si nosotros lo queremos, cada Santo será un amigo nuestro. Su trato nos educa, nos afina y nos contagia su nobleza espiritual, su magnanimidad, su extraordinaria belleza. El estilo de vida del Cielo se nos introduce en la tierra por obra de los Santos.

La hagiografía nos descubre la exquisitez de los Santos, no ya precisamente ahora, que se encuentran en el cielo, sino cuando vivieron aquí sobre la tierra.

Porque, a pesar de cualquier mimetismo, el rostro es espejo del alma y un alma llena de Dios no puede no reflejar la belleza y la dignidad de Dios. Por eso el rostro de los Santos tiene "ese algo de indefinible, ese mucho de Cielo" que transparentan los Santos todos.

VII. UNA PÁGINA DE LA LITURGIA

La "lex orandi" ha sintetizado en una plegaria de la Liturgia la densa realidad de nuestra amistad con los Santos. Nos referimos al primer prefacio propio de los Santos. Parece un poema escrito por el mismo Dios. Es una obra maestra. En dicho prefacio la Iglesia, esposa de Cristo, como en éxtasis habla a Dios de este modo:

"Señor: Tú eres glorificado en la asamblea de los Santos y al coronar sus méritos coronas tus propios dones. Tú nos das el ejemplo de su virtud, nos haces vivir en comunión con ellos, y nos aseguras la ayuda de su intercesión, para que animados con tantos testigos de la fe alcancemos el triunfo sobre el combate que se nos presenta y recibamos con ellos la corona incorruptible de la gloria".

Las palabras de este prefacio merecen una breve glosa y una larga meditación.

a) "Tú eres glorificado en la asamblea de los Santos". Cada Santo, canonizado o no, es habitante de la Jerusalén celestial y ocupa un

lugar en el Cielo. Los Santos son imagen viva de Cristo, cuya santidad estampó el Señor en ellos, viva, dinámica, singular e irrepetida.

Cada Santo ha vivido en la tierra el misterio de Cristo en forma absolutamente nueva y misteriosa, pese a la diafanidad y transparencia de las almas. Vestidos ahora con la vestidura nupcial, participan de las Bodas del Cordero, integran la maravillosa asamblea de los hijos de Dios.

Las visiones del Apocalipsis nos descubren en parte lo que es ya la Jerusalén de la Gloria. Si la Gloria del Padre es su Hijo, la Gloria del Hijo consiste en proyectar incesantemente hacia el Padre toda la Iglesia, así como también a todo el universo, para que el Padre sea todo en todos.

b) "Y al coronar sus méritos coronas tus propios dones". El mérito "ex iustitia" exige recompensa. Pero las obras por las que se ha merecido esa recompensa son fruto de la gracia de Dios a la que consintió la voluntad del redimido. Cada acción meritoria fue obra de Dios y Don de su Gracia.

La corona de justicia, que otorga el Justo Juez, está hecha de los dones de Dios y de la cooperación, pequeñísima por otra parte, del hombre.

c) "Tú nos das el ejemplo de sus vidas". Nueva y fecunda gracia son las vidas de los Santos. Tienen un irresistible poder para despertar las conciencias, para cambiar los corazones, llevándolos a una verdadera conversión. Pero al mismo tiempo los Santos —los gigantes de alma— estimulan a sus hermanos, los hombres, a realizar cosas grandes por Dios.

Bastarían los ejemplos de San Agustín y de San Ignacio de Loyola, convertido este último a Dios bajo el influjo de la vida de los Santos: "Lo que ellos, ¿por qué no yo?".

Durante largos siglos la Leyenda Aurea y el Santoral fueron Libros Sagrados, leídos con veneración y avidez, y hasta con exaltación mística.

Las vidas de Santos forjaron Santos, puntualizaron leyes y contextos ascéticos que, a través de los siglos, han servido de guías y aún hoy lo siguen sirviendo.

Es Dios quien triunfa en Agustín, en Francisco de Asís, en Teresa de Jesús. Es Cristo quien hace crecer a Pablo, a Luis Gonzaga, a Catalina de Siena, a Margarita María.

Es Cristo —y es Dios— quien triunfa sobre las inevitables luchas interiores.

d) "Nos haces vivir en comunión con ellos". Vivir en comunión con los Santos es algo de extraordinario valor para nosotros. La comunión es una simbiosis —y en este caso con los habitantes del Cielo— aun con aquellos Santos que nos son totalmente desconocidos.

La condición celestial de los Santos —substancias espirituales al modo de los Angeles— facilita una honda comunión con sus hermanos de la tierra.

La influencia que los Santos ejercen sobre nosotros nace de esta maravillosa comunión, y con ella crece hasta llegar a la Comunión de la Gloria.

e) "Nos aseguras la ayuda de su intercesión". Los Santos ven a Dios y en Él a todo el universo, gozan de la familiaridad divina y poseen "un arcano poder" sobre el Corazón de Dios.

Necesitamos de su ayuda y de su intercesión, como aquellos invitados a las bodas de Caná precisaron de la ayuda e intercesión de María Santísima.

Nuestros amigos del Cielo conocen nuestras miserias y saben que la Bondad infinita y la eterna Misericordia pueden volcarse sobre nuestras miserias y nuestras necesidades. Los Santos interceden por nosotros "con válido clamor", al modo de Cristo, y con frecuencia se adelantan a nuestros ruegos.

f) "Para que animados por tantos testigos de la Fe". La Fe los condujo al Cielo. En sus puertas, la Fe cedió el paso a la Caridad. Pero la Fe está allí no como actividad. Subsiste en sus efectos, como testimonio del infinito poder que le diera Dios.

Los Santos publican las grandes obras de Dios y nos revelan el secreto de sus vidas. Ellos nos aseguran que todo comenzó en la Fe, y que ésta nos acompaña en el largo camino de la vida, para terminar en la visión de Dios.

g) "Alcancemos el triunfo en el combate que se nos presenta y recibamos con ellos la corona incorruptible de la Gloria". La Biblia y la experiencia personal nos advierten que el vivir cristiano, es vivir un permanente combate. Pero somos de la estirpe de Dios. El Cuerpo y la Sangre de Cristo que comemos y bebemos nos comunican una fuerza casi omnipotente para combatir el tremendo combate de nuestra vida cristiana. Dios está a nuestro lado. Y Él nos certifica que somos invencibles si aceptamos su gracia y nos fortalecemos en su posesión.

Nos espera la corona incorruptible de la Gloria. ¡Cuántas almas han sido sostenidas en sus noches oscuras gracias a la esperanza de esta corona incorruptible!

CONCLUSIÓN

Al terminar y como coronamiento de lo escrito, quisiéramos volver los ojos hacia María Santísima a quien la Iglesia llama Reina de los Cielos y Reina de todos los Santos. Su condición de Reina hace de sus hijos Príncipes del Cielo.

Como Madre de Cristo y Madre de la Divina Gracia tuvo su parte en la santificación de cada Santo. Y la tuvo no sólo por sus súplicas al Dios de toda Santidad, sino también por la modelación que a imagen de Cristo realizó en cada Santo.

Como Madre de Cristo lo modeló en su realidad humana y recibió de Él la misión de transformar a los elegidos a semejanza del Primogénito Cristo Jesús.

Pero su misión no ha terminado. Ella sigue actuando desde su privilegiada visión de la gloria. Como espejo que es de la Santidad de Dios y de su Belleza infinita, proyecta sobre todos los Santos y sobre cada uno de ellos la luz, la santidad, la belleza que manan de Dios, y las revierte sobre sus hijos gloriosos.

En medio del mundo que nos toca vivir los Santos están todavía vigentes. Sólo los Santos conmueven al mundo y lo transforman. Hoy como nunca se hace necesario suplicar a Dios, unidos a María Santísima, "Señor, envíanos Santos!".

Le pedimos humildemente al Señor nos otorgue durante las horas del destierro la dulce y familiar amistad con los Santos.

† **ADOLFO TORTOLO**
Arzobispo de Paraná





NEUROSIS DE FRUSTRACION Y VIDA ESPIRITUAL

La psiquiatra holandesa Anne Terruwe ha intentado en un pequeño libro, cuya edición castellana lleva por título **Cristianismo sin congoja** (1), ofrecer algunas explicaciones psicológicas a ciertos síntomas de descomposición en el catolicismo de nuestros días.

No nos gustan las explicaciones psicológicas cuando se trata de fenómenos espirituales históricos complejos. Pero la insuficiencia de la psicología o de la sociología para entender la historia no nos redime de buscar también en ellas algunas causas de eso que llamamos movimientos del espíritu (para decirlo con una expresión de sabor hegeliano). Ya otra vez hemos caído en la tentación de apelar a las explicaciones psicológicas para entender la crisis de la conciencia cristiana de hoy (2), falta que nos valió una agria reprimenda que, por razones que se supondrán, no nos desalentó (3). Reconocemos que pusimos entonces un cierto entusiasmo demasiado juvenil en lo que creíamos descubrir. Los excesos en que, por su parte, pueda caer Anne Terruwe —más allá de sus innegables aciertos parciales— se deben en cambio, probablemente, a sus hábitos profesionales y a las influencias notorias del neocatolicismo progresista. Si a pesar de estos riesgos nosotros volvemos a reincidir, es porque nos sentimos estimulados por el ejemplo de una gran autoridad: Roland Dalbiez ha hecho hace poco, asimismo, un intento análogo, el de captar el fenómeno luterano a la luz de la psiquiatría, y R. Calderón Bouchet, filósofo de la historia que declara no tener afición por ese tipo de explicaciones, se

(1) Zalla (Vizcaya), Ed. Paulinas, 1971.

(2) *Jansenismo y progresismo en la conciencia cristiana actual*, Mendoza, Universidad Católica Argentina, 1967.

(3) Pbro. Jorge Mejía, *Criterio*, Buenos Aires, 1968.

hizo eco de ellas en estas mismas páginas, también con innegable autoridad (4).

Tomismo y dinámica de la personalidad

Anne Terruwe alude a un texto tomista con el que se podría tanto confirmar una verdad de sentido común cuanto fundar una sólida **teoría dinámica** de la personalidad. El Aquinate expresa con sencillez una intuición muy profunda sobre esa dinámica y sobre las relaciones entre las tendencias superiores e inferiores de la naturaleza humana. Conocemos por experiencia íntima y por ser el eterno tema de la antropología el problema del espíritu en su condición carnal. Tres haces de fuerzas tendenciales entretienen con sus interrelaciones nuestra vida; los antiguos los llamaron concupiscible, irascible y "appetitus rationalis". Deformado, el modelo se repite en el psicoanálisis con los nombres de Ello, Superego y Yo. Según la visión tomista corresponde al espíritu **asumir eminentemente** y poner a su servicio, sobrelevándolas, las fuerzas pasionales de nuestra naturaleza sensible. Pero si Santo Tomás emplea alrededor de 30 cuestiones de su Suma **teológica** en el tema de la sensibilidad no es precisamente para proponer reprimirla. El vio que reprimiéndola se atenta contra la **naturaleza humana**, y la psicología de hoy y la sabiduría de siempre han alertado sobre las conocidas reacciones de rebote que la carne opone al espíritu cuando éste por hacer el ángel termina haciendo la bestia. Puede ser, eso sí, una bestia lasciva o una bestia furiosa. Ambos efectos los halla ¡y a veces simultáneamente! la psicología actual cuando la persona no ha logrado dar unidad, por asunción eminente, a las fuerzas nada dóciles que la **con-mueven**.

Y vamos ya al texto. La autora remite a la Suma Teológica, III, q. 33 y ss., pero debe tratarse de la I, IIae (seguramente un error de imprenta). Tampoco hemos hallado la cita textual a que alude la Dra. Terruwe, pero se reconstruye bien mediante el contexto. Remitiéndose a ese lugar, la autora viene a decir (5), en síntesis, que en la sensación de los bienes **connaturales** el hombre recibe, juntamente con el **deleite** (delectatio), la **confirmación** de su propia naturaleza, es decir —añadamos— se encuentra a sí mismo, halla su **identidad** al penetrar el mundo de las cosas adquiriendo una **experiencia trascendental** de las mismas. Vamos por partes.

(4) MIKAEL, N. 11, nota sobre Roland Dalbiez, *L'Angoisse de Luther*, París, Tequi, 1974.

(5) Op. cit., p. 80.

1. Los bienes a los que tienden el concupiscible, el irascible y el apetito racional, son naturales al hombre y de ellos tiene como una anticipación por connaturalidad. Por eso diremos que, al hallarlos, se halla a sí mismo.

2. Logrado esto, el ser experimenta una profunda **delectatio** (6) que si se ve frustrada lo desordena seriamente, pudiendo producir, como ha mostrado la psiquiatría, graves perturbaciones de la personalidad. "¿Acaso la psicología moderna no atribuye a la frustración de estos deleites incluso las anomalías más profundas que conocemos a través de nuestras observaciones clínicas?", dice Anne Terruwe, y agrega: "Estas anomalías son tan profundas que a veces no es posible llegar hasta ellas por medio de la psicoterapia, y entonces los sujetos no pueden curarse" (7).

3. En tal dinámica el hombre halla la **confirmación** de sí mismo, a través del encuentro de su propia naturaleza y —añadamos— según la índole de cada cual. El término de los psicólogos es **confirmación**. Cuando un ser se ve rechazado por los demás, que son la primera fuente de confirmación connatural, se siente hondamente **extrañado**, y termina perdiéndose a sí mismo. Los niños que padecen de privación materna son un clásico y tristísimo ejemplo.

4. Ahora bien, para **identificarnos** de esa confirmación de la propia naturaleza, particularmente necesitamos hallarnos en el amor de los demás.

5. Así, enteros, podremos salir del **absoluto indiferenciado** (Freud, Piaget) en el que nacimos y, mediante el juego Yo-Mundo ser-nosotros, penetrar lo otro como otro, para lo que hay que ser-uno, es decir ser **trascendentalmente**. La pura inmanencia es el modo de ser del autismo esquizofrénico.

La psiquiatra Terruwe se pregunta si la ola de puritanismo (nosotros lo llamamos jansenismo) que habría envuelto la espiritualidad católica no ha contribuido a este su colapso actual. El ser frustrado en su naturaleza —reprimido, diría Freud— genera

(6) El artículo 1 de la cuestión 33 de la I, IIae habla de la "dilatación" que el ánimo experimenta con la delectación y el perfeccionamiento que ella produce de rebote en las potencias que la gozan. ¡Vaya escándalo que produciría esto a los críticos demasiado severos de la pedagogía del interés y la motivación! "El ánimo del hombre se agranda o dilata por la delectación" (I, IIae, q. 33, a. 1, Resp.) y "el deleite perfecciona la operación" (ibid., a. 4, Resp.).

(7) Op. cit., p. 81.

mecanismos de defensa (como la formación **reactiva**), y puede terminar anulándose. Por cierto, todo dependerá también de la fuerza del Yo de cada cual, pero he aquí que esa fuerza del Yo depende muy directamente a su vez, aunque no exclusivamente, de una buena relación originaria materno-infantil. Las rebeldías que por todos lados aparecen hoy y la precedente falta de amor y entrega, ¿no tendrán que ver entre sí?

La tesis de la Dra. Terruwe es que la frustración acarrea una y otra. A veces una tras otra. Una actitud represiva en vez de la asunción eminente de la sensibilidad sería la causa. En el juego entre concupiscible, irascible y voluntad, es ésta como facultad racional la que debe conducir un proceso de formación que ordena sin reprimir. Ordena el irascible al concupiscible y éste a lo racional, potenciándolos y sobrelevándolos. Si en vez de asunción hay represión del concupiscible por un irascible no conducido por la razón (**autonomía funcional** de las pasiones del temor, la angustia, la ira, la desesperación) (8), surge el fantasma de la frustración y la neurosis y, en ocasiones, parece que verdaderas psicosis (9).

Es, pues, una temible deformación desconfiar **en principio** respecto del deleite. Este está llamado a que, asumido, se transforme en gozo, gozo del ser unificado y proyectado hacia arriba. Sin deleite sensible se puede vivir mientras haya gozo espiritual, aunque normalmente, sobre todo en los comienzos de la infancia vital y de la infancia espiritual, vayan juntos, en interacciones complejas. El ser ha sido creado para el gozo increado y de él están llamados a participar por la resurrección gloriosa los propios sentidos, en el mayor misterio de **asunción eminente** que podamos imaginar.

El cristiano sabe cuál es la pedagogía de Dios en el "itinerarium mentis in Deum", y de ella puede inferir con todo derecho una antropología y una ética. Dios da a los comienzos de la vida espiritual —que se prolonga para muchos toda la vida— ciertos deleites en ocasiones muy intensos, deleites en los que participa la sensibilidad. Pero si una persona está psicológicamente impedi-

(8) Cf. en Allport, G. W., *Psicología de la personalidad*, Bs. As., Paidós, 1970, p. 207, donde desarrolla la importante teoría de la autonomía funcional de los motivos.

(9) Cf. Crem, T., *Una explicación tomista de la neurosis*, Laval Théologique et Philosophique, Vol. XXIV, N. 2, 1968, traducido y comentado por nosotros en Cuadernos de Psiquiatría, UNC, 1969. A. Terruwe remite, por su parte, a *De frustatie neurose*, Romen en ZN, Roermond, 1962 y *The neurosis in the light of rational psychology*, N. York, Kennedy, 1960.

da para gozar de ellos debido a esa **frustración profunda** de que hablamos, esa persona no podrá alcanzar **fervor**. Y sin él no hay esfuerzo fecundo y duradero. Dios da los consuelos sensibles —y después hasta los espirituales— pero también los quita, según una delicadísima psicología; en la medida en que se pueda vivir y crecer sin ellos, no porque ellos sean malos sino para capacitar a mejores dones, para preparar, en el amor desinteresado, al don de Sí mismo, al solo y puro gozo de Sí. No de otro modo actúa el hombre prudente consigo y con los demás: Quitamos deleite a la carne para hacerla apta al más perfecto gozo del espíritu, y esto tanto en la vida cultural como en la vida activa. Hay una satisfacción propia del irascible cuando se esfuerza por el bien arduo que es, por cierto, muy plenificante. Pero eso no es represión. Cuando ésta reemplaza aquel orden, la frustración psicológica trae el vaciamiento interior, la estrechez de corazón (contra lo que Santo Tomás observaba, que el deleite ensancha el ánimo) y de rebote esta presión provocará la reacción de irascibilidad, lo que la psiquiatra Terruwe llama neurosis de "energía", en una secuencia que suele presentar las siguientes fases: Indiferencia afectiva (¡cuántas personas religiosas sin calor humano ni divino!), depresión o angustia, complejos de culpa frente a la constante amenaza y al ansia cada vez mayor de un gozo permanente e inconscientemente prohibido, angustia disimulada por irascibilidad o "energía" y, en fin, el autismo en sus formas más severas.

Represión y violencia

Hay, pues, una vinculación entre represión y violencia. Desde la trivial e intrascendente experiencia de los novios con sus constantes reyertas, hasta la violencia explosiva y endémica del mundo de hoy. Aquéllas tienen que ver con la tensión que produce la detención del impulso amoroso, detención que, normalmente llevada, es la condición para un amor más profundo. Pero la violencia juvenil actual merece una reflexión a la luz de las consideraciones anteriores. No han visto mal Marcuse y compañía cuando dicen que, pese a todos los desenfrenos sensuales del mundo de hoy, éste es un mundo represivo. Lo que no perciben es cuál es la índole de la represión. Una cultura hedonista es siempre represiva, porque el placer que se propone, idealiza y estimula es inalcanzable, es decir, es negado al mismo tiempo y en relación directa a la fuerza con que se lo impone. La civilización actual nos **impone** gozar y esto es imposible en el nivel puramente hedónico y sensual en que lo impone. Pero no sólo esto; esta civilización es castradoramente represiva porque reprime ni más ni menos que las tendencias más hondas del ser humano, sus tendencias espiri-

tuales y trascendentales. Tan grave mutilación ha sido señalada por Baruk (10) como causa de graves psicosis. Este es el drama de nuestros jóvenes: odian inconscientemente lo que buscan sin esperanza de obtener. Los jóvenes de París de 1968 quemaban los mismos autos super sports que sus burgueses papás les regalaban para gozar de la vida.

Los jóvenes iracundos son seres frustrados, frustrados por una civilización sin verdadero amor y sin verdadera poesía. Todavía se oyen voces preguntando estúpidamente: “¿Frustrados de qué, estos mimados?” ¿De qué? ¿Es acaso poca frustración la de un mundo sin amor, agresivamente egoísta, de un mundo sin fervor, de un mundo totalitario del trabajo, estabulado en el vacío interior y la inmanencia, en la soledad al infinito de la ciudad sin diálogo ni convivencia, de un mundo sin lo único necesario? ¿Admira que esto lleve al **odio de ser**, del Ser? Los jóvenes violentos no aguantan este mundo porque no se aguantan a sí mismos hechos a su imagen y semejanza, sin haber perdido la otra imagen y semejanza que no se puede reprimir. ¿Puede haber acaso mejor preparación para morir matando? Sólo se le parece en eficacia destructiva la de los que les prometen rescatarlos de ese infierno mediante la revolución.

La ascensión eminente

¿Cómo rescatar esta furia para el bien? Comenzando por no provocarla. Por eso ocupémonos más bien de renovar la pedagogía cristiana. La ordenación interior que nos propone tiene el carácter de una ascensión sin represión. Veamos su “mecánica”. En primer lugar reiteremos contra viento y marea que no se produce sin **ascesis**, es decir sin una cierta violencia, como dice el Evangelio respecto de la conquista del Reino. El problema psicológico está en el cómo.

Sabemos por experiencia corriente que el esfuerzo y el dolor no traumatizan si el entusiasmo dilata el ánimo. Esta es la función del irascible, infundir pasión en la conquista del bien arduo. Cuando el deleite está ausente y no puede ensanchar el corazón es necesario que otra fuerza lo reemplace en la conquista del bien apetecido. La primera condición es que ese bien arduo se viva como un bien; debe ser vivencialmente “expectado” como terminalmente gratificante. En efecto, el irascible se ordena al concupiscible y no a la inversa. El espíritu puede hacer violencia a la naturaleza sin frustración cuando lo que se espera es vivido como

(10) *Las terapéuticas psiquiátricas*, Buenos Aires, Paidós, 1961, p. 86 y ss.

un bien. Por cierto que la sensibilidad sólo participa **per accidens** de esa vivencia no sensible **per se**; el bien arduo (y todo bien espiritual es arduo para la sensibilidad) sólo será **sentido** como bien por los sentidos por su **participación** en la vida de la razón, la participación que ésta concede a la sensibilidad por asunción eminente. Cuando es sólo el temor, un temor sin contenido valorativo, una norma autoritaria vacía, el irascible actuará sobre el concupiscible irracionalmente y la experiencia se vivirá como frustrante. A la corta o a la larga el juego ascético debe tomar sentido, un sentido vivencial aun para la sensibilidad; un sentido **entusiasmante**. Debe mover también a través de la pasión el ansia del bien profundo del ser. Debe estimular su autoestima (lo primero es el amor de sí), ser **confirmado** por el amor, en fin, si es posible, arrebatado por la entrega a lo valioso.

El hedonismo es corto de vista, pero el puritanismo también. Veamos un hecho de la vida que ha llevado a extrañas especulaciones: el “nacerás con dolor”. Llamado trauma del nacimiento por el hedonismo psicoanalítico, no debe verse como tal. En el parto —Jesús lo describe admirablemente en su aspecto psicológico (cf. Jn. 16,21)— de lo que se trata es de un ser que pugna por vivir, para lo cual debe nacer, que ansía crecer y realizarse, que es capaz de soportarlo todo con tal de arribar a un estadio superior. El parto es el símbolo de la vida humana. Por cierto que tras semejantes desafíos de la vida está el misterio, porque es un hecho que no todos los superan, misterio de la diversidad de las fuerzas para afrontar la vida y misterio de las circunstancias adversas: no todos logran superar todas las vallas; lo que en unos es ocasión de mayores despliegues, en otros se torna causa de frustración. El misterio bordea la vida biológica, psíquica y espiritual, y en él encuentran su límite la antropología y la ética. Esto es también un hecho y debemos reconocerlo. Nuestras explicaciones explican poco.

Afectividad, estimativa y ceguera de los valores

Una afectividad no inhibida sino asumida eminentemente, pero intensa, es condición necesaria al conocimiento de los valores por **connaturalidad**. Este conocimiento intuitivo de los valores es en la práctica el que prevalece en la conducta ética. Se puede percibir durante un tiempo aunque pobremente un valor sin tener una vivencia de él, pero a la postre el determinante habitual de la conducta será el conocimiento que de él tengamos por connaturalidad, es decir por experiencia. Y la experiencia humana incluye la afectividad. El corazón es el núcleo existencial de la per-

sona donde se encuentran la afectividad sensible y la afectividad espiritual (11). En ese encuentro se produce la vivencia profunda de las cosas y de los valores. El hombre puede inhibir esa vivencia por un acto de voluntad (v. g. cuando reprimimos la ternura por soberbia), o por falta de base sensible. Este último es el caso de la inhibición afectiva, que generalmente involucra un déficit de afectividad espiritual y por lo tanto de voluntad... y, por lo tanto, a la postre, de inteligencia: La razón se obnubila cuando no está sostenida por una afectividad sana, fuerte y recta. Así funciona el espíritu encarnado. La educación de la **facultad puente**, la cogitativa, permite la fluida relación entre sensibilidad y espiritualidad, siendo necesaria a la madurez psicológica y moral. Hay miopías morales, en ocasiones cegueras prácticas, cuya raíz es el déficit afectivo, análogamente a lo que Santo Tomás dice de la inteligencia, que funciona mejor si sus facultades servidoras —los sentidos internos: imaginación, memoria, estimativa y sensorio común— funcionan bien. La psicología ha mostrado hoy que graves perturbaciones intelectuales se deben originariamente a déficits en la estimulación sensorial del niño pequeño o a privaciones afectivas. El aislamiento en que se crían a veces los niños en zonas rurales produce una baja del nivel intelectual. Claro que estas soledades pueden darse en compañía, como en el hospitalismo.

Siempre resulta impresionante para el psicólogo ver personas bien dotadas intelectualmente, educadas éticamente, caer en extrañas durezas o tibiezas —que es falta de fervor religioso pero también humano— y que poco tienen que ver con la aridez propiamente sobrenatural. Puede ser que un estado orgánico esté entorpeciendo el funcionamiento psíquico, pero habiendo una salud fundamental, cuando una persona carece habitualmente de fervor es porque su afectividad se halla inhibida; esa persona padece de inmadurez y mejor hará en intentar reeducarse —incluso, si fuera necesario, por la terapia psicológica— que esperar una solución por vía puramente espiritual. Santa Teresa, con su afectividad formidable, podía atribuir a prueba sobrenatural sus arideces; no creemos que sea lo que sucede corrientemente con el común de las personas, incluso fervorosas. Los santos más ascéticos se han distinguido por una alegría y una ternura que nos hablan de una profunda afectividad, incluso sensible. A la inversa, una ascética sin afectividad suele ser esquizoide, o histeroide si la represión es menos completa.

(11) Cf. *Experiencia, afectividad y realidad, o del corazón como centro de la persona*, MIKAEL, Paraná, 1976, N. 11.

Thibon ha descrito bien las “venganzas” que la carne maltratada suele tener con el espíritu. “El que ignora o rechaza en sí la vida sensible, la incita por ello a revestirse de un disfraz sagrado, y a sumirse insidiosamente bajo la capa del impulso espiritual”. “Cuanto menos sea el espíritu el tirano de la vida, menos riesgo correrá de ser su víctima” (12). El mismo Thibon dijo alguna vez que tras la podredumbre de un Rousseau está la inhumana rigidez de un Calvino, y seguramente no se trata sólo de una figura literaria.

Colofón

Hemos salido en defensa de la afectividad. Habrá que salir pronto en defensa de una afectividad cristiana. **Ascesis en amor** será su lema, pero esto exige otro capítulo.

ABELARDO PITHOD

Ediciones “MIKAEL”

1. SAN MIGUEL, EL ARCANGEL DE DIOS

Un estudio del P. Alfredo Sáenz sobre la noble figura del Príncipe de la Santa Iglesia. Presentación del P. Alberto Ezcurra \$ 400

2. ¿HACIA UN CRISTIANISMO MARXISTA?

Valiente documento del Episcopado Colombiano en el que se denuncia con toda claridad los diferentes aspectos de la infiltración marxista en la Iglesia de Latinoamérica. Presentación del P. Hernán Quijano Guesalaga \$ 400

3. FREIRE Y MARCUSE: LOS TEORICOS DE LA SUBVERSION

Dos estudios, uno de Alberto Caturelli y otro de Enrique Díaz Araujo, nos muestran cómo la subversión antes que un hecho de armas es un estado de espíritu. Presentación del P. Alberto Ezcurra \$ 400

(12) *Sobre el amor humano*, Madrid, Patmos, 1965, Cap. I.

LA VENTURA DE UN DESVENTURADO

Me sorprenden a veces quienes se sorprenden de mi calma en el estado miserable al que me ha reducido la enfermedad. He perdido el uso de las piernas, de los brazos, de las manos y estoy casi ciego y casi mudo. No puedo, así, caminar ni dar la mano a un amigo, ni escribir siquiera mi nombre; no puedo ya leer y me resulta imposible conversar y dictar. Son pérdidas irremediables y renunciadas tremendas sobre todo para mí que tenía el continuo afán de caminar a pasos rápidos, leer a toda hora y escribir todo por mí mismo, apuntes, pensamientos, artículos y libros.

Pero no conviene tener en poco lo que me ha quedado; ello es mucho mejor.

Es sin lugar a dudas verdadero que las cosas y las personas se me muestran como formas indeterminadas y empañadas, casi fantasmas a través de una niebla cinérea, pero es también verdadero que no estoy condenado a la tiniebla total: todavía me las arreglo para gozar de una festiva invasión de sol y de la esfera de luz que se irradia de una lámpara. Además puedo entrever, cuando están muy cerca del ojo derecho, las coloridas manchas de las flores y los rasgos de un rostro. Y, sin embargo, estos últimos y tenues restos de la visión abolida parecen milagros jubilosos para un hombre que, desde hace más de veinte años, vive en el terror de la oscuridad perpetua.

Y hay más: tengo todavía el gozo de poder escuchar las palabras de un amigo, la lectura de una bella poesía o de una bella narración, puedo oír un canto melodioso o una de aquellas sinfonías que dan un calor nuevo a todo el ser.

Y todo esto es nada todavía si miro a los bienes aún más divinos que Dios me ha dejado. He salvado, aun al precio de una guerra

cotidiana, la fe, la inteligencia, la memoria, la imaginación, la fantasía, la pasión de meditar y de razonar y aquella luz interior que se llama intuición o inspiración. He salvado también el afecto de los familiares, la amistad de los amigos, la facultad de amar aun a aquellos que no conozco personalmente y la felicidad de ser amado por aquellos que me conocen sólo a través de mis obras. Y todavía puedo comunicar a los otros, aunque con lentitud martirizante, mis pensamientos y mis sentimientos.

Si pudiera moverme, hablar, ver y escribir pero tuviese la mente enredada y obtusa, la inteligencia torpe y estéril, la memoria llena de lagunas y tarda, la fantasía débil y apagada, el corazón árido e indiferente, mi desventura sería infinitamente más temible. Sería un alma muerta en un cuerpo inútilmente vivo. ¿De qué me valdría poseer un lenguaje comprensible si no tuviera nada que decir? Siempre he sostenido la superioridad del espíritu sobre la materia: sería un tramposo y un villano si ahora, llegado el momento de confirmarlo, cambiara de opinión bajo el peso de los padecimientos. Pero he preferido siempre el martirio a la imbecilidad.

Y ya que estoy en vena de confesiones quiero ir más allá de lo verosímil y azuzarme hasta lo increíble. Las señales esenciales de la juventud son tres: la voluntad de amar, la curiosidad intelectual y el espíritu agresivo. A pesar de mi edad y a despecho de mis males siento fortísima la necesidad de amar y de ser amado, tengo deseo insaciable de aprender cosas nuevas en todos los dominios del saber y del arte, y no rehuyo las polémicas y el asalto cuando se trata de la defensa de los supremos valores.

Por más que parezca risible delirio tengo la temeridad de afirmar que me siento también hoy elevado, en el mar inmenso de la vida, por la alta marea de la juventud.

GIOVANNI PAPINI

(Tomado de "Le felicità dell' infelice")

"MIKAEL"

Se vende en las siguientes librerías:

CAPITAL FEDERAL

- Librería del Temple, Viamonte 525.
- Librería Huemul, Santa Fe 2237.
- Club del Libro Cívico, Córdoba 679, 5º Piso, Of. 504.
- Librería San Luis, Guido 1624, Local 9.
- Librería Acción, Avenida de Mayo 624.
- Librería San Pablo, Callao 325.
- Librería Guadalupe Ed., Mansilla 3865.
- Servicio del Libro de la Acción Católica, Rodríguez Peña 846, 1er. Piso.
- Editorial Theoría, Rivadavia 1255, 4º Piso.
- Librería del Instituto, Rodríguez Peña 1054.
- Librería García Moreno, Entre Ríos 181, 2º Piso "C".

INTERIOR

- Librería Fénix, Buenos Aires 267, Paraná.
- Librería El Sol, Gualguaychú y 9 de Julio, Paraná.
- Librería y Editorial Castellví S.A., San Martín 2355, Santa Fe.
- Librería El Saber, Sarmiento 143, Rafaela.
- García Santos Libros, Rivadavia 55, Mendoza.
- Librería San Pablo, San Martín 980, Mendoza.
- Librería Hogar del Libro, Deán Funes 252, Córdoba.
- Librería San Pablo, Avenida Vélez Sársfield 74, Córdoba.
- Librería Anello, Colón y Belgrano, San Luis.
- Librería San Pío X, Rivadavia y Pringles, San Luis.
- Librería San José, Alvear 100 - Local 14, Villa Ballester - Prov. Bs. Aires.



MODERNOS ATAQUES CONTRA LA FAMILIA*

Una contribución a la Pastoral de "Matrimonio y Familia"

Ante nuestros ojos, ya anestesiados por el acostumbramiento, se pretende destruir **todo** lo correspondiente al **orden natural**, con la mal-sana esperanza de que, una vez quitados los cimientos en los que se apoya el orden sobrenatural, éste también se haga trizas.

En estos últimos tiempos se ha podido notar un particular empeño en buscar destruir la FAMILIA, "célula... de la sociedad" (1) e Iglesia doméstica (2), con la loca pretensión de arrastrar en su caída a la sociedad y a la Iglesia, ya que, ciertamente, es en el santuario familiar donde se aprende a amar a Dios, a la Patria y al prójimo. Sólo en las familias sanas —y fuera de ellas, por excepción— se forman hombres virtuosos y fuertes, o sea, los héroes y los santos, que son los únicos capaces de forjar la Patria y de plantar la Iglesia hasta con su sangre, si fuera necesario.

Son múltiples los ATAQUES que soporta actualmente la familia: desde los que pretenden liquidar, lisa y llanamente, la institución familiar, hasta los que la insidían con miles de sofismas para disolverla y ablandarla o, incluso, para negarle el rol primigenio que le corresponde, cosa que hace, por ejemplo, el P. André AUBRY, O. P., quien sostiene:

"...por indispensable que sea, ya no es (la familia) la célula base de la sociedad..." (3).

-
- * Conferencia pronunciada por el autor en la Casa de Cultura de Salta, el 4-5-77, a invitación de un grupo de generosas familias salteñas.
- (1) PÍO XII, Radiomensaje, 1º-6-41, Colección Encíclicas Pontificias, Editorial Guadalupe, p. 1583.
 - (2) SAN AGUSTÍN: "es una no pequeña Iglesia de Cristo". Epíst. 188, 3, BAC, t. XI, p. 5.
 - (3) André AUBRY, O. P., *Una Iglesia sin parroquias*, Edit. Siglo XXI, México, 1974, p. 26.

En una apretada síntesis, trataremos de ver los principales frentes en los que se bombardea sistemáticamente a la familia católica. Estos frentes, a nuestro entender, son **cinco**:

- 1) la esencia
- 2) los fines
- 3) la autoridad
- 4) la natalidad
- 5) el amor.

En cada uno de estos aspectos de la familia pueden citarse numerosos ejemplos —incluso dentro del campo denominado “católico”— de la obra disolvente y subvertidora del orden natural y sobrenatural llevada a cabo por los modernos émulos de Voltaire, Rousseau, Freud, Marx, Marcuse y compañía.

I. LA ESENCIA DEL MATRIMONIO

Dios mismo es el Autor de la familia y Él mismo es su Restaurador, ya que la elevó a la categoría y dignidad de sacramento. Esto quiere decir que la familia no es de institución humana, sino de **institución divina**, no pudiendo, por lo tanto, estar sujeta al capricho subjetivo y cambiante de los hombres, en razón de participar, en su medida, de la misma inmutabilidad de Dios, con respecto a su naturaleza, fines y leyes —que no pueden ser otros que los dados por el mismo Dios, Autor y Restaurador de la familia.

Brevemente, podemos decir, que el matrimonio católico es, en su esencia, la sociedad formada por el mutuo consentimiento **ante Dios**, de “**UNO CON UNA Y PARA SIEMPRE**” (4).

Contra este orden natural y divino —“uno con una y para siempre”— podemos señalar **seis** destrucciones principales:

- uno con muchas
- muchos con una
- uno con uno o una con una
- muchos con muchas
- uno con una por un tiempo
- uno con una ante sí.

1º: POLIGAMIA

En primer lugar están quienes militan para que la relación sea de **uno con muchas**, es decir, que sostienen la **poligamia** practicada abiertamente por los mahometanos y pueblos orientales primitivos y, solapadamente, por gran número de los que se llaman a sí mismos cristianos

(4) SANTO TOMÁS, *Contra Gentiles*, IV, 78, BAC, 1968, t. II, p. 938.

y que, a veces, hasta se creen grandes defensores del Occidente cristiano. O sea: son cristianos de nombre, pero auténticos musulmanes en la práctica.

La poligamia puede ser **simultánea** —el caso de los harenes— o **sucesiva** —por ejemplo, los divorcistas (como es el caso de tantos artistas corrompidos y corruptores) y los Casanovas, Don Juanes y picaflores. Vale la pena recordar, y sobre todo hacer conocer entre los jóvenes, que el ilustre médico y endocrinólogo español, Dr. Gregorio Marañón, en un brillante estudio (“Don Juan”), ha demostrado, contra la creencia común, que los Don Juanes son, en el fondo, **homosexuales**, ya que en ninguna mujer encuentran acabada satisfacción.

2º: PROSTITUCION

En segundo lugar encontramos a quienes consideran que la relación debe ser de **muchos con una**. Tal es el caso de la poliandria, practicada abiertamente en algunas zonas de Asia y, encubiertamente, en todos los prostíbulos de Occidente, en donde jóvenes y viejos pagan a una pobre mujer para que los masturbe. Porque otra cosa no es esa relación sino un acto del más degradante egoísmo y de ningún modo expresión de amor. Y esto ocurre no sólo en los prostíbulos. En los hoteles de lujo de las grandes ciudades, se ofrecen ciertos “servicios” para las mujeres —generalmente turistas extranjeras de dinero— quienes, previa elección por medio de un álbum fotográfico, pagan por el hombre elegido... Esto ya está sucediendo en Buenos Aires.

3º: “MATRIMONIO” DE HOMOSEXUALES

Otra forma de subversión del contrato matrimonial es la que intentan realizar **uno con uno o una con una**, como es el caso de las prácticas homosexuales que “claman al cielo” (cf. Gen. 18, 20-21).

Existe toda una campaña perfectamente orquestada en favor de la homosexualidad y promovida por el cine, libros pseudocientíficos y numerosas revistas, tales como “Casos”, editada en nuestro país, y denunciada por el valiente Arzobispo de San Juan de Cuyo, Mons. Ildefonso Sansierra (5), etc. ¡Hasta dónde habremos caído para que el Papa, a través de la Congregación para la Doctrina de la Fe, haya tenido que recordar que “los actos de homosexualidad son **intrínsecamente** desordenados y (que) no pueden recibir aprobación **en ningún caso**” (6)!

Porque debe recordarse que en este mundo moderno ya hay países —como Inglaterra— donde esta aberrante práctica ha sido legalizada (¡castigo de tantas injusticias cometidas por el Imperio!).

(5) Cf. diario “Mendoza”, 17-1-77.

(6) Declaración acerca de ciertas cuestiones de ética sexual, 29-12-75, nº 8.

Y en nuestro propio campo católico, desde más de diez años a esta parte, en países como Francia, Holanda, Bélgica, etc., algunos teólogos, moralistas y profesores, pretenden justificar como normal y natural tal maña desviación. Así, por ejemplo, entre muchos otros que podrían citarse, el P. CALLEWAERT, O. P., Dr. en teología, profesor de la Universidad católica de Lovaina, quien desde 1966 sostiene que

"...debemos sostener a los homófilos en su esfuerzo de VIVIR SU ESTADO DE HOMOFILO, dándole su sentido TOTAL, sin pretender saber por adelantado lo que es posible o LICITO ..." (7).

¡Si antes nos escandalizábamos con los vomitorios romanos, hoy debemos reconocer que eran meros juegos de niños, comparados con estas aberraciones modernas... y con la depurada técnica científica del "transsex": la operación quirúrgica para cambiar de sexo...!

4º: "MATRIMONIO" GRUPAL

Pero aún hay más. En este mundo moderno disoluto y decadente están quienes sostienen que las relaciones deben ser de **muchos con muchas**.

Es la llamada MULTIRRELACION o "CAMAS REDONDAS". Esta relación grupal — "Gruppensex" en alemán — puede ser **simultánea** — las "comunidades" de hippies — o **sucesiva** — los intercambios de parejas.

a) "Comunas"

Respecto a la multirrelación simultánea, veamos algunos de los argumentos esgrimidos por los miembros de una comunidad marxista, la denominada "Comunidad del Sur", formada en el Uruguay y luego radicada en nuestra patria. En un reportaje de la publicación marxista, de orientación trotskista, "Nuevo Hombre", editada en Buenos Aires, entre otras cosas declaran (8):

— "Algunos de nosotros estamos convencidos que para lograr algún día relaciones de no propiedad, relaciones libres entre seres humanos, debemos luchar contra el exclusivismo sexual..."

Otro afirma:

— "Algunos han planteado la necesidad... de integrar la revolución sexual a la revolución político-social".

Otro:

— "¿Cuáles son los límites que me impiden tener nuevas relaciones sexuales...? ¿Son los prejuicios de la sociedad occidental y

(7) cit. en "Jauja", Bs. As., nº 7, julio 1967, p. 23.

(8) "Nuevo Hombre", Bs. As., año I, nº 4, 11-17 agosto 1971. Los subrayados son nuestros.

cristiana? Cuando un militante dice: 'mi mujer', 'mis hijos', está expresando una ideología... no muy revolucionaria que digamos".

Otro:

— "Todos sabemos que el matrimonio, la familia tradicional, es la **base de la estructura social predominante**. Es necesario rechazar la concepción tradicional del matrimonio; para el hombre, no aceptar la opresión de su mujer y el rol de autoridad para sus hijos. Para la mujer emanciparse, luchar contra los prejuicios de la moral burguesa; no aceptarlos; reivindicar la posibilidad de amar y de ser amada en una pluralidad de relaciones".

Otro:

— "Queremos despojar a las relaciones humanas, al placer sexual, de todas las prohibiciones, de todos los prejuicios, de todas las máscaras y hacer de él algo más que un juego: un elemento de felicidad subversiva..."

Aquí conviene recalcar el proceso lógico de esta posición: el tratar de abolir una realidad de derecho natural como es la propiedad privada lleva primero a poner en común los bienes materiales y, luego, **si se es coherente**, a poner en común los hijos y hasta la misma esposa...

O sea: por negar la propiedad privada, estos marxistas llegan a la horrible degeneración de las relaciones múltiples, engendradoras en serie de hijos sin padres y de madres prostituidas. ¡Pobres hijos! Cuando quieran manifestar cariño filial, le darán un beso a... ¡la comunidad!

b) Intercambios de parejas

La multirrelación sucesiva está constituida por los abominables "intercambios de parejas", en lo que suelen terminar algunas reuniones de sociedad o de camaradería.

Que esta abominación no es excepcional lo señala el hecho que en Inglaterra existían, ya en 1967, por lo menos dos clubes dedicados a favorecer este intercambio, bajo ciertas condiciones y por tiempo a fijar. Y en Génova, hacia la misma época, habían comenzado los avisos de cambios de cónyuges para pasar el fin de semana... (9).

5º: "MATRIMONIO" A PRUEBA

Otra desviación es la de quienes pretenden que el matrimonio es de **uno con una**, pero **por un tiempo**, y no hasta que la muerte los se-

(9) cit. en "Jauja", Bs. As., nº 7, julio 1967, p. 22.

pare. Defienden esta posición los divorcistas; los que piden "la prueba de amor"; los que hablan de "un tiempo de prueba", etc.

La Iglesia Católica se opuso, se opone y se opondrá siempre a tales prácticas. No nos olvidemos que no trepidó en perder Inglaterra, antes que conceder un solo divorcio que pedía nada menos que el rey Enrique VIII. Perdió un reino terrenal, pero se mantuvo firme en su fidelidad a Dios y en la defensa del orden natural, fundamento de la civilización cristiana.

6º: "MATRIMONIO" LAICO

La última destrucción contra el orden natural y divino es la de algunos bautizados, quienes creen válido el matrimonio de **uno con una ante sí**, propiciando el llamado "matrimonio" laico, que seculariza y desacraliza la realidad sagrada del matrimonio católico. Quienes esto afirman se arrogan la facultad de alterar la esencia y las leyes de la institución familiar como si Dios, Sumo Legislador y la Iglesia, Su fiel intérprete, no tuvieran derechos y obligaciones imprescriptibles sobre ella.

Tales son, a grandes rasgos, las seis desviaciones con las que se falsea la naturaleza misma del contrato natural elevado a la dignidad de sacramento, por el que "uno con una y para siempre" se vinculan ante Dios.

II. LOS FINES DEL MATRIMONIO

Los fines esenciales y complementarios del matrimonio son:

- la procreación y educación de los hijos, y
- la manifestación del amor mutuo.

Que ambos sean **esenciales**, no quiere decir que no deba darse una **subordinación** entre ellos, ya que **una** sola cosa es imposible que tenga **varios** fines **últimos**.

El fin **esencial primario** es la procreación y educación de la prole, y los fines **esenciales secundarios** "son la ayuda mutua, el fomento del amor recíproco y la sedación de la concupiscencia" (10).

Pío XII enseña con claridad que los fines secundarios

"...aún siendo intentados por la naturaleza, no se hallan al mismo nivel que el primario, y menos aún

(10) Pío XI, Casti Connubii, o.c., p. 1245.

le son superiores; antes bien, le están esencialmente **subordinados**" (11).

Aunque algunos no usen esta **terminología** precisa, consagrada por el Magisterio de la Iglesia, se ven obligados, de grado o por fuerza, a reconocer la **realidad** que ella traduce, si es que quieren permanecer dentro de la doctrina católica.

Algunos pretenden ampararse en el Concilio Vaticano II para esca-
motear o alterar la esencial subordinación de los fines del matrimonio, anteponiendo el amor a la procreación, es decir, haciendo de lo segundo primero y viceversa. Quienes tales afirmaciones sostienen, demuestran de ese modo su ignorancia de los documentos conciliares.

Según el Papa Pablo VI, las enseñanzas del Vaticano II se entienden siempre en la misma línea "del Magisterio eclesiástico **anterior**", del que el Concilio no es más que "continuación, explicación e incremento" (12).

Además la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes" del Concilio Vaticano II, en su capítulo "Dignidad del matrimonio y la familia", en apoyo de su doctrina, cita ¡cinco veces! la encíclica "Casti Connubii" de Pío XI, que data de 1930, y que es la Carta fundamental del Matrimonio Cristiano. Y al hablar de los "varios fines" del matrimonio, la "Gaudium et Spes" en su párrafo 48 remite en una nota a San Agustín, a Santo Tomás y a la encíclica "Casti Connubii", donde se afirma explícitamente la subordinación de los fines.

Por lo tanto, si el Concilio Vaticano II cita, **en su apoyo**, documentos anteriores del Magisterio de la Iglesia es porque, al mismo tiempo, avala la doctrina que ellos contienen, como no podía ser de otra manera. De lo contrario, estaríamos en pleno absurdo e incoherencia lógica.

Sin embargo, contra tan clara enseñanza del Magisterio de la Iglesia, muchos siguen sosteniendo y enseñando la primacía del amor sobre la procreación. Así, por ejemplo, el P. Héctor J. VALLA, S.D.B.:

"...el matrimonio tiene un segundo fin esencial

(11) Pío XII, Discurso a las obstétricas de Roma, 29-10-51. Cit. por el Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral Gaudium et Spes, nº 52, nota 14; y reproducido parcialmente por Antonio ROYO MARIN, O. P., *Teología Moral para seglares*, BAC, 1961, t. II, p. 526.

(12) PABLO VI, Carta al Congreso Internacional de Teología de 1966, L'Osservatore Romano, 26-27 setiembre 1966.

que es la procreación y educación cristiana de los hijos" (13).

Al alterar y subvertir de este modo los fines del matrimonio —haciendo del segundo primero y viceversa—, en la institución familiar se produce un descalabro simplemente catastrófico:

- Si el fin primario es el amor (y éste reducido a pura sensibilidad), no se ve cómo no se ha de cohonestar, por ejemplo:
- el **adulterio**, siempre que un hombre sea infiel a su propia esposa por amor a otra;
- el **concubinato**, siempre que sea por amor;
- la **prostitución**, siempre que sea por amor y no por lucro;
- el **incesto**, tan exaltado hoy en día por películas como "Soplo al corazón", psicólogas como Arminda Aberastury, y revistas como "Panorama" (14);
- las **relaciones prematrimoniales**, siempre que sean por amor, como con descaro y sin vergüenza se afirma en una revista (15);
- el **divorcio**, cuando un cónyuge deja de amar al otro (16);
- etc., etc., etc.
- Si el fin primario es el amor, pierde el matrimonio aquello que lo constituye y distingue singularmente de todo otro tipo de sociedad.
- Si el fin primario es el amor, y no la procreación y educación de los hijos, se despoja el matrimonio del carácter privilegiado que tiene como anterior y superior a toda otra sociedad, incluso el Estado, tal como lo reconoce la misma ley natural.
- Si el fin primario es el amor, ¿en qué se diferencia el matrimonio de la simple sociedad amical, o de las sociedades filantrópicas?
- Si el fin primario es el amor ¿por qué no "lavarse las manos" cuándo se trata de algo tan engorroso como es la educación de los hijos?

(13) Héctor J. VALLA, S.D.B., La gracia y los sacramentos de la Iglesia, "Didascalia", Rosario, marzo 1976, p. 51.

(14) cit. por Abelardo PITHOD, *La Revolución Cultural en la Argentina*, Cruz y Fierro editores, Bs. As., 1974, p. 21. La lectura de este libro es un deber imperioso para cada católico argentino.

(15) "El Mensajero de San Antonio", Bs. As., enero 1977, p. 20.

(16) El diario "La Nación", Bs. As., 27/4/77, p. 4, informa que en Inglaterra los cónyuges, de común acuerdo, sin hijos o mayores de 16 años, pueden divorciarse [por correo!]

1º LA MUJER Y LAS RELACIONES PREMATRIMONIALES

En el caso de esa profanación anticipada del sacramento del matrimonio, que son las **relaciones prematrimoniales**, la mujer lleva la peor parte:

- pierde la virginidad;
- se siente esclavizada al novio que busca tener relaciones cada vez con mayor frecuencia;
- no puede decirle que no, porque tiene miedo que él la deje, reprochándole que ella ya no lo quiere;
- vive con la gran angustia de que sus padres se enteren de sus relaciones;
- participa de las molestias del acto matrimonial, sin tener la seguridad y la tranquilidad del matrimonio..

El novio, por el contrario, no tiene apuro en concretar la boda, ya que obtiene beneficios como si estuviera casado, sin estarlo y, además, el hombre no queda embarazado —por lo menos, hasta ahora—, la mujer, sí y éste es un peligro demasiado real como para que ella no lo tema.

Si ocurre el embarazo, generalmente se empuja a la mujer al **aborto** —"crimen abominable" lo llama el Concilio Vaticano II (17)—, que es la muerte injusta de un ser humano, INOCENTE, INDEFENSO y SIN BAUTISMO, y es la mujer quien conservará toda la vida el remordimiento del cobarde acto cometido (18).

(17) CONCILIO VATICANO II, Gaudium et Spes, N° 51.

(18) Debe señalarse que en Francia, los redactores de la revista "Etudes" (enero 1973), en contra de las claras enseñanzas de Pío XII (29-10-51), reiteradas por Pablo VI (9-12-72), sostienen que "el aborto no es siempre un crimen", para lo cual han inventado una teoría según la cual el feto tiene "dos vidas", una "humana" —la fetal— y otra "humanizada", que proviene de la relación con los padres. Cuando esta "humanización" se vuelve imposible, no habría infanticidio, pues sólo existe la vida número uno, la "humana"... Además, para decidir cuándo se puede "interrumpir el embarazo" —púdico eufemismo para este cobarde asesinato— el P. Ribes, director de "Etudes" proponía en ese artículo un "Consejo de Consulta" —o sea, en realidad, un auténtico "Instituto de la Muerte" (cfr. Marcel CLÉMENT, *Combat pour l'espérance*, Edit. de l'Escalade, Paris, 1975, pp. 255-260).

Contra esta nueva hipocresía feticida del progresismo, la doctrina tradicional de la Iglesia sobre el aborto está sintetizada en una nota del editor argentino de una obra que debería ser libro de cabecera y

Además, si ya en el noviazgo se ha derribado toda barrera, ¿qué le quedará a la mujer cuando en el matrimonio — ¡si es que llega! — sea solicitada sin arreglo a la razón o a la moral? Si no supo respetarse y hacerse respetar en el noviazgo, será imposible — salvo excepción — que se la respete en el matrimonio. Si llega a la boda, lo hará sin alegría, sin ilusión, sin esperar recibir nada ni poder dar nada nuevo. Y luego, muchas veces, al tener alguna discusión en su matrimonio, escuchará con dolor el reproche de su marido que no dejará de recordarle su vergonzoso pasado.

La Iglesia Católica, al defender a capa y espada la santidad matrimonial no ha hecho otra cosa, durante ya casi 20 siglos, que defender a la mujer, "que es un vaso más frágil" (I Petr. 3,7) y a los hijos, que son los que más sufren cuando se alteran las leyes divinas que rigen al matrimonio. Desde el siglo I, la Iglesia es la mayor defensora de la familia al haber luchado siempre para que la mujer no fuese convertida en un mero objeto de placer, ni los niños en meros hijos de incubadora.

2º: LOS HIJOS DE PADRES SEPARADOS

¡Cuánto dolor hay en los hijos de padres separados, padres que se olvidaron que el fin primario del matrimonio es la procreación y educación de los hijos!

Baste sólo esta carta que escribió un niño:

"Dulce Niño Jesús: te suplico mucho que me lleves al cielo. Quisiera ser ángel. Y te prometo que seré un ángel muy bueno y haré todo cuanto me mandes. Pero aquí estoy muy mal. ¿Sabes que papá echó a mamá, porque se casó con otra mamá? Mamá me llevó consigo, pero yo lo paso muy mal con ella. Desde entonces no he tenido bombones. Y aquí hace mucho frío. Mamá llora siempre. Ahora ha venido también un nuevo papá a mamá, pero mamá llora siempre mucho. El nuevo papá es borracho. Mamá se ha quejado a las veci-

herramienta de consulta de todo hogar católico: el "Catecismo de San Pío X":

"El aborto, hoy legalizado en algunos países, es un pecado gravísimo contra el 5º mandamiento, pues es un HOMICIDIO TRIPLEMENTE CALIFICADO por los agravantes de matar a un ser totalmente INOCENTE, INDEFENSO y SIN BAUTISMO, privándolo así de la vida eterna, infinitamente superior a la vida temporal" (N. del E.)

(Catecismo de San Pío X, Ed. Cruz y Fierro, 1976, p. 64 n. 1).

nas, diciendo que no sabe qué hacer, porque nos morimos de hambre. Yo ya he dicho a mamá que voy a matar al nuevo papá. Pero mamá dice que se enojará el Niño Jesús. He aprendido en la escuela que los ángeles tienen una vida muy feliz y no tienen que hacer más que obedecerte a Ti. Por esto yo quisiera ser ángel, porque lo paso muy mal. Niño Jesús, que vengas pronto a buscarme. Te besa las manos: Juanito" (19).

La separación de los padres es uno de los factores precipitantes que lleva al adolescente a la drogadicción, como señala el Dr. Straface en MIKAEL Nº 13.

3º: DOS FINES ESENCIALES COMPLEMENTARIOS PERO SUBORDINADOS

Nosotros no podemos menos que afirmar con todas nuestras fuerzas, junto con el Magisterio de todos los tiempos, que los fines esenciales del matrimonio no se excluyen sino que son complementarios en la primacía de la procreación y educación de los hijos sobre el amor mutuo. Y ésta es una realidad tan ínsita en la naturaleza misma del matrimonio y explícita en la Ley de Dios, que el Angélico y Común Doctor enseña:

"No se ha de tener por pecado leve procurar la emisión seminal sin debido fin de generación y de crianza... Después del pecado de homicidio, que destruye la naturaleza humana ya formada, tal género de pecado parece seguirle por impedir la generación de ella" (20).

Pero, además, se debe decir que si hay un error "en más": exaltar al amor como fin primario, también hay otro error "en menos": quitar al amor el carácter de fin esencial — aunque secundario — que tiene, como si el único fin esencial fuese procrear y educar a los hijos.

Si consideráramos a la procreación como el **único** fin esencial, se seguirían las siguientes consecuencias deplorables:

- podrían disolverse los matrimonios que no pudieran tener hijos;
- podrían separarse los matrimonios con hijos mayores, cuando, por la edad, ya no pudieran tener más;
- podría cohonestarse la **inseminación artificial**:
 - tanto la ágama: entre no casados;
 - como la heterónoma: entre mujer casada y varón que no es su marido;

(19) Reproducida por fina gentileza del P. Marcos PIZZARIELLO, S. J., quien la leyera en su programa radial "Oraciones siglo XX".

(20) SANTO TOMÁS, *Contra Gentiles*, III, 122, BAC, t. II, p. 468.

—y la hómogama: entre casados (21);

—podría aceptarse la **fecundación in vitro**, que daría los llamados “hijos de probeta” (22);

—y se aceptaría como una bendición la proliferación de los **bancos de semen**, como ya hay en París, donde se registran las características del donante (color de ojos, cabello, estatura, grupo sanguíneo, etc.), para que el esperma sea elegido en función del aspecto físico del marido y de la mujer por inseminar, asegurándosele, por otra parte, al donante, que su anonimato será escrupulosamente respetado (23).

¡Qué de aberraciones veremos todavía acerca de cosas tan sagradas, si los hombres y los pueblos no se convierten sinceramente a Dios!

III. LA AUTORIDAD EN LA FAMILIA

La autoridad no es algo malo, sino bueno y “muy bueno” (24), por cuanto viene de Dios, como lo manifestó N. S. Jesucristo a Pilato:

“No tendrías poder alguno sobre mí si no te hubiera sido dado de lo alto” (Jn. 19,11),

y como lo enseña San Pablo:

“Todos estén sometidos a las autoridades superiores. Porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y cuantas existen han sido establecidas por Dios. De modo que quien desobedece a las autoridades, desobedece a la ordenación de Dios. Por lo tanto, los que tal hacen, ellos mismos se acarrearán la condenación” (Rom. 13,1-2).

La autoridad familiar, por lo tanto, debe ser respetada, honrada y obedecida, “como obedeciendo a Dios y no a los hombres” (Col. 3,23).

Opiniones sobre la autoridad familiar

—Algunos afirman que toda autoridad es mala, y por eso la combaten, como los **anarquistas**;

(21) Antonio PEINADOR, C.M.F., *Moral Profesional*, BAC, 1969, p. 363.

(22) Antonio PEINADOR, C.M.F., *Matrimonio en conflicto*, Studium, Madrid, 1973, p. 153.

(23) “La Razón”, Bs. As., 9-11-72, p. 2.

(24) cf. Gen. 1, 31.

otros sostienen que tiene que desaparecer, como algunos **liberales**;

—los marxistas dicen que es alienante (donde ellos no dominan) (25);

—para los **freudianos** es fruto del complejo de Edipo;

—los **roussonianos** pretenden que se origina en el libre consentimiento de los componentes de la familia;

—otros la diluyen en un puro y vacío servicio, en el que sólo se hace el gusto de los súbitos, como en el **democratismo** demagógico, civil o eclesial, que sólo busca “halagar los oídos” (cf. 2 Tim. 4,4).

Y es que el hombre moderno, en general, se rebela

“contra cualquier forma de autoridad o de preeminencia y de estructura prevalente” (26),

porque los hombres, como dice Chesterton,

“en la acción de destruir la idea de la autoridad divina, hemos destruido sobradamente la idea de la autoridad humana” (27).

Doctrina de la Iglesia

Muy otra es la doctrina católica sobre la autoridad familiar:

“La potestad de los padres de familia tiene cierta expresa imagen y forma de la autoridad que hay en Dios, ‘de quien trae su nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra’ (Ef. 3,15)” (28).

Jesús enseña que quien tiene la autoridad debe servir, pero no en el rango inferior de felpudo, sino en la categoría de **padre**, en el seno de la familia.

(25) cf. PIO XI, *Divini Redemptoris*, o.c., p. 1484: “niega toda autoridad y jerarquía, incluso la de los padres”.

(26) Rafael GAMBRA, *El silencio de Dios*, Ed. Prensa Española, 1968, p. 26.

(27) CHESTERTON, *Ortodoxia*, Ed. Excelsa, Bs. As., 1966, p. 55.

(28) LEÓN XIII, *Diuturnum Illud*, o.c., p. 270.

Subversión de la autoridad familiar

La actual subversión de la autoridad en la familia es grave. Lo veremos en tres niveles: respecto de los padres, respecto de los esposos y respecto de los hijos.

1º EN LOS PADRES

Hoy en día es común ver a los padres inhibidos para mandar. Con la excusa de ser amigo del hijo —lo que no está mal— el padre se convierte en amigote, en compañero de patota, en compinche, cuando no en cómplice —y esto está muy mal.

Los padres se han vuelto incapaces de castigar y, por lo tanto, impotentes para educar, ya que al hombre se lo educa premiando lo que hace bien y castigando lo que hace mal.

Así como hay toda una campaña contra la autoridad familiar, porque viene de Dios y porque es necesaria para que la comunidad

"no se disuelva y se vea privada de lograr el fin para el que nació y fue constituida" (29).

hay igualmente toda una campaña en contra del sano ejercicio de la autoridad, como es el castigar prudentemente las faltas.

Como no es mala la autoridad, tampoco es malo el justo ejercicio de la misma. León XIII enseña:

"Esta autoridad toma de Dios no sólo el origen y la fuerza, sino que recibe también necesariamente su naturaleza y su índole. De aquí que el Apóstol exhorte a los hijos a 'obedecer a sus padres en el Señor y a honrar a su padre y a su madre, que es el primer mandamiento con promesa' (Ef. 6,1-2)" (30).

La corrección educativa

Cuando la corrección y el castigo se efectúan en forma prudente y dosificada se convierten en poderosos auxiliares de la educación. Para ello, es muy útil tener presente aquel dicho:

"Si basta para corregir una mirada, no hagas un gesto;
si basta un gesto, no digas una palabra;
si basta una palabra, no pegues un grito;
si basta un grito, no des una penitencia..."

(29) LEÓN XIII, *Diuturnum Illud*, o.c., p. 269.

(30) LEÓN XIII, *Quod Apostolici Muneris*, o.c., p. 228.

El autor de la Epístola a los Hebreos se pregunta:

"¿Qué hijo hay a quien su padre no corrige?" (Hebr. 12,7).

Y en otra parte enseña el Espíritu Santo:

"El que ahorra la vara aborrece a su hijo;
mas quien le ama, le corrige continuamente" (Prov. 13,24).

Es claro que este castigo debe ser proporcionado a la falta y debe ser mejor en menos que en más. Luego de hacerle tomar conciencia al hijo de lo que hizo mal, es muy provechoso preguntarle qué castigo se merece. El niño, que tiene un gran sentido de la justicia, generalmente se impone un castigo más grande del que le impondría el padre. Aquí es cuando éste debe aprovechar la ocasión para disminuir el castigo, juntando la misericordia a la justicia.

El castigo no debe ser muy largo y debe ser **oportuno**: si no se aplica en el momento dado, mejor es no aplicarlo que aplicarlo más tarde. Pero, sobre todas las cosas, el castigo debe ser **medicinal**, o sea, que remedie y no que exacerbe. Por lo tanto, si el padre está airado, será mejor que suspenda el castigo, porque seguro que se excederá, inutilizando así el poder educativo de la corrección, que ya no brotará del amor paterno en pro del bien del hijo, sino del malhumor o de los nervios, lo que más bien sabe a venganza, a despecho e, incluso, a egoísmo.

Subversión de la corrección

Todas las falsas razones esgrimidas por ciertos psicoanalistas y pedagogos en contra de la autoridad de la familia, como ser:

"los tiempos nuevos"; la "diferencia generacional";
"no crear traumas", etc.,

no son más que excusas para formar hijos degenerados.

Como expresión paradigmática de todo un ambiente disolvente de la autoridad, advirtamos lo subversivo y destructor de un escrito de KAHILIL GIBRAN, cuyas obras se venden prácticamente en los kioscos de todo Buenos Aires, sobretodo por estar revestido de un cierto ropaje poético (31):

— "Tus hijos no son tus hijos".

¿Serán del lechero? ¿O son hijos de nadie? ¿O quiere que sean del Estado?

(31) KAHILIL GIBRAN, *El profeta*, passim.

— **"No vienen de ti, sino a través de ti".**

Esto es considerar a los padres como meros medios, como es un caño o un colectivo. ¿Acaso los hijos no son carne y sangre de la sangre de sus padres? ¿O los padres no son el verdadero principio y origen de sus hijos?

— **"Aunque estén contigo, no te pertenecen".**

O sea: dales de comer, de beber, de vestir, de estudiar, dales cariño y dales dinero, pero no te preocupes si se hacen ladrones, homosexuales, guerrilleros o drogadictos...

Lo cual es como decir: debes ser ciego, sordo, manco y mudo en todo lo que se refiere a tus hijos...

Sí, pero los que en verdad no son ciegos, ni sordos, ni mancos, ni mudos son toda la pléyade de aprovechadores de la juventud:

— desde los mentalizadores que buscan seguidores obsecuentes,

— hasta los viejos verdes que lucran con la inmodestia, el erotismo y la pornografía para manipular y manosear a la juventud,

— pasando por los activistas marxistas que la usan como carne de cañón, mientras son ellos los primeros en irse del país cuando las papas queman...

— **"Puedes darle tu amor, pero no tus pensamientos, pues ellos tienen sus propios pensamientos".**

Nótese cómo habla del amor, pero anula el segundo aspecto del fin primario, es decir, educar cristianamente a los hijos.

— **"Puedes esforzarte en ser como ellos, pero no procures hacerlos semejantes a ti".**

O sea: pasen los padres el día jugando a los soldaditos, a las muñecas, a la rayuela, al Don Pirulero, al balero... pero no exijan a sus hijos que estudien, ni que trabajen, ni que sean ordenados, ni que sean limpios, ni que se sujeten a un horario, ni que asuman responsabilidades según sus posibilidades. Es decir: ¡una educación liberadora ejemplar!

Quiero narrar una anécdota personal que manifiesta la necesidad de esta mentalidad adversa a la autoridad, que se ve forzada a reconocerla de hecho, a pesar de su negación verbal. Al poco tiempo de ser ordenado sacerdote, fui a celebrar la Santa Misa a una comunidad de religiosas. Al terminar, me quedé conversando un rato con ellas. Inge-

nuamente, pregunté quién era la Superiora. Se miraron entre ellas, y riendo, me respondió una: "—Padre, entre nosotras no hay Superiora, porque significaría que las demás somos inferiores". Quedé cortado y, a la vez, intrigado, y volví a preguntar: "Pero, ¿cómo llaman a la que coordina todo, a la que hace de cabeza?". A coro contestaron: "Responsable". No pude contenerme y les dije: "Perdonen, Hermanas, pero eso significa que todas Uds. son unas irresponsables"... Se quedaron serias y no pude menos que sonreírme con fruición, ante una bobería más del progresismo.

Concluyendo: reafirmemos la autoridad familiar de los padres. Según una encuesta, la razón del auge tan grande de la delincuencia infanto-juvenil se debe a la desaparición de la autoridad paterna en la familia. Asimismo, algunos psicólogos denuncian como una de las causas de la sodomía la falta de autoridad en la familia, porque buscan al padre o a la madre que no tuvieron, ya que éstos fueron débiles.

2º EN LOS ESPOSOS

El apóstol San Pablo enseña con claridad meridiana, y es Palabra de Dios, que las mujeres "deben estar sujetas a sus maridos, como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer... así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo" (Ef. 5,22-24). Esto último se entiende en todo lo que no sea pecado, ya que "es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres" (Act. 5,29).

Explicando esto, Pío XI enseña que "abarca la primacía del varón sobre la mujer y los hijos, y la diligente sumisión de la mujer y su rendida obediencia". Esto no niega ni quita libertad a la mujer por ser persona humana y por desempeñar funciones nobilísimas de esposa, madre y compañera, ni la obliga a satisfacer cualquier gusto del marido, ni significa que ella carezca de madurez.

Muy por el contrario, prohíbe la exagerada licencia que descuida el bien de la familia; prohíbe que en este cuerpo se separe el corazón de la cabeza, y evita que los "dos en una carne" (Gen. 2,24) se conviertan en un monstruo con dos cabezas.

Los grados y modos de esta sujeción son diversos, como diversos son los cónyuges. Hay **igualdad** en todo cuanto atañe a la persona y dignidad humana, y en las cosas que se derivan del pacto nupcial y van anexas al matrimonio: en esto tienen las mismas obligaciones. En lo demás, ha de reinar **desigualdad** y moderación (32).

Repitamos una vez más que esta sujeción que le debe la mujer al marido no lo convierte a éste en un ser omnímodo, ni dictador, ni

(32) cf. PÍO XI, Casti Connubii, passim.

tirano, ni espía, ni verdugo de su mujer, pero sí lo obliga a servir como "cabeza" y no como pie, amando a su mujer "como Cristo amó a la Iglesia", hasta dar la vida si es preciso. Y a la mujer, esta sujeción la obliga a "reverenciar a su marido" (Ef. 5,33), o sea, debe —con su palabra y ejemplo— considerar al esposo en el lugar que le corresponde y hacer que sus hijos se den cuenta de ello.

Pero hoy día vemos, que si sigue a este paso la llamada "emancipación y liberación femenina", los hombres son los que van a pedir en sus trabajos la licencia pre- y post-parto.

Concluyendo: si en la familia cada uno ocupase su lugar y respetase el del otro, ¡cuánto se ganaría en paz, en cariño, en felicidad!

3º EN LOS HIJOS

Correlativa de la crisis de autoridad en los padres es la crisis de obediencia en los hijos.

Aquí también nos encontramos con toda una diabólica campaña para llevar a los hijos a la rebelión contra sus padres, tratando de liberarlos de la tutela paterna y materna. En modo particular, se busca exacerbar la independencia natural que los jóvenes comienzan a tener en la pubertad y primera adolescencia, para apartarlos totalmente de sus progenitores y captarlos para las ideas disolventes.

Conviene recordar que el adoctrinamiento subversivo y marxista no comienza en la Universidad, sino en los colegios secundarios —y antes, también primarios— aprovechando el fenómeno biopsicológico de la crisis de afirmación juvenil y de la originalidad del yo.

(Al cortarse los sagrados vínculos, de sangre y de afectos, el joven no sólo se halla indefenso frente a la agresión de ideologías subversivas, sino que sufre una profunda deformación en su personalidad. Y esto es explicable, porque según Santo Tomás, la familia es el **segundo útero**. Y así como el hombre necesita del primero para existir, ser alimentado, tener un "clima" propicio, estar protegido y desarrollarse, así también necesita normalmente de la familia para existir, para sobrevivir, para madurar como persona humana, para alimentar su espíritu con el aprendizaje de todas las virtudes, para no exponerse prematuramente a los peligros que acechan en la vida pública, en una palabra, para aprender a vivir y a amar.

Así como abortar es dejar a la persona en estado de feto, análogamente podemos decir que —salvo excepciones y sólo por razones justas— apartar prematura y totalmente a los hijos de sus padres es hacerlos abortar del segundo útero y condenarlos de por vida a ser fetos en el orden psíquico y afectivo. El elocuente testimonio de los delinquentes juveniles no hace sino confirmarlo.

Pero hay todavía una intención más aviesa. Una vez destruidos los lazos sagrados que unen al hijo con sus padres carnales, resulta

muy fácil destruir los lazos sagrados que unen al hijo de Dios por adopción con su Padre Celestial. La proyección de uno a otro caso se realiza incluso inconscientemente. Si un hijo no ama, no respeta, obedece ni honra al padre a quien ve, ¿acaso amará, respetará, obedecerá y honrará a Dios Padre, a quien no ve? (cf. Jo. 4,20).

También, como señala San Pablo, se puede recorrer el camino en sentido inverso, como en aquellos que, por negar a Dios, el mismo Dios los entrega "a su réprobo sentir que los lleva a cometer torpezas y a llenarse de toda injusticia", entre las que el Apóstol señala el ser "rebeldes a sus padres" y "desamorados" (Rom. 1,21; 28, 30-31). Ese será un pecado característico de los últimos tiempos (cf. 2 Tim. 3,1 y ss.).

Toda esta campaña contra la obediencia filial se concreta en cientos de **slogans** falaces, repetidos aquí y allá, en distintas formas, pero con idéntico fin. Algunos de ellos, entre muchos:

—**"Los padres son antiguos"**: cuando resulta que esto se explica, como dice Chesterton, "por el sencillo hecho material, perceptible aun para los intelectuales, de ser los hijos, por regla general, más jóvenes que los padres" (33), como ha ocurrido desde Adán y Abel hasta nuestros días, y como ocurrirá hasta el último hijo...

—**"Los padres no comprenden a sus hijos"**: generalmente los comprenden mucho mejor que ellos a sí mismos, ya que tienen más experiencia y gracia de estado para ello.

—**"Los padres tienen que cambiar"**: lo que significa, más o menos, que deben obedecer a sus hijos y convertirse en muchachitos, como esos eternos Don Fulgencios, que luchan denodadamente a fuerza de masajes, dietas, tinturas y cremas para ser más jóvenes y más modernos que sus hijos, rodeándose de cierto aire de despreocupación y ligereza propias de los jóvenes, cuando, en realidad, viven obsesionados por la aguja de la balanza y por el insobornable espejo denunciador de arrugas.

—**"Los padres mandan cosas injustas"**: esto se dice generalmente cuando les mandan algo que los hijos no quieren obedecer, olvidándose del consejo de Martín Fierro:

"Obedezca el que obedece
y será bueno el que manda" (34).

(33) CHESTERTON, *La superstición del divorcio*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1966, p. 25.

(34) José HERNANDEZ, *Martín Fierro*, estrofa nº 1.164, ed. C. Garrido, Bs. As., 1973, p. 251.

Defectos de los padres

—En nada excusa de los deberes filiales el hecho de que los padres no tengan **estudios** primarios o secundarios: muchos no tuvieron la posibilidad de hacerlo y quienes se avergüenzan de sus padres deberían recordar siempre que si ellos saben algo se lo deben al sacrificio de sus padres.

—Otros se avergüenzan de sus padres porque son **pobres**: olvidan que en la vida todos no tienen las mismas posibilidades ni los mismos talentos y que la pobreza digna es una gran riqueza.

—Otros tienen la desgracia de tener padres **viciosos** (alcohólicos, jugadores, mujeriegos, etc...); en vez de denigrarlos, harían mucho mejor en ayudarlos y observar lo que hacen de malo para no caer ellos mismos en esos vicios el día de mañana.

—Otros tienen a sus padres **peleados** entre sí: en lugar de despotricar contra ellos y sacar ventaja de tal situación —obteniendo permisos, regalos, etc. de uno o de otro—, deberían ser el vínculo de la paz, rezando mucho a Dios y pidiéndole que los una nuevamente en el amor (conocí a un joven que rezó durante más de ocho años, pidiendo esa gracia que parecía imposible, y Dios le concedió a sus padres muchos años de estable y feliz concordia). Es un gravísimo error empujar a los cónyuges a la separación para que no den mal ejemplo con sus peleas a los hijos. Salvo casos excepcionales, mucho más mal les hace a los hijos el saber que sus padres están irremediablemente separados. Mientras estén juntos, aunque peleados, siempre les queda a los hijos la esperanza de que algún día comiencen a quererse bien.

—Los que tienen a sus padres **separados**, luchen por no guardar rencor en su corazón. Antes que juzgarlos, trabajen en la virtud para ser buenos padres el día de mañana, teniendo la certeza que las desavenencias de los padres no se heredan, porque, si bien condicionan, no determinan.

La desobediencia a los padres

Las consecuencias para quienes desobedecen a sus padres son muy graves, porque se oponen a Dios, al no cumplir su Voluntad, expresada en el cuarto mandamiento de su santa ley, y, por lo tanto:

—no se santifican;

—se les va llenando el corazón de resentimiento contra sus padres, contra la sociedad y contra el mismo Dios;

—viven mezquinamente, sin grandeza de alma;

—son egoístas e ingratos para con el amor más desinteresado que existe: el de los padres;

—se incapacitan para ser buenos padres el día de mañana; y

—se convierten en los eternos frustrados.

De ahí que Nuestro Señor no dejó de recordar el precepto de los antiguos:

“Quien maldijere a su padre o a su madre, sea muerto”.
(Mt. 15,4).

Y San Pablo:

“Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto es agradable al Señor” (Col. 3,20; cf. Ef. 6,1; I Tim. 5,4; etc.).

El único límite que tiene la obediencia a los padres es la voluntad de Dios, puesto que se debe “obedecer a Dios antes que a los hombres” (Act. 5,29), debiendo los padres abstenerse de mandar aquello que sea pecado grave, o intentar torcer una vocación divina, etc.

IV. LA NATALIDAD

El verdadero amor conyugal —reflejo del amor de Dios— es plenamente humano, total, fiel, exclusivo y fecundo, y exige por tanto a los esposos

“una conciencia de su misión de **paternidad responsable** (paternitatem consciam)”,

como enseña Pablo VI en la encíclica “Humanae Vitae” (35).

Paternidad responsable es un concepto que implica cuatro aspectos interrelacionados; respecto a:

—los procesos biológicos

—las tendencias del instinto

—las condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales

—el orden moral objetivo.

1º EN RELACION A LOS PROCESOS BIOLÓGICOS

La paternidad responsable significa conocimiento y respeto de las funciones biológicas.

(35) Marcelino ZALBA, S. J., *Regulación de la natalidad*, BAC, Madrid; 1968, nº 10, p. 31.

2º EN RELACIÓN A LAS TENDENCIAS DEL INSTINTO

La paternidad responsable comporta el dominio necesario que deben ejercer la razón y la voluntad sobre el instinto y las pasiones, sujetándolas y dirigiéndolas convenientemente: en esto se distingue el hombre de los animales irracionales.

Por el santo Bautismo, el cristiano participa de la Realeza de Cristo Rey, lo que "connota una razón de dominio" (36) sobre sí mismo, al darle poder para triunfar sobre el pecado, dominar los incentivos de la carne y gobernar su cuerpo y su alma. Por aquí debe comenzar a ejercer su señorío, su reyecía, sometiendo su cuerpo a su alma y su alma a Dios, y así reinará espiritualmente sobre los demás hombres, incluso sobre los que tienen poder y autoridad y aun sobre los que abusan de ésta; y reinará sobre el mundo y sobre el Demonio.

3º EN RELACIÓN A LAS CONDICIONES FÍSICAS, ECONÓMICAS, PSICOLÓGICAS Y SOCIALES

Sobre la paternidad responsable estas condiciones "pueden influir en sentidos opuestos: unas veces estimulando a una generosa fecundidad; otras, decidiendo, por graves motivos, la restricción de nacimientos" (37), siempre dentro de la ley moral.

Es decir: la paternidad responsable NO ES SÓLO evitar legítimamente nuevos nacimientos, sino TAMBIÉN "tener una familia numerosa" (Humanae Vitae, nº 10), en contra de lo que pregonan y difunden a los cuatro vientos los medios de comunicación social y algunos clérigos.

Dos condiciones para la licitud de la limitación

Para que sea lícito evitar nuevos nacimientos "por algún tiempo o por tiempo indefinido" (Hum. Vitae nº 10) deben reunirse, como condición sine qua non, dos requisitos:

- a) Esa decisión debe ser tomada por "graves motivos" (Hum. Vitae nº 10), o razones "plausibles" o motivos "justos" (Hum. Vitae nº 16).

Entre estos motivos no se hallan, evidentemente, el cuidar la silueta, el tener tiempo para jugar a la canasta o la falta de lugar en el coche...

(36) Julio MEINVIELLE, *Iglesia y Mundo Moderno*, Ed. Theoria, Bs. As., 1966, p. 22.

(37) Marcelino ZALBA, S.J., o.c., p. 162.

- b) La restricción de los nacimientos debe siempre "hacerse en el respeto del orden establecido por Dios" (Hum. Vitae nº 16) "en el **respeto de la ley moral**" (Hum. Vitae nº 10), es decir, recurriendo a los períodos infecundos, porque "la Iglesia... enseña que todo acto matrimonial (quilibet matrimonii usus) debe quedar abierto a la transmisión de la vida" (Hum. Vitae nº 11).

Faltando cualquiera de estos dos requisitos, la regulación de la natalidad es gravemente inmoral.

La bendición de las familias numerosas

Es un grave error creer, como sostienen muchos modernistas y y progresistas, que la Iglesia considera irresponsables a quienes tienen una familia numerosa.

Toda la Sagrada Escritura, desde el "Creced y multiplicaos" del Génesis hasta el Nuevo Testamento, está llena de "numerosos textos que exaltan la fecundidad de la familia y aseguran a las familias numerosas la asistencia continua de la Providencia" (38).

El Concilio Vaticano II alaba especialmente a los cónyuges que son generosos en la transmisión de la vida, con las siguientes palabras:

"...son dignos de mención muy especial los que de común acuerdo, bien ponderado, aceptan con magnanimidad una prole más numerosa para educarla dignamente" (39),

y remite en nota a la hermosa alocución de Pío XII "Tra le visite", del 20-1-58, dirigida a las familias numerosas, de las cuales dice, entre otras cosas, que son

"...las más bendecidas por Dios, predilectas y estimadas por la Iglesia como preciosísimos tesoros... la historia no yerra cuando pone en la inobservancia de las leyes del matrimonio y de la procreación la causa primera de la decadencia de los pueblos... en los hogares donde hay siempre una cuna que se balancea florecen espontáneamente las virtudes... la familia numerosa bien ordenada es casi un santuario visible... son los planteles más espléndidos del jardín de la Iglesia en los cuales como en terreno favorable, florece la alegría y madura la santidad..." (40).

(38) Cardenal OTTAVIANI, 29-10-64, cit. en "Permanences", Paris, nº 19, abril 1965, p. 84.

(39) CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, nº 50.

(40) LÓPEZ M., OBIGLIO, PIERINI y RAY, *Pío XII y las Ciencias Médicas*, Ed. Guadalupe, Bs. As., 1961, pp. 313-318.

Por ello, dice muy bien el conocido apolo­gista católico P. Raúl PLUS, S. J.:

"Mejor aún que determinar los medios —incluso lícitos— para limitar los nacimientos, resulta examinar a conciencia las **razones que aconsejan una descendencia numerosa**. Razones de **caridad**:

1º: **Para con los hijos**: dependientes de que los padres los puedan llamar o no a la vida, y en consecuencia, a la eternidad;

2º: **Para con la Iglesia**: a la que debe procurarse dar la mayor cantidad de bautizados posible, entre los que podrían contarse, si Dios lo quiere, almas elegidas y también sacerdotes, en un mundo en que escasean tanto;

3º: **Para con la Patria**: a la cual se le brindan ciudadanos que podrían conquistarle esplendor y progreso" (41).

Es una aberración el poder tener hijos y no querer tenerlos. ¡Cuántos sacrificios para poder tenerlos hacen las mujeres que no los pueden tener! ¡Y las que podrían, los rechazan!

Aún más incomprensible es el caso de quienes ya tienen hijos hermosos, sanos, buenos y fuertes, y se niegan a traer otros hijos al mundo. Si uno les preguntara: "¿A cuál de sus hijos sacrificarían?", prontamente responderían: "A ninguno. Antes doy mi vida, con tal que conserven la suya". Y sin duda muchas madres son capaces de tal heroísmo, pero ¿cómo no se dan cuenta que están **sacrificando** anticipadamente a los hijos que deberían venir si no fuese por su falta de generosidad? ¡Cuántas mujeres andan por ahí, neuróticas o histéricas, por no querer ser madres, pudiéndolo!

Excusas para limitar la natalidad

Son numerosas las excusas que se invocan, o se inventan, para justificar el control de la natalidad. Recordemos algunas:

— **La avanzada edad**: se olvida que los hijos de la edad madura son los que traen más alegría a los padres: ¡son los benjamines!

— **El problema económico**: se olvida que muchas familias de obreros están llenas de hijos sanos, fuertes y educados.

(41) Raúl PLUS, S.J., *Cristo en la Familia*, Ed. Excelsa, Bs. As., 1953, p. 74.

— **La educación**: se olvida que es posible educarlos bien a todos, pues, como dice Pío XII

"el número de hijos no impide su egregia y perfecta educación" (42).

Sirvan de prueba las muchas familias numerosas que han sido cuna de santos:

— San Francisco Javier	:	6 hermanos; (fue el último);
— San Bernardo	:	7 hermanos;
— Santa Teresita de Lisieux:		9 hermanos; (fue la última);
— Santa Teresa de Jesús	:	9 hermanos;
— San Luis, rey de Francia	:	10 hermanos;
— San Pío X	:	10 hermanos;
— San Roberto Belarmino	:	12 hermanos;
— San Ignacio de Loyola	:	13 hermanos;
— San Pablo de la Cruz	:	16 hermanos;
— Santa Catalina de Siena	:	25 hermanos; (¡fue la penúltima!).

Y muchos otros "que no hubieran venido al mundo para gloria de Dios y de su Iglesia si sus padres no hubiesen aceptado una paternidad generosa" (43).

El problema de la natalidad en la Argentina

Si lo anterior vale para los católicos distribuidos por los cuatro puntos cardinales del mundo, con mucha mayor razón debe valer para los católicos argentinos.

En efecto, las cifras no mienten y revelan una realidad aterradora:

— **La tasa de natalidad** por 1000 habitantes, para todo el país, bajó del 36,4 en 1914 al 20,9 en 1970

— **El crecimiento anual medio** por 1000 habitantes, para todo el país, bajó del 20,9 en 1914 al 13,7 en 1970

(42) LÓPEZ M., OBIGLIO, PIERINI y RAY, o.c., p. 318.

(43) Marcelino ZALBA, S.J., o.c., p. 164.

(44) Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas 1970, I.N.E.C., pp. 10-11.

—Excepto Uruguay, la Argentina es el país de América Latina con **menor porcentaje de crecimiento anual medio: 1,5 (45).**

—Las **pirámides de población** de la zona de Capital Federal traen la forma de una **urna funeraria** —signo gravísimo, ya que esta forma es típica de las regiones en franca decadencia.

Así, por ejemplo, en la población de ambos sexos por grupos de edad al 31-12-75, el número calculado de niños de 5 a 9 años: 166.000 es superado por **todos** los otros grupos de edad, inclusive por los de 60-64 años, calculado en 186.000. Es decir, los de 60-64 años superan en 20.000 a los de 5-9 años... (46).

Después de analizar estas cifras, no puede dejar de causar indignación que en la Argentina se permita la publicación de libros como "Argentina Superpoblada" del anarco-comunista español Martín SAGRERA, nacionalizado argentino y actualmente radicado en Venezuela, quien pretende demostrar la peregrina tesis de la "superpoblación" argentina (47).

Como antecedente de este anarquista, baste señalar que es autor de obras con tan sugestivos títulos como "El mito de la maternidad" y "El aborto, crimen o derecho", donde defiende el crimen del ABORTO como

- "algo imprescindible de la paternidad responsable";
- "un elemento indispensable de la contracepción";
- ya que "el aborto de suyo no es nada que sea éticamente malo porque no implica ningún daño a terceros pues no existen terceros" (48).

Habría que preguntarle si sostendría lo mismo, si el "tercero no existente" hubiera sido él...

La razón última: falta de confianza en la Providencia y espíritu de comodidad

Las más de las veces no se quiere tener más hijos por falta de

- (45) Naciones Unidas, Demographic Yearbook 1968, New York; Boletín Demográfico, año II, nº 4, Santiago de Chile, 1969; cit. en Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas 1970, I.N.E.C., p. 7.
- (46) Serie Informativa Demográfica, I.N.E.C., p. 38.
- (47) Martín SAGRERA, *Argentina superpoblada, la inflación poblacional argentina y los traficantes de hombres*, Libros de América, Bs. As., 1976, 224 pp.
- (48) MARTÍN SAGRERA, entrevista en Lima, Perú, 1975, ad instar manuscrito.

confianza en la Divina Providencia y por falta de espíritu de sacrificio.

—Desconfianza en esa **Providencia**, cuya certeza nos consta por boca de Nuestro Señor Jesucristo:

"No andéis acongojados, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o con qué nos vestiremos?

Los paganos se preocupan por todo eso... Buscad primero el Reino de Dios y su justicia; y **todas** las demás cosas se os darán por añadidura" (Mt. 6,31-33).

—El espíritu mundano aborrece el **sacrificio** y lleva a muchos padres y madres a buscar sus comodidades, placeres, diversiones y vacaciones a costa de aquellos seres que podrían y que deberían venir a la existencia, pero que, por culpa del egoísmo de estos padres, nunca superaron el estado de mera posibilidad.

4º EN RELACIÓN AL ORDEN MORAL OBJETIVO

La paternidad responsable comporta una vinculación profunda con el orden moral objetivo, no quedando libres los esposos para proceder arbitrariamente en su misión de transmitir la vida. En este punto, la encíclica de Pablo VI vuelve a rechazar de plano y absolutamente la ya condenada teoría progresista de la "moral de situación" (Hum. Vitae Nº 10).

FECUNDIDAD Y DEMONIO

Merece señalarse, finalmente, que Satanás, a través de los siglos, ha suscitado numerosas herejías —gnósticos, maniqueos, albigenses, cátaros, valdenses, laicistas, marxistas, etc.— que, en sus diversas variantes, atentaron y atentan contra la naturaleza del matrimonio, imputando como malo el uso fecundo del sexo. La posición católica es muy distinta: sólo condena el mal uso del sexo, es decir, la fornicación, la sodomía, la masturbación, el onanismo conyugal, etc.

Satanás y sus ángeles, en su campaña antinatalista, obran por envidia:

"Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sab. 2,24),

y porque

"no guardaron su trono y abandonaron su propio domicilio" (Jud. 6),

son acérrimos enemigos de la fecundidad humana, que engendra los hombres y mujeres que los suplantarán en los tronos de los que fueron expulsados.

Todo es poco para Satanás y sus ángeles caídos, en el perverso intento de impedir la perpetuación de la carne humana, esa carne de la que nace Cristo, que posee con Él su Cuerpo Místico —la Iglesia Católica— y de la que se alimentan sus miembros en la Sagrada Eucaristía, esa carne humana que un día resucitará gloriosa e inmortal.

Finalmente, los demonios tienen la loca pretensión de impedir que se complete "el número de los elegidos" (cf. Apoc. 6, 11), para que los hombres no ocupen los tronos que ellos perdieron en el Cielo, y de esta manera, demorar la hora en que definitivamente, sin poder ya dañar a los hombres, sean

"arrojados en el estanque de fuego y azufre, donde... serán atormentados, día y noche, por los siglos de los siglos" (Apoc. 20,10).

V. EL AMOR

Uno de los frutos perversos de la sociedad revolucionaria-burguesa, llevado a la exacerbación por la propaganda en la sociedad marxista, es la desjerarquización de todo y de todos, nivelando todas las cosas por el mismo rasero.

Este plebeyismo, negador de toda distinción y señorío, enemigo de toda sana jerarquía, se ha introducido también en el corazón de nuestras familias y, sobre todo, en aquello que constituye su quinta-esencia: el amor.

Tal plebeyismo produce un igualitarismo ramplón, que lleva todo amor a su ruina, al pretender rebajarlo a un común denominador.

Este ataque destructor de las familias es aún más grave cuando se cae no sólo en una malsana chatura **ajerárquica** en el amor —v. gr., amando al esposo y a los hijos en un mismo plano de igualdad— sino en la pendiente inclinada de una escala de amor **antijerárquica** —v. gr., olvidándose del esposo, por amor a los hijos...

Por el contrario, cuando el amor es verdadero viene de Dios, y todo lo que viene de Dios "es ordenado" (Rom. 13,1). Por lo tanto si el amor es verdadero, debe ser necesariamente ordenado, es decir,

debe darse, como enseña San Agustín, una "**jerarquía en el amor**" (49). Una madre no debe tener el mismo grado de amor a su esposo, a sus hijos, a su padre o a su cuñada.

Esta jerarquía del amor en la familia está dada por la razón de bien y por el grado de unión.

—Por la **razón de bien**, los **padres** ocupan un lugar de privilegio en el amor de la familia, por ser el origen natural de los hijos, a los que después de Dios les deben el ser. Se les debe sumisión, amor y respeto porque "**somos de su carne**".

—Por el **grado de unión** del amado con el amante, sin embargo, ha de ser más amado el propio **cónyuge**, "ya que **son dos en una sola carne**" (Mt. 19,6). Por eso,

"la esposa es más intensamente amada, pero a los padres se les debe un respeto mayor" (50).

—Luego, debe seguir en intensidad el amor a los **hijos**, porque son una prolongación de los padres: "**son carne de la carne de sus padres**". El hijo es más allegado a los padres, por ser parte de ellos, y éstos los han amado más tiempo.

Se debe evitar la inversión en el orden de estos amores. Hay mujeres que parecieran haberse casado con sus padres o con sus hijos y no dan al marido el primer lugar que le corresponde. Esto puede ser motivo para que el esposo se encuentre más feliz en el bar con sus amigotes que en la casa con su familia.

Estos amores desordenados atentan contra la realidad misma de la vida, ya que los hijos normalmente se casan y deben formar su hogar, mientras que el esposo es quien debe permanecer junto a su esposa, hasta que la muerte los separe.

—Luego, viene el amor de los **hermanos**: "**somos de la misma carne**". Y finalmente, los demás **parientes**.

El amor a Dios, fuente del amor familiar

Pero esta jerarquía en el amor exige, para que sea verdadera, que Dios sea el primero y absolutamente amado por sobre todas las cosas:

- por ser Quien es;
- porque es el principio de nuestra eterna bienaventuranza;

(49) cit. por Pío XI, Casti Connubii, o.c., p. 1238.

(50) SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, II-II, 26, 11, c.

—porque es la infinita bondad,
y, en fin,

—porque **"comemos de su Carne"** (cf. Jn. 6,54), transformándonos en Él, y no hay mayor unión que ésta, en la que el hombre, sin dejar de ser tal, se deifica.

Este amor a Dios

"basta que sea mayor **objetiva** y **apreciativamente**, o sea, según la elección de la voluntad (anteponiendo el amor a Dios a otro cualquiera en conflicto con él) y según la estima intelectual (reconociendo que Dios es absolutamente primero y más digno objeto de nuestro amor)... Por eso no es obstáculo al perfecto amor de Dios (objetivo y apreciativo), que amemos más a nuestros parientes o amigos **subjetiva** y **sentimentalmente**. Los santos, sin embargo... sienten que le aman más que a nadie, incluso **subjetivamente**" (51).

La falta de este amor a Dios, "con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas" (Mc. 12,30), es la primera y principalísima causa de los fracasos matrimoniales.

Cuando Dios es el "convidado de piedra" en el hogar, poco a poco se volverán "de piedra" (cf. Ez. 26,26) también los corazones de sus miembros.

En cambio, cuando todos los integrantes de la familia cumplen ese "primer y mayor mandamiento" (Mt. 22,38),

no hay problema sin solución,
no hay día sin alegría,
no hay obra sin mérito,
no hay cruz sin consuelo,
no hay trabajo sin satisfacción.

REFLEXIONES FINALES

Nos ha tocado vivir en un mundo especialmente corrupto y corruptor de la familia, y puede ser que, al paso que vamos, aún aumente más su poder destructor de la misma.

Debemos luchar a brazo partido para que la degeneración, el pansexualismo, la inmoralidad, la pornografía, el erotismo, dejen de tener carta de ciudadanía en nuestra Patria.

No sabemos si, a corto plazo, triunfaremos en el nivel nacional, pero sí sabemos que podemos y debemos comprometer todas nuestras

(51) Antonio ROYO MARÍN, O.P., *Teología de la Caridad*, BAC, Madrid, 1963, p. 130.

energías para que los enemigos tradicionales de la familia católica — célula de la sociedad e Iglesia doméstica —, no destruyan la nuestra. Y esto está en nuestro poder, con la gracia de Dios, que no nos ha de faltar.

Debemos decidarnos, sin ningún temor, a convertir nuestras familias en bastiones inexpugnables. En general, no depende directamente de nosotros limpiar la Patria y la Iglesia de las lacras que la afean, pero sí depende de nosotros el defender a capa y espada, contra todos los embates, esa trinchera vital que es cada uno de nuestros hogares católicos.

Dios nos ayudará si hacemos lo que depende de nosotros. Para ello creemos necesario dos cosas.

a) En primer lugar, **conocer, desenmascarar y refutar a los enemigos tradicionales de la familia católica.**

Los Romanos Pontífices, que han reconocido y marcado a fuego a estos enemigos, los han estigmatizado con estas palabras:

1. EL LAICISMO, que con sus "leyes impías... (ha profanado) la dignidad del matrimonio cristiano" (52).
2. EL COMUNISMO y el SOCIALISMO, cuyo objeto principal es "manchar y depravar con los errores más perniciosos y toda manera de vicios, el alma tierna y dúctil de los jóvenes" (53), en base a cuyos principios "es preciso que se relaje la potestad del padre sobre la prole y los deberes de la prole para con el padre" (54), privando "a la persona humana de toda dignidad y de todo freno moral contra el asalto de los ciegos instintos" (55).
3. La MASONERÍA, que ha buscado quitar a la familia "su base y constitución religiosa, proclamando el así llamado matrimonio civil... (y la enseñanza) totalmente laica" (56).
4. El INDIFERENTISMO RELIGIOSO y la INCREULIDAD MODERNA, que hacen sentir a las familias "las torturantes consecuencias" (57).
5. La VIDA LICENCIOSA, causa de que muchas veces se haya "olvidado el honor en que debe tenerse a la autoridad paterna" (58).

(52) LEÓN XIII, *Inscrutabili Dei consilio*, o.c., p. 221.

(53) PÍO IX, *Quanta Cura*, o.c., p. 157.

(54) LEÓN XIII, *Quod Apostolici Muneris*, o.c., p. 228.

(55) PÍO XI, *Divini Redemptoris*, o.c., p. 1484.

(56) LEÓN XIII, *Ab Apostolici Solii*, o.c., p. 411.

(57) LEÓN XIII, *Vigesimo quinto anno*, o.c., p. 652.

(58) PÍO XI, *Ubi arcano Dei*, o.c., p. 1005.

6. EL DESEO INMODERADO DE PLACERES, que "es la peste más funesta que se puede pensar para perturbar las familias" (59).
7. EL ESTATISMO, del que se derivan los serios peligros del "desconocimiento, de la disminución y de la progresiva abolición de los derechos propios de la familia" (60).
8. EL NATURALISMO ECONÓMICO o LIBERALISMO, por obra del cual "la convivencia familiar tiende gradualmente a desaparecer" (61) y que al abonar salarios insuficientes impide que "le alcance (al trabajador) para llevar una vida humana digna y para afrontar convenientemente las responsabilidades familiares" (62).
9. La MODERNA FILOSOFÍA, que hace que algunos "trabajen con todas sus fuerzas para que no solamente los individuos, sino también las familias y la sociedad entera, desprecien soberbiamente el imperio de Dios" (63).
10. EL ONANISMO CONYUGAL, porque usar de las relaciones matrimoniales "destruyendo su significado y su finalidad, aun sólo parcialmente, es contradecir la naturaleza del hombre y de la mujer y sus íntimas relaciones, y, por lo mismo, es contradecir también el plan de Dios y su voluntad" (64).
11. El CINE, en cuya pantalla no pocas películas se presentan "de acuerdo con la ironía y el escepticismo hacia la institución tradicional de la familia, exaltando sus extravíos y, sobre todo, lanzando sutiles y frívolos desprecios a la dignidad de los esposos y de los padres" (65); presentando una concepción inmoral del matrimonio que "ha quitado al hombre el respeto por la mujer y a la mujer el respeto por sí misma" (66).
12. La TELEVISIÓN, que por amenazar "los diques saludables con los que la sana educación protege la tierna edad de los hijos" (67), de tal manera destruye que "no se podría imaginar cosa más fatal para las fuerzas espirituales... que puedan sacudir y arruinar para siem-

(59) PÍO XI, *Ubi arcano Dei*, o.c., p. 1007.

(60) PÍO XII, *Summi Pontificatus*, o.c., p. 1543.

(61) JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, o.c., p. 2381.

(62) JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, o.c., p. 2393.

(63) LEÓN XIII, *Arcanum Divinae Sapientiae*, o.c., p. 248.

(64) PABLO VI, *Humanae Vitae*, n.º 13.

(65) PÍO XII, *El film ideal*, o.c., p. 1464.

(66) PÍO XII, discurso 22-3-42, o.c., p. 1446.

(67) PÍO XII, *Miranda Prorsus*, o.c., p. 2175.

pre toda una construcción de pureza, de bondad y de sana educación individual y social" (68).

Agregamos nosotros: ¿Habrá algo que exalte más la codicia, la ira, la comodidad, el mundanismo, la venganza, la impureza y la violencia — vicios todos diametralmente opuestos al espíritu de las bienaventuranzas evangélicas — que la televisión en particular y los medios de comunicación social en general? Hoy, muchos hijos ven y oyen más a la TV que a sus padres. Así saldrán: serán hijos... de la TV.

Debemos defender nuestras familias de todos estos **sus enemigos** que, por muy grandes, poderosos y extendidos que sean, nunca podrán más que Dios:

"Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Rom. 8,31).

Aunque nos tocase vivir en el tiempo del Anticristo, tenemos preparada la mejor defensa en la Pasión de Cristo, como enseña Santo Tomás de Aquino:

"Siempre los hombres tienen preparado por la Pasión de Cristo el remedio para defenderse de la maldad de los demonios, **incluso en el tiempo del Anticristo**. Si algunos descuidan valerse de este remedio, esto no dice nada en contra de la eficacia de la Pasión de Cristo" (69).

- b) En segundo lugar, dada la mayor influencia negativa que el mundo ejerce hoy día sobre nuestras familias, hay que **fortalecer e intensificar la tarea educativa**, mucho más que antes.

Por un lado, dando los padres **ejemplo** de vida cristiana auténtica — particularmente, con el cumplimiento del precepto dominical, la frecuencia de los sacramentos y la defensa de la sana doctrina —, ya que por lo general los hijos serán lo que los padres sean. Y es evidente que los padres que dan mal ejemplo

"no se atreven a corregir a los suyos de los pecados de que se reconocen reos" (70).

Por otro lado, educándolos con corrección y disciplina. De quienes descuidan este deber, dice San Alfonso:

"Aun cuando el padre o la madre viviesen devotamente y se dieran a continuas oraciones y a comuniones diarias, con todo,

(68) PÍO XII, *I rapidi progressi*, o.c., p. 2176.

(69) SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, III, 49, 2, ad 3m.

(70) SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Obras ascéticas*, BAC, t. II, p. 910.

si dan de lado la educación de los hijos, Dios pronunciará un día contra ellos sentencia de condenación" (71).

Los padres deben luchar para que sus hijos no frecuenten malas compañías:

"Las malas compañías corrompen las buenas costumbres" (1 Cor. 15,33).

Y controlar todo lo que se les enseña en los colegios, los libros que leen, los lugares que frecuentan.

Todo es poco, tratándose de la formación de quienes serán el futuro de la Patria y de la Iglesia.

Y así, en la más cumplida subordinación a la naturaleza y a los fines del matrimonio y familia católicos, hemos de promover en cada una de nuestras familias la sana autoridad paterna y materna, la generosidad en la transmisión de la vida, y el respeto a la jerarquía del amor, cooperando con la gracia dada en el santo sacramento del Matrimonio, que, al decir de San Roberto Belarmino:

"es como la Eucaristía, que no solamente es sacramento mientras se confecciona, sino todo el tiempo que permanece" (72).

En este difícil tiempo de la historia de la Iglesia y de la Patria, cada una de nuestras familias debe comprometer su honor en no conculcar ninguno de los principios cristianos, forjadores de las gestas más grandes y más nobles de que el mundo tenga memoria, porque formaron todos los grandes santos, de los cuales "el mundo no era digno" (Héb. 11,38).

No tengamos ningún temor. La Santísima Virgen María, como otra en Caná de Galilea, está dispuesta a realizar uno y mil milagros si fuera necesario para el bien de nuestras familias y ha de alcanzarnos la gracia de Dios para que escuchemos y sigamos a Nuestro Señor Jesucristo, porque es el Único que tiene palabras de vida eterna.

P. CARLOS M. BUELA

(71) SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, o.c., p. 906.

(72) cit. por PÍO XI, *Casti Connubii*, o.c., p. 1258.

LOS MARTIRES DEL SIGLO XX *

En el Evangelio del domingo que precede a la Ascensión, el Señor dijo a sus discípulos: "Yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y déis fruto, y vuestro fruto permanezca" (Jn. 15,16). Los discípulos fueron los primeros mensajeros y testigos de Jesucristo. Por ser sus testigos, fueron perseguidos. Fueron los primeros mártires por Cristo. Donde mueren los testigos de Cristo, allí está su Reino y su Iglesia.

Jesucristo lo ha predicho: "No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a Mí, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15,20). "El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres y los matarán. Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre" (Mc. 13, 12-13).

Un siglo de mártires

En los primeros siglos de la Iglesia murieron muchos mártires por Jesucristo. El escritor romano Tácito habla de un "número ingente" (1). Pero en ningún siglo desde el nacimiento de Cristo se ha vertido tanta sangre de mártires como en el "preclaro" siglo XX que sin cesar está hablando de progreso y de humanidad.

Tampoco, desde hace dos mil años, en ningún otro siglo se ha dado muerte a tanta gente como en nuestro emancipado siglo. Recuerdo las dos guerras mundiales, las guerras raciales y civiles, los actos de violencia y terror en todo el mundo, la matanza de la vida en el seno materno. La vida humana no se aprecia en mucho. Los derechos humanos son pisoteados cada vez más, en más de cien Estados (2).

(*) Reciente Carta Pastoral del Arzobispo de Colonia.

(1) "ingens multitudo": Publius Cornelius Tacitus, "Annales", lib. XV, 44, 4.

(2) Cf. Willem A. Veenhoven, "Case Studies on Human Rights and Fundamental Freedoms. A World Survey" (tomo I y II, La Haya, 1975). En ambos tomos se encuentran numerosos y extensos informes sobre la

Fidelidad a toda prueba

Mas en esta carta pastoral no quiero hablar del desprecio de la dignidad humana en general, sino de la persecución de los cristianos. El Papa Pablo VI ha hablado del "drama de la fidelidad a Cristo": "Numerosos fieles" son "oprimidos sistemáticamente con violencia, sólo porque son cristianos, porque son católicos", "privados de sus derechos, perseguidos y excluidos" por una persecución anticristiana que pretende "disimularse" con declaraciones generales sobre los derechos del hombre (3).

"Los enemigos de la Religión, declara el Concilio Vaticano II, cuando logran apoderarse en cualquier parte del poder, atacan con violencia la religión y propagan el ateísmo, incluso recurriendo —sobre todo en la educación de la juventud— a todos los medios de presión de que dispone el poder público" (4).

La persecución en los países comunistas

En **China** se persigue a los cristianos de la forma más terrible, acosados hasta el exterminio. Con especial crueldad se desencadena la persecución de los cristianos en **Albania**. Se ha destruido la mayor parte de las iglesias y mezquitas, o se destinan a otros fines. En el año 1972 se fusiló al sacerdote católico Stephan Kurti porque en el campo de concentración bautizó a un niño, a ruegos de la madre (5). En 1973 había en toda Albania sólo 14 sacerdotes católicos; todos ellos, menos uno, se encuentran en campos de concentración. En el proyecto de la nueva Constitución, que debe sustituir a la que se halla vigente desde el 14 de marzo de 1946, se prohíbe reconocer cualquier religión.

En la Europa oriental comunista, la situación varía según el país; pero en todas partes se persigue y oprime a los cristianos, ya sean ortodoxos, uniatas, protestantes o católicos, en sobrecolector ecumenismo de común sufrimiento. Con especial frenesí actúa el terror en **Checoslovaquia**, sobre todo desde el final de la primavera de Praga, donde se estrangula cada vez más la acti-

situación en la Unión Soviética, Albania, Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumania, Yugoslavia, República Democrática Alemana, Checoslovaquia, China, Latinoamérica, Pakistán, Sudáfrica, etc.

(3) Carta apostólica "Evangelii nuntiandi" del Papa Pablo VI, 8 de diciembre de 1975.

(4) "Gaudium et spes", 20.

(5) Cf. "Christen in Risiko". Casa de jóvenes de Düsseldorf, 1975.

vidad pastoral de la Iglesia con toda clase de triquiñuelas administrativas. También **Hungría** está sufriendo en su Iglesia bajo la opresión del régimen; así, por ejemplo, se dificulta gravemente la ordenación de nuevos sacerdotes.

Incluso en **Polonia**, donde la inmensa mayoría del pueblo se mantiene fiel a su fe católica, y en donde las ordenaciones sacerdotales y profesiones religiosas son más numerosas que en ningún otro país del mundo (6), la Iglesia se ve fuertemente oprimida por las autoridades comunistas. El Primado de Polonia, Cardenal Wyszynski, declaró recientemente, ante decenas de miles de católicos, que era inaudito que el Estado estableciera "un programa de combate político contra la Iglesia", movilizándolo su poder para destruir la religión. "Ruego por aquellos —prosiguió el Cardenal— que han demostrado tanta brutalidad e irreverencia". "Señor, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc. 23,14) (7).

La Iglesia en **Corea del Norte** también se halla duramente oprimida, al igual que la de **Vietnam del Norte** y **del Sur**. En **Camboya** y **Laos** ha sido totalmente destruida. Los sacerdotes católicos son asesinados o expulsados. Y en **algunos Estados de África** la Iglesia se halla asimismo expuesta a las más graves vejaciones.

Es conocida la situación en la **República Democrática Alemana** (8). En abril de 1976, el obispo evangélico D. Albrecht Schönherr señaló con gran preocupación, la intención del Partido Comunista, que detenta el poder, de imponer el ateísmo a todos los ciudadanos. Con ellos, prosigue el obispo, "no queda ya garantizada la libertad de conciencia y de fe para aquellos ciudadanos que no se adhieren a la ideología del Marxismo-Leninismo". Con frecuencia se aconseja a los padres cristianos que, en aras de futuras perspectivas, retiren a sus hijos de la enseñanza religiosa (9).

(6) En Polonia aumentó el número de vocaciones sacerdotales, de 4.088 (1971) a 4.385 (1975); el número de ordenaciones sacerdotales, de 480 (1971) a 609 (1975).

(7) Véase el "Neuen Zürcher Zeitung", 21 de abril de 1976 y 22 de abril de 1976, y en KNA, 5 de mayo de 1976, núm. 104.

(8) En el año 1959, el Ministerio Federal del Interior dio orden de elaborar una documentación sobre la "Historia de la persecución política en la Alemania del Este". Como fruto de un intenso trabajo de investigación a lo largo de diez años, Karl Wilhelm Fricke compuso tres tomos con un total de 5.000 páginas, entregando en marzo de 1975 la obra al citado Ministerio. La obra se mantiene, desde entonces, bajo candado.

(9) "Evangelische Pressedienst ZA", núm. 80, 26 de abril de 1976, pp. 4 a 6.

Desde hace sesenta años, la **Unión Soviética** es el ejemplo y marcapasos de la persecución de los cristianos. El fundador de la Unión Soviética, Lenin, ha transformado la fórmula de Marx según la cual la religión es "el opio del pueblo" en la frase "la Religión es aguardiente ordinario" —mal aguardiente.

Con la religión "se idiotiza deliberadamente" a la gente. Quien cree en Dios, se mancha a sí mismo "de la peor manera" (10). Lenin considera a todas las Iglesias e Instituciones religiosas como cómplices de la reacción, como instrumento de negreros, señores feudales y capitalistas, como parte integrante de su superestructura ideológica. La lucha contra la religión forma parte esencial del marxismo ateo.

Ciertamente, el artículo 124 de la Constitución soviética dice: "La libertad de ejercicio de actos religiosos y la libertad para la propaganda antirreligiosa se reconocen a todos los ciudadanos". Pero lo que esta frase quiere decir en realidad me lo explicó personalmente un ruso soviético de la siguiente manera: "Fuera de los edificios de culto, la Iglesia no puede hacer nada y dentro de ellos no todo". Mientras que la propaganda atea recibe todo el apoyo por parte del Estado y del Partido, a la Iglesia le está vedado proclamar abiertamente su fe (11). La nueva Ley sobre la religión del 23 de junio de 1975 no acepta ni permite ya "la influencia religiosa de los padres sobre sus hijos". Los padres que, a pesar de todo, lo siguen haciendo, son castigados. Asimismo le está prohibido a la Iglesia todos los servicios caritativos y sociales. Mediante esta nueva Ley, todas las corporaciones religiosas y cada uno de los fieles quedan sometidos en forma muy estricta al control estatal.

Los edificios eclesiásticos y objetos de culto son propiedad del Estado. Si por lo menos veinte personas se comprometen a conservar una iglesia, el Estado la alquila a este grupo. El sacerdote es su empleado y recibe una boleta de registro, sin la cual no puede celebrar ningún culto.

Desde 1917 han sido asesinados en la Unión Soviética decenas de miles de sacerdotes, religiosos y fieles, por causa de su fe (12).

(10) Cf. René Fülöp-Miller, "Geist und Gesicht des Bolschewismus", 1926, 1926, pp. 10 ss.

(11) Cf. Nikita Struwe, "Les Chrétiens en URSS", París; Dimitri Konstantinow, "Die Kirche in der Sowietunion nach der Kriege. Entfaltung und Rückschläge", München-Salzburg, 1973.

(12) Lenin persiguió cruelmente a la Iglesia. La persecución bajo Stalin fue aún más cruenta, ya que Stalin tampoco procedía con remilgos cuando

De las 79.767 iglesias y capillas ortodoxas que existían en Rusia en 1914, había en 1973 tan sólo 7.500. En la capital, Moscú, se hallan abiertas al público aún 26 iglesias ortodoxas, que sirven de atracción turística. De los 57 seminarios de la Iglesia ortodoxa existen actualmente tres. De los numerosos seminarios católicos que había en Rusia, Estonia, Letonia y Lituania antes de la primera guerra mundial, queda tan sólo uno en Lituania.

Resulta significativo que aquellos Estados que persiguen al cristianismo no digan cuántos sacerdotes y fieles han sido muertos, cuántos se retienen en cárceles e instalaciones especiales psiquiátricas, cuántos viven en el exilio, cuántas iglesias han sido destruidas o cerradas, a cuántos jóvenes que aspiraban a ingresar en los Seminarios les ha sido vedada la entrada. La injusticia y la mentira temen la luz.

Solidaridad con la Iglesia de los Mártires

Hermanas y hermanos: os preguntaréis, ¿qué podemos nosotros hacer? ¿Acaso somos impotentes? Voy a daros tres directivas:

PRIMERO: Podéis ayudar a crear una opinión pública. A la persecución contra los cristianos llamadla por su propio nombre: persecución contra los cristianos; a la injusticia, injusticia; a la violencia, violencia. La opinión pública no carece de importancia incluso para los perseguidores de los cristianos.

En el año 1974 el Sínodo Episcopal de Roma, en el que participaron más de doscientos Obispos de todas partes del mundo, llamó abiertamente por su nombre a la rabiosa persecución de que en muchos países del mundo eran objeto los cristianos. En dicho Sínodo se protestó contra la "opresión ideológica y religiosa" que era usual en aquellos Estados, ya que el mundo occidental "se callaba muchas veces por temor a la opinión pública". Un Obispo de un país comunista declaró que los cristianos de allí debían vivir "con miedo y en la clandestinidad". La propaganda comunista trata de dar la impresión "por medio de organizaciones serviles" de que "el Estado comunista no combate a la religión", y en esa propaganda se ve también apoyada por cómplices del mundo occidental.

de vida humana se trataba. Cuando en el XX Congreso del Partido de la URSS, en febrero de 1956, Kruschev descubrió los crímenes de Stalin, indicando que "Stalin había mandado asesinar a 98 de los 139 miembros del Comité Central que fueron elegidos en el XVIII Congreso del Partido de 1934", se produjo entre los Delegados asistentes "emoción, preocupación y sobresalto" (véase Manfred Spieker, "Neomarxismus und Christentum", München-Paderborn-Wien, 1974, p. 48).

Admiramos el valor de esos hombres y mujeres que viven bajo el poder comunista y se atreven a oponerse públicamente contra sus opresores. En febrero de 1972, los católicos de Lituania elevaron un escrito al Secretario General del Partido Comunista de la URSS, Leonid Iljitsch Breznev, con 17.054 firmas. "Nosotros, los católicos de Lituania —dice esta carta—, lamentamos dolorosamente que hasta la fecha esté prohibida a nuestro pueblo la libertad de conciencia de los fieles y se persiga a la Iglesia. Los Obispos J. Steponavicius y V. Sladkevicius están deportados desde hace más de diez años, sin culpa ni juicio alguno, en un indefinido exilio". Dos de nuestros sacerdotes han sido encarcelados "porque a petición de los padres y en cumplimiento de sus obligaciones sacerdotales, han explicado a los niños los fundamentos de la fe católica", ayudándoles a "prepararse para la Primera Comunión" (13).

SEGUNDO: No olvidéis a la Iglesia perseguida. "Si un miembro padece, todos los miembros padecen con él", escribe San Pablo (1 Cor. 12, 26). ¿Nos dolemos realmente nosotros? Un Obispo de Eslovaquia, que ha pasado muchos años en prisión, nos pregunta: ¿Por qué veneramos aún en nuestros días a los mártires de los primeros tres siglos del Cristianismo y olvidamos los mártires del siglo XX? ¿Por qué silenciarnos hoy a los testigos actuales de la fe?... ¿Por qué llamamos a la Iglesia, cuyos testigos son, con el falso vocablo de "Iglesia del silencio", a pesar de que ésta no calla, sino que habla muy alto... a nuestra conciencia, clamando auxilio y protección? (14). El domingo 21 de septiembre de 1975,

(13) Padre Crisóstomo Dahm, "Millones en Rusia creen en Dios", Jestetten, 1972, pp. 274 ss. El Cardenal Frings escribió el 29 de mayo de 1973, también en mi nombre, a Breznev, que "no podía aprobar el comportamiento de las autoridades rusas con respecto al pueblo lituano" y rogaba "que se le devolviese la libertad religiosa, liberase a los dos Obispos encarcelados sin ninguna sentencia judicial, dando a los sacerdotes la posibilidad de educar cristianamente a los niños administrándoles los sacramentos, y no someter la vida práctica de las Iglesias cristianas a condiciones insoportables". La misma libertad religiosa la exigía también para "todos los demás católicos dentro de Rusia, pero también para todas las demás confesiones cristianas, ya sean ortodoxas o evangélicas". El Cardenal Frings no mereció siquiera una respuesta.

(14) Mons. Paolo Hnilica, S. J., "Martyrium und Martyrer heute", en "Deutsche Tagespost", 17 de marzo de 1976.

casi diez mil cristianos desfilaron silenciosamente por las calles de Zurich. Estaban conmemorando a los cristianos perseguidos y llevaban pancartas que decían: ¿"No oyes sus gritos"? (15).

De los hermanos que el 30 de octubre de 1932 fueron ordenados sacerdotes conmigo, uno estuvo encarcelado por su fe durante 15 años y otro durante 16 años. Un compañero de estudios, el cardenal Stepinac, sufrió prisión y exilio. Unos testigos de la fe que conozco personalmente muy bien, los cardenales Beran, Trochta, Mindszenty, Slipyj y Wyszynski (16), pasaron buena parte de su vida episcopal en campos de concentración y prisiones. Pero no se desanimaron. Resultaron victoriosos a pesar de su profunda impotencia interna y externa.

TERCERO: Incluyamos en nuestras oraciones a los cristianos perseguidos y a sus perseguidores. Desde muy antiguo, los tres días anteriores a la Ascensión del Señor son días de rogativas. Oremos al Señor para que, si es su voluntad, haga que pase el cáliz de nuestros hermanos y hermanas perseguidos; si no, que les dé fuerzas para soportar las tribulaciones y conservar la fe. Oremos también por sus perseguidores para que de entre ellos algún Saulo se convierta en Paulo.

Cada uno de nosotros ha de preguntarse: ¿El hecho de pertenecer a una Iglesia de mártires y confesores, influye en mi modo de vida? Os invito a considerar el segundo día de rogativas, no simplemente como día de ayuno y abstinencia sino como día de penitencia y abstinencia, en el cual, siempre que lo permita nuestra profesión, nuestro trabajo y nuestra salud, nos abstengamos de alimento, de alcohol y de tabaco. Así experimentaremos en nuestro propio cuerpo, al menos durante un solo día, lo que durante largos años están sufriendo nuestros hermanos y hermanas perseguidos.

María, reina de los mártires, ruega por nosotros.

CARDENAL JOSEPH HÖFFNER

Arzobispo de Colonia

(15) Cf. "Neuen Zürcher Zeitung", 22 de setiembre de 1975.

(16) Como Obispo confesor de la fe, el Cardenal Stephan Wyszynski pudo decir en una homilía del 9 de abril de 1974, en la iglesia de Santa Ana de Varsovia de forma muy convincente: "Ha llegado la hora de que también vosotros nos digáis a los Sacerdotes y Obispos, abiertamente: No queremos sacerdotes que no tengan el valor de apelar a nuestra voluntad de sacrificio".



MARIA DEL ADVIENTO Y MARIA DE LA NAVIDAD

En la vida espiritual que surge de recorrer el año litúrgico, no podemos separar el tiempo de Adviento del de la Navidad, que hará eclosión en la Epifanía de la revelación de Dios a todo el mundo. Sabemos bien que el Adviento tiene una doble cara: la que mira al pasado histórico de Cristo y la que nos dimensiona hacia la Parusía del Día del Señor.

Hoy, al escribir sobre nuestra Madre, la miraremos en su momento histórico, en ese tiempo de Dios y del hombre por el que caminó en orden a que su Hijo caminara.

María, en la liturgia de Adviento, nos prepara a una serie de actitudes que vemos en Ella una vez que Jesús ha nacido.

María-niña fiel se prepara a ser María-Madre fiel.

1. María en la anunciación

El evangelista Lucas (1,26-38) nos narra detalladamente lo que ocurrió a María cuando Dios la eligió expresamente: vocación y misión se vuelcan sobre la hija de Sión para hacer de ella una verdadera puerta hacia la nueva Alianza. Llega la plenitud de los tiempos. Estamos en la aurora de la salvación.

María recibe un saludo. Saludo de alegría: "¡Ave, María! Alégrate. Tú eres la llena de gracia y el Señor está contigo". Comienza el diálogo entre el cielo y la tierra.

Pero María es una niña. Una creatura pobre. Sabe sus límites. No alcanza a vislumbrar sino los comienzos del Misterio. Intuye que algo importante está sucediendo. Tiene sentido de la historia y su vida, fiel a la Palabra de Dios, se va tejiendo en acuerdo con dicha Palabra. Y la Palabra le habla de un plan. No entiende todo.

¡Quién puede entender "todo" el Misterio! Lo más importante, todavía está oculto. María se desconcierta, se turba, se cuestiona. Pero su desconcierto no la desespera, ni su turbación la desquicia. Se pregunta desde la fe. Se cuestiona para poder dar una respuesta como Dios la quiere. María es niña según la edad pero adulta según la fe. Niña en orden a la malicia pero adulta en lo que hace a la fidelidad al Padre y a crecer en sabiduría. Sí: María pregunta. María, la concebida

sin pecado y la que vivió sin pecado, se turba: su inteligencia no alcanza a comprender lo que se le anuncia.

El Enviado le da tranquilidad, pues la había perdido.

Cuando se le explicita la primera palabra y casi se le describe la figura del Hijo futuro, pareciera no conformarse y hace otra pregunta. Ante la nueva respuesta ya no caben otros interrogantes. La luz se ha hecho en su inteligencia y en su corazón. Y María cree. Ya no hay dudas al respecto. "Yo soy la esclava del Señor. Que se haga en mí **lo que tú has dicho**" (Lc 1,38). La Nueva Alianza comienza su gestión en el mundo.

María comprende que las palabras "alégrate, llena de gracia" no significan otra cosa sino que ella está excluida de la maldición del pecado. Es "la Mujer" de la Escritura. María concibe a su Hijo por la fe, antes que engendrarlo según la carne. San Agustín diría que éste es motivo de gozo grande en María.

María se presenta ante nuestros ojos como la que ha esperado y ha recibido a Cristo con hospitalidad y benevolencia. El Hijo no se le impone, sino que se le ofrece. Lo recibe en nombre de Israel y de toda la Iglesia, en la que Ella se incluye. **En y por** María llega el gozo. Su **Fiat** le hace merecer, pues es una voz positiva a la encarnación. María vivió la espera del Pueblo de Dios, con paciencia y con alegría. Es la "torre de marfil" elegida para albergar al Deseado de las Naciones. "Sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente **esperan** y **reciben** de Él la salvación" (**Lumen Gentium**, 55). "Y es de suma importancia, para comprender exactamente el papel de María frente al Cristo, que su labor no acaba con la concepción y el nacimiento, como si fuera un cuenco físico pasivo, sino que, por el contrario, comienza... Es indispensable un Adviento que no esté empapado con la figura de María" (1).

2. María en la visita a Isabel

El mismo San Lucas (1,39-56) nos cuenta que María "fue sin demora" a visitar a su parienta, anciana a la espera de un hijo.

De un modo "ingenuo", con esa ingenuidad transparente que choca a nuestra "modalidad moderna", San Ambrosio nos dice que el apuro de María se debió a que Jesucristo quería presentarse rápidamente a Juan el Bautista y entregarse a través de María. Pues bien: esta "ingenuidad" es cierta. María, así como concibió al Señor antes de haberlo engendrado según la sangre, por su fe en las promesas, también "pre-

(1) Héctor Muñoz, "Los Prefacios: comentario espiritual y pastoral", en revista "Liturgia" n. 14, pág. 19.

dica" al Hijo, evangeliza su Nombre antes de que viera la luz del día. María coopera con el plan salvífico, asociándose a la mediación de Cristo. Apenas pisa la casa de Zacarías y de Isabel, algo maravilloso le ocurre a esta mujer anciana y estéril que, por haber sido elegida como Madre del Precursor, recibe la juventud del "más joven de todos", de Dios, y la que era infecunda es llamada a la maternidad. Isabel hace un acto de fe viva: "Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que la Madre **de mi Señor** venga a visitarme?" (Lc 1,42-43). Quien la visita no es sólo una parienta joven y buena, sino la "Madre del Señor", de **su** Señor y del Señor de todos.

María, que también vive su maternidad feliz, que va mascullando en su corazón el sabor del Misterio, no puede dejar ese caudal de gozo en su corazón. La dicha de Dios rompe las compuertas y estalla en alabanza. "María de la espera" tiene un corazón capaz de expandirse a la medida de los bienes de Dios. María exulta. María canta. Y nos muestra que sabe cantar como lo puede hacer una hija fiel en Israel. Toda la alabanza de la Antigua Alianza se sintetiza en el **Magnificat** de María. La preferida Ana revive en la preferida entre las mujeres: María de la casa de David.

La humildad movió los labios de María empujándola a cantar el Magnificat. Es una respuesta al elogio de Isabel. María es feliz por haber creído, pero más feliz aún por saberse amada por Dios, "porque miró la pequeñez de su esclava". Este bellissimo canto es un tejido entresacado de los hilos del primer libro de Samuel, de los Salmos, del Génesis, de los profetas Habacuc e Isaías, de Job. El Antiguo Testamento vivido por el viejo Pueblo de Dios, encuentra cauces nuevos en la voz de María. Nos dice un canto mariano popular: "toda la Antigua Alianza, revive por su fe". María, en el Adviento de su Niño, alaba a Dios porque es el Fiel, porque las maravillas que a Ella le suceden, sucedieron a otros justos que vivieron de la fe. Porque Abrahán y Sara eran ancianos y estériles, y engendraron al hijo de las promesas, inaugurando renovadas esperanzas de elección. Sara pensó al nuevo Isaac y María lo hizo suyo como sacramento de Dios para el mundo.

Israel recibe su socorro. No podía dejar de ser auxiliado, pues Dios "lo había prometido a nuestros padres".

Lo poco que sabemos de María por el Nuevo Testamento, nos la muestra sumamente sobria en palabras: en la Anunciación, muy pocas. Después, cuando podría haberse defendido ante José que quería repudiarla, nada se nos dice de esa posible defensa. Calla. Ahora, en el Magnificat de la Visitación, canta. Y con mucha espontaneidad, teniendo maduras en su alma las palabras de la Palabra, de las que saca su canto inspirado, el canto de María, por excelencia.

3. María en la navidad

Lucas, el evangelista de la niñez de Cristo, el evangelista de María, nos narra el momento cumbre de la expectación de María: el Nacimiento del Salvador (2,1-19).

El Niño nace cuando sus padres estaban censándose en Belén, en la ciudad de David. No está exenta la Madre de Dios de la ley humana y del trajinar de cualquier ser humano.

Sin caer en barato sentimentalismo, pensemos en cualquier persona que llegue a un pueblo y recorra hotel por hotel, hospital por hospital, con su esposa embarazada y próxima a dar a luz. El clima invernal apretaba. Fueron a un pesebre "porque no había lugar para ellos en el albergue", nos dice el texto bíblico.

No creemos que José y María fueran abúlicos ni apáticos ni insensibles a todo lo que les ocurriera. La desesperación y la impaciencia tienen que haber sido las tentaciones de ese momento. Y el rencor y la tristeza pudieron haber entrado en sus corazones. Pero no entraron. Que no nos quepa la menor duda de que esos instantes tienen que haber sido de zozobra. José, aunque era de Belén, parece no tener allí parientes o amigos que pudieran alojarlos. Van al lugar de los animales. No hay casa menos "casa" que ésta. Y no hay hombres más humanos que María y José. María es tan mujer como Cristo es hombre. El Evangelio de la Vigilia de Navidad nos ofrece la genealogía del Señor. Y esa lista aparentemente inútil de nombres extraños nos quiere mostrar que el Señor ingresa en las promesas hechas al Rey David y que, por lo tanto, es verdadero hombre. María es mujer. De aquí se sigue que toda falsa espiritualidad que quiera poner a María como una creatura angélica, no es espiritualidad "cristiana".

Llega el Niño, y María adquiere la plenitud de "Madre".

¿Cuál sería la sorpresa de esta Madre tan especial cuando, junto al pesebre, ve aparecer a un grupo de pastores, y ellos le cuentan "lo que habían oído decir sobre este niño"? (Lc 2,17). ¿Qué habían oído decir? Que el recién llegado era el Salvador esperado, el Mesías de Dios para Israel, el Señor de las Naciones. La profecía llega a su fin ante la presencia del Profeta. Todos los que estaban en el pesebre se maravillaron ante el Niño, teniendo presente lo que se contaba de él.

Y María, ¿qué hacía? Guardaba todo eso en su corazón, meditándolo en lo más profundo del mismo. María iba haciendo carne la realidad de su Hijo. María no "tira" lo recibido, sino que lo "guarda".

Conservar... guardar... Se conservan y se guardan las cosas importantes. Lo que no sirve o no nos importa es rápidamente desechado

por nuestra memoria. Los grandes acontecimientos quedan muy grabados.

María había recibido la voz del ángel Gabriel. Entendió poco. Se le explicitaron los planes de Dios. Comenzó a entender más. Ahora nace el Niño y lo que en un comienzo era sorpresa, comienza a ser misterio vivido. Los pastores le cuentan lo que habían oído y un sentimiento de paz en el que se simboliza y sintetiza el cumplimiento de los motivos de la esperanza de Israel, se hace carne viva en María, Madre de la Paz. La maternidad le va enseñando quién es su Hijo: como sucede a cualquier madre con sus niños. Aunque en este caso particular, el Hijo iba a ser el principal maestro de su propia Madre. El fruto del Espíritu es palpable: la Palabra se hizo hombre y el hijo del Hombre pronunció la Palabra de Dios en el mundo.

4. María en la presentación en el templo

Dijimos que María predicó al Señor aun antes de su nacimiento, cuando visitó a Isabel y provocó una alegre conmoción en ese hogar. El evangelista Lucas (2,22-38) nos pinta el momento en que María y José, cumpliendo la Ley, se dirigen a Jerusalén para presentar al Niño en el templo.

Ya el Niño había recibido, al ser circuncidado, el Nombre de Jesús, significativo de su misión salvadora.

Su Madre y José van al templo para presentarlo, significando con ello el derecho de Dios sobre todo primer nacido. Y, sin duda alguna, en su corazón ya habían presentado lo mejor, lo primero, a su Dios y Señor. Esta presentación-ofrenda es significada con la entrega de un par de palomas, el ofrecimiento de los pobres.

Pero esta obra silenciosa y humilde que se hace sólo **para Dios**, no pasa desapercibida ante los hombres. Dos justos descubren, en el Niño llevado por María, la salvación esperada. El anciano Simeón se maravilla, se siente pequeño frente a su Dios y también canta. (Parece ser que sólo los pequeños son capaces de admirarse y de cantar). Sus ojos se van abriendo más y más. Era un varón justo y piadoso. Vivió esperando la redención prometida. Como María, pero durante más tiempo. Ahora, no hay nada más que esperar, "porque mis ojos **han visto la salvación...**".

María ante un anciano sabio. María ante la experiencia de Israel. María ante el canto admirado de alguien que, con alma de niño, había sabido esperar con paciencia fiel. María ante alguien que se entrega a una muerte en paz y que declara que Cristo es luz para las naciones y gloria de los fieles.



Però... no todo fue color de rosa en ese día de fiesta y de oración. Es cierto que Simeón proclama a Jesús como causa de elevación para muchos. Pero también como piedra de tropiezo para no pocos. María iba aprendiendo, de labios del anciano profeta, quién era su Hijo y cuál sería su misión. El dolor no pasará de largo. Una espada de pasión atravesaría el corazón de María. La primera socia del Señor sabe lo que le espera. Nadie ni nada la alejará de la cruz de Cristo. Nada haría para que esa "espada" se alejara de Ella. Tampoco Jesús, su Hijo, años más tarde, en el Huerto de los Olivos, en la noche de la angustia y del sudor de sangre, iba a mover un dedo para que el cáliz "pasara de él": todo iba a ser según la palabra de Dios. El "hágase tu voluntad" que el Señor enseñara a los discípulos, fue aprendido por la primera discípula, por su Madre.

En el mismo contexto de la presentación, una vieja y fiel mujer, Ana, atendía el servicio del templo. Ve al Niño en brazos de su Madre y no puede callar. Un bello himno de Adviento nos dice que "si el silencio madura la espera, el amor no soporta el silencio" Por eso, los justos y los enamorados cantan. La anciana del templo "hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén" (Lc 2,38b).

María de la Presentación tuvo, sin duda alguna, más motivos para alabar a Dios. Todo en ese día le habló a su corazón, para que guardara lo escuchado.

Años más tarde, en ese mismo Templo en que Jesús había sido ofrecido a Dios, se ratificaría la ofrenda, cuando el Niño perdido y encontrado en el Templo dijera a María y a José que él debía ocuparse de las cosas de su Padre (cf Lc 2,49). "Ellos no entendieron lo que les decía" (ib. 50). El Misterio seguía siendo demasiado grande para que creatura alguna, incluida la misma Madre, Madre de Dios, pudiera comprenderlo. Pero seguía viviendo de la fe y el Señor continuaba haciendo maravillas en Ella.

5. María en la maternidad del Cristo total

El Adviento de Israel y de María se abrazó con la Navidad del Niño, engendrando la fe del pueblo nuevo, fe que lo conducirá a la Parusía del triunfo.

La siempre Virgen María ofrece al mundo su virginidad como un "servicio profético": María de Dios anticipa los tiempos del Desposorio pleno y definitivo con Dios. Construye aquí y ahora el Reino de los que saben dónde está el tesoro para poner allí el corazón.

La fecundidad fue siempre un signo de bendición de Dios sobre el amor de los hombres. La maternidad de María —madre de un solo Hijo y, sin embargo, modelo de fecundidad— aparece como la bendición esperada por toda hija de Israel y adquiere el relieve de un fruto del Espíritu, cumplimiento de las promesas de Dios, como en otros tiempos.

María se convierte en la fecunda hija de Sión, por haber escuchado la Palabra de Dios, posibilitando el cumplimiento del plan divino. Se convierte, por Cristo, en madre de todos los regenerados por la Sangre, participando su maternidad a la Iglesia.

María, en su virginidad fecunda, es comparable con el bautismo que, en la vida de sus aguas, nos causa la adopción como hijos de Dios. María teje la maternidad de Jesús en su seno virginal, cuenco de la acción del Espíritu Santo que la cubrió con su sombra (cf. Lc 1,35). María-Madre fecunda es tipo de la Iglesia-madre fecunda (2).

María fue pensada por Dios para la maternidad. Fue "predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo" (3). María, "madre corporal de nuestra Cabeza, es, por un nuevo título de dolor y de gloria, madre espiritual" (4) de todos nosotros, "madre santísima de todos los miembros de Cristo" (5).

María del Aviento y María de la Navidad, miran a una iglesia fecunda, a una Iglesia en la que la santidad de Cristo, "fecundidad de Dios", sea el signo de que Dios amó a los hombres y renovó en la Sangre de su Hijo esta alianza de amor.

María del Aviento y María de la Navidad, miran a una Iglesia fermento. Nació el Esperado. El día del Nacimiento del Hijo, nació la Madre para todos los hombres que viven el segundo y definitivo Adviento, a la espera del pleno resurgimiento como hombres nuevos que festejan la Navidad que no tendrá fin, en el presente eterno del Banquete del Reino.

HÉCTOR MUÑOZ O. P.

(2) Pablo VI, Exhortación apostólica "*Marialis Cultus*", 19.

(3) Concilio Vaticano II, "*Lumen Gentium*", 61.

(4) Pío XII, Enc. "*Mystici Corporis*", AAS, 35 (1943) 247.

(5) Pío X, Enc. "*Ad diem illum*", AAS, 36 (1903/04) 453.

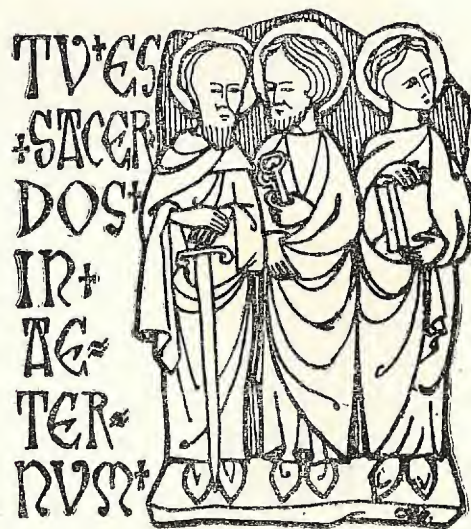
ORDENACIONES

PRESBITERADO

RAMON HECTOR ALMIRON. Nació en Bella Vista, Prov. de Corrientes, el 31 de agosto de 1951. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Ordenado Sacerdote el 11 de diciembre en la Párrroquia Inmaculada Concepción de Santo Tomé (Corrientes), para la Arquidiócesis de Corrientes, por Mons. Jorge Manuel López.

CARLOS EMILIO BARON. Nació en Crespo, Prov. de Entre Ríos, el 1º de julio de 1952. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Ordenado Sacerdote el 8 de diciembre en la Catedral de Paraná, por Mons. Adolfo S. Tortolo, para la Arquidiócesis de Paraná.

FLORENCIO GREGORIO BURGARDT. Nació en Santa Elena, Prov. de Entre Ríos, el 4 de enero de 1952. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Ordenado Sacerdote el 8 de diciembre en la Catedral de Paraná, por Mons. Adolfo S. Tortolo, para la Arquidiócesis de Paraná.



UN AUTENTICO MAESTRO Y GRAN FILOSOFO TOMISTA: LOUIS JUGNET *

"... bonus miles Christi Iesu" (2 Tim. 2,3)

El Profesor Louis JUGNET, gran filósofo tomista, "uno de los más nobles representantes del pensamiento contrarrevolucionario en nuestro absurdo siglo XX" (1) y maestro de numerosas generaciones de estudiantes, sobre las cuales ejerció una gran influencia por su persona, enseñanza y escritos, nació el 28 de septiembre —víspera de San Miguel Arcángel— de 1913, en Villefranche-sur-Saône, hijo de un universitario protestante.

Inteligencia precoz, conoció la filosofía escolástica a la edad de 16 años, durante unas vacaciones escolares, que determinaron definitivamente su vocación filosófica. En adelante, se consagraría a profundizar sin descanso esa doctrina que satisfacía tan bien su intelecto, hambriento de claridad, belleza, orden y armonía.

En 1933, con una tesis sobre Suárez y Leibniz, obtuvo su diploma de Estudios Superiores en la Facultad de Lille. Después de pasar su examen de licenciatura en París, inició su labor docente en el liceo Jean Giraudoux de Chateauroux.

Pero la mayor parte de su actividad pedagógica tuvo lugar en Toulouse, donde, de 1945 a 1973 enseñó en la Preparación para Saint-Cyr, en el Curso Superior de Letras, en el último año del Liceo Pierre-de-Fermat y en el Instituto de Estudios Políticos, del cual fue profesor durante más de veinte años.

En la ciudad de Toulouse, donde enseñara durante 28 años, en la noche del 11 —festividad de Nuestra Señora de Lourdes— al 12 de febrero de 1973, mientras rezaba el rosario a su Madre y Reina de cielos y tierra, Dios lo llamó súbitamente a la Casa del Padre.

* Introducción al libro de Louis Jugnet: "Problemas y grandes corrientes de la Filosofía", de próxima aparición.

(1) Marcel De Corte, *In memoriam Louis Jugnet*, "L'Ordre Français" n° 174, setiembre-octubre 1973, p. 24.

Poco después de su muerte, el 29 de octubre de 1973, se constituyó en París la ASOCIACION DE LOS "AMIGOS DE LOUIS JUGNET" (sede social: 21, rue d'Edimbourg, 75008 París; dirección postal: M. Louis Croux, 23, rue Armengaud, 92210 Saint-Cloud). La Asociación se propone publicar su ingente obra inédita (cursos, notas de trabajo, conferencias, etc.), considerable por su extensión y profundidad: dar cabida a artículos y comentarios sobre su personalidad e influencia y reeditar sus libros agotados. Edita los "Cahiers Louis Jugnet" (dos números ya aparecidos, de más de cien páginas cada uno).

En JUGNET descubrimos una personalidad polifacética: el hombre, el intelectual, el maestro, el filósofo, el apologista, el profeta, el escritor, el cristiano.

I. EL HOMBRE

JUGNET fue un alma grande, mal servida por un cuerpo sufriente, que lo importunó toda su vida, según testimonio de uno de sus más fieles discípulos, el R. P. Georges DELBOS, M.S.C.:

"El drama de Jugnet fue su cuerpo. Se quejaba, y no sin razón, en casi todas sus cartas sin demorarse en ello por cierto, pero sin embargo, con una precisión clínica que denotaba una preocupación habitual. Toda su vida sufrió físicamente. Había que saber eso, para comprenderlo. Dormía poco y mal, y por esta razón, vivía en la distensión perpetua de su alma y de su cuerpo. En él el corazón y la inteligencia debían "emerger" constantemente; para ello tuvo que tener una fuerza espiritual poco común. Tal complexión repercutía inevitablemente en su carácter. Los que lo conocían mal lo juzgaban frío y distante, dominador y autoritario. Por cierto, había, en su físico y en su comportamiento, algo del "hidalgo". Cuántas veces me dijo: '¡Yo soy un español! Por otra parte, no temo a la muerte: ¡es un signo que no engaña!' "(2).

Su amor a España y a los ideales de la Hispanidad lo movió a estudiar nuestro idioma, que hablaba y leía perfectamente:

"Comprendo y hablo el castellano, pero no me gusta escribirlo, por temor de cometer errores" (3).

Declaraba ser un "apasionado" de la historia de España. Y sabía que la tradición católica contrarrevolucionaria estaba en el Carlismo:

(2) Georges Delbos, M.S.C., *Hommage à mon maître: Louis Jugnet*, "L'Ordre Français" n° 174, setiembre-octubre 1973, pp. 21-22.

(3) Louis Jugnet, carta al autor, 17-2-59.

"Sabe usted hasta qué extremo me afectan los problemas de la Hispanidad. Desde los años 1936, e incluso desde antes, me apasionaban los sucesos de España y estudiaba vuestra historia nacional, especialmente la del Carlismo. Pero fue algo más tarde, ya en Toulouse, cuando comencé a estudiar vuestra lengua y a residir en España durante dos o tres meses cada año" (4).

Era en verdad un apasionado. Quien bien lo conociera durante más de treinta años de amistad intelectual, así lo describe:

"Tenía del apasionado la generosidad: era realmente un "pobre", no en el sentido farisaico como se lo entiende con demasiada frecuencia hoy, un "verdadero pobre", que hubiese dado todo, y sin ostentación, si lo hubiesen dejado; el entusiasmo, que sabía comunicar a sus estudiantes, de quienes era el ídolo; la fidelidad humana y sagrada, que hacía de él un amigo seguro en quien se podía contar y un cristiano a toda prueba; por encima de todo, el amor al orden, que se manifestaba en él de cien maneras: el cuidado de sus carpetas, la clasificación de sus notas, la organización de su biblioteca, la limpieza de su mesa de trabajo, la preparación minuciosa de un viaje, la lógica de las ideas, la claridad de sus exposiciones y hasta en sus convicciones políticas, que, como cada uno lo sabe porque él no lo ocultaba, incluso en su enseñanza oficial, lo inclinaban hacia la monarquía" (5).

II. EL INTELECTUAL

JUGNET se negaba a encerrarse en los límites de la especialización de un subproblema de un problema particular. Buscaba comprender la totalidad de las formas de encarar el universo: ciencia, arte, literatura, política, historia, filosofía, religión. Como su competencia en todos estos campos era grande, leía mucho, desde un boletín parroquial o una revista de combate hasta el último libro de Geiger, Fabro o Merleau-Ponty. Y con gran provecho, pues dominaba el arte de saber leer y conservaba el fruto de sus ingentes lecturas mediante abundantes y prolijas notas.

Entre los autores modernos releía con fruición a sus favoritos: Garrigou-Lagrange, Billot, De Tonquédec, Maurras, Chesterton... de los cuales conocía de memoria numerosos pasajes (6).

Pero todo su saber estaba al servicio de la Verdad:

(4) Louis Jugnet, carta a Rafael Gamba, 21-7-59, cit. en "Rudolf Allers o el anti-Freud", Speiro, Madrid, 1974, p. 6.

(5) Georges Delbos, M.S.C., *o.c.*, p. 22.

(6) Cfr. la escena evocada por el P. Georges Delbos, M.S.C., *o.c.*, p. 11.

"Él iba siempre directamente a la inteligencia de sus alumnos. Ponía el aparato de la ciencia al servicio de la verdad. No hacía gala de su saber. Su erudición era sin embargo considerable. Tenía el don de lenguas, hablaba por lo menos tres y leía cinco. Seguía de cerca la producción de los historiadores. Estaba familiarizado con varias literaturas, entre ellas la moderna. Aprendí de él a gustar a Claudel y a conocer ese "romanticismo del mal" ilustrado por Graham Greene y Mauriac. Nos familiarizó con los escritores católicos ingleses, Hilaire Belloc, R. H. Benson y, sobre todo, Chesterton.

No componía sus cursos como se organiza un discurso académico. Si ponía en ellos orden no era el artificial de cierta retórica. No pretendía sino demostrar. Una multitud de citas sacadas de innumerables notas de lectura sostenía la demostración. Jugnet leía mucho. Leía de cabo a rabo las obras, y con la pluma en la mano..." (7).

III. EL MAESTRO

III. 1. SU SACRIFICIO

JUGNET mismo confiesa en el prefacio de este libro que presentamos, haber "dado lo esencial de su vida y de sus esfuerzos a la enseñanza oral, razón por la cual no ha publicado más". Como bien dice Marcel DE CORTE en su prólogo, JUGNET sacrificó una hermosa carrera de filósofo-escritor a su pasión por la enseñanza de la verdad, para preservar a las "jóvenes inteligencias de las corrupciones del siglo" (8).

Si bien publicó varios libros y más de medio centenar de artículos en revistas, lo esencial de su obra —según la opinión general— está más allá de la letra escrita, en la enseñanza brindada a tantas generaciones de estudiantes que le deben lo mejor de su formación y en las cualidades intelectuales y morales con que la animaba, en su pasión por transmitir la Verdad. Por ello, puede decirse que ofreció a las jóvenes inteligencias lo mejor de sí mismo:

"Profesor nato, nunca pudo decidirse a emprender una tesis, trabajo útil por cierto para el avance de las ciencias, pero que obliga a colocar la enseñanza en segundo plano. Sabía, es verdad, que una cátedra en la Universidad de Toulouse le sería siempre negada por no conformismo" (9).

(7) Jean De Viguerie, *Témoignage d'un ancien élève de la Philo 2*, "L'Ordre Français" n° 174, setiembre-octubre 1973, pp. 58-59.

(8) Marcel De Corte, prólogo.

(9) Jean De Viguerie, *o.c.*, p. 59.

III. 2. EDUCADOR NATO

DE CORTE lo define como un "educador nato", cuya misión fue devolver al espíritu humano lo que hoy más le falta: la salud (10). Coincide, por otra parte, con todos quienes lo conocieron:

"De vez en cuando nacen sujetos privilegiados que han recibido de Dios el don de enseñar, de hacer comprender, dotados de un agudo discernimiento, capaces de distinguir en las diversas corrientes de pensamiento de su época sus consecuencias más o menos lejanas. Louis Jugnet era de aquéllos" (11).

Su vocación pedagógica y las cualidades de su inteligencia lo emparentaban con el genio griego, cuyo espíritu había asimilado plenamente:

"Manifiestamente, este hombre había sido creado y puesto en el mundo para enseñar. Su inteligencia, sobre todo sintética, se movía cómodamente en el trabajo de exposición. Lúcido, penetrante, yendo derechamente a lo esencial, sobresalía en desentrañar los problemas, pero tenía por encima de todo el don de presentar las soluciones con una claridad engeguecedora. No por nada admiraba a los griegos (...). Jugnet era un heleno" (12).

III. 3. SU TRATO CON LOS JOVENES

Animado por esa doble pasión: saber y comunicar a los demás el fruto de sus esfuerzos, buscaba ante todo liberar a sus alumnos de la esclavitud de la ignorancia y de la servidumbre del error. Repetía con frecuencia el "Veritas liberabit vos", porque lo llevaba encarnado. "La Verdad es siempre liberadora", concluía diciendo en uno de sus artículos (13).

En el número de homenaje póstumo que le dedicara la excelente revista contrarrevolucionaria "L'Ordre Français" (14) se pueden leer artículos de colegas y profesores amigos (Delbos, De Corte, Lamasson, Giraudon) y de algunos de sus numerosos alumnos, que recuerdan con emoción al gran maestro y apóstol cristiano que conocieron, y al que aprendieron a amar.

(10) Cfr. Marcel De Corte, prólogo, in fine.

(11) Dr. François Lamasson, *Louis Jugnet et la psychologie réaliste*, "L'Ordre Français" n° 174, setiembre-octubre 1973, p. 44.

(12) Georges Delbos, M. S. C., *o.c.*, pp. 15-16.

(13) Cit. por Dr. François Lamasson, *o.c.*, p. 53.

(14) "L'Ordre Français", B.P. n° 11, 78001 Versailles, Francia; n° 174, setiembre-octubre 1973, 116 pp.

Muchos de sus discípulos reconocían haber recibido todo de él: "Je lui dois tout, sauf la vie de la chair" (le debo todo, excepto la vida corporal), confesó uno de ellos a Marcel De Corte (15).

A ellos les abría para siempre la puerta de su casa y de su corazón. El P. DELBOS, M.S.C., concluye así el relato de su primer encuentro, en 1942, con JUGNET:

"Finalmente, Jugnet me despidió, con una alentadora sonrisa que en él se localizaba sobre todo en la comisura de los labios y en los ojos que tenía especialmente fogosos, y, tendiéndome su tarjeta de visita me aseguró que había adquirido su estima, que quedaba a mi entera disposición para todo consejo útil y que no golpearía nunca en vano a su puerta. Durante toda mi vida, verificaría la autenticidad de ese compromiso, midiendo su imprevisible alcance.

He descrito extensamente este primer encuentro con Jugnet, porque fue decisivo para mí. Constituye quizás el mayor elemento de mi existencia, al punto que no dudo en considerarlo como una de las mayores gracias que me ha hecho Dios. Me unió a un pensador excepcional, por cuya mediación me fue revelada progresivamente una concepción del mundo a la vez filosófica, teológica y, por lo tanto, profundamente humana, de la cual puedo decir, con la distancia del tiempo y la experiencia de las vicisitudes propias de nuestra época, que fue iluminadora y fecunda. Mi vida personal, mi influencia como sacerdote y profesor fueron marcadas por ella en forma indeleble. He tenido el privilegio de vivir en contacto con una personalidad extraordinariamente rica, tanto por la diversidad de sus aspectos como por la sólida unidad de sus componentes, unidad realizada gracias a una inteligencia y a una voluntad fuera de serie, y a pesar de un cuerpo con achaques que no daba al alma y al espíritu sino el mínimo de sustento material. Porque, en Jugnet, la espada era la que desgastaba siempre la vaina" (16).

Su vocación era llevar a sus discípulos a la verdad. A través del contacto diario, de una formación cuasi permanente, llegaba a imprimirles un sello especial:

"Con Louis Jugnet aprendimos a formar nuestro espíritu: en el sentido exacto del término, él fue nuestro "maître à penser". Debíamos retener que la verdad se define como el acuerdo del pensamiento con la realidad. Para todo tema, procedía con ese

(15) Marcel De Corte, o.c., p. 24.

(16) Georges Delbos, M.S.C., o.c., pp. 12-13.

método paciente de las aproximaciones sucesivas, que nos maravillaba: en primer lugar, necesidad de delimitar el tema, poner en evidencia lo que implica, lo que supone, lo que niega..." (17).

Su gran influencia entre los jóvenes era debida a su entrega total, su paciencia, su comprensión de las dificultades planteadas:

"Si era exigente hacia nosotros como para él mismo, no se limitaba a dar trabajo, estaba siempre listo para indicar fuentes, para proporcionar ideas..." (18).

"Estaba contento con su éxito entre la juventud. Pero nunca hizo demagogia. Sin embargo, pocos profesores tuvieron mayor influencia que él. Porque el acento de la verdad toca los corazones y las inteligencias. Además, este hombre siempre presentado como un carácter difícil y susceptible, era con sus alumnos de una paciencia infinita. Resolvía todas las objeciones, sin burlarse jamás, ni siquiera de los disparates. Repetía de buen grado la demostración, y no negaba jamás una información suplementaria o un consejo de lectura. No se escondía. Creo, por otra parte, que estaba hecho para vivir entre los jóvenes. Si se irritaba, era por los adultos, por sus traiciones y sus compromisos. Amaba la fidelidad. Detestaba a los escépticos. Vomitaba a los tibios. Honraba a la inteligencia" (19).

La calidad de su enseñanza fue reconocida incluso por los representantes del laicismo escolar y del agnosticismo oficial. El profesor GIRAUDON cita la frase de Georges CANGUILHEM —lógico; profesor en la Sorbona— quien, siendo en 1953 inspector general de filosofía, después de visitar los liceos del sudoeste francés, dijo a su regreso a París:

"Jugnet es el mejor profesor de filosofía de Francia, no a pesar de su tomismo, sino a causa de su tomismo" (20).

Y comenta GIRAUDON:

"Sin embargo, ser tomista, en Francia republicana, en la enseñanza estatal, entre 1933 y 1973, es una aventura poco común" (21).

(17) Jean De Quissac, *Témoignage d'un ancien 'Khâgneux'*, "L'Ordre Français", n° 174, setiembre-octubre 1973, p. 54.

(18) Jean De Quissac, o.c., p. 55.

(19) Jean De Viguerie, o.c., p. 59.

(20) René Giraudon, *La dogmatique de l'affirmation selon Louis Jugnet*, "L'Ordre Français" n° 174, setiembre-octubre 1973, p. 31.

(21) René Giraudon, o.c., p. 32.

III. 4. LAS VISITAS DE SUS ALUMNOS

Los discípulos y ex-alumnos de JUGNET sabían que tenían abierta la puerta de su estudio. Debe leerse la descripción —coincidente— que hacen tres de sus discípulos de las visitas a casa de JUGNET, para comprender la enorme importancia formativa que concedía a estos contactos personales, donde aparece a plena luz su alma grande de maestro, de intelectual y de cristiano:

“A veces también, nos concedía entrevista en su domicilio, después de haber anotado con prudente cuidado la fecha y el motivo de la conversación... Entonces, en el día fijado, emprendíamos la marcha hacia la calle Louis-Bonnat, con el corazón rebotante de una profunda alegría mezclada con una reverencial aprensión. Esos días, durante esas conversaciones cuyo ritmo había sido determinado por él mismo, descubríamos —porque los temas doctrinarios no constituían su única materia— su tan atenta preocupación por el lado más personal de nuestras vidas de estudiante, y las dificultades de éstas” (22).

“Formados por él en la escuela de la alta sabiduría, habiendo recibido de él ese don inestimable de la verdadera filosofía, hemos sido numerosos entre sus discípulos en continuar en relaciones con él, buscándolo en todo momento. Nos recibía en su casa, rue Bonnat, en su pequeño escritorio, adornado con fotos de San Pío X y de Maurras, nos hacía sentar en el único sillón, de espaldas a la ventana, tomando él la silla del otro lado de la mesa. Luego de haber pedido con diligencia noticias de nuestras familias y de nuestros amigos, se esforzaba por contestar a las preguntas que le hacíamos. Por mi parte, lo consulté sobre numerosos temas de historia y de ideas, sobre el jansenismo, el cartesianismo, el mecanicismo, ¡qué sé yo cuántos más! Decía lo que sabía, luego buscaba y encontraba de inmediato en su biblioteca el libro o el documento que debía completar la información. Debíamos leer acto continuo las páginas designadas, y tomar notas. Comenzaba luego la gira panorámica. Pasábamos en revista los hechos políticos y religiosos...” (23).

“Él deseaba mucho conocer de antemano la hora exacta de la visita anunciada para prepararla cuidadosamente, y apreciaba la exactitud en la realización del programa. Desde mi llegada, e inmediatamente después de los saludos de bienvenida, se informaba del tiempo de que yo disponía, para ajustar su plan a la duración de nuestra entrevista. Sacaba entonces de su cartapacio

(22) Jean De Quissac, *o.c.*, p. 55.

(23) Jean De Viguerie, *o.c.*, p. 60.

una hoja que había preparado y en la cual había anotado los puntos de nuestra discusión, cuyo orden respetaba y hacía respetar. Una conversación con él no se desarrollaba nunca desordenadamente, sino según un orden preestablecido cuidadosamente. El programa comenzaba siempre por un intercambio de novedades personales y familiares. Proseguía por el examen de los problemas de actualidad y terminaba generalmente por la discusión de un punto de doctrina filosófica o teológica. Confieso que la primera vez este rigor didáctico me sorprendió e, incluso, me hizo sonreír, pues no vi en ello al principio sino un rasgo de deformación profesional. Muy pronto, sin embargo, aprecié el método en razón de sus resultados. De una conversación con Jugnet uno no salía nunca sin haber llenado el corazón, el alma y el espíritu. Conservo preciosamente algunas de esas notas recogidas durante entrevistas similares, porque él quería que se consignase inmediatamente, por escrito, algunos detalles más importantes” (24).

III. 5. LA CORRESPONDENCIA

Quienes le consultaban por carta sus dificultades filosóficas o teológicas no se veían defraudados. Recibían rápidamente una sólida respuesta, fundamentada, rica en explicaciones y sugerencias. Sobre este punto es ampliamente ilustrativa la descripción del P. DELBOS:

“A decir verdad, descubrí en Jugnet primeramente al *Maestro* y debo decir que me admiró de inmediato. De vuelta al convento, le escribí una primera carta para agradecerle, sometiéndole ya algunas dificultades filosóficas o teológicas. Me maravillé de la rapidez y de la calidad de su respuesta.

Entonces, en el escolasticado, teníamos autorización para escribir en principio el domingo. Mi carta, echada al correo esa misma tarde en Issoudun, llegaba normalmente a su destinatario el día siguiente por la mañana en Châteauroux donde Jugnet enseñaba filosofía en el Liceo J. Giraudoux, del cual era uno de los profesores recientemente incorporados. Sus tareas profesionales, ya absorbentes, se veían aumentadas todavía por su mismo éxito con los alumnos que lo importunaban hasta en su domicilio para prolongar el curso, asaltándolo con preguntas, sobre el hilemorfismo de Aristóteles, por ejemplo, como pude constatar con admiración un día que lo visité sin preaviso: a pesar de esto, yo tenía su respuesta desde el miércoles por la mañana. ¡Y qué respuesta! Generalmente, eran cuatro, cinco, seis hojas, a veces más, de formato 21 x 27, sin rayar, escritas de los dos lados con su pequeña escritura fina, con líneas apretadas, con numerosas palabras subrayadas nerviosamente. El texto, con una puntuación

(24) Georges Delbos, M.S.C., *o.c.*, p. 15.

siempre muy minuciosa, manifestaba la escrupulosa preocupación del término apropiado y de la concisión, estaba cubierto de citas y salpicado con referencias precisas de obras de calidad, lo que suponía —y era efectivamente así— ficheros bien conservados y carpetas ordenadas (...).

El total de esta correspondencia que representa por lo menos varios centenares de cartas es, por sí solo, revelador del verdadero rostro de Jugnet que pocos conocieron realmente. Conservo preciosamente esta correspondencia por su riqueza doctrinal, su valor de actualidad, sobre todo su carga de amistad" (25).

III. 6. EL AMIGO

En JUGNET se equilibraban armoniosamente el intelecto y el corazón. Tendía la mano a quien la necesitaba y ofrecía con delicadeza su ayuda, distinta para cada uno. Sabía ir al encuentro de las preocupaciones ajenas:

"Más tarde —incluso años más tarde— no olvidaba nunca a sus antiguos alumnos. Si estaba orgulloso de nuestros éxitos en la Universidad —y, para preparar a los mejores de entre nosotros, se entregaba sin descanso hasta el límite de sus fuerzas físicas— se inquietaba también por aquellos que, menos felices, debían escoger otro camino, optar por tal disciplina. Hubiera deseado estar informado sobre cada uno. Cuántas veces, en el barrio de las Escuelas —rue du Taur, plaza del Capitolio— hemos divisado su familiar silueta, su estatura alta y elegante, que evocaba para nosotros, con singular semejanza, esos caballeros castellanos pintados por Velázquez. De inmediato se acercaba a nosotros, aún antes que lo hubiésemos saludado: al azar de la conversación, por más fugaz que fuese, sabía descubrir lo esencial de nuestras preocupaciones y partíamos enriquecidos con alguna referencia espijada, con algún dato preciso anotado, siempre reconfortados" (26).

IV. EL FILÓSOFO

IV. 1. EL REALISTA

JUGNET se designaba a sí mismo "filósofo católico" (27), "metafísico" (28), "católico tradicional, contrarrevolucionario y de formación escolástica" (29).

(25) Georges Delbos, M.S.C., *o.c.*, pp. 13-14.

(26) Jean De Quissac, *o.c.*, p. 55.

(27) Marcel De Corte, prólogo.

(28) Louis Jugnet, *Pour connaître la pensée de Saint Thomas d'Aquin*, Bordas, 2ª ed., 1964, p. 6.

(29) Louis Jugnet, carta a Rafael Gamba, 26-3-59, cit. en "Rudolf Allers o el anti-Freud", Speiro, Madrid, 1974, p. 5.

Como buen filósofo realista, se había formado con Aristóteles, "el maestro de los que saben", como dice Marcel DE CORTE en su espléndido prólogo, y con Santo TOMAS:

"Jugnet era un heleno. Como todos los hijos de Atenea, había nacido 'filósofo' y como la mayoría de entre ellos, los más representativos de la raza, tenía naturalmente el sentido del orden y, por lo tanto, de la belleza. Su intuición fundamental es indiscutiblemente el sentido de lo real. Su filosofía es esencialmente una filosofía del ser en todas sus dimensiones. La inclinación natural de su espíritu lo orientaba espontáneamente hacia Aristóteles y Santo Tomás. No creo que Jugnet haya llegado a ser lo que era a causa de ellos. Más bien, los eligió como guías en razón de lo que ya era" (30).

IV. 2. OBRAS

Lo primero que llama la atención en toda su producción literaria es el rigor de su armazón lógica, la seriedad de la documentación de primera agua y la claridad y llaneza de su agudo estilo.

Si bien JUGNET escribió algunos libros, el grueso de su obra está consagrado a la enseñanza: artículos de revistas (más de cincuenta), cursos, conferencias y numerosísimas notas de estudio:

"No sin razón se asombraba de haber redactado cerca de 70.000 páginas en notas y publicado, en artículos, libros u opúsculos —sin hablar de sus conferencias y de un número incalculable de "mises au point" y de notas de lectura—, el equivalente de 5 ó 6 volúmenes, siendo así que él había escogido desde hacía tanto tiempo '*consagrar* (su) *carrera esencialmente a la enseñanza oral y a los contactos personales*'" (31).

IV. 2. a. LIBROS

1. "Pour connaître la pensée de Saint Thomas d'Aquin" (240 pp.) (Bordas, París, 1949; 2ª ed., 1964; 3ª ed., Ed. Nouvelle Aurore, 1976). (sobre este libro cfr. IV. 2. e.)
2. "Un psychiatre philosophe, Rudolf Allers, ou l'Anti-Freud" (Ed. du Cedre, París, 1950) (trad. española: Criterio, Bs. As.; Speiro, Madrid, 1974, 108 pp.) (sobre este libro cfr. V. 4. e.)

(30) Georges Delbos, M.S.C., *o.c.*, p. 16.

(31) René Giraudon, *o.c.*, p. 32.

3. "Catholicisme, foi et probleme religieux" (100 pp.)
(Ed. Saint-Michel pour l' Education, 9, rue Thiers, Angers, 1951; 2ª ed., 1970; 3ª ed., Ed. Nouvelle Aurore, 1975).
4. "Problemes et grands courants de la philosophie"
(1ª ed., 1970; 2ª ed. aumentada: Les Cahiers de L' Ordre Francais, 1974, 232 pp.); (1ª ed. española: Cruz y Fierro, Bs. As., 1977).

IV. 2. b. CURSOS

1. "Doctrines philosophiques et systemes politiques"
(Institut d' Etudes Politiques de Toulouse).
2. "Cours de philosophie: Psychologie. Logique. Morale.
Addendum sur la critique de la connaissance".

"Su curso sobre la 'Crítica del Conocimiento' permanece un modelo en su género y conozco a más de un 'ex-alumno' que, filósofo de oficio a su vez, saca hoy de él material para su enseñanza" (32).

"Creo que, de todas las partes de su curso, su crítica del conocimiento, implacable refutación del idealismo bajo todas sus formas, y su demostración del hilemorfismo, fueron las que más hicieron para convertir a sus alumnos al tomismo" (33).

IV. 2. c. CONFERENCIAS

La bibliografía —incompleta— del número homenaje ya citado de "L' Ordre Francais" cita 24 títulos. La gran mayoría en Toulouse, y sólo unas pocas fuera de su ciudad.

Para este fin creó en mayo de 1952, junto con un grupo de estudiantes, el Círculo Pío X, que desde 1954 se convirtió en el Círculo San Pío X.

Salvo excepciones, Jugnet no publicaba en revistas el texto de sus conferencias. Sólo reproducía en roneotipado lo esencial de su disertación, para alumnos y amigos.

Su frágil salud y el tiempo inmenso dedicado a la enseñanza le impidieron concurrir a las reuniones y coloquios a los que era invitado con frecuencia. Sí participó con dos comunicaciones en los coloquios

(32) Jean De Quissac, *o.c.*, p. 55.

(33) Jean De Viguerie, *o.c.*, p. 60.

Maurras, organizados por el Instituto de Estudios Políticos de Aix-en-Provence, en 1968 y en 1970.

IV. 2. d. NOTAS

Sus innumerables notas roneotipadas —la bibliografía fragmentaria de "L' Ordre Francais" enumera 81 títulos— versan sobre los más variados temas de filosofía, teología, literatura, historia y cuestiones conexas. Eran estudios de diversa extensión, compuestos para sus alumnos, corresponsales o amigos.

Redactadas con su característica precisión y concisión, ricas en citas, referencias y definiciones, representan una auténtica muestra de su capacidad de síntesis. Verdaderas joyas por su fondo y forma, y magníficamente adaptadas al ritmo del hombre contemporáneo —devorado por el tiempo—, merecen por sí solas una edición completa. Algunas han comenzado a ser publicadas en los "Cahiers Louis Jugnet" que edita la "Asociación de Amigos de Louis Jugnet" (cfr. la introducción).

IV. 2. e. "POUR CONNAITRE LA PENSEE DE SAINT THOMAS D' AQUIN"

Esta obra fundamental de Jugnet, que publicó a los 37 años y se agotó rápidamente, le valió a su autor "una calurosa y larga carta de felicitación" (34) de Pío XII: dos páginas sumamente elogiosas.

Obra simple pero maciza, escrita en un lenguaje accesible, sólo pretende poner al alcance de todos lo esencial del "limpio y completo saber filosófico de santo Tomás", que "refleja las esencias de las cosas reales en su verdad cierta e inmutable" y que "no es ni medieval, ni propio de ninguna nación particular. Trasciende el tiempo y el espacio y no ha perdido nada de su valor para toda la humanidad de nuestros días" (35).

JUGNET no se contenta aquí con presentar las grandes tesis tomistas; las confronta con las objeciones de los teólogos o de otros filósofos antiguos y modernos. La fuerza del pensamiento que defiende, y la calidad de su propia dialéctica pulverizan los argumentos contrarios mientras JUGNET va introduciendo al lector, con mano maestra, en la armoniosa concatenación de las verdades de la razón y de la fe.

(34) Louis Jugnet, *Pour connaître la pensée de Saint Thomas d'Aquin*, p. 3.

(35) Pablo VI, carta al P. Aniceto Fernández, O. P., Maestro General de la Orden dominicana, 7-3-64.

Esta introducción al pensamiento tomista —lamentablemente aún no traducida y el libro que hoy presentamos, representan dos obras extraordinariamente útiles para el neófito, porque si bien existen numerosas introducciones y presentaciones generales del tomismo y variadas historias de la filosofía, estas dos creaciones del genio pedagógico de JUGNET pertenecen a las pocas que se pueden recomendar al aprendiz de filósofo sin correr el riesgo de desalentarlo desde el primer capítulo. Muy por el contrario, poseen una "mica salis" (36), capaz de entusiasmar y apasionar literalmente al lector. Por ello, el gran filósofo belga Marcel DE CORTE recomienda todos los años a sus alumnos el "Saint Thomas" de JUGNET (37).

IV. 3. EL TOMISTA

IV. 3. a SU CONVERSIÓN

En un hermosísimo trabajo titulado "Se passer de métaphysique?", en respuesta a una encuesta sobre el lugar de la metafísica en el mundo actual, y que forma parte del volumen colectivo "Peut-on se passer de métaphysique?", JUGNET escribe:

"Por nuestra parte, permaneceremos fieles a la orientación fundamental, que una cuasiconversión de conjunto (religiosa, filosófica, y político-social) nos imprimió hará dentro de poco un cuarto de siglo" (38).

Y en otro artículo, descubre algunas de las circunstancias de ese paso que tomó teniendo apenas 16 años:

"Hijo de universitario, criado en un medio muy alejado de lo que se llama el 'integrismo', tuvimos la suerte, durante nuestro año de filosofía (¡hecho en el más clásico de los liceos, con un profesor que no tenía sino sarcasmos para la Escolástica!) de descubrir el tomismo gracias a algunos de esos admirables sacerdotes tradicionales, hombres de doctrina y de carácter, cuyo recuerdo nos hace aún más doloroso el espectáculo de los eunucos del neo-modernismo que nos es infligido cotidianamente" (39).

(36) Cfr. Col. 4, *Sermo vester semper in gratia sale sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere.*

(37) Marcel De Corte, prólogo.

(38) Louis Jugnet, *Se passer de métaphysique?*, in "Peut-on se passer de métaphysique?", Privat, 1954; reproducido en "L'Ordre Français" n° 174, setiembre-octubre 1973, p. 90.

(39) Louis Jugnet, *Comment combattre une hérésie*, "Itinéraires" n° 87, noviembre 1964, p. 126.

IV. 3. b. "ITE AD THOMAM" (40)

Después de exponer la doctrina integral de Santo Tomás, JUGNET apuntaba como objetivo final motivar a la lectura directa del Santo Doctor a "todos los que sienten hambre de Verdad", para "pedirle el alimento de sana doctrina de que él tiene opulencia para la vida sempiterna de las almas" (41). Estaba seguro que nunca se arrepentirían de ello ni la abandonarían, como cuenta GILSON en su hermoso discurso de recepción en la Academia Francesa: por sugerencia de Levy-Brühl, su maestro en la Sorbona, abrió "por primera vez esta **Suma Teológica** de la cual ni él ni yo sospechábamos entonces que, una vez abierta, no se decidiría jamás a cerrarla" (42).

El Profesor GIRAUDON transcribe una confidencia de JUGNET en tal sentido:

"¿Para qué escribir? —me decía un día—: lo esencial está en Santo Tomás de Aquino; es pues más importante conducir a los demás a leer su obra que multiplicar las paráfrasis de ésta; se publica demasiado. Lo mejor pasa desapercibido" (43).

IV. 3. c. SU MÉTODO

Su método no podía ser sino el del mismo Santo Tomás: auténtico "diálogo" y respeto al adversario ideológico:

"Su enseñanza aristotélica y tomista afirmó nuestros espíritus. Ninguno de nosotros olvidará tampoco su método, el método mismo de Santo Tomás, y que consiste en presentar primeramente las tesis adversas, separando en ellas el buen grano de la cizaña para oponerles luego las conclusiones verdaderas debidamente probadas" (44).

IV. 3. d. TOMISMO ASIMILADOR, NO ECLÉCTICO

Si bien el tomismo asimila "los materiales más diversos", no es un eclecticismo, a la manera de esos trajes de payaso, hechos de remiendos multicolores:

(40) Pío XI, Enc. *Studiorum Ducem*, 29-6-1923, A.A.S., 15 (1923), p. 323.

(41) Pío XI, *ib. ib.*

(42) Etienne Gilson, Discours de réception à l'Académie Française, Doc. Cath., 1947, col. 858 ss.

(43) René Giraudon, *o.c.*, p. 32.

(44) Jean De Viguerie, *o.c.*, p. 60.

"Firmeza indispensable sobre los principios, apertura sincera a los enriquecimientos ulteriores, estos dos rasgos complementarios permiten al tomismo asimilar y repensar los materiales más diversos, tomados de las ciencias, el arte, la historia; como un ser vivo que se mantiene y se desarrolla gracias a un constante proceso de asimilación, pero eliminando todo lo que es tóxico o inasimilable; todo verdadero progreso supone un punto de apoyo asegurado, una base sólidamente adquirida, sin lo cual todo se hundirá a cada instante. Y la unidad firme de los principios y de la inspiración de conjunto impide al tomismo ser una de esas mezclas eclécticas, uno de esos tapados de Arlequín, como se ven demasiados en nuestros días, tanto imaginan algunos que yuxtaponiendo frases de los autores más opuestos, se obtiene una armoniosa síntesis" (45).

IV. 3. e. TOMISMO INTEGRAL

No se crea, sin embargo, que su tomismo era algo edulcorado o adulterado, blandengue o mistongo. Así concluía un excelente trabajo ya citado:

"No basta yuxtaponer algunos lugares comunes vagamente espiritualistas para obtener una verdadera filosofía cristiana, robusta, sintética y que satisfaga la inteligencia más exigente" (46).

Y citaba a su querido maestro, el P. De Tonquédec:

"Es fácil burlarse de las especulaciones sobre el acto y la potencia, sobre la materia y la forma; pero después de ello lo es mucho menos exponer filosóficamente las tesis concernientes a Dios y al alma. Y es una gran ingenuidad creer que las "tesis útiles" se mantienen bien, solas, en el aire. Conceder la dosis de metafísica indispensable para una teodicea o para una psicología racional, es conceder la metafísica por entero. No es pues un tomismo mutilado por razones utilitarias, y por ello mismo inconsistente, el que consideraremos aquí, sino el tomismo integral, tal como lo concibió Santo Tomás" (47).

(45) Louis Jugnet, *Thomisme et néo-modernisme*, "L'Ordre Français" n° 20, diciembre 1964, pp. 27-28.

(46) Louis Jugnet, *Se passer de métaphysique?*, loc. cit., p. 96.

(47) J. De Tonquédec, *La Critique de la connaissance*, Beauchesne, p. XVII.

Para comprender en qué medida su tomismo era un tomismo integral, combativo porque viviente, basta leer esta antológica página, excelente muestra, por otra parte, de su "estilo oral":

"¿Qué se entiende por 'tomismo mitigado'? Si se trata de un tomismo que tiene en cuenta problemas nuevos, es excelente, pero, para hacer esto, nada lo obliga a sacrificar sea lo que sea de su rigor ni de su fidelidad a Santo Tomás en el plano doctrinal. Conocemos muy de cerca a un universitario que habla a diversos auditorios de psicoanálisis, de marxismo, de surrealismo o de existencialismo y que se gloria de su fidelidad tomista. Si se trata de un tomismo "ensanchado" en este sentido que distiende los principios mismos, dos significaciones son posibles: o bien solicitará los textos de Santo Tomás para hacerles decir lo que no dicen y encontrar en ellos las ideas de Blondel, de Bergson, incluso de Marx o de Rousseau. Moralmente es deshonesto, e intelectualmente es ridículo (confusionismo (48) al estado puro). Algunos autores católicos desgraciadamente han hecho esgrima con este juego desde hace no poco tiempo. —O bien se confesará abiertamente que *Santo Tomás se equivocó en sus principios mismos, y ya no se será más tomista de ningún modo* (ni "fixista", ni "mitigado"...). En realidad, nos encontramos aquí en presencia de una mentalidad incurablemente a-filosófica. Se representa la filosofía como un puro devenir, en el cual ningún principio estable permanece adquirido (y no como el desarrollo armonioso de materiales extraños repensados en función de nuestros principios). Se piensa que el eclecticismo es el "nec plus ultra" de la especulación, mientras es su negación, ya que se encuentra ante la alternativa siguiente: o bien yuxtapone materiales heteróclitos y heterogéneos, como esos cadáveres "artificiales" fabricados a veces por estudiantes de medicina, con la nariz de uno, la pierna de otro, etc., y a los cuales sólo les faltan la verdadera *unidad y la vida*. O bien, hace una selección. Pero, ¿en nombre de qué? ¿De principios? ¿Y cuáles? ¿Y venidos de dónde?... Esto no es serio" (49).

(48) En exergo de su artículo *Réflexions sur le teilhardisme* ("Revue des Cercles d'Etudes d'Angers", febrero 1963, reproducido en "L'Ordre Français" n° 5, mayo 1963, pp. 37-56), Jugnet coloca esta cita de Papini: "Nuestra época tiene ídolos venerados: Moloch, Mamón, Príapo. Hay que agregarles Belfegor, el demonio de la confusión mental".

(49) Louis Jugnet, *Pour connaître la pensée de Saint Thomas d'Aquin*, pp. 210-211.

IV. 3. f. TOMISMO VIVIENTE

JUGNET comprendió muy bien que si el tomismo es algo viviente, no puede nunca circunscribirse a la simple literalidad de un texto, salmódicamente repetido como suras coránicas:

“La verdad no fue nunca para Jugnet ni un sistema filosófico que sería el tomismo, ni el pensamiento de un hombre que se llamaría Tomás, nacido en Aquino, y cuyas *opiniones* le habrían convenido mejor que las de otro, o le habrían parecido más verosímiles. *Citaba muy poco, incluso en sus notas personales, las obras mismas de Santo Tomás*, la verdad explicitándose mejor aún en las obras de los grandes comentaristas, Cayetano y Juan de Santo Tomás sobre todo.

Se había hecho una regla de la mesurada audacia de los Carmelitas de Salamanca, que escribían: ‘Aunque (lo que decimos) no se encuentra en tales términos en Santo Tomás, lo que sería para nosotros un motivo de adhesión muy apremiante, (nuestras afirmaciones) sin embargo están fundadas bastante eficazmente sobre los principios afirmados por el Santo Doctor y cuadran enteramente con su doctrina’ (Tract. XXI, disp. IV, dub. I)” (50).

Y, por ello, desde las primeras páginas de su “Saint Thomas”, reivindica la VIDA para el tomismo, negándose a realizar una simple labor “arqueológica” de exhumación de textos:

“Esta obra... es la de un discípulo fiel, incluso militante, de santo Tomás, y no de un arqueólogo indiferente (...) no nos atendremos obligatoriamente a la letra misma de santo Tomás. El tomismo es una tradición viviente, una corriente espontánea, que ha conocido sus altos y bajos, pero que no se encuentra todo por entero en la obra misma de santo Tomás” (51).

Y, para probar que el tomismo es algo “eterno”, cita una frase de León XIII, destinada —dice JUGNET— para “escandalizar a los imbéciles”: “No hay ningún problema planteado a la conciencia moderna que no encuentre en Santo Tomás **con frecuencia** la solución **verdadera y adecuada, siempre** los **principios** necesarios para resolverlo”.

Y explicita su verdadero sentido:

“No quiere decir, en efecto, que toda la filosofía se reduzca hasta el fin de los tiempos a un comentario literal de Santo Tomás, ni

(50) René Giraudon, *o.c.*, p. 41.

(51) Louis Jugnet, *Pour connaître la pensée de Saint Thomas d'Aquin*, pp. 6-7.

que el tomista del siglo XX no tenga que esforzarse por repensar los problemas. Sino afirma —y con razón— que los *principios* puestos por Santo Tomás están grávidos de aplicaciones fecundas y virtualmente ilimitadas” (52).

IV. 3. g. LA VERDAD, NO LA ORIGINALIDAD

JUGNET fue **original**, en cuanto para resolver todo problema, filosófico o teológico, se remontaba a los orígenes, a las últimas causas y primeros principios.

JUGNET fue **original**, en cuanto toda su documentación, todas sus referencias bibliográficas no eran de segunda mano, sino que estaban tomadas en las mismas fuentes.

JUGNET fue **original** también, en cuanto había realmente leído, analizado y asimilado todas sus numerosas citas bibliográficas, y por ello les indicaba, y no para darse una supuesta altura “científica”, como alguna revista de nombre griego y monstruosos aparatos críticos de erudición “alla tedesca”, con tres líneas por página de texto y veinticinco de notas...

JUGNET fue **original** también, en cuanto un escritor original, según Chateaubriand, no es el que no imita a nadie, sino aquel a quien nadie puede imitar.

Pero **no fue original** en el sentido anticonformista del término, como lo usan los modernos “MO. CO. SO.” —Moyens de Communication Sociale— que es la forma menos auténtica de serlo, porque existe todo un conformismo del anticonformismo.

Y sobre todo, **nunca pretendió ser original** en este último sentido, porque su única preocupación fue la verdad, el único absoluto, mal que les pese a todos los ídolos modernos:

“Si alguno, después de habernos leído, estuviese tentado de deplorar nuestra falta de originalidad, le responderíamos que en filosofía hay que ser verdadero antes que original” (53).

V. EL APOLOGISTA

V. 1. SU VOCACION

Este maestro, expositor claro y con estilo entusiasta de los grandes temas de la filosofía y teología católicas, fue también un gran defensor

(52) Louis Jugnet, *o. c.*, p. 9, n. 1.

(53) Louis Jugnet, *o.c.*, p. 10.

de la Verdad, a la manera de los Padres apologistas de los primeros siglos del cristianismo.

Combatió con lucidez y ardor sus grandes batallas, como crítico profundo y profético del humanismo integral maritainiano, de la "Nouvelle Théologie", del evolucionismo teilhardiano, del progresismo católico-marxista y del pansexualismo freudiano.

JUGNET no admitía divorcio entre el pensamiento y la acción. Consideraba con justa razón que toda ciencia es vana si no conduce a Dios. Y Dios es amor. Y todo amor tiene su contrapartida de golpes, reprensiones y hasta heridas. Por eso, Jugnet fue un hombre de acción:

"...desde su juventud estudiantil en las Ligas de Action Française hasta la obra de su madurez, el Círculo San Pío X, fue un hombre de acción, sobre todo de acción intelectual profunda, estructurante, muy diferente de la acción psicológica que los peligrosos imbéciles que practican las ciencias llamadas humanas pretenden ejercer sobre las masas" (54).

JUGNET definió acertadamente su vocación de apologista, del siguiente modo:

"No escrutamos los corazones y las entrañas; analizamos la lógica interna de las actividades doctrinales" (55).

El Prof. GIRAUDON aclara muy bien la razón de su acción y el modo objetivo como la llevó a cabo:

"Era consciente de cumplir una función de severidad en y para una sociedad de origen divino: la Iglesia católica. Y si solía hacer de una querella de ideas una cuestión personal, nunca hizo de una querella personal una cuestión de ideas" (56).

V. 2. SU COMPROMISO

Louis JUGNET no era un filósofo de torre de marfil: Estaba profundamente comprometido con la vida y con la Verdad. Testigos son sus numerosos alumnos, el Círculo San Pío X —su obra de madurez— por él fundado, su correspondencia, sus publicaciones, sus amigos, su clara posición en materia política, social y religiosa.

De inteligencia rápida, argumentaba tan rápidamente como leía, lo

(54) René Giraudon, *o. c.*, p. 31.

(55) Louis Jugnet, *Le R.P. Garrigou-Lagrange, métaphysicien*, "La Pensée Catholique" n° 91, p. 42, n. 4.

(56) René Giraudon, *o. c.*, p. 31.

que hacía de él un dialéctico temible, de humor incisivo. Pero era respetado, porque amaba el auténtico "diálogo":

"El papel y la personalidad del Profesor superaban ampliamente el marco circunscrito de la Universidad. En Toulouse, Louis Jugnet representaba, para todas las corrientes de pensamiento tradicionalista e incluso para la 'gente de afuera', mucho más que un nombre conocido y estimado, una especie de polo moral. Sus conferencias dadas en el anfiteatro del Sénéchal (sobre temas de filosofía pura o de filosofía política) le habían valido una reputación de las más lisonjeras y le atraían un auditorio siempre apasionado. Moviéndose a gusto en la disputa (amaba la polémica) había sabido dar al término "diálogo" —tan mancillado hoy en día— un sentido vivificante y caluroso, y la 'discusión' que seguía a la exposición magistral, se prolongaba hasta horas bien avanzadas de la noche, sobre las graderías...

Filósofo comprometido en la acepción más noble, no se privaba de tomar posición públicamente sobre los problemas de la hora, con un coraje y una lucidez que constituían la admiración unánime de sus estudiantes, y forzaban incluso la de sus adversarios" (57).

V. 3. SU IMPARCIALIDAD

Su método pedagógico era claro.

"...rigor y firmeza del pensamiento, tolerancia respecto de las personas" (58).

Inculcaba a sus alumnos el respeto por el trabajo ajeno, que él mismo practicaba:

"... dos consejos... daba Louis Jugnet a sus alumnos de filosofía: no tratar de simplificar en exceso las tesis de un autor antes de haberla comprendido, y respetar el trabajo de toda una vida, a veces" (59).

Y el Dr. LAMASSON recuerda que, después de haber analizado críticamente algunas posiciones de TRESMONTANT (60), JUGNET se complació, en un trabajo posterior, en mostrar el nuevo rumbo —más ortodoxo en algunos puntos— de ese autor (61).

(57) Jean De Quissac, *o. c.*, pp. 55-56.

(58) Jean De Quissac, *o. c.*, p. 54.

(59) Dr. François Lamasson, *o. c.*, p. 45.

(60) Louis Jugnet, *Claude Tresmontant et la philosophie chrétienne*, "La Pensée Catholique" n° 106, 1966, pp. 70-82.

(61) Dr. François Lamasson, *o. c.*, p. 45.

Si se recuerda que TRESMONTANT era, en ese momento, un fervoroso discípulo de TEILHARD, se apreciará mejor, en el siguiente juicio de JUGNET, su imparcialidad:

"(Tresmontant) es un hombre de valor, un espíritu leal, y cuya evolución, desde sus primeras obras, debe retener el interés" (62).

Numerosos otros ejemplos podrían citarse. Bástenos señalar que JUGNET dedicó todo un artículo al PROTESTANTE Y REPUBLICANO Jacques ELLUL, profesor de la Universidad de Burdeos, reproduciendo elogiosamente prolijos párrafos de su obra "Fausse présence au monde moderne" (63).

V. 4. SUS BATALLAS

V. 4. a. RELATIVISMO

A JUGNET le tocó vivir en un mundo carcomido por un relativismo omnipresente, del cual fue siempre su mayor enemigo:

"Su intransigencia doctrinal, reforzada por lo cortante de su voz, no era sino la manifestación de su pasión por la verdad. Nada lo irritaba más que el relativismo. Era su adversario feroz e irreductible" (64).

Es bien ilustrativa al respecto la anécdota que narra el P. DELBOS, del examen donde conoció por primera vez al maestro:

"Habiendo perdido pie evidentemente un momento, y agarrándome desesperadamente de las frágiles ramas de la orilla, no encontré nada mejor, para salir a flote del abismo en el que me hundía, que hacerme eco del relativismo popular que pretende que todo error contiene una partícula de verdad. De inmediato, me fulminó con su penetrante mirada y, olvidando intencionalmente mi uniforme del momento, me dijo: 'Monsieur l'Abbé, ¿quiere Ud. decirme lo que hay de verdadero en la afirmación que Dios no existe?'. Bajé la cabeza y confesé mi estupidez" (65).

JUGNET combatió sobre todo con todas sus fuerzas la versión cien-

(62) Louis Jugnet, *Un fastidieux fatras*, "Itinéraires" n° 108, diciembre 1966, p. 184, n. 3.

(63) Louis Jugnet, *'Fausse présence au monde moderne' de Jacques Ellul*, "L'Ordre Français" n° 16, junio 1964, pp. 17-28.

(64) Georges Delbos, M.S.C., o.c., p. 22.

(65) Georges Delbos, M.S.C., o.c., p. 11.

tífica del relativismo: "la miseria del liberalismo", que "no es en realidad sino ¡la destrucción de la idea de verdad, ni más ni menos!" (66):

"Ninguna época del pasado... ha conocido tantas personas para las cuales la idea de VERDAD, concebida como nada más 'que un punto de vista' fugaz y subjetivo, no evoca absolutamente nada..." (67).

Contra esta verdadera perversión intelectual luchó toda su vida JUGNET, afirmando el primado de la Verdad:

"Como escribía un religioso muerto en olor de santidad, y al que mucho conocimos: 'La corrupción de las costumbres es un mal curable, pero la perversión de la inteligencia es humanamente sin remedio, porque suprime la raíz de todo bien que es el conocimiento de la Verdad'" (68).

Por ello, el ejemplo que nos deja JUGNET es amar la verdad, sin compromisos:

"Si queremos salvar la diferencia específica del hombre y asegurar a la inteligencia un porvenir digno de ella, debemos imitar la intransigencia de Louis Jugnet. No hay en ello ningún fanatismo, ningún celo ciego, porque la verdad que aspiramos a defender y a difundir, siguiendo su ejemplo, no admite ningún compromiso ni con el error, su contrario, ni, menos aun si fuere posible, con las innumerables caricaturas con las cuales se la confunde por temor al juicio de los hombres" (69).

V. 4. b. IDEALISMO

Su filosofía de apertura a la realidad, de receptividad a lo que es, rechazaba la apariencia, que en filosofía es el Idealismo, la gran tara de la inteligencia, cuyas infiltraciones combatió, bajo todas sus formas, fenomenológicas y existencialistas:

"...toda su vida consagró al idealismo un odio feroz y libró contra él una guerra sin cuartel, cualquiera fuese la máscara bajo la cual

(66) Louis Jugnet, *Vérité et Libéralisme*, "Cahiers Louis Jugnet", I, 1975, p. 14.

(67) Louis Jugnet, cit. en "Cahiers Louis Jugnet", I, 1975, p. 5.

(68) Louis Jugnet, *'Fausse présence au monde moderne' de Jacques Ellul*, "L'Ordre Français" n° 16, junio 1964, p. 27, n. 5.

(69) Marcel De Corte, o.c., p. 29.

se le presentase: o la del hegelianismo, o la del evolucionismo, del freudismo o de la democracia, o también del modernismo antiguo o nuevo, pastoral o doctrinal. Había comprendido de entrada que el subjetivismo del 'cogito' cartesiano, a través de los avatares del relativismo kantiano y del positivismo, era la fuente de todos los males, y que la salvación residía esencialmente en la reintegración del objeto por el redescubrimiento del carácter intencional de la representación" (70).

V. 4. c. EVOLUCIONISMO

"Entre todas las formas de idealismo o de intelectualismo hay una contra la cual luchó Louis Jugnet toda su vida: el mito de la evolución, ya se trate de la diosa, de la santa evolución de Teilhard de Chardin (71), de la evolución del pensamiento primitivo hasta nuestros días, la farsa de los arquetipos cara a los psicoanalistas (72), de esta otra forma de evolución conocida más comúnmente bajo el nombre de sentido de la historia (73), de la evolución de los seres vivos, hipótesis indemostrable, pero tan tranquilizante para el espíritu..." (74).

V. 4. d. MODERNISMO

Desde 1946, JUGNET denunció y atacó con vigor el neomodernismo y su versión de "fanta-ciencia" (GILSON dixit), el teilhardismo:

"Creyó un momento en el triunfo de la verdad, cuando apareció en 1950 la admirable encíclica de Pío XII 'Humani Generis', que condenaba el Evolucionismo monista y panteísta, el Existencialismo y el Relativismo doctrinal. Tengo ante mis ojos la entusiasta carta que me escribió entonces: 'Dios habla por la boca de su

(70) Georges Delbos, M.S.C., o.c., p. 16.

(71) Louis Jugnet:

—*Progrès ou régression*, "La Pensée Catholique" n° 3, 1947, pp. 57-61.

—*A propos de l'évolutionnisme catholique*, "La Pensée Catholique" n° 4, 1947, pp. 52-78.

—*Une métaphysique néo-chrétienne*, "La Pensée Catholique" n° 8, 1948, pp. 22-42.

—*Science allemande, théologie romaine et évolution*, "La Pensée Catholique", n° 11, 1949, pp. 24-30; traducido en "Presencia", Bs. As., n° 25, 23-12-49, pp. 4-6.

(72) Louis Jugnet, *Rudolf Allers o el anti-Freud*, Speiro, Madrid, 1974, p. 21.

(73) Cfr. esta obra, capítulo X: *Las ideologías del progreso*.

(74) Dr. François Lamasson, o.c., p. 47.

Pontífice', concluía, luego de haber establecido la lista de las tesis condenadas por el Pontífice.

Igualmente, el 'Monitum' del Santo Oficio poniendo en guardia a los fieles contra las 'ambigüedades' e 'incluso los errores' contenidos en la obra del P. Teilhard, lo llenó de alegría. Lamentablemente, fue de corta duración. Pronto el horizonte se ensombreció" (75).

Rechazaba airado la objeción según la cual la reinterpretación y acomodamiento modernista de la fe convertía a los incrédulos:

"En cuanto al modernismo católico, ya sea el que condenó San Pío X tan vigorosamente o el que rellora en nuestros días, a golpes de hiperevolucionismo, de neohegelianismo, de semimarxismo, de radicalismo bíblico, es un producto de descomposición que hiede espantosamente y que repugna a los incrédulos en lugar de convertirlos, porque éstos, sobre todo en nuestra edad apocalíptica, están a la búsqueda de una síntesis flexible y rigurosa a la vez y no de un magma de hipótesis pseudocientíficas e infrafilosóficas" (76).

Y señalaba el desconcierto de los incrédulos y la responsabilidad de muchos pastores:

"¿Cómo adherir a una religión cuyos representantes ya no pueden ni siquiera decir lo que conviene creer?', nos decía un estudiante de agregación en filosofía. Pasamos la frase a los responsables en 'conquistas del mundo moderno', pero creemos que tendrán que rendir pesadas cuentas 'in die judicii'..." (77).

Por ello, después de invitar a estudiar muy metódicamente la "Pascendi", —cada día más actual— agregaba:

"Porque casi todo lo que dice San Pío X puede ser retomado casi palabra por palabra en el año de gracia de 1964..." (78).

(75) Georges Delbos, o.c., pp. 17-18.

(76) Louis Jugnet, *Catholicisme, foi et problème religieux*, 3ª ed., Ed. Nouvelle Aurore, Paris, 1975, p. 62.

(77) Louis Jugnet, *Comment combattre une hérésie*, "Itinéraires" n° 87, noviembre 1964, p. 131.

(78) Louis Jugnet, *Face au modernisme*, "Itinéraires" n° 86, setiembre-octubre 1964, p. 44, n. 11.

E invocaba su ayuda y protección:

"...¡Que San Pío X sea nuestro guardián y nuestro intercesor en el momento en que el Nuevo Arrianismo parece ganar la partida!" (79).

V. 4. e. FREUDISMO (80)

Desde 1930, fecha en que inició sus estudios de psiquiatría, JUGNET preveía la ola de erotismo e inmoralidad que invadiría al mundo moderno. Denunció, por ello, permanentemente los daños de la difusión del psicoanálisis en todos los ambientes y especialmente en los medios católicos. Combatió las ideas teosófico-teilhardianas-psicoanalíticas de Maryse Choisy. Ya en 1950 se lamentaba, indignado, del estudio psicoanalítico de un santo.

Refutación del Freudismo

JUGNET, siguiendo sobre todo a ALLERS, desmenuza los tres pilares del freudismo:

- 1º la noción de **inconsciente**, rechazada por NUTTIN, COMBES, GEMELLI, ALLERS.
- 2º **El papel predominante del factor sexual** mostrando el valor de la crítica de ADLER: bajo la libido freudiana está la afirmación del yo (el defecto capital del hombre no es la lujuria, sino el orgullo) y de ALLERS: aún más profundo que la afirmación del yo está el "conflicto metafísico", es decir, el choque del hombre contra una condición precaria, finita, amenazada, no aceptada, que lo lleva a la neurosis.
- 3º El pretendido **efecto curativo de la toma de conciencia** de los elementos reprimidos o de las tendencias inconscientes. Aquí, JUGNET está junto a eminentes psiquiatras: BARUK, BRISSET, en Francia; EYSENCK, en Inglaterra; Ramón SARRO, en España; Rudolf ALLERS, en EE.UU.; KLUGE, en Alemania, etc. Incluso simpatizantes del psicoanálisis, como REGIS y HESNARD reconocen que la "toma de conciencia basta para curar al enfermo SÓLO EN CASOS MUY BENIGNOS" (81). Y el

(79) Louis Jugnet, *Comment combattre une hérésie*, "Itinéraires" n° 87, noviembre 1964, p. 131.

(80) Cfr. en esta obra el precioso capítulo XV: *Freud y el psicoanálisis*, con su anexo de Bibliografía antifreudiana.

(81) Cit. por L. Jugnet, *A propos de la psychanalyse*, "La Pensée Catholique" n° 9, 1949, p. 44.

mismo Marc ORAISON afirma que el psicoanálisis sólo trae una curación clínica, en el mejor de los casos (82).

El valor de los trabajos de JUGNET sobre psicoanálisis y catolicismo es puesto de relieve por un especialista, el Dr. LAMASSON:

"Desde 1946, Louis JUGNET adoptaba ante el psicoanálisis una posición de rechazo muy fuertemente motivada y muy matizada. El valor de su obra sobre este tema es tal que el primer autor citado por Mons. André COMBES en su conferencia en Bruselas, sobre "Psychanalyse et Spiritualité" (83) es Louis JUGNET" (84).

Doctrina y método

Junto con Mons. GEMELLI y Mons. COMBES, JUGNET reacciona con vigor contra la tesis de Roland DALBIEZ, que disocia el método psicoanalítico de la doctrina, bautizando a aquél y rechazando sólo a ésta.

JUGNET, inspirado especialmente en ALLERS, no acepta tal distinción: ambos son perniciosos y es imposible separarlos; la aplicación del método freudiano supone necesariamente la doctrina. Es imposible desglosar el materialismo y el determinismo freudianos de todo método psicoanalítico. JUGNET cita varios argumentos de ALLERS con los que se demuestra la íntima solidaridad del método con la doctrina y cómo lo que se denomina "hecho" es en el fondo una "interpretación del hecho", es decir, interpretación íntimamente unida con la doctrina general freudiana del instinto, del inconsciente, etc.:

"De un modo general, no pensamos nada bien de la distinción doctrina-método: ella ha servido para difundir el freudismo en ambiente católico, diciendo que, si la doctrina freudiana es una ideología falsa, el método psicoanalítico es un excelente instrumento de análisis, puro de toda preñación especulativa. El mismo procedimiento es utilizado por los progresistas: el marxismo como sistema del mundo ateo es falso, pero su análisis dialéctico de la historia es utilizable, etc.... De hecho, el método es la manera como se construye una teoría, y la teoría, —o doctrina— es lo que se obtiene con el método, ambos son como la faz cóncava

(82) Marc Oraison, *Une morale pour notre temps*, Fayard, París, 1965; cit. por Dr. François Lamasson, *o.c.*, p. 50, n. 15.

(83) Mons. André Combes, *Psychanalyse et Spiritualité*, Editions Universitaires, Bruxelles-Paris, 1955, p. 27.

(84) Dr. François Lamasson, *o.c.*, p. 47.

y la faz convexa de una misma curva: la misma cosa observada de modo diferente" (85).

"Rudolf Allers, ou l'Anti-Freud" (86)

En este pequeño gran libro, JUGNET, gran conocedor de toda la bibliografía de y sobre ALLERS resume magistralmente su antropología espiritualista, sus ideas sobre las neurosis, el carácter y la educación y, sobre todo, su demoledora crítica de la doctrina y método freudianos: ALLERS critica fuertemente el pansexualismo freudiano la explicación del hombre por un puro instinto —y por sólo uno, el sexual—, y pone, por el contrario, la clave de la unificación psíquica en el espíritu.

JUGNET reivindica en su obra su derecho a expresarse como filósofo-médico, ya que, aun sin poseer título oficial, poseía una experiencia personal en psiquiatría iniciada en 1930. Y recordaba con malicia —argumentando 'ad hominem'— que FREUD prefería los psicólogos no médicos a los médicos de profesión (87).

ALLERS se reconoció plenamente en la obra de JUGNET, y, asombrado de su manejo de la bibliografía mundial sobre el tema, elogió la seriedad y profundidad del trabajo realizado:

"En la medida en que un autor es juez de su obra, me parece que no se habrían podido presentar mis ideas de una manera más

(85) Louis Jugnet, *La philosophie de Charles Maurras*, "Études Maurrassiennes", I, 1972, p. 91.

(86) Louis Jugnet, *Rudolf Allers, ou l'Anti-Freud: Un psychiatre philosophe*, Ed. du Cèdre, Paris, 1950; trad. española: Speiro, Madrid, 1974, 108 pp.

(87) Louis Jugnet, *Rudolf Allers, o el anti-Freud*, Speiro, Madrid, 1974, p. 18.

(88) Entre otros mil ejemplos que podrían citarse, uno nos toca muy de cerca, como argentinos, católicos y contrarrevolucionarios. En su artículo *Science allemande, théologie romaine et évolution* ("La Pensée Catholique" n° 11, 1949, pp. 24-30), escribe Jugnet en la nota 11:

"No sin cierta amargura leíamos hace poco en el gran periódico católico de la Argentina, 'Presencia'..."

Se refiere al n° 5 de "Presencia", el quincenario que dirigía el P. Julio Meinvielle, quien reprodujo en el n° 25, del 23-12-49, pp. 4-6, el artículo citado de Jugnet.

Por otra parte, en su conferencia de 1953 sobre "La philosophie politique de Jacques Maritain: thomisme et révolution", Jugnet demuestra haber estudiado detenidamente TODAS las obras del P. Meinvielle sobre ese tema, incluso la correspondencia con Garrigou-Lagrange, y en su demostración cita abundantemente al "abbé Meinvielle": ¡7 veces en 15 páginas! ("L'Ordre Français" n° 176, diciembre 1973, pp. 25-39; cfr. pp. 26, 31, 32, 33, 34, 36, 39).

clara, ni resumirlas en tan pocas líneas (...). Su texto no necesita ampliaciones, salvo quizás en lo que respecta a la deshumanización implicada por el psicoanálisis (...). En realidad, me parece muy notable su conocimiento de la producción no francesa (88); aquí, la mayoría de los autores, aun los cultivados o sabios, apenas leen revistas o libros publicados en otros sitios (...). Es un trabajo enorme el que Ud. ha emprendido, y tan bien realizado..." (89).

VI. EL PROFETA

VI. 1. ANTES DE LA "HUMANI GENERIS"

JUGNET avizoró con mucha anticipación el rebrotar neo-modernista dentro de la Iglesia, que fuera condenado en 1950 por el Papa Pío XII:

"He admirado siempre la lucidez y el carácter casi profético de sus diagnósticos. Esto es lo que lo hacía temible para sus adversarios, porque él frustraba por adelantado todos sus planes. Desde 1946-47 comenzó a enviarme los elementos de un 'dossier' que acababa de abrir, con una presciencia extraordinaria del porvenir, bajo el título: 'De Neo-Modernismo'. Cuántas veces al salir de conversar con él se me ocurrió dudar de sus pronósticos. Tres años después los acontecimientos le dieron la razón, y tuve que confesar mi error. Algunos lo juzgaban pesimista, desgraciadamente sólo estaba adelantado respecto a ellos!" (90).

"Sobre el triste tema de la crisis de la Iglesia, no he conocido persona más advertida que él. Pues fue uno de los más terribles adversarios del neomodernismo naciente. En particular, vendrá recordar su papel en el combate contra el teilhardismo. Uno de los primeros, hizo ver en los escritos humosos del extraño jesuita los gérmenes de infección que debían engendrar el culto del mundo y del hombre. Recuerdo su satisfacción cuando apareció la 'Humani Generis' y su reticencia respecto a algunas tolerancias del gobierno de Pío XII ante los primeros 'nuevos curas'. Vio venir la catástrofe desde muy lejos. Cuando llegó, no buscó enmascarar la verdad ni para sí mismo ni para sus amigos. Pensaba que podíamos descender aún más abajo" (91).

VI. 2. DESPUES DE LA "HUMANI GENERIS"

Ante el nuevo derrumbe religioso que se avecinaba —esta vez mayor que el anterior—, su ojo experimentado no se engañó:

(89) Louis Jugnet, *Rudolf Allers o el anti-Freud*, Speiro, Madrid, 1974, p. 14.

(90) Georges Delbos, M.S.C., o.c., p. 17.

(91) Jean De Viguerie, o.c., p. 61.

"La situación doctrinal del catolicismo francés es de las más malas; a pesar del optimismo oficial, todo está atacado: liturgia, política, moral, filosofía, exégesis, teología. El estado de cosas, ciertamente peor que en época del modernismo bajo San Pío X. se asemeja más bien al del siglo XVI y siglo XVIII (...). Temo grandes males en el porvenir" (92).

En una carta posterior, luego de excusarse por su demora ("Estoy verdaderamente muy ocupado por todos lados: cursos, círculo de estudios, conferencias, etc..."), comenta —en tres largas carillas con su letra nerviosa y apretada— las tentativas del catolicismo francés de acercamiento al marxismo, y concluye:

"Tengo una idea muy pesimista de la continuación de los acontecimientos" (93).

En esa época, JUGNET lamentaba sobre todo que el virus progresista hubiese penetrado incluso en su amada España:

"La crisis modernista y progresista acrece sin cesar. He comprobado con dolor que en España un cierto número de jóvenes se sienten atraídos por los más detestables de nuestros autores y publicaciones (Teilhard de Chardin, 'Esprit', 'Témoignage Chrétien', etc.). ¿Qué será del país que fue 'luz de Trento' si se incorpora a la corriente neomodernista? Es preciso reaccionar contra esta corrupción (...). En la cumbre, la crisis doctrinal actual es una repetición, *en más grave*, de las de los siglos XVI y XVIII y de la del Modernismo de los años 1900. No sé, humanamente, cómo saldremos de esto..." (94).

VI. 3. SU ESPERANZA SOBRENATURAL

Las razones de su esperanza ante la crisis modernista dentro de la Iglesia eran únicamente sobrenaturales. Esperaba no en un improbable mejoramiento del mundo, sino en el triunfo de Dios, quien guía a Su Iglesia:

"A pesar de una visión bastante sombría de nuestra situación, en Francia, tenemos una buena razón de esperar, o digamos más bien, verdadera esperanza... en cuanto al fondo. En primer lugar, porque es Dios quien maneja el juego, y que las cabriolas modernistas no podrían prevalecer indefinidamente en su Iglesia. Luego, porque, aun en un plano natural, no creemos de ninguna

(92) Louis Jugnet, carta al autor, 17-2-59.

(93) Louis Jugnet, carta al autor, 30-5-59.

(94) Louis Jugnet, carta a Rafael Gamba, 30-5-59, cit. en "Rudolf Allers o el anti-Freud", Speiro, Madrid, 1974, p. 6.

manera en el triste "sentido de la historia", esta máquina de guerra progresista. Todo puede ser retomado y reconstruido. Más de una vez, a lo largo de la historia de la Iglesia, el error parecía haber ganado la partida (¡piénsese así en el triunfo aparente del arrianismo!), cada vez, ha sido vencido, porque, como decía García Moreno: 'Dios no muere' (95)" (96).

VI. 4. VÍCTIMA DE LA AUTODEMOLICIÓN DE LA IGLESIA

Los testimonios de sus colegas, amigos y ex discípulos son coincidentes: JUGNET murió víctima del sufrimiento ante el espectáculo de la autodemolición de la Iglesia:

* "Con la más viva intensidad, nuestro Maestro vivió la crisis actual de la Iglesia: ella contribuyó no poco a su desaparición" (97).

* "El movimiento de 'autodemolición' del que ha hablado Pablo VI se desencadenó. Sufrió cruelmente por eso y no estoy lejos de pensar que en el fondo murió a consecuencia de él" (98).

* "No cabe para mí la menor duda que Louis Jugnet murió mártir de la 'autodemolición' de la enseñanza, y de la fe teológica. Más precisamente aún —podríamos citar nombres— murió mártir de los demoledores del bien común natural y del bien común sobrenatural, en la almena del fuerte donde luchara hasta su último suspiro" (99).

VII. EL ESCRITOR

VII. 1. SU ESTILO

Lo primero que llama la atención en el estilo de JUGNET es su extraordinaria CLARIDAD —"La clarté est la politesse du philosophe", decía agudamente Vauvenargues— sin desmedro de la profundidad filosófica.

Poseía como pocos el don de exponer, analizar y discutir ideas; el sentido y arte de la síntesis, la habilidad para detectar y presentar los sofismas ataviados de verdad. Todo enropado en un entusiasmo

(95) En español en el original, las "novissima verba" de García Moreno.

(96) Louis Jugnet, *Thomisme et néo-modernisme*, "L'Ordre Français" n° 20, diciembre 1964, p. 34.

(97) Jean De Quissac, *o.c.*, p. 57.

(98) Georges Debos, M.S.C., *o.c.*, p. 18.

(99) Marcel De Corte, *o.c.*, p. 25.

comunicativo y contagioso, inclusive al presentar las tesis más austeras. El estilo de JUGNET constituye para el lector una saludable fuente de satisfacción intelectual y una permanente inyección de inagotable vitalidad. Porque es un estilo ORAL - INCISIVO - VIGOROSO.

VII. 1. a. ESTILO "ORAL"

Por haber dedicado lo esencial de su vida a sus alumnos, JUGNET trasvasa a sus escritos su comunicativo estilo de la enseñanza. Lo define como un estilo "directo, espontáneo 'hablado' ", que si bien pierde "academismo", gana en "contacto vital con el lector" (100):

"(Nuestro libro) está, lo sabemos, 'escrito en estilo hablado'. ¿Osaremos recordar que algunos prefieren aún esta presentación viviente, con todas sus imperfecciones, a un academismo austero? ¿Y que maestros de la literatura, de Montaigne a León Daudet, han tomado alegremente la defensa de esta espontaneidad, aunque tuviese alguna negligencia material como contrapartida?... " (101).

Su estilo facilita mucho, a nuestro entender, la asimilación de nociones elevadas. Estilo vivaz, hablado, con imágenes, propio de un auténtico maestro de filosofía, que sabe que

"las cuestiones metafísicas son difíciles y de alta abstracción. No es ser injurioso para con el género humano constatar que su mayoría está más inclinada a jugar a las bochas o a producir objetos manufacturados que a especular sobre el ser o la substancia. Incluso en su parte intelectual, nuestra especie comprende más individuos dotados para la observación y el cálculo que para el estudio de las esencias" (102).

Recordar ejemplos de su estilo oral nos crearía el problema de "l'embarras du choix". Así, después de citar el texto teilhardiano de 1947, la foi en l'homme", sobre la convergencia final cristianismo-comunismo, comenta: "On ne vous l'envoie pas dire!" (103), que podríamos traducir "¡No tienen pelos en la lengua!".

Al hablar del modernismo, que — dice irónicamente — "existió verdaderamente" como lo afirma el "Magisterio de la Santa Iglesia Ro-

(100) Louis Jugnet, Prefacio de esta obra.

(101) Louis Jugnet, *Pour connaître la pensée de saint Thomas d'Aquin*, 2ª ed., 1964, p. 3.

(102) Louis Jugnet, *o.c.*, p. 97.

(103) Louis Jugnet, *Teilhard et les incroyants*, "Itinéraires" nº 108, diciembre 1966, p. 67, n. 1.

mana", agrega, abriendo paréntesis: "(no se olviden: Romana, lo que ya no se dice más de este lado de los Alpes)" (104).

Pero, de seguir, tendríamos que transcribir todo JUGNET... (105).

VII. 1. b. ESTILO INCISIVO

Su estilo "oral" está mechado de incisivas acotaciones que vuelven apasionante su lectura.

Al exponer la "pueril contradicción" del historicismo, que utiliza dos nociones de verdad: una dialéctica, para las demás doctrinas, y otra clásica, para sí mismo, concluye:

"A pesar del vocabulario alemán, tal actitud no supera la sofística griega" (106).

Después de historiar el tomismo de CLAUDEL, se topa con MAURIAC, quien le da pie para una irónica observación de permanente actualidad, nunc et semper ubique terrarum:

"(Mauriac) declara con una especie de satisfacción (¿por qué?): 'Yo no soy, gracias a Dios, ni filósofo ni teólogo', lo que es de una evidencia deslumbrante. Pero nos distribuye durante todo el año sus opiniones religiosas, ya que la filosofía y la teología son, como todo el mundo sabe, las únicas disciplinas de las que se puede hablar sin haberlas estudiado" (107).

"De Lamennais a Maritain" la magistral obra del P. MEINVIELLE, fue motivada por un texto del P. DUCATILLON, en el que afirma explícitamente el origen liberal del Maritain político. JUGNET cita esa frase de DUCATILLON: "Las líneas generales del Humanismo integral proceden de 'L'Avenir'" y acota, entre paréntesis: "(Dios mío, ¡guárdame de mis amigos!)"... (108).

VII. 1. c. ESTILO VIGOROSO

Es un estilo que no rehuye el calificativo exacto ni la frase cortante cuando es menester. Algunos pocos ejemplos.

(104) Louis Jugnet, *Face au modernisme*, "Itinéraires" nº 86, setiembre-octubre 1964, p. 40.

(105) Cfr. el texto sobre "tomismo mitigado" en IV.3.e.

(106) Louis Jugnet, *Se passer de métaphysique?*, "L'Ordre Français" nº 174, setiembre-octubre 1973, p. 92, n. 19.

(107) Louis Jugnet, *Claudel, saint Thomas et Teilhard*, "Itinéraires" nº 115, julio-agosto 1967, p. 103, n. 1.

(108) Louis Jugnet, *La philosophie politique de Jacques Maritain: thomisme et révolution*, "L'Ordre Français" nº 176, diciembre 1973, p. 36.

Refutando la objeción bergsoniana, sistematizada por E. LE ROY, contra la primera vía,

“responderemos, muy brevemente, que esta objeción vale muy exactamente *lo que valen el nominalismo y el movilismo radical, de espíritu monista, que la sostienen y le dan su sentido*. Es decir, a nuestros ojos, *absolutamente nada*” (109).

Sobre un defensor de la tesis de la “circunstancialidad” del tomismo, porque ligado a una “ciencia” perimida:

“Cuando Pierre Lasserre escribe que la suerte del tomismo está ligada a la de la física de Aristóteles, perimida desde hace siglos, *está claro que no sabe lo que dice*” (110).

Así define a “la semana de los Intelectuales Católicos”:

“De hecho, un pequeño trust minoritario de la adulación recíproca” (111).

Después de pulverizar el opúsculo de Louis ROUGIER: “Une faillite, la Scolastique”, cierra su balance negativo con este colofón:

“Le thomisme est de taille à enterrer tous les Rougier du monde” (112).

Porque,

“La métaphysique a toujours fini par enterrer ceux qui annonçaient sa mort” (113).

VIII. EL CRISTIANO

En este terreno tan íntimo, debemos agradecer a quienes, por haberlo tratado de cerca, han puesto por escrito su testimonio sobre la profundidad y entereza de la fe de JUGNET. Ante el misterio de un alma, los comentarios huelgan.

(109) Louis Jugnet, *Pour connaître la pensée de saint Thomas d'Aquin*, p. 148.

(110) Louis Jugnet, *o.c.*, p. 75.

(111) Louis Jugnet, *La philosophie politique de Jacques Maritain: thomisme et révolution*, “L'Ordre Français” n° 176, diciembre 1973, p. 37.

(112) Louis Jugnet, *Sur un affligeant pamphlet*, “Itinéraires” n° 115, julio-agosto 1967, p. 221.

(113) Louis Jugnet, *Le réalisme de Charles Maurras*, “Études maurrassiennes”, II, 1973, p. 118.

VIII. 1. SU CONVERSIÓN

“Este hombre era un gran *cristiano*, apasionadamente apegado a su Iglesia, de la que fue, él también, ‘un gran defensor’. En su juventud, había debido luchar por su fe: en su ambiente familiar, si bien se había beneficiado con los ejemplos de una madre muy piadosa, por el contrario, había chocado con el anticlericalismo de su padre, universitario, protestante de fortuna, quien, por cierto con sencillez pero también con convicción, unía en él el relativismo de los partidarios del libre examen y el puro laicismo del siglo naciente. ‘Vaya a rezar por mí, a la capilla de San Bernardo, al borde de la ruta que va de Anse a Trévoux, —me escribía un día— porque ella fue con mucha frecuencia testigo de mis luchas de adolescente para conservar mi fe’” (114).

VIII. 2. SU FE

“Durante este decenio de nuestras relaciones, que no disminuyeron nunca, tuvo a bien honrarme con su amistad. Supe así, mejor sin duda que a través del Liceo, que para este pedagogo severo y acogedor a la vez, intransigente pero benévolo, lo esencial de la existencia residía en la fe. El Profesor Jugnet poseía en su más alto grado ‘ese don inestimable de la piedad’, del que habla Bossuet, y que el orador católico considera como ‘todo el hombre’. Con frecuencia, repetía por su cuenta la definición pascaliana de los órdenes de grandeza: las grandezas de la Caridad son infinitamente superiores a las grandezas materiales pero también a las grandezas de la inteligencia o del espíritu —porque la caridad pertenece a lo sobrenatural. En este campo, como en otros, para explicitar la fe, iluminarla, era una autoridad” (115).

VIII. 3. SU PIEDAD

“En cuanto a su piedad, era la de los humildes. Él, el licenciado, el profesor de Facultad, el intelectual cuya mirada de águila abrazaba de una sola ojeada todos los sistemas y escrutaba el abismo de los problemas humanos, recitaba todos los días, como una modesta campesina sin cultura, su rosario que llevaba constantemente consigo. Murió, por otra parte, con el rosario enrollado alrededor de su muñeca. Tres veces al día rezaba el Angelus por el cual sentía una devoción muy particular. La primera vez que vino a verme en Trévoux, sonaba la campana en el mo-

(114) Georges Delbos, M.S.C., *o.c.*, p. 18.

(115) Jean De Quissac, *o. c.*, p. 56.

mento en que pasábamos ante la capilla. 'Entremos —me dijo— para rezar nuestro Angelus'. Toda la comunidad se edificó profundamente ante este gesto. Por otra parte, tenía hacia la Santísima Virgen un amor de niño. En su escritorio, que se asemejaba extrañamente a la celda de un monje, una estatuilla de Nuestra Señora dominaba en el lugar de honor, detrás de él, tan bien que el visitante, sentado enfrente, veía a la Virgen en prolongación de su interlocutor, como si él hubiese querido hacer evidente a los ojos de todos el lazo que los unía. Todos los días, incluso en pleno invierno, llevaba una flor a su Madre. En primavera, ocultándola detrás de la espalda, como hace un niño sorprendido en flagrante delito, 'robaba' a su esposa —quien se hacía la enojada— la más hermosa rosa del jardín, y, sobre todo, la primera, para homenajear con ella, a la Reina del Cielo, ofreciéndole las primicias. Tenía por el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón una marcada predilección, en razón, creo, de su riqueza doctrinal, sobre la cual me había redactado una nota. Cuántas veces me mostró el librito de la Novena desgastado a fuerza de usarlo, que llevaba consigo en su billetera. Porque su piedad se acomodaba muy bien con las prácticas populares. Por otra parte, con frecuencia solía recomendar a sus alumnos el uso de la Novena a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, de la cual tenía siempre algunos ejemplares de reserva para tal fin" (116).

VIII. 4. LA PRUEBA

"En una circunstancia sobre todo, descubrí toda la profundidad de sus convicciones religiosas. Fue durante las vacaciones de 1950. Se encontraba con los suyos de veraneo en Bretaña. Tuvo el dolor de perder a su hija en un accidente de automóvil. Fue un golpe terrible para un corazón tan sensible. Y, sin embargo, gracias a su fe, superó la prueba. Al día siguiente del entierro, escribía a su madre —quien me la mostró luego— una carta admirable en la cual ese cristiano ejemplar, con una lucidez y un realismo enteramente en la línea de sus posiciones filosóficas, buscaba el signo de Dios en el acontecimiento:

'Mi hija —decía— se llamaba Ana y había realizado muy recientemente una peregrinación a su Santa Patrona, Santa Ana de Auray; ¡comulgando incluso allí! Por otra parte, en el Antiguo Testamento, Dios pedía, como ofrenda de las primicias, el sacrificio de los primogénitos...'

(116) Georges Delbos, M.S.C., *o.c.*, pp. 19-20.

y acumulaba así las pruebas de que el dedo de Dios estaba allí, con todo lo que eso supone de amor escondido. En la estampa recordatoria de la pequeña, ese padre desconsolado que buscaba, a tientas, en la penumbra de la fe, los signos de Dios para tratar de interpretarlos, sin estar seguro de lograrlo, había querido reproducirse la frase de Claudel que adquiere hoy una turbadora significación: '¡Todo eso te será explicado un día!'. En esta hora, en la claridad de la gloria, al menos lo esperamos, él ve que el suceso, contra toda apariencia, fue un designio de amor" (117).

VIII. 5. SU DEVOCIÓN ANGÉLICA

Su devoción a los santos ángeles era proverbial. En el prólogo a la segunda edición —diciembre de 1969— de su "*Catholicisme, Foi et problème religieux*", escribía:

"¡Puedan Dios, Su Madre (a la que se reza cada vez menos) y Sus Angeles (en los cuales ya no se cree más) ayudar al lector a sacar el mayor provecho posible de esta lectura!" (118).

Su familiaridad con el Ángel de las Escuelas explica su fervoroso culto a los espíritus angélicos:

"Con una piedad de niño, devoto de los santos ángeles como su maestro Santo Tomás, entreveía la visión beatífica, donde esperaba firmemente encontrar, según la doctrina del Doctor angélico, la plena satisfacción de su inteligencia" (119).

Era un culto que brotaba de la ortodoxia y que tomaba todo el hombre:

"Durante toda su vida tuvo siempre un culto extraordinario hacia los ángeles. Sin duda, mucho contribuyó a ello la frecuentación del Doctor Angélico. Pienso también que este espíritu tan mal servido por su cuerpo estaba inclinado naturalmente a considerar como a hermanos a las creaturas a las que Dios había ahorrado las servidumbres de la materia. Sea como sea, uno de los primeros documentos que me envió fue un florilegio sobre los ángeles y letanías que he utilizado mucho en toda mi vida sacerdo-

(117) Georges Delbos, M.S.C. *o.c.*, pp. 18-19.

(118) Louis Jugnet, *Catholicisme, foi et problème religieux*, prólogo a la 2ª edición; 3ª ed., Ed. Nouvelle Aurore, París, 1975, p. 5.

(119) Jean De Viguier, *o.c.*, p. 61.

tal. Todos los años hacía a sus alumnos un curso, esperado, sobre los espíritus angélicos. A causa de esta inclinación de su piedad había concebido por la ortodoxia una gran veneración, que se convirtió casi en una tentación cuando la 'autodemolición' comenzó a instaurarse en la Iglesia de su bautismo. Soportaba mal todo escrito o propósito sacrílegos, incluso tendenciosos, o siquiera simplemente restrictivos sobre los Espíritus Celestes. Algunos directores de revista se enteraron a costillas propias. No comprendía que se escamotease de esa manera todo un sector de la creación, el más hermoso: para él, el revés era el derecho, y la faz oculta de nuestro universo más maravillosa que la que cae bajo nuestros sentidos: '¡El veía lo Invisible!' (120).

IX. CONCLUSIÓN

Intelectual, maestro, filósofo, apologista, profeta, escritor cristiano... ¡Nobles y hermosas facetas de doce lustros de vida tan plena! Toda su vida se sintetiza en la frase evangélica, casi su divisa: "Veritas liberabit vos". Magister veritatis fue JUGNET, y, por ello, su vivir no fue sino una larga paráfrasis de la profesión de fe de su maestro —el Doctor Angélico— al inicio de la "Contra Gentiles":

"...propositum nostrae intentionis est veritatem quam fides Catholica profitetur, pro nostro modulo manifestare, errores eliminando contrarios: ut enim verbis Hilarii utar 'ego hoc vel praecipuum vitae meae officium debere me Deo conscius sum, ut eum omnis sermo meus et sensus loquatur'" (121).

Louis JUGNET quemó su vida al servicio de la Única Verdad que es Cristo. Su sacrificio no fue en vano. ¡Que la luz de su obra y de su ejemplo nos guíen e iluminen durante nuestra peregrinación hacia la Casa del Padre!

"Los que hubieran sido sabios brillarán como la luz del firmamento; y como estrellas por toda la eternidad aquellos que hubieren enseñado a muchos la justicia" (Dan. 12,3).

GUSTAVO DANIEL CORBI

(120) Georges Delbos, M.S.C., o.c., pp. 20-21.

(121) Santo Tomás de Aquino, *Suma contra gentiles*, I, cap. II, 9:

"...nos proponemos manifestar, en cuanto nos sea posible, la verdad que profesa la fe católica, eliminando los errores contrarios; porque sirviéndome de las palabras de San Hilario, 'soy consciente de que el principal deber de mi vida para con Dios es el esforzarme por que mi lengua y todos mis sentidos hablen de Él'".

BIBLIOGRAFIA

GUSTAVE THIBON, *Entre el amor y la muerte*, Rialp, Madrid. 1977, 144 pgs.

Este libro contiene la transcripción de tres conversaciones que Christian Chabanis mantuvo con Thibon ante las cámaras de la TV francesa. Todos los temas substanciales de nuestro tiempo: Dios, la Iglesia, el amor, la política, la familia, la muerte, la filosofía, salen a relucir en estas "Conversaciones" que constituyen un bocado exquisito para el espíritu. Naturalmente que no todas las frases deben ser tomadas con el bisturí de la lógica ya que se trata de lenguaje hablado, siempre algo impreciso.

La figura de Thibon

Digamos algunas palabras sobre la vida de este hombre, uno de los más grandes intelectuales católicos de la actualidad. Nació en 1903, en el seno de una vieja familia campesina. Thibon es un hombre de campo, que nunca abandonó su pequeña propiedad agrícola en la ribera del Ródano donde su familia se instaló, hace ya tres siglos, y donde él continúa la tarea secular. Su hambre insaciable de cultura lo ha convertido en uno de los hombres más cultos de nuestro tiempo, nutrido en las fuentes impolutas de la teología, la filosofía, y también de las ciencias naturales, de la historia y de la poesía. Un verdadero autodidacta, ya que dejó la escuela a los 12 años, y desde entonces nunca ha vuelto a pasar por otro curso regular.

Evocando a Thibon no podemos dejar de recordar aquellos versos de Castellani:

"Mas si yo tuviera un hijo le
[daría un buen caballo
para huir de las escuelas, los
[pedantes y los diarios.
No le enseñaría a leer, mucho
[menos a escribir;
lo enviaría a las estancias a
[soñar el porvenir,
y a aprender la única forma
[digna nuestra de morir".

Su proceso espiritual

Afirma Thibon en estas entrevistas que su vida del espíritu tuvo origen en un instante de "deslumbriamiento" radical y que todo el sentido de su ulterior existencia consistió en mantenerse fiel a esa luz "entrevista de una manera tan efímera, pero que es una visión de lo Eterno en el tiempo" (p. 21).

Su infancia fue piadosa, pero luego abandonó la práctica religiosa. El único vínculo que le restó con el mundo espiritual fue el hilo conductor de la poesía. "Este gusto por la poesía lo heredó de mi padre, que fue poeta, que me hizo vivir siempre en una atmósfera de lirismo. Y pienso que es por la belleza por lo que he comulgado con lo divino desde la primera juventud. La poesía me resulta esencial: no puedo pasar un día sin recitar versos interiormente" (p. 22).

Junto con el gusto por la poesía, recibió de su padre el gusto por la naturaleza, por la belleza de los paisajes. Pero ello fue sólo un punto de partida. "Pasé del culto a la belleza, si cabe decirlo, al culto a lo

divino; porque la belleza de aquí abajo, la belleza de la poesía y la belleza de la naturaleza, son bellezas que nos revelan la imperecedera trascendencia..." (p. 24). De allí, nos declara, pasó al campo de la filosofía, aprovechando la nutrida biblioteca de un amigo, y fue entonces cuando comenzó a plantearse los grandes temas: ¿tiene el mundo un sentido?, ¿tiene la vida un fin?, ¿qué es el hombre? Y así pasó del Dios de los filósofos al Dios del Evangelio; "la sed de conocer desembocó, para mí, en la necesidad de rezar" (p. 27).

Advirtió enseguida que ese Dios se encontraba en la Iglesia por El fundada, la Iglesia Católica. No porque la viese resplandecientemente hermosa y libre de toda impureza: "¡Experimenté una infinidad de reservas! Y aún las experimento todos los días. Con gusto le respondería como Bossuet a los incrédulos: '¿Creéis que no hemos experimentado estas dudas a las que habéis sucumbido cuando, habiéndolas sufrido como vosotros, las hemos superado?'" (p. 32). Sin embargo, la Iglesia, a pesar de todas las apariencias, es y sigue siendo el canal, la única manera para que el agua de la fuente llegue hasta nosotros. "No se pueden rechazar los canales en nombre de la fuente. Nadie bebe directamente en la fuente. Todo el mundo cree a través del testimonio de los hombres. Y, de todas maneras, este testimonio me parece, con mucho, el más importante, el más capital: el testimonio de veinte siglos" (pp. 32-33).

Luego de este descubrimiento, podrán sobrevenir crisis. Pero lo que se altera no es el objeto de la fe, sino el sujeto. "Dicho de otra forma, la luz no se suprime, pero uno puede cerrar los ojos... Cuando cerramos los ojos nos convertimos en ciegos, y eso no es culpa de la luz. Hay que estar disponible para las cosas divinas, y nosotros lo estamos muy poco. Cualesquiera que sean la frecuencia de nuestros desfallecimientos o el espesor de nuestras dudas,

la fe consiste en no renegar nunca en las tinieblas de lo que se ha entrevisto en la luz... Uno se siente tentado de despreciar la belleza cuando es indigno de contemplarla; de reírse del amor cuando es incapaz de amar" (pp. 34-35). Así es la fe. Tiene algo de "herida": el amor divino hiere el alma. Y la fidelidad, fruto de la fe, expresa el carácter doloroso de una fe que camina arduamente hacia la visión.

Thibon y el mundo moderno

Thibon nunca ha rendido pleitesía a los grandes ídolos del antropocéntrico mundo moderno. "Si hay una cosa de la que me siento libre, ésa es lo que hoy se llama la fe en el hombre. Creo profundamente en el pecado original. Bernanos decía que no creer en el pecado original era peor, en cierto sentido, que no creer en Dios, ya que cuando uno no cree en el pecado original, el Dios en el que cree no es el verdadero Dios" (pp. 42-43). No que desprecie al hombre. Pero sabe bien que es justamente la fe en Dios lo que valoriza al hombre.

Thibon está lejos de ser maniqueo. Es un hombre que ama la existencia, las cosas fundamentales. "A medida que avanzo en la vida, otorgo cada vez más importancia a las cosas elementales. Un determinado estilo de vida, un determinado equilibrio del cuerpo, una determinada comunicación con la naturaleza, los goces sensibles: pasearse, tocar un objeto, contemplar un animal. Creo mucho en la contemplación. Incluso frente a las realidades naturales" (pp. 47-48). Tal adhesión es lo que da raíces a la vida, lo que injerta a los hombres en las realidades básicas, en la familia, en el terruño, en el pueblo.

Sin embargo, advierte que con frecuencia el mundo moderno erige esas cosas reativas en absolutas. Es lo que se llama "idolatría", la cual culmina, paradójicamente, en la destrucción de la cosa adorada. "Creo que lo relativo, en cuanto tal, puede ser amado bajo la iluminación de lo absoluto. Si no, uno le pide lo abso-

luto y lo hace explotar" (p. 44). Es decir que, de manera semejante a lo que muestra el mito platónico, el mundo visible tiene valor en el grado en que refleja al otro mundo. "Pero depende de nosotros que ese mundo sea un camino hacia el mundo invisible o sea un muro que nos cierra el mundo invisible" (p. 45).

Sobre esta base Thibon instaura su aguda crítica al mundo moderno. No lo critica por su amor a lo sensible, a lo natural, sino en la medida misma en que desnaturaliza lo sensible y lo natural. "Y lo desnaturaliza porque precisamente, proyecta sobre él esta sed de infinito, de absoluto" (pp. 45-46). Observa en el mundo actual el cumplimiento de aquella notable intuición de Chesterton: "¡Quitar lo sobrenatural y no queda más que lo que es natural!".

Uno de los síntomas de esta decadencia de la civilización moderna es su predilección por la velocidad. Con frecuencia es útil la velocidad, toda vez que alguien necesita desplazarse con rapidez. Pero lo que G. T. prueba es un cierto "espíritu de ve-

locidad", de aceleración progresiva, que se transmite a la vida interior y la va deshaciendo. Con agudeza advierte el A. que cuando un acto es más elevado de la jerarquía de valores, menos interés hay de que se haga rápidamente. Un médico trata de llegar lo antes posible al lecho del enfermo, pero si una vez llegado no ve la hora de irse, es un mal médico. El hombre moderno vive en el apuro porque vive en la superficie, porque rehuye profundizar en la sustancia de las cosas; de ahí su huida hacia la periferia, su necesidad de ser excitado por el mundo exterior, siempre cambiante. Esta atmósfera huidiza y acelerada penetra hasta la médula del alma y le arrebató el gusto por los bienes esenciales. Hay una especie de furia por ir siempre más lejos, y cada vez con mayor rapidez. Pocos aguantan contemplar lo mismo, el mismo paisaje. El "turista" actual, que ama más acumular kilómetros por las carreteras que pa-

searse serenamente por el campo, es como el prototipo de esta mentalidad: "Me he hecho España", dice, en fórmula atroz.

Las condiciones en que vive el hombre de nuestro tiempo, sobre todo en las grandes ciudades, son desfavorables tanto para lo humano como para lo divino. "La desgracia de una determinada forma de civilización es llegar a extinguir a la vez el deseo de lo natural y el deseo de lo sobrenatural, ya que el último se injerta en el primero. Se injerta lo divino en lo biológico; pero no se injerta en lo mecánico" (p. 54). El mundo actual es un mundo en gran parte mecanizado... y "las máquinas son muy poco poetizables" (p. 55).

Sin embargo Thibon no desespera. Piensa que aun en esta época ruidosa y acelerada queda la posibilidad de preservar zonas de silencio y de soledad. También al hombre de hoy le es posible encontrar momentos de meditación, tomar verdadero contacto con la naturaleza y con Dios.

"Sólo el infinito da la clave de la medida"

Esta hermosa frase de Thibon señala cómo todas las realidades temporales adquieren su valor más profundo cuando ingresan en el prisma de lo divino.

Y ante todo el amor. Puede el amor humano ser una vía de acceso al mundo de lo divino o un obstáculo para el mismo. El A., que ha escrito páginas tan hermosas en su libro "Sobre el amor humano", vuelve aquí sobre algunos de sus tópicos. El amor es para él como la concentración de todo el ser en torno a una exigencia de fidelidad. Lo que se recibe en la primera emoción del amor es una semilla que debe ser velada a lo largo de la vida y alimentada con las pruebas del tiempo (cf. p. 61). El amor no es sólo dual. Siempre hay algo que une, un lazo, que puede ser degradante, como en el caso de las pasiones ciegas, o superior, y en el lí-

mite, divino. "Amar en Dios es amar a una criatura en la fuente misma del amor. Es amarla en su pureza original... como una gota de eternidad aún no desprendida de su fuente y que temblase en la misma frontera de lo visible y de lo invisible" (p. 64). No habría amor perenne si no existiese una realidad eterna. "Si no hay una realidad por encima del tiempo, el amor es engullido por el tiempo. Cronos, nos dice el mito, devora todo lo que ha nacido de él" (p. 65).

En el mundo moderno el amor está en crisis. El hombre de la aceleración, está atrapado por tantas sollicitaciones que no tiene tiempo de ser fiel. El divorcio es la ruptura del compromiso, fruto de una sociedad que hace cada vez más difícil la fidelidad al compromiso, a todo compromiso, una sociedad de perjuros. Por otra parte hay una exhibición desenfrenada del sexo, un culto del sexo, una educación sexual que agosta de antemano la emoción del descubrimiento. Es claro que todo esto ha llegado a ser tan repugnante que a lo mejor acabará por producir una reacción sana hacia el auténtico amor. Los espartanos, para apartar a sus hijos de la embriaguez, les mostraban el degradante espectáculo de un ilota ebrio.

Otra realidad admirable es el sufrimiento. Los griegos, que tanto amaban la alegría, decían con Esquilo: "Por el dolor, el conocimiento". Mediante el dolor aceptado, la desgracia se hace purificadora, la fe dolorida se torna más pura, más sobrenatural, se hace posible la "compasión".

Por desgracia, nuestro mundo va perdiendo el sentido del dolor santificante. El hombre de nuestro tiempo intenta distraerse del dolor, busca todo por ser feliz, (la salud, la prosperidad material) y se consume por bagatelas. Hay "un abominable despilfarro de sufrimiento" (p. 126).

Otra maravilla no cancelada es la palabra. Gracias a ella existe la comunicación, la "evocación" en el alma del que oye o del que lee. "Es, en el fondo, lo que decía Sócrates cuan-

do afirmaba que ejercía el mismo oficio de su madre, que era comadrona. Se decía partero de espíritus como ella lo era de cuerpos" (p. 102). El hombre que oye lleva en sí, germinalmente, la verdad que se le quiere comunicar. Al decir de Platón, basta un ligerísimo choque para despertar en el alma esa verdad secreta; luego ésta se alimenta de la misma alma.

El mundo moderno va perdiendo el sentido y la densidad de las palabras. Sufrimos una verdadera "inflación de la palabra". Se publican demasiados libros y periódicos. Hay, aun en la gente buena, una suerte de ansia, o de gula intelectual que impide ir a lo esencial. "Me sucede a veces que sueño con un incendio, análogo al que destruyó en otro tiempo la biblioteca de Alejandría, y que no respetaría más que algunos libros. A condición, naturalmente, de que el fuego fuese inteligente y que perdonase los mejores, que los hombres tendrían tiempo de profundizar así y de los que extraerían toda la sustancia" (pp. 104-105).

Thibon no es un verbeador de gabinete. No ama los "sistemas". De ahí su preferencia por los "aforismos", que más evocan que definen. Él desea que sus palabras conduzcan al silencio y al misterio, "porque todo gran escritor es una traducción del silencio y toda palabra es válida según la cantidad de silencio que contiene, que evoca y que puede provocar" (p. 108). En el ejercicio de su docencia no sueña con hacer discípulos que lo repitan sino que lo superen ya que "las mismas realidades pueden ser vividas bajo ángulos totalmente diferentes... Es así, por otra parte, como se renueva. Lo eterno nunca se renueva por el fondo, sino por la forma. Y esta variedad inagotable, que es el reflejo de la unidad suprema crea el vínculo entre los hombres de generación en generación" (p. 111).

Párrafos admirables dedica a otra realidad bien humana cual es la política. No tiene interés por declarar-se en favor de una militancia particular. Sólo anhela una política que

engendre en un pueblo determinado el máximo de armonía. Por eso desconfía de las "palabras políticas" de nuestro tiempo, por ejemplo de la palabra "democracia". "Hace poco fui invitado a una cena 'democrática': ¿qué podría significar eso? ¡Me contestaron que era una cena en común! ¡Como si no fueran así la mayor parte de las cenas!" (p. 79).

El A. se niega a aceptar "la mitología de la democracia" (p. 80) —de esa democracia formal que bajo la apariencia de la papeleta electoral atribuye al pueblo todos los poderes— trayendo a colación aquel sabroso texto de Valéry: "La política es el arte de consultar a la gente sobre aquello de lo que no entienden y de impedirles que se ocupen de lo que les concierne" (cit. p. 82). Se inclina por un gobierno de "selección", muy diferente del que conoce el actual sistema de "elección", por una aristocracia en el sentido etimológico de la palabra.

Thibon no se muerde la lengua para fustigar cierto espíritu de "incensación" que caracteriza a una parte considerable del clero en relación a los poderes establecidos, cualesquiera sean. "Halaga hoy a la democracia como halagaba antes a la monarquía, y halaga también al socialismo, no como poder establecido, al menos en Europa occidental, sino como poder cuyo advenimiento prevé en un próximo futuro" (p. 90). Y da una explicación notable: "Cuando los hombres que están encargados de enseñar lo sobrenatural, lo divino, se ponen a volcarse en lo social, se vuelcan con todo su peso. Es un poco como si ese peso de absoluto que implica la religión se derramase sobre lo relativo, lo que crea exageraciones ridículas" (p. 91). Es, una vez más, la absolutización de lo relativo, la adoración del poderío. Incluso "cuando inciensan al pueblo no es a los hombres del pueblo, no es a los pobres a quienes alaban, sino a esta inmensa fuerza social que es la masa de los pobres. Siempre es adorado el poderío" (p. 92).

El A. considera la política a la luz

de la dimensión metafísica, en el prisma de lo absoluto. Lo hace así precisamente por considerarla como algo relativo. "Lo absoluto me da la norma de lo relativo" (p. 94). La sociedad ideal con la que sueña es aquella en la que aún existen comunidades naturales, con el máximo de libertad y responsabilidad personales posibles, donde no gobierna la burocracia, donde persisten los contactos humanos, y donde cada prójimo tiene rostro concreto. Lo grave es el gobierno de lo administrativo. "¿Quién ha dicho que las sociedades comienzan por lo sagrado y terminan por lo administrativo?" (pp. 96-97). Una política, finalmente, que "puede hacer crear un clima favorable a la eclosión de lo divino en las almas" (ib.).

Conclusión

Hemos citado largamente porque así parecía pedirlo la profundidad y la belleza de esta pluma finísima. La tiranía del espacio nos obliga a omitir sus preciosas referencias a Nietzsche, a quien tan bien conoce, y a Simone Weil.

Compartimos el juicio que el mismo A. hace sobre su propio pensamiento: se advierte en él una maduración según la cual el aspecto del misterio cobra un relieve cada vez mayor. Thibon es adulto, casi anciano. Nada más lejos de él que adherir a cierta "mitología de la juventud", o creer que hay "jóvenes de todas las edades". "Es un poco como si se dijera que el ocaso es una aurora menor... o el fruto una flor menor! La madurez es otra cosa: es la entrada en un nuevo mundo de valores donde el ardor deja sitio a la transparencia, la efervescencia de la vida a la ternura del alma y, sobre todo, la pasión al desasimiento. Ocurre lo mismo, creo, con los hombres que con los frutos: el fruto verde se agarra a la rama, en lo que obedece a su destino, que es agarrarse porque debe crecer y madurar en esa rama. Pero la ley del fruto maduro es desasirse, por-

que si no, se seca o se pudre. Cuando me hacen esta reflexión, 'está usted bien conservado', no experimento placer alguno. La vida es renovación, no conservación. No trato de parecerme a las conservas, sustraídas simultáneamente por la esterilización a las amenazas de la corrupción y a las promesas de la vida" (p. 133).

De ahí la importancia que a su edad tiene el desasimiento: es el último acto de la vida. El enamorado del mundo, de lo relativo, se decepciona al no verse correspondido con la eternidad. Lo que corresponde es desasirse de lo temporal y asirse de Dios, bendiciendo lo que es, en la espera de lo que debe venir. Tal es el sentido cristiano de la muerte frente a la cual Thibon confiesa que experimenta una mezcla de horror y de deseo. "Pienso en un sol eterno que resumirá en él todos esos relámpagos de perfección que nos han atravesado en la tierra y que eran como un esbozo y su llamada. En ese aspecto me siento atraído por la muerte" (p. 139). Sin embargo, la muerte no puede dejar de doler, tiene cierto aspecto quirúrgico, natal: "Es necesario dejar que el exilio opere en toda su intensidad, en todo su horror. Si no, uno deflora, uno hipoteca la muerte, le quita su aspereza, su desgarramiento; uno hace de ella la prolongación del tiempo y no la entrada en la eternidad" (p. 141).

Pensamos haber dejado en el lector de estas páginas, ya demasiado largas, algo de la inmensa riqueza que encierra este libro. Se trata de una obra absolutamente recomendable. Thibon está bien lejos de ser un repetidor rutinario de la doctrina. Es un creador, genial, con la originalidad propia de quien ha bebido en los orígenes fontales de la cultura.

P. ALFREDO SAENZ

CORNELIO FABRO, *Drama del hombre y misterio de Dios*, Rialp, Madrid, 1977, 798 pgs.

El presente libro lleva como título original en su edición italiana "L' Uomo e il Rischio di Dio". Es una reedición aumentada de la anterior obra del P. Fabro "Dios. Introducción al problema teológico" (publicado por la misma Rialp), a la que se han agregado, a modo de apéndices (varios artículos del A. Consta de una introducción, seis capítulos (entre los cuales se hallan los apéndices) y un capítulo conclusivo. Señalaremos algunos puntos de su contenido, suficientes para informar al lector sobre la obra.

La introducción trata del problema de Dios y la conciencia humana, problema que por su universalidad y trascendencia es "esencial del hombre esencial" (p. 20). A la luz de dicho enunciado analiza el A. la conciencia del niño y del adulto. Al examinar la primera (recurriendo a trabajos e investigaciones de peritos en psicología infantil) concluye que el niño es capaz de captar las verdades religiosas, aun las de orden sobrenatural, refutando en esto a Jean Piaget y la pedagogía materialista e idealista (cf. p. 30). Con respecto a la conciencia del hombre común, juzga Fabro que las explicaciones de la filosofía moderna, representada por Hegel, el teólogo Schleiermacher, y Le Roy, fiel portavoz de Kant, fallan por estar dichos autores aprisionados por el principio de immanencia, perdiendo así todo contacto con la realidad.

En los primeros capítulos el A. estudia el ateísmo y el agnosticismo a lo largo de la historia y los distintos problemas que plantea: su noción, su división, significado, aplicación y manifestaciones concretas. Luego valora este material a la luz de la doctrina de la Iglesia y de la filosofía perenne. Guiado por el pensamiento griego y pa-

trístico, el P. Fabro expone la verdadera esencia del ateísmo: Si, ante todo, ateísmo significa negación directa de Dios, ser ateo es también, y sobre todo, admitir una noción de Dios que lo anula como tal o que envilece su majestad (cf. p. 63). Dios debe ser admitido como persona subsistente y trascendente, al mismo tiempo que preocupado por el mundo y sus miserias. Y teniendo en cuenta el hecho de que se ha manifestado al hombre directamente (Revelación), se ha de aceptar su palabra en toda su integridad (cf. p. 64). A partir de tales presupuestos Fabro sostiene que la mayor parte de la filosofía moderna es atea, encontrándose la reforma protestante en las raíces del ateísmo moderno, incluso en sus manifestaciones más deshumanizantes y extremas como en Nietzsche y Marx.

A continuación el A. estudia la idea de Dios, las pruebas de su existencia y los problemas del conocimiento analógico de Dios. En contra de lo sostenido por la filosofía moderna, los elementos para la solución del problema de Dios están al alcance de todos —del hombre común como del profesor de metafísica— y son los siguientes: a) la admisión de la existencia del mundo exterior, esto es, de la naturaleza y de los hombres, b) la conciencia del propio yo, como realidad compleja de alma y cuerpo y, sobre todo, como núcleo personal que debe ubicarse frente al ser y en la vida, c) la validez u objetividad del conocimiento y su capacidad para avanzar por la experiencia y la reflexión, de modo que puede elevarse de las apariencias a las esencias, de la parte al todo, de los efectos a las causas, y viceversa. Luego expone la demostración de la existencia de Dios mediante las magistrales cinco vías de Santo Tomás de Aquino, a las que añade acertadas observaciones que facilitan su comprensión.

Tres apéndices lleva el capítulo anterior. De éstos queremos destacar el primero, que es una defensa

crítica del principio de causalidad, donde el P. Fabro examina las nuevas vías propuestas por algunos pensadores católicos para fundamentar dicho principio. Por ejemplo, la posición de Johannes Hessen, por su tendencia nominalista y su desconfianza hacia el pensamiento tradicional, lejos de resultar una defensa del principio, acaba por ser un ataque contra su valor ontológico ya que lo reduce a simple presupuesto necesario del pensamiento (cf. p. 306). Guiado por Santo Tomás, el A. funda el principio de causalidad sobre la noción de participación, dejando en diáfana claridad su evidencia y su valor metafísico.

En el capítulo IV se investiga el argumento ontológico y su repercusión en el pensamiento moderno. Primeramente el P. Fabro examina su origen y forma en San Anselmo y la crítica que del mismo hiciera Santo Tomás. Luego analiza las diversas formas que el argumento ha ido adquiriendo en los diversos autores modernos, en sus variantes racionalistas, en la crítica kantiana y sus secuencias hegelianas, en la teología protestante y la filosofía inglesa. Según Fabro, el argumento ontológico de San Anselmo ha sido tergiversado en su trasfondo por la filosofía moderna (cf. p. 459), no sólo por el racionalismo, con Descartes, Malebranche, Espinoza, Leibniz y secueces, sino también por el idealismo, principalmente por Hegel, llegando a constituir el núcleo de la nueva metafísica de la razón absoluta y desencadenando, por contraste, es decir, por inflación metafísica, el ateísmo humanista del pensamiento moderno (cf. p. 457).

El siguiente capítulo es un estudio en torno a la crítica kantiana de las pruebas de la existencia de Dios. Continuando las premisas puestas por sus predecesores, el pensamiento moderno debía perder a Dios en la línea intencional del conocer y transferirlo, con Kant, a la línea de la aspiración práctica; para perderlo luego, definitivamente, concluye el P. Fabro, cuando se afirma la identidad

explícita de la actividad teórica y práctica con el idealismo trascendental (cf.p.568).

En el capítulo VI y su consiguiente apéndice el A. estudia la teología dialéctica, de origen protestante, y su posición frente al problema de Dios. Allí desfilan diversos autores: Barth, Bultmann, Tillich, Bonhoeffer, el obispo anglicano Robinson y, por último, Kierkegaard, contrapuesto éste a dicha teología. La teología protestante se halla en dulce concubinato con la filosofía moderna, lo que permite afirmar al P. Fabro que tras la filosofía sin transcendencia se ampara ahora una teología sin Dios (cf.p.714). Se ha llegado a una "teología de la muerte de Dios" pero la "Death-of-God Theology" ya no es teología, sino escarnio de Dios, la última desesperación de una época que ha perdido a Dios y renegado de Él (cf.p.748).

En el último capítulo, a manera de conclusión, expone el A. la significación de la existencia de Dios en la vida del espíritu: su repercusión en el campo del derecho y de la ética, de la política y de la historia y, por último, en el problema y misterio del mal. Ciertamente no es posible una fundamentación de la ética y el derecho sin referencia a Dios (cf.p.747). Fundamentar es indicar el fin último del obrar humano: ¿cuál puede ser este fin sino el Bien Sumo? Fundamentar, en el terreno de la ética, significa, por tanto, llegar a la norma suprema del actuar, de la que se deriva la norma inmediata y directa de la ley natural: ¿cuál puede ser dicha norma sino la Verdad Primera? Fundamentar, en el terreno jurídico —cuando no satisface la protección de los derechos humanos encomendada a la policía—, es hallar una Potencia absoluta que pueda garantizar al individuo, absolutamente, el ejercicio de sus derechos, y pueda constreñir a los otros, absolutamente, a respetarlos (cf.p.748). Lo que sucede es que en la filosofía moderna el hombre ya no encuentra a Dios porque ya no encuentra el ser. Así, a la eliminación del Derecho Natural

fundado en Dios, corresponde el nacimiento del Estado Totalitario considerado en sí mismo como única fuente de todo derecho (cf.p.749).

Sólo hemos intentado presentar en líneas generales el contenido de este libro que rebasa abundantemente nuestra estrecha exposición. A lo largo de sus páginas, el prestigioso tomista italiano deja traslucir su notable conocimiento de la filosofía moderna, y sobre todo la profundidad de sus estudios sobre Santo Tomás. Ello basta para que "Drama del hombre y misterio de Dios" pueda ser considerado como un libro imprescindible tanto para el profesor como para el estudiante de filosofía y cuantos quieran estudiar seriamente el problema de Dios. A modo de conclusión digamos que esta obra tiene una singular cualidad: nos lleva a los textos originales, constituyendo así un adecuado instrumento para penetrar siempre más en el pensamiento y obras del Doctor Angélico. Sólo nos resta aplaudir el esfuerzo de los traductores y de la editorial.

JOSE R. HAYES

Seminarista de la Diócesis de San Luis, 3er. Año de Filosofía.

FREDERICK COPLESTON,
El Existencialismo, Herder,
(Barcelona), Tradición (México), 1976, 219 pgs.

El libro que comentamos es la reproducción exacta de las páginas dedicadas al existencialismo por el A. en su obra "Filosofía Contemporánea", publicada en español por la Editorial Herder.

En el punto de partida Copleston descubre una perspectiva común a todos los pensadores pertenecientes a esta corriente: el dato primario de ellos es el hombre—en—el—mundo, el hombre como sujeto libre que se

crea y trasciende; así lo que él de viene resulta del uso que haya hecho de su libertad y mientras vive no puede ser identificado con su pasado. Esta filosofía procura iluminar la existencia con vistas a la opción que el individuo debe hacer por sí mismo. El A. hace notar que en algunas de sus formas parece ofrecerse como una vía de salvación.

El pensador existencialista por excelencia es Kierkegaard. Toda su obra es el resultado de un tremendo enfrentamiento con el idealismo hegeliano y con la iglesia oficial de Dinamarca. Copleston afirma que el jorobado danés no llegó a comprender plenamente a Hegel; lo convirtió en algo así como un chivo emisario de sus más profundos odios. Contra la teología protestante (fuertemente influida por el racionalismo) Kierkegaard afirmó que el cristianismo es la verdad absoluta, mas no una verdad que se resuelve sin más en las exigencias de claridad y distinción del pensamiento humano. El dominio del dato de la fe por la razón es la muerte de la Revelación. La primera parte del libro, dedicada a la corriente teísta, se cierra con la exposición de la filosofía de Jaspers y Marcel. El A. sostiene que las reflexiones de ambos agudizan y renuevan el problema de Dios, la cuestión metafísica por excelencia.

En cuanto al existencialismo ateo, arranca de la afirmación de Nietzsche: "Dios ha muerto". Si Dios no existe, todo está permitido. Al hombre moderno, en estado de extrañamiento y soledad, obligado a crear su propio sistema de valores, se dirige tal mensaje.

Luego de no pocas vacilaciones Copleston decide incluir en esta sección a Martín Heidegger. El profesor de Friburgo intenta abordar el problema metafísico a partir del hombre pues sólo el "Dasein" tiene relación necesaria con el ser. El ser del hombre es un huir de la nada a la nada. Arrojado en el mundo, fundamentalmente finito y contingente,

surge en su conciencia la tonalidad afectiva de la angustia. La mayoría intenta escapar de tal opresión hundiéndose en la vida impersonal, mas sólo vive auténticamente quien asume su situación y se empeña, sub specie mortis, en consumir las posibilidades a su alcance. ¿Es realmente ateo Heidegger? De hecho, hace silencio sobre el tema de Dios, si bien nos presenta su filosofía como expectativa de una nueva manifestación de lo divino.

En Sartre no hallamos tal ambigüedad. Su ateísmo es manifiesto. No hay valores absolutos, cada uno es manantial de su propia ley moral. Dios es sólo una quimera producida por el febril esfuerzo del hombre por colmar el abismo de su propia nada; orientado inexorablemente hacia la muerte, el "pour soi" resulta una pasión inútil.

Tampoco Camus es capaz de percibir valores en un mundo para él sin sentido. Campea aquí "l'esprit absurde". Tanto para Sartre como para Camus lo que cuenta es jugar fuerte, comprometerse, vivir con la mayor intensidad posible. El existencialismo francés levanta el ideal del Don Juan, que actualiza hasta el límite de sus fuerzas su capacidad para cierto tipo de experiencias, aun reconociendo que ninguna de ellas está dotada de significación última. Descartado el suicidio, porque supone un rendirse al absurdo, la verdadera afirmación del hombre consiste en la rebelión y el sacrificio sin futuro.

Y llega el momento de hacer balance y dar el juicio. El A. encuentra que la filosofía de estos pensadores es deficiente en la construcción racional positiva. Si nos proponemos filosofar no podemos quedarnos en el plano de la existencia inmediata. En esto Hegel tenía razón. Mas a pesar de sus insuficiencias esta corriente es acreedora de una valoración positiva: ha llamado la atención sobre la persona humana entendida como sujeto libre y responsable. Representa una reaserción del hombre contra toda tendencia

despersonalizante. Surge como un nuevo estímulo para la reflexión metafísica y ésta puede ahora resultar más actual e importante que la mera continuación académica de una tradición pasada. Los problemas no son en realidad nuevos pero se ofrecen a una luz inédita.

Hasta aquí el A. Francamente, no podemos mostrarnos de acuerdo con su juicio. En primer lugar, si hubo un filósofo que en la modernidad ha conocido a Hegel, ése fue Kierkegaard, y el danés en modo alguno enristra su lanza contra molinos de viento: hay una perversidad infinita en el intento de absolutizar el pensamiento humano haciéndolo independiente del ser, y así convertir la naturaleza y la historia en escalones que conducen al "cogitare" hasta el pleno conocimiento de la Razón Absoluta. Cuando el pensamiento pretende ser límite, horizonte y fundamento de la realidad, el hombre corre la suerte de la rana que, envidiosa del buey, tomó más aire del que podía contener. En el panteísmo de conciencia, forzosamente negador de cualquier singular (Hegel afirma que lo finito es ideal), y por tanto de la persona y de su libertad, vio Kierkegaard la depravación característica de nuestra época ("Postdata Definitiva No Científica").

Copleston tampoco parece advertir la honda y prolija traición del existencialismo posterior: las categorías que el danés utilizó para minar la base de la mole hegeliana son tergiversadas y producen la vuelta a una inmanencia más radical, sin salida. Estos pensadores ignoran sistemáticamente la presencia inicial del ser a la conciencia. Teístas ("El Deísmo es Ateísmo más una mentira") y ateos parten igualmente del hombre y encuentran al mundo, a Dios, como límite objetivo del propio trascenderse. La libertad de la que tanto hablan es algo metafísico, potencia de hacer y permitir ser. Continúa la primacía noética y ontológica del sujeto sobre la cosas, in-

vitante en toda filosofía fundada en el cogito. Ateísmo esencial.

Una última cuestión: ¿es posible ver en Sartre, Camus, Jaspers y Heidegger los paladines de una postura antitotalitaria y máximamente opuesta al arrebañamiento del hombre de este siglo? Nos parece que no. Porque el principio de interioridad, en que los existencialistas postkierkegaardianos recaen, y que está en la base del movimiento espiritual moderno, condena al hombre a la esclavitud. Sólo la verdad puede hacerlo libre, y el subjetivismo niega el inaudito y gozoso encuentro de la inteligencia con lo real. Arrancada de cuajo la formalidad del espíritu, el hombre pasa a ser masa, movido desde fuera, sea por el recurso a la fuerza bruta del estado policial, o, esclavizada su mente, por slogans y frases hechas diseminadas al boleo desde la escuela, la universidad y los medios de comunicación.

No se puede juzgar positivamente al existencialismo por las verdades que agita, verdades parciales y vueltas locas, al decir de Chesterton. Ellas ocultan un punto de partida y un dinamismo interno que vician sin remedio la construcción. El primer paso es, como se sabe, la mitad del camino, y en el existencialismo, el hombre moderno ha querido dar, una vez más, el primer paso en dirección de sí mismo para erigirse en fuente de todo sentido y valor.

Por su soberbia y odio formal a la verdad, por su aferrarse a la caducidad y a la nada como espacio en que la subjetividad es libre para construir su mundo, el existencialismo parece ser (lo oímos hace tiempo y se nos ha grabado) la filosofía del hombre en el infierno. O, al menos, el testimonio de una época que se revuelca gustosa en el pecado y la desesperación.

Por lo dicho este libro merece serios reparos. No podemos recomendarlo. Dirigimos en cambio la atención de nuestros lectores a otros títulos de la Editorial Tradición, por

ejemplo, "Curso completo de Filosofía Aristotélica-Tomista" (nueve volúmenes) y la versión bilingüe de las siguientes obras de Santo Tomás: "El Credo", "Los Mandamientos", "Sobre el Ser y la Esencia", "Los Principios y la Realidad Natural" y "Prefacio a la Política".

CARLOS BIESTRO

Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 1er. Año de Teología

OSCAR GONZÁLEZ QUEVE.
DO, Los curanderos, Sal Te.
rrae, Santander, 1977, 364 pgs.

El "instinto religioso" del hombre es la conciencia de su necesaria relatividad y dependencia de lo absoluto, y conlleva un fuerte impulso hacia la trascendencia. Pero el hombre no puede trascenderse a sí mismo por sus propias fuerzas naturales. El camino hacia la plenitud en la economía salvífica divina está señalado por la luz sobrenatural de la Revelación y la Fe, y el hombre para recorrerlo necesita la elevación de la gracia y la fuerza sobrenatural de la caridad. Cuando las tinieblas se niegan a recibir la luz divina y el hombre —eterno pelagiano— confía en sus propias fuerzas para alcanzar la meta a la que fuera gratuitamente convocado, se halla de pronto perdido, y buscando a tientas en la oscuridad. Razón, voluntad e instinto, privados de su objeto, con facilidad se desvían hacia los peores disparates y aberraciones.

El mundo moderno ha apostatado de la fe y su caridad se ha enfriado. El castigo divino ha consistido en dejar al hombre librado a sí mismo, para que realizara aquello de San Agustín: "Caído de Dios, caerás también de ti mismo". La razón divinizada se ha extraviado en las peores

credulidades. La exaltación soberbia de la ciencia coexiste con las peores supersticiones pseudocientíficas. La voluntad de las multitudes, liberada del yugo divino, se ve cautivada por falsos profetas de la más baja ralea. El instinto cegado lleva al hombre a buscar seguridad y paz en las más absurdas caricaturas de lo sobrenatural, para beneficio último de aquel espíritu "pérfido y astuto que sabe insinuarse en nosotros por medio de los sentidos, de la fantasía, de la concupiscencia, de la lógica utópica (...) para introducirnos en desviaciones, tan nocivas como conformes en apariencia con nuestras estructuras físicas o psíquicas, o con nuestras aspiraciones instintivas y profundas" (Pablo VI, 15-XI-72).

El mundo en que vivimos resulta así, de modo simultáneo, tremendamente materialista y supersticioso. De allí el mérito de esta obra, que intenta poner un poco de luz en la ancha franja de terreno ocupada por curanderos de las más variadas especies y por el espiritismo con sus sectas afines y tendencias pseudoreligiosas.

El A. sitúa su afán polémico en el campo científico —medicina y parapsicología— en el que demuestra una erudición abundante, visible sobre todo en la amplia ejemplificación casuística. El estilo es ágil y ameno, periodístico, hasta el punto de pecar a veces de cierta suficiencia o superficialidad. No falta en él la ironía justificable por cierto si se considera el bajo nivel de los adversarios que ataca.

El núcleo de la obra consiste en un interesante análisis de la íntima relación entre lo psíquico y lo físico o biológico, donde se considera las innúmeras enfermedades de origen psicológico y, como consecuencia, las amplias posibilidades de una "curación" de origen psíquico.

Con rica documentación se explica ya el A. sobre las técnicas de los curanderos. Desenmascara con claridad la explotación comercial de la



credulidad y la estulticia humanas, las conjunciones de intereses financieras y técnicas de propaganda, la complicidad e ingenuidad de tantos médicos y personajes de relieve, la farsa alevosa de individuos como los famosos "mediums cirujanos" de Brasil y Filipinas. Su demoledora crítica del curandero espiritista Zé Arigó nos lleva a recordar las técnicas de famosos charlatanes y estafadores como los "pastores" Hicks y Omar Cabrera, de cuya ruidosa actuación en nuestro medio fuimos testigos presenciales.

No todo es estafa, sin embargo. El curandero sabe provocar en sus clientes una confianza ciega e ilimitada, o desatar los mecanismos de la histeria. La sugestión es entonces una poderosa —y por lo general peligrosa— fuerza curativa, capaz de producir aparentes milagros. Muchos curanderos unen a su poder sugestivo o hipnótico conocimientos rudimentarios de medicina, o remedios conocidos por tradición en la medicina popular. En algunos casos el curandero es sujeto de facultades paranormales, capaz de producir algún influjo energético al que los parapsicólogos llaman "telergia", como en los "bicheros" que curan "de palabra" animales o personas. Pero estas fuerzas poco conocidas son espontáneas, irregulares, y el A. niega que puedan ser manejadas con pleno dominio de la voluntad.

En el capítulo 15 resume el A. las graves consecuencias del curanderismo, en el plano corporal, en el de la salud psíquica y en el orden social. Los dos capítulos siguientes conducen a una doble conclusión. La primera se refiere al aspecto negativo: el curanderismo, especialmente organizado, y el espiritismo en sus diversas variantes deben ser puestos fuera de la ley, por el grave peligro que implican para la salud mental de la población. La ley que los prohíba debe ser severísima y cumplirse si no quiere ser no sólo ineficaz, sino hasta contraproducente. Esto podrá parecer excesivo, pero las referencias estadísticas del A. nos muestran

hasta qué punto esta plaga alcanza límites insospechados.

La conclusión positiva se refiere a la necesidad de que la medicina tenga en cuenta al hombre en su totalidad: "La actual Medicina psico-somática viene a corroborar el concepto escolástico del hombre. El hombre se compone de dos realidades: cuerpo y alma, pero esas realidades están unidas formando una persona integral, hasta tal punto, que todas sus reacciones, sean de naturaleza psíquica, sean de naturaleza física, son reacciones de toda la persona. Es de lamentar que durante tanto tiempo la Medicina se mantuviera completamente ajena a la sana filosofía..." (p. 295). No podemos menos de suscribir estas afirmaciones, en compañía de Platón (de quien el A. cita interesantes textos) y de Alexis Carrel, a quien parecería ignorar.

Por último se refiere el A. al curanderismo pseudoreligioso. Aunque reduce el campo del milagro, desconociendo como tales aquellos que Santo Tomás denomina milagros "quoad modum" (1, q. 105. a 8), distingue con acierto las verdaderas curaciones milagrosas de aquellas que tienen raíz en la histeria, la sugestión o los fenómenos parapsicológicos. Frente a la actitud de las sectas de todos los tiempos, que trabajan creando ambientes de exaltación pseudomística, señala la prudencia, la serenidad, la pureza de fe que rodean los auténticos fenómenos extraordinarios en el ámbito de la Iglesia Católica desde los milagros de Cristo hasta los de Lourdes.

Entre las sectas que analiza, se detiene particularmente en la "Christian Science" (cuyas teorías serían simplemente ridículas, si no fueran grandemente nocivas) y en el Pentecostalismo, tanto protestante como católico, en cuyos pretendidos dones carismáticos (lenguas, visiones, entusiasmo, curaciones) sólo detecta histeria, contagio psíquico y fenómenos parapsicológicos (cf. pp. 256-59).

En conjunto, todo lo señalado hasta aquí nos parece positivo, y nos permite recomendar el libro, como obra de consulta para sacerdotes, médicos y educadores, es decir, para quienes tienen la misión de "curar" al hombre enfermo de estos tiempos oscuros. Pero hay lectores de MIKAEL que nos conocen como "el inquisidor de la sección bibliográfica" y seríamos indignos de función tan meritoria si dejáramos de advertir los aspectos negativos del libro comentado.

En primer lugar observamos que G. Q. deposita una confianza excesiva en las certezas del conocimiento científico, y esto lo lleva a extrapolaciones, afirmaciones y juicios en terrenos que escapan a la competencia de la ciencia. Y esto con más razón cuando se trata de la Parapsicología, cuyo carácter científico no nos parece tan claro. Reconocemos a la Parapsicología su acierto en comprobar y clasificar los fenómenos "paranormales". Pero cuando trata de explicarlos, se pierde en las más nebulosas hipótesis. Por otra parte el carácter "esencialmente esporádico, espontáneo, irreductible a la voluntad" de los fenómenos parapsicológicos (G. Q. "Qué es la Parapsicología", p. 23) dificulta seriamente el conocimiento de las leyes que los rigen. Una ciencia "en recherche" debiera ser más modesta en algunos de sus juicios. Rebus sic stantibus, podríamos también preguntarnos si la divulgación de la Parapsicología, a la que G. Q. se dedica con gran entusiasmo, a través de libros, revistas, cursos y conferencias, no tendrá como consecuencia favorecer entre el "vulgo profano" la curiosidad imprudente y hasta morbosa por lo extraordinario y misterioso, obteniendo así resultados contrarios a los que buenamente pretende.

Podemos también observar que la erudición del A. presenta algunas grietas. Cuando, por ejemplo, se refiere a "Marie-Therese Noblet, una religiosa que vivió en Papouasie, Francia" (p. 261), confundiendo la Papuasie con una localidad de Francia, es lícito preguntarse si habrá

leído las obras que cita como bibliografía sobre el tema. Gazapos como éste hemos cazado unos cuantos, hasta el punto que sería tedioso enumerarlos.

Limitémonos a dos aspectos de mayor importancia. El primero se refiere a la posesión diabólica, cuya posibilidad niega el A., aquí como en otras obras (cf. v. gr. p. 75). Esto nos parece inaceptable. La fe católica, reafirmada recientemente por Pablo VI y por la Congregación para la Doctrina de la Fe, nos enseña que el demonio existe, y que puede actuar sobre el hombre. La posesión es una de las formas —no la más importante, si bien la más llamativa— de esta actuación. Aunque su posibilidad no haya sido objeto de expresa definición dogmática, pertenece al acervo de la fe. En primer lugar están los casos de posesión que nos narra el Evangelio. Puede admitirse que en algunos de éstos se trate de enfermedades mentales, "pero cuando Jesús denuncia la presencia de seres hostiles tras el estado de determinados enfermos del cuerpo y del alma, y lucha contra estos seres, no hay otro remedio que tomar a la letra lo que dice" (R. Guardini, "Pequeña Suma Teológica", p. 269). Y no vale objetar que Jesús "habla de acuerdo a la mentalidad corriente de su tiempo". Ello tiene un límite: el Señor no podría confirmar con sus palabras una creencia errónea o supersticiosa en el orden espiritual. Esta enseñanza evangélica ha sido confirmada por la tradición constante de la Iglesia, en su liturgia y en sus exorcismos, que no han sido suprimidos.

Reconocemos que hay posesiones falsas o aparentes, y que éstas pueden ser favorecidas por contagio de la moda o por un tratamiento imprudente del tema. Pero no basta para rechazar la posibilidad de la posesión el hecho de que su sintomatología se asemeje a la de la histeria o al desdoblamiento de personalidad, o alegar que otras características, como la xenoglosia o la telekinesia puedan explicarse parapsicológicamente.

mente. La ciencia debe reconocer sus límites. Su campo es el de los fenómenos, y fenómenos idénticos pueden ser producidos en el hombre por causas muy diversas. La gracia supone la naturaleza. También la "des-gracia". La tentación diabólica respeta el orden natural de los procesos psicológicos. No es de extrañar entonces que la presencia tiránica o la irrupción violenta de un espíritu dominador y perverso provoque alteraciones biopsíquicas que pueden también ser desatadas por la histeria y la epilepsia.

Tampoco vale el afirmar que "el demonio no es apóstol" y que "tra bajaría contra sí mismo con aquellas manifestaciones" que terminan por favorecer la piedad de los testigos (cf. pp. 73-75). Esa es precisamente su tragedia: es el eterno derrotado, y todas sus rebeldías y maldades se ordenan en última instancia a manifestar la gloria de Dios, en su misericordia o en su justicia.

Un segundo aspecto, que nos sugiere observaciones similares, son las referencias que hace el A. a los fenómenos místicos (Teresa Neumann, Padre Pío, María Teresa Nebet). Es verdad que hay visionarios y pseudomísticos que son simplemente histéricos. Podemos aun admitir que una persona sea, al mismo tiempo, "mística e histérica" (p. 261). Pero no podemos aceptar que se considere a la histeria como causa de todos los fenómenos místicos, o que se pretenda erigir a la Parapsicología en juez capacitado para dictar sobre éstos su sentencia inapelable. Nuevamente aquí la ciencia debe reconocer sus limitaciones. La ciencia positiva es conocimiento de los fenómenos, hay causas de los mismos que escapan a su competencia y cuando pretende dictaminar sobre ellas cae en lamentables extrapolaciones. La rigidez del cuerpo acompañada de insensibilidad, por ejemplo, puede ser causada por la histeria, pero también por el éxtasis de un alma cautivada por la contemplación de su Creador. La mis-

ma levitación puede tener su origen en esta tensión del espíritu y es inútil querer encerrarla en explicaciones parapsicológicas. El conocimiento de las conciencias, tal como se daba en el Cura de Ars, en Don Bosco o en el Padre Pío, podría interpretarse como un fenómeno de telepatía. Pero ¿se trata sólo de telepatía? ¿No estamos más bien tocando la acción misteriosa del Espíritu, que distribuye libremente sus carismas, ordinarios o extraordinarios, aunque éstos funcionen respetando el orden de las causas segundas?

Permítasenos insistir. El conocimiento científico —religión del hombre moderno— es sólo un orden del conocimiento, y no el más alto, por cierto, ni el más seguro. ¿Cuántas hipótesis firmísimas hemos visto derrumbarse de un día para otro? Y con más razón si nos referimos a la Parapsicología, que se mueve en un terreno fumoso y movedizo por excelencia. No basta ponerles nombres griegos a los fenómenos que se estudia para considerarlos "explicados". Véanse como ejemplo de esto las divagaciones del Dr. René Sudre en la cuarta parte de su "Tratado de Parapsicología" (Siglo Veinte, Bs. As., 1973), titulada "Los Problemas Filosóficos". Cuando abandona el campo de los hechos, el autor se encuentra perdido, tanteando en la oscuridad de un terreno que evidentemente no es el suyo.

Última observación maligna: la inexactitud en los nombres y la superabundancia de errores tipográficos.

Conclusión: léalo, pero con las reservas que señalamos.

P. ALBERTO EZCURRA

ENRIQUE J. LAJE, *La autoridad en la Iglesia*, Claretiana, Buenos Aires, 1977, 173 pgs.

Nos encontramos en un mundo que está cambiando aceleradamente sus formas de vida. Toda esta revolución cultural que se vive hoy, influ-

ye, como por ósmosis, también dentro de la Iglesia, sociedad divina integrada por sujetos en contacto con este ambiente.

Dentro de los valores trastocados, la autoridad ha sido objeto de un cuestionamiento global. De las numerosas causas que intervienen en este proceso, dos son posiblemente las que tienen una mayor gravitación en la crisis de autoridad que vive la Iglesia: la valorización de lo personal y el problema social.

La valorización de la persona humana, como lo expresa el A., ha hecho crecer el deseo de participar, de ser corresponsable, como miembro activo del organismo social. "El hombre de hoy quiere estar informado, desea ser consultado y verse insertado en estructuras de diálogo más humanas". Asimismo la agudización de la conciencia frente a los problemas sociales ha conducido a no pocos cristianos a posiciones extremas que cuestionan la autoridad.

¿Cómo coordinar una posición que quiere permanecer fiel al mensaje de Cristo y al mismo tiempo dar una respuesta adecuada a las exigencias actuales que los hombres valoran? ¿Qué principio regulador deberá guiar las justas pretensiones renovadoras de muchos cristianos sin desviarse del espíritu y de la verdad de la cual la Iglesia es depositaria?

Se vislumbra aquí el papel importante de la autoridad dentro de la Iglesia, en su oficio de regir, guiar y confirmar a los hermanos en la fe.

La crisis actual afecta no sólo al ejercicio de la autoridad, sino también a su mismo concepto. Por lo tanto es importante que se trate de aclarar su intrínseca naturaleza, para contar con un criterio seguro que permita distinguir lo accidental de lo esencial, lo permanente de lo que depende de las circunstancias históricas. Este es el objetivo del libro del P. Laje: presentar la doctrina de la autoridad en la Iglesia, partiendo de su origen: "la voluntad funcional de Cristo". Lo cual nos lleva a una visión de fe si es que queremos

comprender bien el papel que la autoridad juega dentro de la Iglesia, pues ella sólo adquiere su realidad e inteligibilidad por relación a su Fundador y Cabeza.

El A. nos ofrece una apretada síntesis de este tema crucial. Fundamenta primero escriturísticamente la comunicación por parte del Señor a Pedro y a los Doce de su propia autoridad para regir su grey. Luego investiga los avatares de esta doctrina en el curso de la historia ya que, como él mismo se expresa, "la Iglesia primero vive el misterio revelado, luego poco a poco lo va expresando en fórmulas claras y sintéticas". Finalmente expone las afirmaciones doctrinales contenidas en los documentos emanados del Vaticano I, y culmina con los aportes que se derivan del Vaticano II, iluminados por las investigaciones teológicas de los últimos tiempos.

El libro resulta así lo suficientemente claro para darnos en una visión sucinta lo esencial de su objeto, y con luz serena y penetrante nos permite profundizar más en esta verdad sustancial de nuestra fe.

RAMON ALFREDO DUS
Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 1er. Año de Teología

BARÓN DE LA TOUSCHE
D'AVRIGNY, *Les Amis de Henri de la Rochejaquelein*, Cahiers 20 et 21, 1975 y 1976 respectivamente.

Un trabajo de documentación y crítica histórica llevado con fervorosa paciencia desde el fondo de una provincia y sin otro apoyo financiero que el de un grupo de amigos inspirados por el mismo amor al joven jefe vendeano, es un ejemplo de fidelidad y constancia, en un mundo donde reinan la traición y el olvido.

El Barón de La Tousche d'Avrigny, que recibió en 1949 el premio Goethe de la Academia Francesa por su biografía de Henri de La Rochejaquelein, publicada por Emile Paul en

1948 con el título de "Monsieur Henri", debió dedicar el esfuerzo de su asombrosa erudición en todo cuanto se refiere a la Guerra de la Vendée, para defender su tesis contra la ignorancia, el desdén o la mala voluntad de todos aquellos que quisieran borrar de la historia de Francia, hasta la sombra de un movimiento a contramano de sus amadas puestas revolucionarias. Para los bien pensantes republicanos, la Guerra de la Vendée entra en la figura criminal de guerra subversiva, porque meten en la misma caja a los que combaten para restablecer el orden social amenazado en sus más puras esencias por la Revolución, y a los que luchan contra todo resto de vida civilizada, inspirados por la quimera, el resentimiento o la voluntad de poder.

Nuestra época se destaca por la diabólica confusión de su lenguaje. Hay palabras que significan cualquier cosa, incluso todo lo contrario de aquello que expresamente designan. Se esgrimen los "derechos del hombre" para defender a un criminal ostensible, aun contra los derechos que tiene la sociedad para defender su bien común. Notaba Don Francisco Elías de Tejada que en España, la palabra revolución tuvo siempre, o por lo menos en la época en que se habló y se pensó en español, una connotación negativa. Era todo lo contrario del "orden" y muy mal se podía hablar de una revolución restauradora, cuando se buscaba destruir los fundamentos espirituales de una nación.

Revolución y subversión son términos que pertenecen al acervo de ese proceso destructivo sufrido por la civilización latina a partir del siglo XVI, y la nota más constante del movimiento es la intención de sustituir el orden social inspirado en la fe, por otro nacido de una razón autónoma.

Entre nosotros, Jordán Bruno Genta y Julio Meinvielle, pusieron claridad en el uso de estos términos. Para quienes hayan frecuentado sus libros, el movimiento vendeano se inscribe con rigor en la línea de la guerra

contra-revolucionaria. El joven Marqués de La Rochejaquelein fue el fiel espejo donde se reflejaba, con todas sus virtudes, el espíritu de la antigua Francia, cristiana y caballeresca, en abierta oposición a esa baja oligarquía conducida por usureros y representada por la hez de las universidades.

No siempre la Providencia elige sus instrumentos humanos entre los más modestos representantes de la raza. Muchas veces se esmera y vuela sus favores en una criatura llena de gracia natural que, como el rey David, une a la belleza del espíritu la armonía de sus rasgos corporales. La Rochejaquelein tenía en el alma y el cuerpo, incluso en la belleza casi legendaria de su rostro, un nimbo de delicada pureza, un aire matinal y joven que nuestro autor compara con el de Juan Evangelista. Nos atreveríamos a decir, sin faltar al respeto al Águila de Patmos, que el joven general vendeano tenía también su fondo aquilino y su brillo de Pentecostés en la límpida mirada.

Me hacen gracia todos esos pequeños cristianos carnales que tienden sus bracitos obesos para reclamar la paz con los enemigos del orden, sin pensar en la necesidad de defender con vigor los principios de la fe que Dios mismo nos legó. ¡Qué lejos de San Luis y San Bernardo, de San Buenaventura y de Santo Tomás, estas pobres figuritas del guignol democrático con su cotidiana preocupación por la sobrevivencia! La guerra es una y comenzó lejos, antes de la historia, en los cielos. Cuando se escribe para una revista que ha hecho suya la consigna del Arcángel, tal afirmación no es una pura disonancia, sino la ratificación de un hecho permanente, con su paradigma celeste y sus jalones dolorosos en la pasión de la historia humana. En esta perspectiva eschatológica, la guerra de la Vendée cobra todo su sentido y se instala con toda su gloria entre los esfuerzos que salvan el honor de los hombres.

El Señor Barón de La Tousche d'Avrigny, sobrellevando con valor la

doble carga de sus achaques y sus años, ha rescatado del olvido esta magnífica personalidad de conductor cristiano en una obra que merece, por su fondo y por su forma, una edición esmerada y completa.

RUBEN CALDERON BOUCHET

ANTONIO MILLAN PUELLES, Sobre el amor y la sociedad, Rialp, Madrid, 1976, 287 pgs.

Es con verdadero gusto que hemos leído esta nueva obra de Antonio Millán Puelles, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid. Intelectual en el verdadero sentido de la palabra, ha recibido en esta ocasión el homenaje de sus colaboradores y discípulos al cumplir sus "bodas de plata" al frente de su cátedra universitaria de filosofía que pone a nuestro alcance una serie de trabajos que eran de muy difícil acceso para la mayoría de los argentinos.

Minucioso investigador, oportunamente nos ha brindado obras tan importantes como "Fundamentos de Filosofía" o "La formación de la personalidad humana", uno de los mejores estudios que conocemos sobre las ideas educativas de Santo Tomás de Aquino. Pero la función del intelectual no se agota en los claustros. Hay quienes creen que su procerato académico se desdibuja si brinda sus enseñanzas a otros ambientes menos "prestigiosos", olvidando que, como dice el Filósofo, todos los hombres tienen una inclinación natural a saber. Por eso el A., coetáneamente con las obras arriba citadas, obras para especialistas —o aprendices de tales—, nos ha entregado "Persona humana y justicia social", fruto de dos cursos dictados a obreros y jóvenes universitarios, donde precisa diversas cuestiones acerca de la concepción cristiana de la sociedad; según como

van las cosas, muchos españoles de hoy deberían releer esta obra para su provecho.

El libro que comentamos trasunta esta posición integrada. Sabiamente han sido seleccionados textos para unos y para otros. En su primera parte, denominada "Filosofía de la condición humana" —nada que ver con Malraux, por cierto—, el A. analiza el aspecto existencial del hombre y su fundamentación ontológica, enriqueciéndonos con aportes que evidencian cómo la adhesión a la Escuela no se agota en su mera exégesis. Merece destacarse en esta parte, según nuestra opinión, el trabajo que lleva por título "El ser y el deber", publicado originalmente en "Veritas et Sapientia", obra colectiva editada con motivo del séptimo centenario del fallecimiento de Santo Tomás de Aquino, y que contiene una exposición confrontada de dos clásicos de la ética: Tomás de Aquino y Kant —finalismo y formalismo éticos—, considerados desde el punto de vista de la "libre aceptación de nuestro ser".

La segunda parte, titulada "Individuo, Sociedad, Estado", versa sobre la dimensión social del hombre a la luz de la Doctrina Social Cristiana. En ella se incluye un comentario sobre "Los derechos del hombre y la dignidad de la persona humana" a propósito del vigésimo aniversario de la declaración del mismo nombre realizada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, que no tiene desperdicio para todos aquellos que se preocupan por la interpretación que los argentinos hacemos de la misma.

Esta obra se completa con una sección que los recopiladores han denominado "Los cristianos en la vida civil", y que reúne una serie de artículos publicados en periódicos y revistas españolas. En ella aparece con toda claridad el intelectual preocupado por su Patria y por su tiempo, que opina sin titubeos sobre temas tan diversos como las elecciones portuguesas, la problemática del partido único, el aggiornamento, el liberalis-

mo, el socialismo, etc. Pero por sobre todo esto, hay una temática que sobresale en las tres secciones y que da unidad a la obra: la dignidad de la persona humana, que podría resumirse en la siguiente frase: "Todo hombre, por el solo hecho de serlo, tiene una dignidad ontológica, un rango o categoría innatos, que cualquier otro hombre debe respetar. Los atentados a la dignidad de la persona humana consisten, por consiguiente, en tratar a los hombres como si no fueran hombres" (p. 230), aclarando más adelante: "Por más que se reconozca la identidad esencial de la naturaleza humana, las innegables diferencias entre los hombres, que son tan positivas como esa identidad, acaban por prevalecer sobre ella, si no se cree que la dignidad del hombre es algo 'sagrado', que dimana de Dios y no del hombre mismo" (p. 231).

Los que tienen algo verdadero que decir, deben ejercer su magisterio en todo momento y en todo lugar. A través de esta antología podemos apreciar que Antonio Millán Puelles así lo hace.

JUAN CARLOS PABLO
BALLESTEROS

RICARDO ZINN, *La Segunda fundación de la República*, Pleamar, Bs. As., 1976, 269 pgs.

Estamos en presencia de un libro muy interesante, original y poco frecuente en nuestra literatura política. El A. comienza por describir —cruelmente— el proceso de decadencia de nuestra Patria, "pueblo sin memoria" y sin proyección de futuro. "La Argentina no está en crisis. La Argentina está viviendo la extremidad de una decadencia que ha corroído pausadamente los centros vitales de su estructura" (p. 19). Decadencia que,

naturalmente, no es un fenómeno local sino que se integra en un proceso más universal, que viene de Kant y Hegel y desemboca en el marxismo, pero que en la Argentina ha tenido sus etapas bien marcadas. El A. analiza con especial agudeza los fenómenos políticos del presente siglo: la presencia radical, la nueva Argentina "gringa" que sucede a la de los fundadores del país, la creciente cuota de populismo que alcanzó su máxima expresión en los últimos años, el proyecto de "institucionalización" por cuya virtud casi se llega a la destrucción no sólo de las instituciones, sino de la República misma.

El A. no expone con el lenguaje propio del sociólogo o del politólogo de gabinete. Argentina, dice por ejemplo, pertenece geopolíticamente a Occidente, pero "Occidente comienza en el Gólgota. Olvidar esto significa, en el terreno político, omitir el religamiento sustancial de nuestra civilización" (p. 66). Extrañas expresiones en la jerga habitual de nuestros políticos. Para Zinn la política no puede ser entendida al margen de la ética y de la teología (cf. p. 51). "El hombre —en especial el argentino— necesita una filosofía para su anclaje geopolítico. Necesita amor a la sabiduría, vocación de validez universal, porfía por la verdad sin trabas" (p. 76). Pero el hombre de nuestro tiempo se ha alejado de Dios, se le ha hecho indiferente el destino de su alma, y así se hace también indiferente a su propio destino temporal y al de su comunidad. "El humanismo ateo encierra así una trampa fatal que escamotea el alma y despoja al individuo del concepto de futuro en aras de un presente inasible y de una supuesta seguridad social que de ninguna manera es liberadora" (p. 97). Lo que importa graves consecuencias ya que "el hombre masificado adhiere con fiado ante la posibilidad de transferir a un nuevo ídolo la responsabilidad de su futuro" (p. 98).

Con palabras enérgicas denuncia el

A. el mito del determinismo histórico según el cual el mundo marcha ineluctablemente hacia el socialismo, de donde la conclusión: no podemos oponernos a la expansión del socialismo, por lo tanto yo soy socialista (cf. p. 100). Y así se camina bobamente hacia la meta que señalan las agencias marxistas de la historia: ellas sí que saben bien el camino, ellas son las que "determinan" la historia. R. Z. exhorta a enfrentar enérgicamente este mito. Porque estamos en guerra. "También desde el punto de vista meramente argentino es necesario que el gobierno, las Fuerzas Armadas y el pueblo tengan conciencia del estado de guerra y sepan que lo que está en juego es la supervivencia de la Argentina" (p. 90). Nada desean más los gestores de la guerra que hacernos creer que vivimos en paz; mientras abren nuevos frentes, levantan ellos mismos las pancartas del pacifismo. "La ignorancia voluntaria del factor guerra, es una de esas armas, y de las más temibles. Porque ignorar la guerra, es la manera más rápida de perderla" (p. 95).

Podríamos seguir abundando en ideas vigorosas. Sin embargo no podemos dejar de señalar cierta falta de jerarquía en el tratamiento de los temas, un cierto "cambalachismo" intelectual, ya que en un mismo capítulo se habla de teología, de economía, de guerra, sin solución de continuidad. A pesar de su buena voluntad y de su vigor intelectual, el A. deja la impresión de que carece de una formación bien vertebrada. Por otra parte, la descripción total que hace de "Occidente" nos resulta un tanto desacralizada y no parece abreviarse suficientemente en la rica savia griega, latina y cristiana.

En la parte final el A. expone su "Propuesta para los ochenta", en orden a una refundación de la República, con un esquema político y socioeconómico.

En fin, un libro interesante, que revela una inteligencia fina, a pesar de las deficiencias señaladas. Un libro que hace pensar.

P. ALFREDO SAENZ

MARCEL CLÉMENT, *Cristo y la Revolución*, Colección Clásicos Contrarrevolucionarios, Cruz y Fierro Ed., Buenos Aires, 1977, 181 pgs.

Si tuviéramos que caracterizar esta obra con un solo calificativo, diríamos sin duda que se trata de un trabajo "claro". Esto, aparentemente, dice muy poco. Pero para quienes, poseyendo una formación cristiana, se han sumergido —aunque levemente— en el mundo intelectual contemporáneo o, más precisamente, teniendo algún conocimiento Doctrina Social de la Iglesia y co-penetrado en el laberinto de las doctrinas sociales de nuestra época, esa sola característica es de gran estimación.

Efectivamente, en un ambiente intelectual donde la ambigüedad de los términos, acompañada de una creciente autonomía respecto de la Filosofía Perenne y Teología Católica, aparecen como normas constitutivas del nuevo pensamiento, afirmar de una obra que es clara, es decir: de conceptos precisos, de consecuencia lógica en los razonamientos, de total sumisión a la autoridad filosófica y teológica de la Iglesia, etc., es mucho decir.

Marcel Clément ya nos es conocido. Su múltiple actividad intelectual se despliega en cuatro campos estrechamente relacionados entre sí: la docencia, la economía, la sociología y el periodismo.

En esta obra que nos ocupa, por la temática misma, vemos desarrollada más extensamente su capacidad de sociólogo muy versado en la Doctrina Social de la Iglesia y co-

necedor también de los errores que sobre la problemática social abundan en todos los medios.

Al individualismo exagerado del Liberalismo, nacido en 1789, se opuso, con carácter excluyente, el colectivismo no menos exagerado del Socialismo. Un error para combatir a otro error. He aquí el mal que ha permeado el mundo contemporáneo, haciéndose presente incluso en muchos sectores eclesiásticos. Son esos sectores los que, dejando de lado las enseñanzas de la Iglesia —especialmente en su aspecto social—, se adhieren a doctrinas generalmente incompatibles con la Fe católica. Más aún, no sólo se adhieren a ellas, sino que consciente o inconscientemente intentan una fusión con esos sistemas de suyo inconciliables. Y ante la impotencia que surge de tal imposibilidad, no se aplacan. Agotados los medios lícitos, buscan y utilizan los ilícitos. Aparecen entonces los argumentos sofisticados, las certezas subjetivas, la terminología confusa y ambigua, etc., tratando de justificar lo que en el fondo es una crisis de fe.

Nuestra obra analiza esta situación. Pero no se queda en la crítica. Haciendo uso de sus dotes de maestro y periodista, Clément intenta poner en claro los principales puntos de la temática social a la luz del Evangelio. No utiliza para ello argumentos propios, que lo podrían conducir a nuevos errores, sino que ape- la prudentemente a la fuente inequívoca de la Doctrina Social de la Iglesia. Dicha Doctrina, preparada ya desde el Antiguo Testamento, declarada en sus raíces por el mismo Verbo Encarnado, interpretada por los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, ha llegado hasta nosotros a través de la sabia sistematización de los últimos Sumos Pontífices. El A. conoce muy bien esta doctrina católica, y además, con la curiosidad propia del periodista, ha escudriñado constantemente los sucesivos documentos referentes al problema, todo lo cual ha hecho posible este

estudio firme, serio y muy fundamentado.

La obra comienza con el análisis y la comparación de tres documentos aparecidos en el año 1971: el Documento Sinodal sobre "La justicia en el mundo" (Roma), el Documento de la Federación Protestante llamado "Iglesia y Poder" (París), el texto redactado por la Comisión "Justicia y Paz" de la Iglesia española (Madrid).

M. Clément hace notar que si bien tales documentos no son iguales, tienen sin embargo elementos comunes. Así, el tono: lejos de reflejar el espíritu positivo, lleno de esperanza y comprensión, del Concilio Vaticano II, redundan en actitudes de condenación, denuncia y falta de confianza. También, la tesis: con matices y perspectivas distintas, reflejan una orientación común, un rechazo global del régimen basado en la propiedad privada de los bienes de producción, identificado con el materialismo. Finalmente, la punta: la parte más acerada de los tres textos es idéntica, insinuando o explicitando una condena del régimen de propiedad privada de los bienes de producción en nombre del Evangelio.

"En un tiempo en que la amalgama de la palabra JESÚS-REVOLUCIÓN se ha hecho cotidiana; el tono, la tesis y la punta de estos tres documentos plantean muchas cuestiones. Es importante, urgente, legítimo, formular aquellas que traducen en un plano ampliamente ecuménico, el interrogante profundo de la conciencia de gran número de cristianos". Estas palabras del A. nos explicitan sin duda, la intención que ha tenido al encarar este estudio: despejar errores, aclarar dudas, iluminar, en definitiva, tantos interrogantes surgidos de declaraciones como las que ha analizado.

Sintetiza todos estos interrogantes en siete cuestiones que, junto a una conclusión personal, suman los ocho capítulos que conforman la obra: I. El mensaje social del Evangelio. ¿En

qué sentido se puede hablar de un mensaje social en el Evangelio? II. Una liberación equívoca. ¿Cuáles son los distintos significados de la palabra "liberación"? ¿Cuáles son acordes al mensaje social del Evangelio? III. El ensamblaje Evangelio-Revolución. Tal ensamblaje ¿es o no compatible con la fe cristiana? IV. ¿Es pecado la propiedad? ¿Es un obstáculo la propiedad desde el punto de vista evangélico, para el anuncio de la salvación? V. Un socialismo "de rostro humano". Tal tipo de socialismo ¿es realizable y compatible con el orden natural ínsito en el hombre? VI. Un socialismo "de rostro cristiano". Tal estilo de socialismo ¿es incompatible con el simple sentido de la Fe? VII. Anatomía del totalitarismo. La presente amenaza del totalitarismo ¿puede ayudarnos a descubrir las líneas de fuerza de una sociedad moderna digna de Dios y del hombre? VIII. Cuerpo social y cuerpo místico. "Que sean uno. Padre, como nosotros somos uno".

Como se advierte, los temas aquí tratados son polémicos, evidentemente; y es por eso mismo que la obra es muy oportuna, no sólo para el ámbito de la Iglesia, sino también para los que fuera de ella admiten la existencia de un orden natural.

Celebramos entonces la aparición de este libro con el cual se inaugura la Colección de Clásicos Contrarrevolucionarios. La presentación que de él hace el Pro-Vicario de las Fuerzas Armadas, Mons. Victorio M. Bonamin, constituye un incuestionable aval. Su publicación resulta muy oportuna en este tiempo y especialmente para nuestro Mundo Occidental, que parece desconocer que la Doctrina Social de la Iglesia es de "cuna" divina; que el mensaje social del Evangelio es el más poderoso, el más eficaz, el más universal, que jamás se haya transmitido a los hombres; que la propiedad no es un robo; que el instrumento de Redención no es el acto violento de la lucha de clases, o de la lucha de un pueblo por su "liberación", como pretende

la nueva teología, sino la Cruz de Cristo...

Nos permitimos, entonces, aconsejar su lectura, la cual no sólo será orientadora sino que también constituirá un fuerte incentivo para profundizar en la Doctrina Social de la Santa Iglesia.

ERNESTO MOYANO

Seminarista de la Diócesis de San Luis, 3er. Año de Filosofía

JUAN ESQUERDA BIFET,
Nosotros somos testigos. Si-
gueme, Salamanca, 1974, 354
pgs.

En la presente obra el A., según él mismo nos lo dice en la presentación del libro, completa lo que ha dejado escrito en sus anteriores publicaciones: para los jóvenes en "Encuentro con Cristo", para personas entregadas al apostolado en "Seréis mis testigos", y para quienes se dedican seriamente a la perfección en "En el silencio de Dios".

Ahora, en *Nosotros somos testigos*, el P. Esquerda se dirige a todos los cristianos, en cuanto apóstoles y testigos de Cristo Resucitado, pero de manera especial sus reflexiones van dirigidas al sacerdote quien, como *alter Christus*, no tiene otra ocupación que la que tuvo Cristo, es a saber, manifestar al Padre a través de su doctrina y de sus hechos; la misma misión y encargo recibió Jesús del Padre: "que te conozcan a ti, solo Dios, y al que has enviado Jesucristo" (Jn. 17, 3).

Se trata de una serie de 242 breves meditaciones a partir de un trozo bíblico, en las que de manera simple y sencilla, pero no por eso carente de profundidad y substancia, y experiencias que ha ido acumulando, el A. vuelca los conocimientos

do en su tarea cotidiana por todos los rincones del mundo, en retiros, convivencias y cursos de Espiritualidad Sacerdotal.

El orden de las meditaciones es muy sencillo, dividido en siete capítulos:

1. Testigos de Cristo Resucitado. Toma el A. como punto de partida el anuncio de la presencia y acción de Cristo glorioso viviente en la Iglesia. Hoy quizás más que en otros períodos de la Iglesia, se le pregunta al sacerdote cuál es su razón de ser y el P. Esquerda nos ofrece acá una respuesta tajante e inobjetable: "Nosotros somos testigos de Cristo Resucitado presente. Ahí está nuestra razón de ser. Y de esta realidad, vivida de una manera totalizante, arranca la luz y la fuerza que evita la frustración. Si no se vive la presencia de Cristo Resucitado, no se comprende el Sacerdocio" (p. 12).

2. Cristo Sacerdote, el Ungido y Enviado del Padre. Toda la vida de Jesús es sacerdotal y su Sacerdocio es único e incomparable. El "es sacerdote, la víctima, el altar, el templo y todo"... "pero esta realidad sacerdotal, Cristo la comunica a los suyos y la hace presente en la Iglesia bajo signos... Los sacerdotes ministros son los que sirven estos signos; pero todo cristiano participa, en diverso grado y manera, del Sacerdocio de Cristo. Vivir este sacerdocio es responsabilizarse, con Cristo y como Cristo, de la historia humana. Es el más radical de los compromisos: **reaccionar amando**" (p. 56).

3. La impronta de los Apóstoles. El estilo sacerdotal de Jesucristo llega hasta nosotros pasando por la mediación de los Apóstoles, cuya misión prolongamos y cuya comunión vivimos: "Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo" (1 Cor. 11,1). "La persona del sacerdote, el presbítero, la vida sacerdotal en general, se renueva en la medida en que se vive según el modelo dejado por los apóstoles" (p. 119). Esa im-

pronta de los Apóstoles "ha quedado en sus vidas, cuyos trazos sintéticos aparecen en el nuevo testamento y han quedado también en la Iglesia, que por esto se llama apostólica" (pp. 119-120).

4. Pablo, apóstol de Cristo. En este capítulo destaca el A. la figura y la doctrina de San Pablo, fruto del enamoramiento profundo que tuvo por Cristo: "ni una sola frase o acción de San Pablo tiene su explicación, sino a la luz de Cristo Resucitado presente íntimamente vivido". "La autenticidad en Pablo consiste en el pensar, amar, reaccionar y sentir como Cristo. Pablo es olor de Cristo. Vive bautizado o esponjado, injertado en la muerte y resurrección del Señor. Cristo vi- viendo en los demás le lleva a un celo inigualable e inigualado"... "El estilo sacerdotal de cada época se conquista viviendo a lo Pablo" (pp. 167-168).

5. Al servicio de la Iglesia. Nuestro carisma sacerdotal no es para nosotros, sino para servir en la Iglesia según un equilibrio de ministerios. Cristo nos ha comunicado la misión recibida del Padre. Somos su expresión y su signo personal. Somos servidores o ministros de Cristo y de su persona, la Iglesia; "servir es la característica principal de nuestro ministerio. Cristo vino a servir y no a ser servido. Nuestro servicio o **diaconía** (L. G. 3) es un servicio que solamente puede realizar quien ha recibido el carisma sacerdotal. Nuestro servicio no tiene más privilegio que el de poder dar la vida como el Buen Pastor. La caridad pastoral define nuestra vida" (p. 225).

6. Los que tú me has dado. A través de esta dinámica, llega el A. al tema de la identidad sacerdotal. Es menester sentir el gozo y la autenticidad de ser sacerdote, amado especialmente por el Señor, ya que Jesucristo, hablando con el Padre, nos define así: "los que tú me has dado" (Jn. 17,6). "No somos un añadido o un simple adorno o un auxi-

liar impuesto. Formamos parte integrante del ser de Cristo y de su vivencia. Por esto nos ama como el Padre le ama a él (Jn. 15,9)" (p. 277). Esto sólo se capta en la sintonía de la entrega y la amistad con Cristo, ya que ella "define nuestra vida sacerdotal y da explicación a todas las circunstancias de nuestra vida; si no apareciera esta amistad con Cristo, los hombres no podrían comprender por qué somos sacerdotes... y nosotros tampoco" (p. 293).

7. Revive la gracia que hay en ti.

Finalmente, el P. Esquerda recoge las frases salientes del Vaticano II y del Sínodo Episcopal de 1971 sobre el sacerdocio, en las que se refleja la figura sacerdotal que se debe dibujar hoy **reavivando** la gracia recibida en la ordenación. "La caridad de Cristo nos apremia" (2 Cor. 5,14) ya que en nuestros días, como en todas las épocas históricas, "el Espíritu Santo urge a la profundización de algún aspecto del sacerdocio de Cristo que corresponda más a las necesidades del momento y de la marcha de la Iglesia" (p. 315). "Pero el Espíritu Santo no regala lo que nos toca hacer a nosotros. El da la gracia... La historia la construimos nosotros con la ayuda de Dios" (p. 316) y por ello el Vaticano II y el Sínodo de 1971 nos llaman "a una renovación personal para construir el presbiterio en fraternidad y dimensión misionera, para ser signo de Cristo crucificado y resucitado, con la audacia de quien es testigo de Cristo resucitado presente, cuyo encuentro ha dado sentido a la vida sacerdotal" (p. 354).

El ser testigo de Cristo es para el sacerdote "una vocación de ponerse en marcha hipotecándolo todo e hipotecándose a sí mismo" (p. 15); "es ser un signo personal, su huella viva, su olor" (p. 14). "Un testigo se amasa con la fuerza del Espíritu Santo y con la conciencia de la propia debilidad... con tal que exista la disponibilidad para ser sólo signo claro del Señor" (p. 17).

Toda la vida del sacerdote, del apóstol, se ordena a dar testimonio de Cristo resucitado y eso es fruto de una conquista que debe renovarse cotidianamente, sólo así podremos decir de veras que "**nosotros somos testigos**", lo cual "no es un privilegio humano, ni una fanfarronería; somos pecadores como los demás, pero dejamos entrever claramente nuestra tensión hacia el amor, a pesar de nuestras limitaciones. Decir y obrar el nosotros somos testigos, es el resumen de toda la teología y espiritualidad sacerdotal, y el estilo sacerdotal de todas las épocas. Dejarse moldear por el Espíritu es profundizar, en nuestra época, el nosotros somos testigos y encontrar el estilo de sacerdote que necesita el mundo de hoy" (p. 23).

No cabe aquí ninguna suerte de engaño: "la renovación sacerdotal se realizará por la línea de la generosidad y de la entrega misionera, en tanto en cuanto existan un diálogo personal con Cristo, una renovación y una reconciliación consecuentes". No se puede inventar otra teoría que guste más o que sea más convincente, "nuestra única respuesta válida es la de acelerar el paso hacia una nueva entrega de fidelidad a una nueva gracia, que nos permita decir, sin vacilaciones y más con hechos que con palabras, **'en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis'** (Jn. 1,26), anunciamos **'lo que hemos visto y oído'** (1 Jn. 1,1; Hech. 4,20), **'somos testigos'** de Cristo crucificado y resucitado, presente y operante entre nosotros (Hech. 4, 32 ss.)" (p. 9).

JORGE ALBERTO ALMEIDA

Seminarista de la Diócesis de Gualaguaychú, 3er. Año de Teología

A. D. SERTILLANGES, *Los grandes temas de la vida cristiana*, Claretiana, Buenos Aires, 1977, 200 pgs.

El P. Sertillanges, ilustre dominico francés, es una de las figuras más relevantes de la intelectualidad de nuestro siglo. Eximio orador, escritor fecundo de estilo inconfundible, pensador genial de lógica acerada y de observaciones agudísimas; a estas cualidades innatas unía una gran experiencia adquirida al filo de su vida cotidiana, alimentada especialmente en su oración junto al sagrario.

Por lo anteriormente dicho, parece innecesario agregar que la obra que comentamos es excelente y recomendable. En sus diez capítulos contiene mensajes válidos para ayer, hoy y siempre; los valores perennes de la espiritualidad de la Iglesia, las pautas que orientan nuestro destino trascendente, la intimidad de nuestra vida en Cristo, nuestro acceso al Padre, lo grande y lo pequeño de nuestras vivencias cotidianas con sus culpas y arrepentimientos, los criterios evangélicos de nuestro diálogo con Dios, con el prójimo, con el mundo... tales temas se van sucediendo a lo largo de la obra en forma de breves puntos de meditación, evidenciando, cada uno de ellos, la sensatez, el dominio de la materia, el profundo conocimiento del corazón humano y, sobre todo, la unción religiosa y sobrenatural características del A.

Veamos algunos ejemplos. Jesucristo: "Renan ha admirado mucho a Jesucristo, pero Jesucristo no quiere ser admirado como un pensador ilustre; él quiere ser reconocido por lo que es; en consecuencia, amado y también imitado. La admiración, que se desentiende voluntariamente de la imitación y del amor, es a los ojos de Cristo una verdadera blasfemia". "Cuando yo he terminado de admirar un objeto cuya razón total de ser pide la imitación,

ésta debe dar comienzo o bien dejar desde ese momento de admirarlo". El tiempo: "No hay más que un medio para escapar a la melancolía del tiempo que huye, y es refugiarse en la viviente Eternidad que lo circunda, unificando sus facies. En Dios, el tiempo no transcurre más, y todos los valores del tiempo se vuelven a encontrar sin ese parcelamiento significado por el pasado, el presente y el futuro que es la causa de nuestro tormento". Sufrimiento: "Por qué sufrir?, se pregunta el impío o el hombre de poca fe. ¿Cómo sobrellevar el sufrimiento?, se pregunta el cristiano. Allí donde el primero cambia y divide sus fuerzas, el segundo asume la responsabilidad; él no duda, y reúne y aplica todas sus energías, respirando profundamente el viento de la victoria". Deber de estado: "Hacer bien lo que se hace, es mucho más importante que hacer muchas cosas. La cantidad y la calidad se encuentran en una proporción incalculable. No se trata de decir cuánto sino qué y cómo, y es inútil tratar de abarcar cuando es el caso perfeccionar". Pecado: "El pecado pretende hacerse pasar por una liberación; y en él, el pecador lo cree así. Pero lo contrario es lo verdadero. Pecando yo no me libero sino de mi naturaleza recta, de mi destino dichoso; prefiero una falsificación de mí mismo; tomar un camino que a ninguna parte conduce, o en todo caso, me conduce donde yo no quiero ir: hacia mi perdición. Extraña liberación ésta. Extraño franqueamiento de mi camino ese callejón sin salida, impuesto a la creatura de Dios y a la creación entera". El acceso al Padre: "Hacer elección de Dios es elegir aquel fuera de cual no hay elección posible, aquel que sería imperdonable no elegir. A pesar de todo esto, reconozcamos que podemos no elegirlo. Paradojas de la libertad, riesgo inminente y a la vez grandeza".

"Este libro —afirman los editores— quiere perpetuar el pensamiento evangelizador del P. Sertillanges". Realmente lo logra, pues sus pági-

nas hacen resucitar al profundo, brillante y piadoso dominico, que con tanta sabiduría y cordialidad sabe hablar a nuestro siglo. La meditación diaria de estos pensamientos iluminará y fortalecerá la espiritualidad de muchos cristianos —religiosos y laicos— de nuestros días. Cabe, por consiguiente, felicitar a la editorial Claretiana, y ponerla en este caso como ejemplo a otras editoriales que se dicen católicas pero que, vistas las obras que difunden, hacen dudar seriamente que lo sean "en espíritu y en verdad".

ALVARO F. EZCURRA
Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 2º Año de Teología.

JORGE GRASSET, *Minidirectorio para los Ejercicios de San Ignacio*, Ed. del Cruzamante, Buenos Aires, 1977, 88 pgs.

Pasa el tiempo, y con él muchas "técnicas pastorales" poco afinadas en el ser real; pero mientras perdure el hombre, tal cual lo creó Dios, y su necesidad de unirse a Él según sus verdaderas posibilidades y las exigencias de su naturaleza, seguirá vigente y tendrá la primacía (cf. Pío XI) entre las "artes apostólicas" el método que providencialmente legara a la Iglesia el Capitán de Loyola.

Método que no es sino fruto de su experiencia espiritual, y cuya eficacia pregonan con palabra y obra innumerables Santos que deben su despertar espiritual y su elevarse "a las más elevadas cumbres de la oración y el amor divino" (Pío XI) a este "tesoro que Dios manifestará a su Iglesia en estos últimos tiempos" (S. Alfonso) y que, según decía Pío XII, parece hecho "especialmente para nuestra época".

Si en todo momento y lugar el método de los Ejercicios ha sido te-

nido por "uno de los más eficaces para la regeneración espiritual del mundo" (Pío XII), también en nuestra Argentina ha sido de incompensable provecho en las manos del Cura Brochero, de la "Beata de los Ejercicios", y de tantos otros apóstoles entre los cuales no podemos dejar de citar al P. Vallet y sus continuadores, uno de los cuales pone ahora en manos de nuestro clero este "Minidirectorio" para Ejercicios Ignacianos.

El A. advierte previamente que este librito no es de por sí suficiente: exige del Director buena doctrina, cierta información actualizada y no poca "psicología sobrenatural", siendo de esperar que él mismo, "causa instrumental", conozca y viva habitualmente este combate por "vencerse a sí mismo y ordenar su vida" sin determinarse por otro motivo que lo que más agrada a Dios.

Precisa luego el P. Grasset los objetivos que hay que alcanzar, detallando todo lo necesario para la organización de una tanda de Ejercicios. Especialmente interesantes son los esquemas para cinco días, con las veinte meditaciones que San Ignacio ordena según el proceso que vive el ejercitante, y que lo va disponiendo a una entrega a la gracia sin retaceos ni autoengaños. San Ignacio conocía al hombre, "compositum" de alma y cuerpo, y a todo el hombre se dirige —sin "intelectualismos", ni "voluntarismos", ni "sentimentalismos"— para que integralmente sea invadido por "Su Divina Majestad": convierte, por así decir, la inteligencia en las "dos banderas", la voluntad de los "tres binarios", el corazón en las "tres maneras de humildad"; hasta el sentimiento estético, de algún modo, en la "contemplación para alcanzar amor"; consideración ésta que cierra los Ejercicios y pone al ejercitante en presencia del Amor divino que lo envuelve y "entusiasma", y lo ayuda a vivir en Quien "lo amó primero".

Conoce bien el A. no sólo el conte-

nido de los Ejercicios sino también su buen orden. Por eso no descuida los detalles que, como accidentes "propios", han de seguirse necesariamente de lo substancial del método, y protegerlo, asegurando su eficacia. V. gr. la guarda del silencio (sin radios, ni mesas redondas), la separación de las preocupaciones materiales, la disposición de lo necesario para leer —en su momento—, para tomar notas, el ambiente más apto para suscitar el "clima" espiritual (de dolor, de gozo), etc.

A pesar de la moderna tendencia a suprimir alguna de las "adiciones" que prescribe el Santo, con la intención de "adaptar" los Ejercicios —quitándoles fuerza, según ya observaba Pío XII—, o, quizás, en orden a hacerlos menos exigentes y "aptos para todo público"... el A., que conoce por experiencia su necesidad, es honestamente realista y fiel al espíritu ignaciano.

También lo es, en fin, en la "austeridad" del estilo, conciso y digno de un adecuado complemento a esa cartilla militar para todo buen soldado de Cristo, en expresión del Pontífice de la "Quas Primas".

Agradecemos al P. Grasset, incansable director de tandas en todo el país, el gesto de difundir este eficaz instrumento para la restauración espiritual —y social, por añadidura— de la Argentina.

Dios nos conceda el saber aprovecharlo, con humildad y caridad apostólicas.

P. ALFREDO SAENZ

MIGUEL PORADOWSKI, *El marxismo en la teología*, Speiro, Madrid, 1976, 176 pgs.

El Padre Poradowski, muy conocido entre nosotros por su obstinada lucha contra los enemigos de la fe

infiltrados en la Iglesia, ha reunido en este libro algunos de los artículos más significativos que ha escrito sobre el tema del marxismo en la teología. Para quienes no tenemos una formación teológica seria y hemos fortalecido nuestra fe con algunas inmersiones en los libros de Santo Tomás y de algunos de sus comentaristas, nos resulta terriblemente extraña la atracción que puede ejercer el brebaje marxista, sobre los que han habituado el paladar a la ambrosía del pensamiento tradicional. ¿Es posible que hombres fogueados en la llama de tales exigencias intelectuales no encuentren repelente el simplismo de este sofista? Pero la cosa está ahí y negro sobre blanco nos hace ver las complicaciones que son capaces de elucubrar los que sueñan con bautizar el marxismo en las arenas de un Jordán extinguido.

El Padre Miguel tiene la virtud de ir directamente al grano y no perder el tiempo en refinamientos especiosos: la verdad es simple y la mentira embrollada. Cuando se trata de hacer decir a un texto lo que no dice, el hereje aguza su inventiva y tuerce los argumentos en intrincados meandros tratando de complicar el itinerario de sus malos razonamientos. El hombre de Dios pone las cosas en claro y nos lleva directamente a la verdad con el candor de una fe que no conoce vacilaciones y apunta al corazón de la doctrina.

Toda mi vida desconfié de los ergotizadores y cuando alguien anda con demasiadas contemplaciones para examinar una verdad de fe, me parece entrar en los corredores de un espíritu invadido por las tinieblas. el Padre Poradowski tiene la virtud de arrojar luz en los escritos tenebrosos de esos teólogos que hablan la lengua de la tradición, para traicionarla en su espiritualidad más profunda.

R. C. B.

AQUILINO DE PEDRO H., fms, *La nueva celebración eucarística*, Sal Terrae, Santander, 1976, 239 pgs.

La presente obra constituye una útil introducción al Santo Sacrificio de la Misa. Según el A. lo señala en el subtítulo, se trata de un estudio no sólo del rito sino también de la espiritualidad eucarística. O, como lo destaca el Obispo de Valladolid en la presentación, no se tiene tanto en cuenta los criterios psicológicos y sociológicos cuanto la necesidad de introducirse en el misterio, lo que exige "capacidad admirativa y oblativa" (p. 7).

El libro se divide en dos partes bien diferenciadas. En la primera el A. estudia aspectos generales, como por ejemplo las raíces veterotestamentarias de la Eucaristía, el carácter sacrificial de la Misa, el banquete sagrado, etc., culminando con un estudio histórico de los avatares seguidos por el ritual de la Misa. Estos aspectos están generalmente bien tratados, y constituyen un resumen bastante logrado de los aportes de Jungmann, Solano y otros autores, puestos al alcance del lector medio. En este conjunto destaquemos las preciosas palabras con las que el A. describe las diversas maneras de hacerse presente a la renovación de la Cruz: "A Cristo elevado en el Calvario le rodeaban desde sus rabiosos enemigos, que se regocijaban de su tormento y de su muerte, hasta S. Juan y la Virgen, identificados en diversas medidas con sus propios sentimientos, pasando por todos los tonos intermedios. Nuestra actitud en la Misa reproduce, si no la de los enemigos, sí tal vez la de los indiferentes, algunas veces, y puede y debe ir progresando desde la compasión de las piadosas mujeres hasta la identificación más o menos cercana con la Madre de Jesús" (p. 40).

Para no dejar de señalar algunos lunares en esta primera parte debemos decir que nos extraña la poca im-

portancia que en el desarrollo histórico concede el A. al canon de Hipólito, al cual dedica escasas 15 líneas. No compartimos asimismo su juicio peyorativo sobre las creaciones litúrgicas de la Edad Media: "abundante creatividad, aunque de calidad ciertamente pobre" (p. 65). Menos aún la conclusión del párrafo: "No es extraño que al final de la Edad Media reventara el tumor que convulsionó a la Iglesia con la Reforma Protestante" (p. 66). Cuando estalló dicho tumor, ya hacía dos siglos que la Edad Media había entrado en las brumas de la historia, y en ese momento regía una liturgia imbuida de espíritu renacentista. Tampoco nos parece defendible su posición negativa respecto de la obra —a nuestro parecer admirable— de Dom Guéranger, extrañamente trapuesto a Pío Parsch, S. Pío X, Pío XII, personas todas que mostraron singular admiración por aquel gran precursor.

La segunda parte de este libro está dedicada al análisis de la actual Misa Romana. Allí va estudiando cronológicamente los diversos momentos que la integran: rito de entrada, liturgia de la Palabra, presentación de las ofrendas, plegaria eucarística o canon, comunión, rito de despedida. Su lectura no deja de ser instructiva y enriquecedora.

En conjunto, nos parece que esta obra, a pesar de las lagunas o defectos observados, ayudará a una mayor penetración en el misterio de la Santa Misa. Claro que nos hubiera gustado que el A. hubiese dicho algo más sobre la actual corriente "desacralizadora" de la liturgia, que empaña las mejores intenciones de la Iglesia en nuestros días.

P. ALFREDO SAENZ

ROBERT POULET, *Ce n'est pas une vie*, Denoel, París, 1976, 287 pgs.

Los que hemos seguido con gran amistad la suerte de los escritores de lengua francesa llamados tradi-

cionalistas, ya porque lo fueran o porque simplemente no entraban en los cuadros fijos de la zurda triunfante, hemos podido apreciar la fuerza, el vigor y la lucidez de un testimonio dado contra todo y contra todos, en las situaciones más terribles de la persecución desatada por los rojos y los amarillos de uno y otro lado de las cortinas de hierro. Entre esos testimonios, el de Robert Poulet cobra de pronto un valor insitado, porque viene a alborotar la charca donde se celebra el gran banquete de las fuerzas progresistas.

Robert Poulet, poco conocido entre nosotros, es uno de los mejores críticos literarios que ha producido Bélgica y una de las plumas más firmes en la república de las letras. Ambas condiciones no le impidieron ser uno de los héroes de la primera guerra mundial y un fiel servidor del rey Leopoldo III en la primera etapa de su lucha por la preservación de la independencia belga frente al invasor alemán, durante la segunda contienda. Lástima que tan buen vasallo no tuviera un buen señor y cuando las exigencias políticas obligaron al rey a cambiar de táctica y abrir una tregua de entendimiento con los rojos sacrificó sus mejores peones al enemigo ofreciéndoles no sólo la vida de sus defensores, sino también su honor.

Poulet no entendió que esto último fuera posible ni deseable. La verdad es una y merece de nuestra parte un esfuerzo para sostenerla. Tenía coraje para enfrentar un pelotón de fusilamiento y lo demostró con creces durante los tres años que pasó en el pabellón de los condenados a la pena capital, defendiéndose de sus enemigos con la alegre intrepidez de su jovial temperamento.

Sin lugar a dudas sus enemigos, zurdos al fin, no tenían su mismo interés por la verdad y como no solamente querían el cadáver de Poulet sino también, y de ser posible, todo cuanto podía ensuciar su buen nombre y honor, no trepidaron en montar una máquina de mentiras sistemáticas con el propósito de llevar-

lo al paredón y limpiar en su sangre, el lodo de sus infamias.

Pero este lisiado de la primera guerra era muy duro de pelar y como tenía la conciencia muy limpia, terminó, al cabo de los años, por derrotar a sus enemigos en la lucha desigual entablada contra su vida.

Siete años de prisión aguantados a pie firme y sin ceder un tranco a la segura posición de su conducta.

Al final una lúgubre confesión por parte de sus verdugos de haber equivocado la presa y las puertas de la prisión se abrieron para este hombre cercano ya a los sesenta años y del que, probablemente, se esperaba una muerte natural que diera satisfacción a tantas esperanzas puestas en la fragilidad de su textura. Fue en vano. El sexagenario se trasladó a Francia con su mujer y desde allí siguió firme en su labor de publicista y en su amor a la belleza, la verdad, la ternura, la amistad y la felicidad de esperar en la alegría.

Al cabo de veinte años escribe este hermoso libro de memorias que no es una autobiografía, sino el recuerdo triunfal de una ordalía capaz de convertir en una piltrafa a cualquiera menos dotado para el generoso olvido de las injurias. Total, escribe en el prólogo, no tengo nada más que ochenta y dos años, y la muerte de casi todos los que lo juzgaron, ha dejado en mejores manos el juicio definitivo.

R. C. B.

EFRAÍN U. BISCHOFF, El Cura Brochero, un obrero de Dios, Plus Ultra, Buenos Aires, 1977, 430 pgs.

En agosto de 1877 ingresaba la primera tanda a la Casa de Ejercicios que, con innumerables sacrificios, había construido el Cura Bro-

chero en medio de las sierras del oeste cordobés, en la entonces Villa del Tránsito.

Con motivo de este primer centenario de una de las obras del siervo de Dios que mejor lo caracteriza como apóstol incansable, publica el A esta interesante biografía de Brochero. Porque la Casa de Ejercicios es un testimonio tangible de su vida sacrificada, encendida en celo por la salvación de las almas, para lo cual ningún medio le pareció más adecuado que la práctica de los Ejercicios de San Ignacio. Al comienzo de su ministerio y no contando aún con una casa propia, el Cura llevaba a sus paisanos hasta la lejana Córdoba, en largo y penoso peregrinar a través de la Pampa de Achala. Los malos caminos y la altura de la sierra hacían difícil la travesía, especialmente para las mujeres.

Sin embargo nadie se echaba atrás y regresaba. Brochero, con su personalidad chancera, chispeante, y con el ejemplo de su fortaleza espiritual, constantemente los animaba a seguir adelante. Luego, merced a sus desvelos, la Casa de Ejercicios en Villa del Tránsito suplió la fatigosa cabalgata a la capital de la provincia.

Sin embargo la Casa de Ejercicios fue tan sólo una de sus tareas apostólicas. Brochero se ofreció sin límites por sus fieles, enfrentando dificultades de todo tipo, sin otra fuerza que la proveniente de su total oblación a Dios y a las almas, entrega que poco a poco acabaría por consumirlo aun físicamente. Es propio del amor el ser expansivo. Las innumerables obras de Brochero, tanto en el orden espiritual como temporal, surgen de su íntima y amorosa unión con Cristo.

La obra de Efraín U. Bischoff armoniza, en un estilo claro y ameno, las fuentes documentales con los datos aportados por la tradición oral, logrando una biografía completa, seria y digna; sin olvidar el colorido humano y honda calidez espiritual del personaje. Su lectura es muy re-

comendable para todos, e indispensable para quien quiera conocer mejor la vida de este sacerdote cabal.

La presente edición agrega a la primera, de 1953, la palabra de los obispos de la Provincia de Córdoba, con motivo del cincuentenario de la muerte de Brochero, y la carta pastoral del Cardenal Antonio Caggiano publicada en enero de 1964 por igual motivo.

El subtítulo que el A. ha agregado para esta edición resalta con toda justicia lo que fue ese paradigma del clero argentino: un obrero de Dios.

SILVIO J. FARIÑA VACCA-REZZA

Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 1er. Año de Filosofía

A. M. ROGUET O. P., Homilias para el matrimonio y para el bautismo, Sal Terrae, Santander, 1976, 145 pgs. Homilias para las exequias, Sal Terrae, Santander, 1976, 192 pgs.

La misión pastoral de la hora se ha tornado compleja por la diversidad de los sagrados oficios del quehacer parroquial. Pese a lo gravoso, no deja de ser un índice consolador para la vida del sacerdote. Pero debe resolverse a cada instante la ecuación de tiempo y concentración. Por eso cuando se pone a nuestro alcance una ayuda para alguna de esas emergencias, no dejamos de valorar y agradecer al benefactor. Cumplen específicamente tal cometido los dos libros precitados.

Homilias para el matrimonio y el bautismo

En lo que toca al primero de estos sacramentos, el matrimonio, advierte el A. que algunas de las lecturas propuestas para su celebración ofrecen dificultades de acomodación. No ocurre así en las otras dos series: las del leccionario bau-

tismal y las del leccionario exequial del segundo libro que se ajustan estrictamente a sus temas específicos. De las veintiocho lecturas propuestas para el sacramento del matrimonio, sólo doce se refieren directamente a la unión del hombre y la mujer. Es como un llamado de atención previniendo la indiscriminación para la selección de las lecturas. Aboga por esta posición el hecho de que algunas de ellas se aproximan más a una imagen o símbolo, antes que a una realidad humana y propiamente sacramental.

Roguet agrega una observación, no por conocida menos atinada. Es cierto que en la celebración de un matrimonio son los contrayentes los directos destinatarios de la acción ritual de la Palabra. Pero tendrá en cuenta el oficiante, como representante de la Iglesia, que los beneficios de la Palabra deben llegar también a los circunstantes del acto. El momento es propicio, sobre todo para los incrédulos, prejuiciados o cristianos ignorantes, por cuanto Dios, en su paternidad divina no hace acepción de personas.

Consecuentemente el A. encarece que la selección de las lecturas, como así también de la homilía correspondiente, queda a criterio del oficiante en razón del conocimiento aproximado que tenga de las distintas circunstancias de lugar y personas.

El P. Roguet nos advierte en distintos lugares que no ha sido su intención desarrollar íntegramente lo que podríamos llamar "esquemas de homilías", para respetar así la libertad del disertante. Ha querido llanamente prestar una ayuda, que realmente debe conceptuarse como valiosísima, por las razones expuestas al comienzo.

El leccionario del bautismo subraya una de las mayores novedades de la reforma litúrgica impuestas por el Concilio Vaticano II. La Constitución "Sacrosanctum Concilium" ha insistido vigorosamente sobre el

valor didáctico del culto cristiano, sobre sus fuentes bíblicas y sobre el lugar preponderante que en él ha de ocupar la proclamación de la Palabra de Dios (cf. números 7, 33, 35, 51, 52).

Es explicable que, cuando se trata del bautismo de niños aún no llegados al uso de la razón, no vaya encaminada la Palabra a ellos directamente. Pero allí están sus padres y padrinos, quienes deben conocer o recordar las obligaciones que contraen con el bautizado.

Hay además un ritual para el bautismo de niños en edad escolar, como también una catequesis obligatoria para el bautismo de adultos. Por lo que se infiere que la elección de lectura y homilía deberá forzosamente encuadrarse según las distintas edades, para cumplimentar las exigencias de la Iglesia.

Homilías para exequias

Partiendo del presupuesto de la desaparición casi total de la "Oración Fúnebre" en el campo de la oratoria sagrada, nos formulamos esta pregunta: ¿En qué oportunidad se habla expresamente de la muerte como de uno de los "novísimos", realidad dolorosamente resistida por una inmensa masa semicreyente, pese a todo, no perimida? Escuetamente contestaríamos que de ella se habla en alguna Misión Parroquial o en los Ejercicios Espirituales. Pero ¿a cuántas personas alcanza esta saludable catequesis? Paradójicamente la respuesta sería: en su casi totalidad a las personas que llevan una vida cristiana tal que las prepara para bien morir.

La Constitución conciliar sobre la liturgia, cuando trata del rito de las exequias, se ha declarado con toda precisión: "El rito de las exequias debe expresar más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana" (Nº 81).

Aquí cuenta también lo expresado sobre el número y calidad de los

asistentes a un bautismo, con la advertencia de que en el rito exequial es mayor la concurrencia y más heterogénea la calidad de personas. Ello implica un especial toque de atención en dos aspectos para quien oficie el rito: fidelidad a la doctrina católica sobre la muerte y exhortación a una esperanza que mitigue los ribetes trágicos con que se la envuelve.

A fin de conciliar objetivos tan dispares, en un trabajo meritísimo el A. de estos libros ha confeccionado al final una "Tabla de Correspondencias" entre las lecturas seleccionadas y las homilías acordes con ellas.

Reiteramos, para terminar, la insistencia con que el P. Roguet, al referirse a las homilías, afirma que no pretende desarrollar "in extenso" esta pieza oratoria, sino simplemente dar la idea central, a modo de ayuda al predicador. Todo lo demás se libra al carácter y mentalidad personales del expositor. Ello revela un sumo respeto en esta meritosa y humilde actitud de servicio, que debidamente valoramos.

Tal es, en ajustada síntesis, lo que con riqueza de contenido y opor-tunidad, nos expresa el A. en estos dos libros que por sí mismos se recomiendan.

P. G. S.

ALBERTO CATURELLI, *La Filosofía*, 2ª ed., Biblioteca Hispánica de Filosofía, Gredos, Madrid, 1977, 591 pgs.

El presente trabajo se ocupa de toda la extensa temática de la filosofía en su desarrollo histórico.

"Primum philosophare, deinde vivere", afirma el A., ya que sin la orientación absoluta hacia la verdad no hay vida plenamente humana. Esta es la actualidad de la filosofía: no es de ayer, de hoy, ni tiene futuro;

simplemente, es de siempre, atañe al hombre. Sólo él puede y necesita elevarse hasta el vértice de la vida espiritual porque, entre todas las creaciones de este mundo, es el único que tiene la vocación del ser y la filosofía es la respuesta a tal llamado. "Cuando expresamos que el ser es presente al yo y que el yo mismo participa del ser, enunciamos el tema único de toda meditación humana". A la emersión de lo que es en nuestra subjetividad llama Caturelli "existencia"; ello constituye el punto básico de su reflexión.

En este punto de partida de la vida del espíritu descubre el A. una triplicidad originaria: el yo aprehende lo otro, bien como mera cosa sin interioridad, bien como sujeto, persona. El "tú" no es deducido por un razonamiento progresivo; es, por el contrario, constitutivo del "yo". Ambos coparticipan del ser en el que han sido puestos con gratuidad plena. Así que este filón no se agota en el yo-tú: éstos no pueden ser dichos sin que ambos resulten apertura metafísica al "Tú" absoluto, Dios. Yoidad, proximidad y deidad no son lo mismo, pues se distinguen, pero están indisolublemente implicados, constituyen al hombre como tal.

La meditación sobre el ser descubre dos dimensiones básicas de la existencia: por un lado, la religación al Dios viviente y personal (religión), y, por otro, los actos temporales del existente que tejen la historia. En los capítulos dedicados a la moral investiga el A. la tendencia nunca satisfecha del hombre, dinamicidad y proyecto, hacia su propia perfección. La primera parte concluye con el estudio de la cultura y de la técnica, ya que es propio de la creatura racional elaborar obras portadoras de valores (ámbito de la cultura) y, al mismo tiempo, fabricar objetos que sirvan de instrumentos a los fines inmediatos de la propia vida.

Tras estas consideraciones el A. expone el desarrollo histórico de la filosofía. Caturelli reconoce en el Oriente un grado de abstracción tal

que permite hablar de una filosofía del Asia. La intuición primordial de dicha filosofía es la reducción de todo lo contingente a lo Uno, que no está más allá del mundo sino que es immanente a la naturaleza y a la historia. Las cosas y los acontecimientos carecen de ser propio, son ilusión, un velo que es necesario traspasar, y así resulta posible aprehender el Uno. Todo e identificarse con él. Este Uno-Todo es aquello que, permaneciendo idéntico a sí mismo, mora en y entre las cosas del mundo. Nos interesa hacer notar que esta misma comprensión de la realidad y del hombre opera en la dialéctica hegeliana y marxista, y se halla también implícita en los principios del psicoanálisis, la fenomenología, el existencialismo, etc. En última instancia la metafísica oriental tiene mucho de mística orgullosa, invita al hombre a elevarse con sus fuerzas hasta el absoluto, del que participa, y disolverse en él.

Lo griego en filosofía aparece con los caracteres esenciales de dualismo (mundo sensible-inteligible) y objetividad. La "physis" es un hacerse presente del ser, objectum, lo que está arrojado ahí como apareciente.

El cristianismo acepta tal visión del mundo, mas el aporte de la Revelación obra como levadura capaz de trasponer todo ello a otro plano y abrir de este modo panoramas inmensos. Lo finito es por un acto de amorosa creación; aquí el ser es donación. La objetividad implica así una apertura a la trascendencia, impensable para los griegos. Cristo, el Verbo Encarnado, asume y otorga sentido definitivo a todo. Él devuelve al Padre, con gloria y alabanza, cuanto ha sido creado. Dios es alfa y omega. Con el advenimiento de la modernidad el ser resulta algo en la conciencia que lo encierra como su límite y horizonte. No hay más que el pensamiento, el cosmos es el pensamiento que se piensa y la historia la marcha del "cogitare" hacia su propio descubrimiento, posesión y goce. La Trinidad de Dios se diluye en el sujeto, en la conciencia, elevada a po-

tencia cósmica. Hay una inversión absoluta del concepto de donatividad de lo que es. Tal la raíz del incurable utopismo que impregna buena parte del pensamiento moderno.

La quimera ontológica (Descartes, Spinoza, Kant, Hegel, Husserl, Heidegger, etc.) opera enmascarada en las perversas fabulaciones de Marx, Freud, Jung, y sus seguidores. El hombre actual, justamente porque se encuentra en crisis, vuelve a indagar sobre sí mismo y el ser. Pero la mayoría de las corrientes contemporáneas quedan aprisionadas por el principio de inmanencia. Así se frustra la percepción de aquello que sobrepasa infinitamente al sujeto y éste queda atrapado en las redes de los ídolos. Hace desembocar en la historia, la fuerza, el Estado, la clase, la razón o lo irracional, divinizándolos, el movimiento esencial del espíritu hacia una Verdad eterna y humana, trascendente y encarnada, distinta del hombre, de la historia y de la naturaleza, y que sin embargo ha elegido morar en nuestro interior.

Hay a lo largo de estas quinientas noventa páginas verdadera instancia especulativa. Nos parece magnífico que el A. haya elegido la forma de la conversación para ir desgranando las cuestiones filosóficas. Merece nuestro reparo, sin embargo, la afirmación de la proximidad y deidad como constitutivos inmediatos del yo. En lo que hace a Dios, una cosa es el apetito natural de conocerlo y amarlo, y otra su descubrimiento. No hay otra vía para subir hacia Él sino a partir de las cosas del mundo, valiéndose del principio de causalidad y de la analogía. Y ordenada precisamente a este ascenso surge en el hombre la dimensión dialógica (apertura al tú): sin ignorar que el encuentro de la inteligencia con Dios es algo irreductiblemente personal, que atañe a cada hombre, creemos que es también empresa común a muchos, a una ciudad, un pueblo, una raza, ponerse en presencia de la densidad inteligible del mundo, dominarlo, trascenderlo y dar con el Absoluto. Allí concluye lo que Pla-

tón denominó "lucha de gigantes por el ser".

Un último punto: solamente América Latina (mejor sería decir Iberoamérica, o, precisando, Hispanoamérica) puede, en la opinión de Caturelli, hacer fructificar el tesoro cultural de Europa. Los americanos, y en especial los argentinos, quieren realizar en este suelo tal empresa cultural, de cuyo ineludiblemente propio. Dios lo oiga.

CARLOS BIESTRO

Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 1er. Año de Teología

ELÍAS CASTELNUOVO, Je. sucristo y el reino de los pobres, Rescate, Buenos Aires, 1976, 139 pgs.

A veces no deja de ser fastidioso este oficio de "recensor de libros". Máxime cuando uno se topa con un panfleto tan barato como el que tenemos entre manos. Sin embargo pertenece al oficio pastoral no sólo enseñar la verdad sino combatir el error, para bien de nuestros lectores y formación de su criterio.

El objetivo principal de este libro es "establecer un paralelo entre el cristianismo y el comunismo a fin de probar su parentesco ideológico" (página 135), entendiendo que "la guerra social entre pobres y ricos, piedra angular de la doctrina de Jesucristo, tendría hoy su equivalente en la guerra de clases" (p. 11). Con esta óptica comienza el A. a examinar los textos sagrados. Según Castelnuevo, Cristo nació de un padre carpintero y de una madre vaquera (sic) y antes de convertirse en militante, practicó los más distintos oficios manuales, pescador, cargador, marinero. Se rodeó luego de seguidores uno de los cuales se animó a afirmar que "el que no trabaja no debe comer" lo cual "veinte siglos más tarde y no por

equivocación, serviría de broche final al exordio de la Constitución Soviética" (p. 12). Es decir que el movimiento cristiano nace como un movimiento obrero, sin admitir en sus filas a elemento alguno de la clase contraria.

Porque Jesús nació en el seno de un mundo explotado. Las recaudaciones (del César, el Sanedrín, etc.) se sucedían como oleadas sobre el pobre pueblo judío esquilado, exacerbando su odio al explotador. "Levantar la bandera de Moisés, el libertador, era lo mismo que levantar la bandera de la libertad. Invocar la Biblia equivalía a invocar la Constitución Soviética en Rusia" (p. 28). La respuesta del opresor fue dura: genocidios semejantes a los de los cosacos en Rusia o del escuadrón de Seguridad disuelto por Yrigoyen (sic!) (cf. p. 30).

Por supuesto que Cristo fue sólo hombre. He aquí el hombre, el hijo del carpintero. Ni siquiera remotamente pensaba que era Dios. Tampoco conocía su genealogía. Ciertamente no podía provenir de Salomón, como algunos dijeron, ya que éste era "un coloso de las finanzas" (p. 102), ni de David, un imperalista, puesto que Jesús odiaba a los ricos y al imperialismo. "El valor de Jesucristo reside precisamente, no en su divinidad, sino en su humanidad. De ser Dios, capaz de hacer o deshacer sin ningún esfuerzo el cielo y la tierra, lo que realizó estaría infinitamente por debajo de su potestad. Porque un Dios no se hubiese dejado apedrear, ni azotar, ni escupir, ni clavar por dos esbirros en un madero. Con una simple mirada los hubiera fulminado a todos" (p. 106).

Jesús pasó su juventud entre los esenios y zelotes que "venían a ser como los comunistas, los socialistas y los anarquistas en la actualidad" (p. 48). De ellos aprendió no sólo a odiar a los explotadores, sino también a ser curandero, porque fue allí donde comenzó a conocer la exis-

tencia de los fluidos o fuerzas magnéticas y el arte de la sugestión. Al parecer fue un discípulo aprovechado, lo que se ve por la eficacia con que luego sabría enseñarlo a sus apóstoles a los cuales, tras largo aprendizaje, enviaría para que curasen a su vez todas las enfermedades. Según el A. los esenios tuvieron "una escuela de Mesías" (sic, p. 58). "O sea: una escuela de dirigentes como suelen tener ahora algunas centrales obreras, y cuyo destino era siempre el mismo: agitar a las masas con un fin determinado" (ib.). Mesías significa lo que hoy se llama "un agitador profesional". Pues bien, en esta escuela se destacaron dos grandes alumnos: Juan Bautista y Jesús, que allí recibieron la consigna de levantar al pueblo, juntando a los hijos de la luz para enfrentarlos a los hijos de las tinieblas que eran los dominadores romanos. El primero salió delante para auscultar el ambiente. La entrevista que luego mantendrían a orillas del Jordán no deja de ser elocuente: siendo primos, hacen como si no se conociesen. Juan fue hábil al llamarlo con un pseudónimo, "el cordero de Dios". Todos los conspiradores hacen lo mismo para despistar, como Stalin, Lenin, Trotsky. "Aunque ninguno de ellos, con todo, se hizo llamar en ningún momento El Cordero de Dios" (p. 61). Esta conducta tan cauta "responde, visiblemente, a las directivas de un programa trazado de antemano, el cual conviene por supuesto mantener en estricta reserva" (p. 59). En el Jordán Juan transmitió su liderazgo a Jesús; quizás había sido demasiado virulento; su sucesor sería más prudente. Luego Jesús se fue al desierto, "a ayunar", dice el evangelio; en realidad fue a hablar con los esenios en una "conferencia de alto nivel" (p. 60).

Jesús volvió del desierto con una franca decisión revolucionaria, cosa que lo malquistó ante todo con su propia familia, con la que estaba resentido, y por eso a su madre nunca la llamaba "madre" sino "mu-

jer", y a su padre, José, ni siquiera lo nombra, ni lo tuvo junto a sí en el Gólgota. Negó también a sus hermanos, hijos de María, que eran "cinco varones certificados y cuatro mujeres sin certificación" (p. 38). Resentido también con la sociedad que le hacía pasar hambre. Por eso cuando predicaba aludía con tanta frecuencia a alimentos, bebidas, sal, trigo, y de las 17 parábolas 14 tratan de comidas; incluso describió el cielo bajo la óptica de un banquete. ¡Haber llegado a condenar a una higuera estéril era señal de ser un muerto de hambre! La supuesta multiplicación de los panes responde al delirio de un hambriento, a una alucinación que sufrió también la multitud famélica. Sociedad que no le daba dónde dormir: según el A. a veces Jesús se veía obligado a dormir sobre las tejas de la garita que Simón le preparaba en el techo de su casa (!).

Del conjunto de los Evangelios, Castelnovo deduce que Cristo "no sólo era comunista, sino un comunista acérrimo" (p. 67). He aquí las pruebas: su reiterada adhesión a Abraham y Jacob era porque éstos no habían conocido la propiedad privada; su permanente invocación a los profetas, en especial a Isaías, "el más comunista y el más furibundo de todos" (p. 68) era porque el furor profético se concentraba sobre todo en una economía que producía la división de la sociedad en clases; y luego la estadia de Jesús desde los 12 años hasta los 30 con los esenios era porque entre ellos se encontraba cómodo ya que éstos se habían alejado al desierto para implantar allí el comunismo. De modo que Jesús fue un comunista integral aunque a ello llegó por pasos: primero enfrentó clase contra clase, luego llevó a su nación a la autodeterminación contra el colonialismo, y por fin, se enfrentó a la misma Roma. "Primero, su posición es rigurosamente gremial, luego nacional y por último, universal" (p. 66). La Iglesia por él fundada seguiría el mismo camino. Los apóstoles vivieron de un fon-

do común; las comunidades que formaron Pablo y Bernabé fueron "de tipo socialista" (p. 72). "No eran fanáticos religiosos por ser fanáticos comunistas, sino que, inversamente, por ser fanáticos comunistas resultaban religiosos fanáticos, supuesto que el contenido social de su religión los obligaba a compartir entre ellos..." (p. 72). Más aún "se llevaba el comunismo hasta sus últimos extremos" (p. 73). Lo prueba el caso de Ananías y Safira. "Era un comunismo a muerte. Quien no cumplía con sus dictámenes, moría en el acto" (p. 73).

Volvamos a Jesús. Su situación de comunista integral lo obligó a veces a esconderse. Y a cuidarse en el hablar: si podía expresarse sin trabas hablaba con claridad, pero si estaba la policía secreta del Sane-drín, entonces se manejaba con parábolas. El A. cita una frase de Cristo que nosotros no conocíamos: "todo es de todos y nada es de nadie" que es "lo mismo que se dice y rige actualmente en la constitución de los numerosos países que se mueven dentro de la órbita del comunismo" (p. 19). Vemos así cómo Cristo obró y habló con el estilo de "un insurrecto nato. La sangre le hervía a borbollones en las venas y el viento de la redención soplabla sin cesar debajo de su cráneo (!). Indócil, insumiso, no pactó con nadie. No prestó juramento de fidelidad a ningún déspota... No reconoció las prerrogativas del ejército, ni los fueros de la magistratura... Finalmente tomó por asalto el templo de Jerusalén" (p. 36). Fue, pues, un verdadero pionero del comunismo. Sólo que empleó la palabra "comunidad" por no conocer aún la palabra "comunismo", y la palabra "hermandad" por no existir todavía la palabra "sindicalismo", y quizás "a ello se debió que en lugar de un cenáculo no hubiese formado un sindicato y en lugar de una comunidad, una república soviética" (p. 15). Si la palabra "iglesia" quiere decir comunidad o comunismo, y la palabra "católica" quiere decir "internacio-

nal", Jesús es el creador del "comunismo internacional" (p. 19). Salvando las distancias, "el Sermón de la montaña y el Manifiesto comunista, son dos proclamas gemelas, donde con un vocabulario diferente se fustiga de igual manera a las clases privilegiadas y se exalta idénticamente a las clases sumergidas" (p. 21).

¡Lástima que la cosa no resultó y Jesús acabó siendo clavado en la Cruz! He aquí la visión del A. sobre la Pasión del Señor. Antes de partir para Jerusalén, Jesús encargó a dos de sus discípulos que fuesen a un lugar determinado donde encontrarían un pollino atado y lo trajesen; si alguien les preguntaba por qué hacían eso debían responder que el Señor lo necesitaba. "De este simple recado se desprende que existía un complot perfectamente organizado. Que el dueño del pollino era un agente de enlace... y lo entregaría no bien se pronunciase el nombre del cabecilla de la confabulación" (p. 119). Entró luego a Jerusalén como liberador de Israel y su ingreso al templo tomó el carácter de un asalto al baluarte de las autoridades. Luego, en el mayor misterio, organizó la última cena, en un ambiente de "las paredes oyen"; allí dio pan y vino a sus discípulos diciéndoles que era su cuerpo y sangre, es decir les traspasó su misión para que siguiesen la lucha iniciada. Enseguida se fue al Huerto para tomar una resolución ("la oración es más bien una consulta entre su conciencia y la subconciencia, que él atribuye al Padre") (p. 123); sabe que lo han delatado, sus amigos duermen... No le queda sino entregarse. "Es curioso cómo coinciden los más encontrados escritores en que durante la última cena lo que se preparaba no era un cordero, sino una bomba, que sea por la indicción de Jesús o por la delación de Judas, al final, desgraciadamente, no estalló" (p. 125). Es llevado a Pilatos —el cual era "andaluz" (!)— y éste puso al pueblo ante una op-

ción: Jesús o Barrabás. Ambos estaban detenidos por ser insurgentes.

Según el A., Cristo no llegó a morir en la cruz. Parece que hubo una trenza destinada a impedir el deceso. Por eso no le quebraron las piernas. El jefe de la "rosca" (sic) era José de Arimatea. Este lo descuelga, aún vivo, y llama en su ayuda a un curandero, Nicodemo, el cual restaña secretamente sus heridas. Por eso los discípulos creyeron que había resucitado. Jesús habría pasado entre los esenios el resto de sus días.

El A. hace una selección de textos en los Evangelios... ya que, según él, hay en ellos tantas mentiras como en los diarios. Por ejemplo aquella frase que Juan pone en labios de Jesús durante su proceso: "Mi reino no es de este mundo" es un cuento, porque si fuera verdad su obra de liberación temporal no tendría sentido. Lo que pasa es que durante el juicio todos hablaban a la vez y no se podía identificar lo que decía cada orador. Vemos así como ya a partir de los evangelistas se ha ido llevando adelante un plan para tergiversar la figura y la doctrina de Jesús. Dicho plan prosperó especialmente por obra de los doctores de la Iglesia, que pertenecían a la clase aristocrática. Todos fueron haciendo retoque tras retoque. Es que los pescadores y carpinteros que inauguraron el movimiento se vieron sustituidos por los doctores en teología, que no trabajan como aquéllos y que entonces deben vivir a costa de los asalariados. Así el consejo de Jesús: "Que vuestros riñones estén siempre fajados", frase que dijo al ver cómo los que hacían tareas rudas, particularmente quienes trabajaban de cargadores en el Mar de Galilea, se ponían una faja para comprimir el abdomen, fue interpretado por los clérigos como si ellos —que nunca han cargado una bolsa— debieran ponerse una faja, y hoy "los prelados de la Iglesia usan la correa, no para fajarse los riñones, sino para fajarse la barriga" (p. 90). Claro: es

más fácil ser un oscuro Martín de Porres, que se pasó su vida barriendo la iglesia, que barrer de sus escaños a los escribas y fariseos, a los poderosos. "Es más fácil ponerse de rodillas en una iglesia que ponerse a curarle la lepra a los leprosos" (p. 107) —Una duda, Castelnuovo, ¿y si alguno hace las dos cosas a la vez, como San Luis, rey de Francia?

Esperamos haber excitado la veta hilarante de nuestros lectores. Pero el A. escribe en serio. "Lo triste del caso es que la Iglesia combate al comunismo y tiene al principal comunista —el hijo del carpintero— dentro de su misma casa" (p. 138). Propone Castelnuovo que los comunistas lleguen a un acuerdo con los católicos para distribuir equitativamente los bienes de este mundo y que no se anden peleando por la distribución de los bienes del otro mundo. "Arreglar la miseria y el hambre física del hombre y no su miseria o su hambre metafísica" (ib.) O como, al cerrar su libro, dice con toda claridad: "En definitiva: el autor no se propone hacer comunistas a los cristianos. Se propuso únicamente hacer que los crisanos sean realmente cristianos, que si lo llegan a conseguir, comunistas después se harán solos sin ayuda de nadie" (p. 139).

Como se ha denunciado frecuentemente en estas columnas, existe hoy un siniestro intento de marxistizar a la Iglesia. Tal intento ocupa una corriente nada despreciable de pseudo-exégetas que tratan de hacer una relectura marxista de la Biblia. Ahora vemos cómo también desde la vertiente comunista se lanza una empresa semejante. Con lo que parece insinuarse la existencia de un comando único para esta colosal estafa.

Lo más trágico es que nuestro libro —blasfemo, estúpido, ridículo, manoseador de las cosas más sagradas, corruptor de la mente de los argentinos—, dedicado a un sacerdote y "por su intermedio a todos los nuevos apóstoles del tercer mundo", obtuvo del mismo sacerdote una aprobación sin reticencias, en la cena con

que se "celebró" la aparición de este engendro. En dicha ocasión aquel sacerdote dirigió a Castelnuovo las siguientes palabras, que figuran en el prólogo del libro:

"Un obispo, quien no leyó, sino que sólo oyó hablar de su libro, me decía días pasados:

—Le han dedicado a usted un libro que niega la divinidad de Cristo. Flaco favor le han hecho.

A lo que contesté:

—Prefiero un libro que no falsifique el mensaje de Cristo, aunque no reconozca su divinidad, que otro en defensa de su divinidad, pero que falsifique su mensaje... A él, a Castelnuovo, su cosmovisión socialista lo ha llevado a descubrir con acierto al Cristo rebelde y socialista... Ello me deja pensar, como Castelnuovo, en un Cristo-Hombre, en todo idéntico al hombre. Idéntico también a Castelnuovo, a mí, y a cada uno de esos muchachos que mueren en cualquier parte, luchan-

do por la justicia... Castelnuovo —agregué para terminar— sin fe en la divinidad se ha acercado más al Cristo verdadero que usted señor obispo con su fe en la divinidad. La falta de fe de Castelnuovo, cosechará creyentes. Su fe, en cambio, cosechará ateos...

Es ésta la meditación que despertará su libro, en cuantos crean en Cristo-Dios, pero que no obran conforme a lo que creen. Y es que, acaso, usted creyendo que no cree, cree, mientras que ellos creyendo que creen, no creen. Tiene usted plena confianza en el liderazgo de Jesucristo sobre la historia humana. Y esta confianza suya, merecerá más a los ojos de Dios que una fría adhesión intelectual a verdades aéreas y sin vitalidad. Un abrazo fuerte.

R. P. Hernán Benítez" (pp. 7-9).

Que un sacerdote se anime a decir tales cosas muestra el punto a donde ha llegado la confusión que hoy reina en la Iglesia.

P. ALFREDO SAENZ

Libros Recibidos

- FEINER J. - VISCHER L., *Nuevo libro de la fe cristiana. Ensayo de formulación actual*, Herder, Barcelona, 1977, 750 pgs.
- KUSS Otto - MICHL Johann, *Carta a los Hebreos. Cartas Católicas*, Herder, Barcelona, 1977, 775 pgs.
- UTZ Arthur, *Entre neoliberalismo y neomarxismo. Filosofía de una vía media*, Herder, Barcelona, 1977, 219 pgs.
- GOGARTEN Friedrich, *¿Qué es cristianismo?*, Herder, Barcelona, 1977, 171 pgs.
- ANONIMO, *La Santa Misa*, Rialp, Madrid, 1975, 395 pgs.
- THIBON Gustave, *Entre el amor y la muerte*, Rialp, Madrid, 1977, 144 pgs.
- MILLAN PUELLES, Antonio, *Sobre el hombre y la sociedad*, Rialp, Madrid, 1976, 287 pgs.
- BERNAL Salvador, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del fundador del Opus Dei*, 4ª Ed., Rialp, Madrid, 1977, 323 pgs.
- FABRO Cornelio, *Drama del hombre y misterio de Dios*, Rialp, Madrid, 1977, 798 pgs.
- GARCIA DE HARO R. - DE CELAYA I., *La Moral Cristiana*, Rialp, Madrid, 1975, 267 pgs.
- CORSINI DE ORDEIG Manuela, *El sudario de Cristo*, Rialp, Madrid 1976, 244 pgs.
- CLEMENT Marcel, *Cristo y la Revolución*, Cruz y Fierro, Bs. As., 1977, 181 pgs.
- SARDA Y SALVANY Félix, *El Liberalismo es Pecado*, Cruz y Fierro, Bs. As., 1977, 200 pgs.
- OUSSET Jean, *Marxismo y Revolución*, Cruz y Fierro, Bs. As., 1977, 271 pgs.
- PITHOD Abelardo, *La revolución cultural en la Argentina*, 2ª Ed., Cruz y Fierro, Bs. As., 1977, 99 pgs.
- MARTINEZ Pedro Santos, *La Nueva Argentina. 1946-1955*, La Bastilla, Bs. As., 1976, Vol. I: 360 pgs.; Vol. II: 369 pgs.
- MILAGRO Alfonso, *Meditando con la liturgia de las horas*, Claretiana, Bs. As., 1976, 420 pgs.
- MILAGRO Alfonso, *Testimonios de vidas cursillistas*, Claretiana, Bs. As. Secretariado de Cursillos, Mendoza, 1976, 222 pgs.
- UNION DE SUPERIORES GENERALES, *La formación permanente de los religiosos*, Claretiana, Bs. As., 1977, 156 pgs.
- MIGLIORANZA Contardo, *Santa Rita*, Claretiana - Misiones Franciscanas Conventuales, Bs. As., 1977, 207 pgs.

- BRUNO Cayetano, *Floreillas de San Francisco Solano*, Don Bosco, La Plata, 1976, 145 pgs.
- BASSO Domingo - LAJE Enrique, *¿Es liberador el marxismo?*, Claretiana, Bs. As., 1977, 82 pgs.
- OESTERDELD Fr. Jorge O. P., *Pablo VI a los religiosos. Comentarios a documentos pontificios*, Claretiana, Bs. As., 1976, 84 pgs.
- SERTILLANGES A. D., *Los grandes temas de la vida cristiana*, Claretiana, Bs. As., 1977, 203 pgs.
- VARIOS, *El misal de Pablo VI. Comentario espiritual y pastoral a los prefacios*, Claretiana, Bs. As., 1977, 303 pgs.
- BOSO Teresio S.D.B., *Rehacer al hombre desde adentro. Reflexiones sobre el Evangelio*, Claretiana, Bs. As. - Don Bosco, La Plata, 1977, 127 pgs.
- CASTELLANI Leonardo, *Reflexiones Políticas*, Signum, Bs. As., 1977, 189 pgs.
- ETCHEPAREBORDA Roberto, *Hipólito Yrigoyen*, La Nueva Provincia Bahía Blanca, 1977, 420 pgs.
- LA NUEVA PROVINCIA, *Quiera Dios darnos fortaleza. Editoriales 1973-1976*, Bahía Blanca, 1977, 420 pgs.
- IRAZUSTA Julio - BRIE Roberto - ETCHECOPAR Máximo, *El ser nacional*, Centro de Formación Católica Belgrano, Bs. As., 1977, 63 pgs.
- VERNET Félix, *Judíos y Cristianos*, Tradición, México, 1974, 269 pgs.
- SALINAS Carlos - DE LA MORA Manuel, *Descubrimiento de un busto humano en los ojos de la Virgen de Guadalupe*, Tradición, México, 1976, 435 pgs.
- SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilias*, Tradición, México, 1976, 435 pgs.
- JOHANN Ernst - JUNKER Jörg, *Historia de la cultura alemana en los últimos cien años*, Nymphenburger Verlagshandlung, Munich, 1970, 231 pgs.
- MACCHI Manuel E., *Formación y desarrollo de una colonia argentina. Caseros, en Entre Ríos*, 1874, Palacio San José, Paraná, 1977, 175 pgs.
- OBERMUELLER Rodolfo, *Testimonio cristiano en el mundo judío. Teología del Nuevo Testamento I*, La Aurora, Bs. As., 1976, 165 pgs.
- BUCKINX-LUKYX A., *Edouard Poppe, un prêtre*, 2ª Ed., Centro Don Poppe, Roma, 1976, 194 pgs.
- GRASSET Jorge, *Minidirectorio para los Ejercicios de San Ignacio*, Cruzamante, Bs. As., 1977, 83 pgs.
- BORREGO Salvador, *Batallas Metafísicas*, Nuevo Orden, Bs. As., 1976, 124 pgs.
- MASSINI Carlos Ignacio, *Sobre la equidad*, Separata del Boletín de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1977, 29 pgs.
- VARIOS, *La justicia y el orden social*, Idearium, Mendoza, 1977, 112 pgs.

INDICE GENERAL

(1973 — 1977) *

Con este número MIKAEL cumple cinco años. Ha sido un camino que juntos hemos recorrido quienes la confeccionamos colaboradores, suscriptores y lectores.

Nos complace, para facilitar la ubicación de los distintos artículos y de los libros reseñados, ofrecer un panorama de lo publicado hasta hoy, en el cual se incluye: I) índice temático, II) índice de autores y III) índice bibliográfico.

I. INDICE POR TEMAS

* Los artículos de Mons. Adolfo Tortolo van en sección aparte.

* El número marginal izquierdo corresponde a un orden propio de este índice. Sirve para ubicar los artículos en el índice de autores.

* La referencia marginal derecha indica el número de la Revista y las páginas correspondientes. Ej.: 14, 7-16, significa MIKAEL nº 14, páginas 7 a 16.

LA PALABRA DE MONSEÑOR ADOLFO TORTOLO

1. La búsqueda de Dios	13,	7-16
2. Amor en Dios — Amor de Dios — Amor a Dios	7,	6-19
3. El Reino de Dios está dentro de vosotros	8,	5-16
4. Nuestra comunión en el Misterio de la Cruz ..	1,	5-15
5. La oblación de sí mismo, última exigencia espiritual	9,	6-13
6. María y su misión formadora	3,	7-15
7. Visión teológico-espiritual del sacerdocio	12,	3-14
8. La esperanza sacerdotal	2,	5-15

* Año 1973 (1-2-3). 1974 (4-5-6), 1975 (7-8-9), 1976 (10-11-12), 1977 (13-14-15).

9. Crisis y purificación	10,	7-15
10. El Corazón de Jesús y el mundo moderno	14,	9-19
11. Nuestra misión evangelizadora	11,	7-15
12. La consagración religiosa y la inserción en la vida de los pueblos	4,	9-22
13. Nuestros amigos los Santos	15,	7-17
14. Tomás de Aquino, el Santo	5,	7-17

TEMAS DE TEOLOGIA

CRISTO

15. Michele F. SCIACCA	Cristo: presencia, actualidad y contemporaneidad histórica	1,	16-33
16. Alfredo SAENZ S. J.	Pasión y Muerte de Cristo en los sermones de San Máximo de Turín	12,	101-119
17. Rafael ZAMBRANO	La Crucifixión	10,	103-108
18. Julio MEINVILLE	La ciencia humana de Cristo en Rahner	2,	68-90
19. Alberto CATURELLI	No queremos que Este reine sobre nosotros	8,	75-88
20. José L. TORRES-PARDO	La Realeza de Cristo en los Ejercicios Ignacianos	8,	37-52
21. Alfredo SAENZ S. J.	La fiesta de la Realeza de Cristo	8,	89-96
22. José Gabriel BROCHERO	Las Dos Banderas (plática del Cura Brochero)	14,	111-123

MARIA

23. Sebastián TROMP S. J.	La Realeza de la Madre de Dios	3,	47-64
24. Card. Antonio CAGGIANO	Grandeza y Misión de María a la luz del Concilio	6,	7-16
25. Héctor MUÑOZ O. P.	María del Adviento y María de la Navidad	15,	73-79

ANGELES

26. Alfredo SAENZ S. J. **San Miguel, el Arcángel de Dios** 4, 91-122
27. Mons. Rudolf GRABER **San Gabriel, Patrono de la radio** 6, 108-113
28. José M. de ESTRADA **Para una filosofía de los ángeles** 14, 61-78

ESPIRITUALIDAD. PASTORAL. VARIOS

29. Dennis CARDOZO BIRITOS **La esencia de la espiritualidad cristiana** 10, 27-45
30. Alberto GARCIA VIEYRA O. P. **La experiencia mística** 14, 99-110
31. José L. de URRUTIA S. J. **Líneas de espiritualidad en la devoción al Sagrado Corazón** 14, 81-98
32. Pablo SAENZ O. S. B. **Tristeza y alegría del cristiano** 4, 33-47
33. Abelardo PITHOD **Sexo y Teología** 6, 46-54
34. **Neurosis de frustración y vida espiritual** 15, 19-27
35. Josef PIEPER **El arte de no desesperar** ... 10, 17-26
36. Tomás D. CASARES **Caridad y orden civil** 8, 17-36
37. Carlos SARAZA **El martirio, supremo testimonio** 7, 67-81
38. Card. Joseph HOFFNER **Los mártires del siglo XX** .. 15, 65-71
39. Juan VALLET DE GOYTISOLO **Liberación y Salvación** 6, 91-98
40. Josef PIEPER **Sacralidad y "desacralización"** 2, 34-54
41. **No palabras sino realidad** .. 13, 17-23
42. Alfredo SAENZ S. J. **La música sagrada y el proceso de desacralización** .. 9, 29-64
43. Rafael GAMBRA **La niebla** 3, 102-106
44. Thomas MOLNAR **El cristianismo ateo** 2, 91-101

45. Alberto CATURELLI **La secularización y el nuevo monofisismo** 4, 23-32
46. Carlos M. BUELA **La exégesis y el vaciamiento de la Escritura** 12, 49-76
47. **La Resurrección ¿mito o realidad?** 6, 17-38
48. Card. José SLIPYI **Ellos resucitarán** 7, 21-27
49. Card. Giuseppe SIRI **La reinterpretación de la Revelación divina** 3, 16-21

SANTO TOMAS DE AQUINO

50. Marcos R. GONZALEZ O. P. **Santo Tomás de Aquino, desde ayer y para siempre** .. 5, 18-41
51. Michele F. SCIACCA **El principio de finalidad en Santo Tomás** 5, 44-57
52. Carlos A. SACHERI **Santo Tomás y el orden social** 5, 85-97
53. Mario E. SACCHI **La concepción tomista del gobierno político y la secularización del estado moderno** 5, 101-117
54. Luigi CIAPPI O. P. **Reconciliación y renovación en el pensamiento de Santo Tomás** 5, 60-69
55. Alma Novella MARANI **Santo Tomás en el Paraíso dantesco** 10, 109-122
56. Alberto CATURELLI **Congreso Tomista Internacional (Roma-Nápoles, 17-24 de abril de 1974)** 5, 153-162

TEMAS SOBRE EL SACERDOCIO

FORMACION Y ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

57. Alfredo SAENZ S. J. **El Seminario de Paraná: un estilo de vida** 1, 69-81
58. Juan ROIG GIRO-NELLA S. J. **La formación en el Seminario, hoy** 4, 73-90
59. Card. John WRIGHT **Madurez sacerdotal** 2, 16-31

60.	Card. Joseph HOEFFNER	Espiritualidad sacerdotal ... 11,	16-23
61.	Mons. Luigi CARLI	El sacerdocio ministerial .. 7,	111-118
62.	Gonzalo VERA- FAJARDO	Sacerdotes y laicos 13,	83-99
63.	Josef PIEPER	La identidad del sacerdote .. 6,	55-75
64.	Luis ALESSIO	La liturgia como programa de santidad sacerdotal .. 10,	49-58

PERFILES SACERDOTALES

65.	Guillermo GA- LLARDO	Antonio Domingo Fahy ... 7,	55-66 <i>Polis</i>
66.	Guillermo FUR- LONG S. J.	Francisco de Paula Castañeda 1,	36-53
67.	Alberto CATU- RELLI	Mamerto Esquiú 11,	79-88
68.	Efraín U. BIS- CHOFF	El Cura Brochero y su mundo 6,	99-107
69.	Mario AMADEO	José Canovai 13,	55-64
70.	Luis SMIRIGLIO F. D. P.	Don Orione 3,	118-131
71.	Felipe A. RUEDA	Recordando a viejos Curas de Entre Ríos 10,	80-81
72.	Mons. Vicente F. ZAZPE	Rodolfo Carboni 8,	55-64
73.	Arsenio SEAGE S. D. B.	Roberto J. Tavella 12,	88-99
74.	Angel B. ARMELIN	Luis María Etcheverry Boneo 2,	103-118
75.	Carlos M. BUELA	Julio Meinvielle 9,	85-101

TEMAS DE FILOSOFIA

76.	Thomas MOLNAR	La filosofía en desorden ... 14,	47-57
77.		El tema de los "dos Dioses" 6,	39-45
78.	Rubén CALDERON BOUCHET	El profeta del Leviatán 3,	23-46
79.	Héctor A. LLAM- BIAS	Discurso reflexivo sobre la fi- losofía de Husserl 3,	65-99

80.	Gustavo D. CORBI	Un auténtico maestro y gran filósofo tomista: Louis Jug- net 15,	81-118
81.	Rodolfo MARTINEZ ESPINOSA	René Guénon, señal de los tiempos 13,	113-129
82.	Carlos I. MASSINI	Liberación y Derecho 10,	59-72
83.	Federico MIHURA SEEBER	Ideología del trabajo 11,	27-38
84.	Thomas MOLNAR	Una crítica del materialismo 9,	115-128

EVOLUCIONISMO

85.	Enrique DIAZ ARAUJO	Evolucionismo y fraude ... 7,	30-53
86.		Más sobre evolucionismo y fraude 9,	129-138
87.		Evolucionismo: cuestiones disputadas 11,	39-55
88.	Guillermo GUEY- DAN DE ROUSSEL	Evolución de las doctrinas hu- manas sobre el origen de los pueblos 12,	77-85

TEMAS SOBRE EDUCACION

89.	Mons. Juan R. LAISE	Misión de la Universidad Ca- tólica 14,	125-132
90.	Juan C. P. BA- LLESTROS	El pensamiento nacional de Saúl Taborda 1,	94-104
91.	Patricio H. RANDLE	Universidad con signo posi- tivo 6,	84-90
92.	Abelardo PITHOD	¿Educación o Liberación? .. 2,	55-65
93.		Experiencia, afectividad y realidad, o del corazón co- mo centro de la persona 11,	58-78
94.	Enrique DIAZ ARAUJO	Herbert Marcuse, o el profe- ta de la subversión 13,	39-53
95.	Alberto CATU- RELLI	La penetración marxista en las Universidades argenti- nas 1,	54-68

96.		El marxismo en la pedagogía de Paulo Freire	12,	15-38
97.	Carlos M. BUELA	Modernos ataques contra la familia	15,	31-64
98.	Ricardo STRAFACE	El fenómeno de la drogadicción	13,	65-82

TEMAS HISTORICOS

99.	Thomas MOLNAR	¿Tiene la historia un sentido?	3,	107-115
100.	Arístides J. GARRO	El concepto de la historia en San Agustín	10,	83-102
101.	Héctor J. PADRON	Ritmo y realidad en la meditación de Polibio	7,	125-134
102.	Jorge SILES SALINAS	Roma: la Ciudad Eterna y el Imperio	4,	50-72
103.	Mons. Rudolf GRABER	Nicea en el pasado y en la actualidad	13,	101-111
104.	Rubén CALDERON BOUCHET	La querella sobre la pobreza al fin de la Edad Media ...	9,	104-114
105.		Lutero, los burgueses y los príncipes de este mundo	14,	21-46
106.	Alberto M. SARRA-BAYROUSE O. S. B.	La Cuaresma en las Misiones guaraníicas	10,	73-79
107.	Agustín ZAPATA GOLLAN	Medallas de Santa Fe la Vieja	1,	90-93
		El crucifijo en las medallas de Santa Fe la Vieja	12,	120-125
109.	Jorge N. FERRO	G. K. Chesterton	6,	76-81

HISTORIA ARGENTINA

110.	Cayetano BRUNO S. D. B.	El incendio del Salvador ..	11,	89-105
111.	Juan Carlos ZURETTI	La Iglesia y la cultura en Entre Ríos	3,	132-146
112.	Juan J. A. SEGURA	Primeros intentos de establecer estudios eclesiásticos en Entre Ríos	7,	84-110

113.	Carlos A. UZIN	La educación en los gobiernos de Pascual Echagüe .	9,	15-28
114.	Cayetano BRUNO S. D. B.	Félix Frías	9,	79-83

POESIAS

115.	Ignacio B. ANZOATEGUI	Romance de la barca florida	1,	35
116.		Gilbert Keith Chesterton ..	6,	82-83
117.		Invocación a Jesús nuestro Sire	8,	66-67
118.		Romance de San Juan de la Cruz	9,	76
119.		Santa Teresa la Grande	9,	73
120.		Canto a Pancho Ramírez ..	9,	74-75
121.		Romancillo del Señor San José	14,	58-59
122.	Francisco L. BERNARDEZ	Himno de la Santa Cruz (traducción)	8,	69
123.		Himno a Jesucristo Rey (traducción)	8,	70-71
124.	Juan FUSCALDO	Cántico del Nacimiento	12,	87
125.	Rafael JIJENA SANCHEZ	El regreso	4,	48-49
126.	LOPE DE VEGA	Temores en el favor	2,	33
127.	Jorge MARTINEZ ALBAIZETA	Prometeo	14,	20
128.	Carlos ROMERO LEDO	Soneto navideño	9,	103
129.	Carlos A. SAENZ	Oficio para la fiesta de Corpus	5,	71-84
130.		Sucedido	9,	77
131.		Cósmesis	9,	78
132.		Verba Denaria	13,	27-38
133.	Néstor SATO	A Nuestra Señora del Paraíso	9,	66-72

134.	SAN AGUSTIN	Amor de Dios y amor del mundo	2,	120-127
135.	FRAY LUIS DE LEON	Rey de Dios	8,	97-114
136.	SAN LEON MAGNO	Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre	11,	107-115
137.	SANTO TOMAS DE AQUINO	Salutación angélica	1,	83-89
138.		De Magistro	5,	119-152
139.		Encomio de la Sagrada Escritura	7,	119-124
140.		El evangelio de un contemplativo	12,	41-47

DOCUMENTOS

141.	Mons. Adolfo Tortolo	Acerca de la Coronación Pontificia de la Santísima Virgen del Rosario	1,	105-107
142.	Junta de Historia Eclesiástica Argentina	Historia de la Iglesia y América Latina	2,	128-132
143.	Sagrada Congregación para los Obispos	Sobre el uso de la expresión "Iglesia Latinoamericana"	2,	133
144.	Respuesta de Teólogos a Mons. Juan R. Laise	Relaciones entre obispos y religiosos	6,	114-118
145.	Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe	A propósito de una lección sobre la Resurrección de Jesús	14,	133

II. INDICE DE AUTORES *

ALESSIO, Luis: 64.	DIAZ ARAUJO, Enrique: 85-87, 94.
AMADEO, Mario: 69.	
ANZOATEGUI, Ignacio B.: 115-121.	FERRO, Jorge N.: 109.
ARMELIN, Angel B.: 74.	FRAY LUIS DE LEON: 135.
	FURLONG, Guillermo: 66.
BALLESTEROS, Juan C. P.: 90.	FUSCALDO, Juan: 124.
BERNARDEZ, Francisco L.: 122-123.	
BISCHOFF, Efraín U.: 68.	GALLARDO, Guillermo: 65.
BROCHERO, José G.: 22.	GAMBRA, Rafael: 43.
BRUNO, Cayetano: 110, 114.	GARCIA VIEYRA, Alberto: 30.
BUELA, Carlos M.: 46-47, 75, 97.	GARRO, Arístides J.: 100.
	GONZALEZ, Marcos R.: 50.
CAGGIANO, Antonio: 24.	GRABER, Rudolf: 27, 103.
CALDERON BOUCHET, Rubén: 78, 104-105.	GUEYDAN DE ROUSSEL, Guillermo: 88.
CARDOZO BIRITOS, Dennis: 29.	HOEFFNER, Joseph: 38, 60.
CARLI, Luigi: 61.	JIJENA SANCHEZ, Rafael: 125.
CASARES, Tomás: 36.	
CATURELLI, Alberto: 19, 45-56, 67, 95-96.	LAISE, Juan R.: 89.
CIAPPI, Luis: 54.	LOPE DE VEGA: 126.
CORBI, Gustavo D.: 80.	LLAMBIAS, Héctor A.: 79.
	MARANI, Alma N.: 75.
DE URRUTIA, José L.: 31.	MARTINEZ ALBAIZETA, Jorge: 127.
DE ESTRADA, José M.: 28.	

* Los números indican la referencia marginal izquierda del **Indice** por temas.

MARTINEZ ESPINOSA, Rodolfo: 81.
 MASSINI, Carlos I.: 82.
 MEINVIELLE, Julio: 18.
 MIHURA SEEGER, Federico: 83.
 MOLNAR, Thomas: 44, 76-77, 84, 99.
 MUÑOZ, Héctor: 25.
 PADRON, Héctor J.: 101.
 PIEPER, Josef: 35, 40-41, 63.
 PITHOD, Abelardo: 33-34, 92-93.
 RANDLE, Patricio H.: 91.
 ROIG GIRONELLA, Juan: 58.
 ROMERO LEDO, Carlos: 128.
 RUEDA, Felipe A.: 71.
 SACCHI, Mario E.: 53.
 SACHERI, Carlos: 52.
 SAENZ, Alfredo: 16, 21, 26, 42, 57.
 SAENZ, Carlos A.: 129-132.
 SAENZ, Pablo: 32, 57.
 SAN AGUSTIN: 134.
 SAN LEON MAGNO: 136.
 SANTO TOMAS DE AQUINO: 137-140.
 SARAZA, Carlos: 37.
 SARRABAYROUSE, Alberto M.: 106.
 SATO, Néstor: 133.
 SCIACCA, Michele F.: 15, 51.
 SEAGE, Arsenio: 73.
 SEGURA, Juan J. A.: 112.
 SILES SALINAS, Jorge: 102.
 SIRI, Giuseppe: 49.
 SLIPYI, José: 48.
 SMIRIGLIO, Luis: 70.
 STRAFACE, Ricardo: 98.
 TORRES-PARDO, José L.: 20.
 TORTOLO, Adolfo: 1-14, 141.
 TROMP, Sebastián: 23.
 UZIN, Carlos A.: 113.
 VERA-FAJARDO, Gonzalo: 62.
 VALLET DE GOYTISOLO, Juan: 39.
 WRIGHT, John: 59.
 ZAMBRANO, Rafael: 17.
 ZAPATA GOLLAN, Agustín: 107-108.
 ZAZPE, Vicente F.: 72.
 ZURETTI, Juan Carlos: 111.

III. INDICE BIBLIOGRAFICO *

ARNAUDO, F., Principales tesis marxistas (R. Godino) 10, 128-130
 AUER, J., RATZINGER, J., Curso de Teología Dogmática; AUER, J., Tomo V: El Evangelio de la Gracia, y Tomo VI: Sacramentos - Eucaristía (I. Marcenaro) 11, 135-136
 AZCARATE, A., La flor de la Liturgia renovada (F. Yáñez) 13, 145-146
 BARRUEL, A., Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme (R.C.B.) 8, 126
 BASSET, B., Orar de nuevo (A. Sáenz) 10, 130-133
 BAUER, J., Temas candentes para el cristiano - De la A a la Z. Información. Orientación. Respuesta (A. Ezcurra) 11, 117-125
 BELIN DE BALLU, E., Olbia. Cité antique du littoral Nord de la Mer Noire (H. Padrón) 2, 139-140
 BILLINGS, J., Regulación natural de la natalidad (A. Ezcurra) 12, 144-145
 BISCHOFF, E. U., El Cura Brochero, un obrero de Dios (S. J. Fariña) 15, 146-147
 BOLZAN, J., ¿Qué es la educación? (C. Guillot) 5, 163-164
 BORRERO, S., México cautivo. Diez engaños y una verdad (A. Ezcurra) 14, 152
 BRUCKBERGER, R., Carta abierta a Jesucristo (A. Sáenz) .. 13, 131-138
 BRUNO, C., Historia de la Iglesia en la Argentina (G. Furlong) 3, 147-149
 Historia de la Iglesia en la Argentina (vol. IX) (G. Montenegro) 8, 126-128
 Historia de la Iglesia en la Argentina (vol. X) (G. Montenegro) 9, 146-147
 CALDERON BOUCHET, R., Los fundamentos espirituales de la Ciudad cristiana (V. Ordóñez) 6, 122-126

* El nombre o las iniciales que están entre paréntesis indican el autor de la nota bibliográfica.

CARDENAS, M., Fray Mamerto Esquiú (M. Ocampo)	11, 131
CASTELLANI, L., De Kierkegaard a Santo Tomás de Aquino (R. Mazza)	5, 168-170
Su Majestad Dulcinea (L. Jardín)	7, 135-136
Catecismo (L. Rodrigo)	9, 144-146
Elementos de Metafísica (A. Ezcurra)	14, 155-156
Cristo: ¿Vuelve o no vuelve? (A. Ezcurra)	14, 156-157
CASTELNUOVO, E., Jesucristo y el reino de los pobres (A. Sáenz)	15, 151-155
CATURELLI, A., La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy (V. Ordoñez)	9, 139-140
La Filosofía (C. Biestro)	15, 149-151
CAVIGLIA CAMPORA, B., Ps. - P Psicopolítica. Verdadera dimensión de la guerra subversiva (J. F.)	9, 141-142
CIRIGLIANO - FORCADE - ILLICH, Juicio a la escuela (J. C. P. Ballesteros)	4, 140-141
CLEMENT, M., La apertura cristiana al mundo y la dialéctica Izquierda contra Derecha; GARCIA VENTURINI, J., Refle- xiones sobre la Iglesia y el mundo (A. Sáenz)	7, 140-143
CLEMENT, M., El comunismo frente a Dios. Marx, Mao y Marcuse (R. Viveros)	11, 132-133
Cristo y la Revolución (E. Moyano)	15, 137-139
COPLESTON, F., El Existencialismo (C. Biestro)	15, 126-129
COLOM, A., ¿Teología? mormona (A. E.)	12, 145-146
COLLINS, P., Vida y Tiempo (E. Caballero)	2, 139
COPPENS, J., Sacerdocio y celibato (C. Molaro)	4, 137-138
COSTON, H., El Secreto de los Dioses (A. Ezcurra)	8, 128
CHATEAU-JOBERT, P., Manifiesto político y social (J. K.) ..	10, 124-125
DALBIEZ, R., L'angoisse de Luther (R. Calderón Bouchet) ..	11, 125-130
DE ALDAMA, J., María en la Patrística de los siglos I y II (A. Sáenz)	1, 114-116
DE ANQUIN, N., Escritos Políticos (L. Castellani)	1, 116-117
DE BRETHEL, J., Leonardo Castellani, novelista argentino (A. Ezcurra)	2, 136
DE CORTE, M., Humanismo económico (J. Benson)	9, 147-149
DE PEDRO, A., La nueva celebración eucarística (A. Sáenz)	15, 145

DE URRUTIA, J., Nuevo devocionario. Guía de caminantes (J. Benson)	14, 150-151
DIAZ PLAJA, F., Otra Historia de España (L. Jardín)	12, 141-142
DUSSEL, E., América Latina. Dependencia y Liberación (E. Díaz Araujo)	4, 123-135
EQUIPO CATEQUISTICO DE LA PARROQUIA SANTA MARIA, Catecismo de preparación a la Primera Comunión I y II (A. E.)	11, 134-135
EQUIPO DE BIBLISTAS (dir. S. Ausejo), La Biblia (J. W.)	11, 133-134
ESQUERDA BIFET, J., Teología de la espiritualidad sacerdo- tal (R. Melchiori)	14, 152-154
Nosotros somos testigos (J. A. Almeida)	15, 139-141
EUSEBIO DE CESAREA, Historia Eclesiástica (2 Tomos) (A. Sáenz)	5, 172-173
EVAGRIO PONTICO, Tratado de la oración. Tratado Prác- tico. Espejo de monjes. Espejo de monjas (G. Dedyn)	13, 139-140
EVOLA, J., La tradición hermética (A. Ezcurra)	12, 146-147
Máscara y rostro del espiritualismo contemporá- neo (A. Ezcurra)	12, 147-149
FABRO, C., La svolta antropologica di Karl Rahner (M. Sacchi)	6, 127-128
L'avventura progresista della teologia (M. Sacchi)	6, 128-129
Drama del hombre y misterio de Dios (J. Hayes)	15, 124-126
FARIÑA VIDELA, A., Breve y necesaria inquisición (M. Grassi)	6, 129-131
FREIRE, P., Las iglesias, la educación y el proceso de liberación humana en la historia (A. Ezcurra)	8, 132-134
GARRIGO, A., La rebeldía universitaria (J. C. P. Ballesteros)	3, 153-154
GALLARDO, J. L., Los ombuses de Falucho (A. Ezcurra)	10, 125-126
GILSON, E., D'Aristote à Darwin et retour (R. Echaui)	1, 113-114
GONZALEZ MARTIN, Card. M., La contemplación, alma de la civilización del mañana (A. Sáenz)	7, 136-139
GONZALEZ QUEVEDO, O., Los curanderos (A. Ezcurra) ..	15, 129-132
GRABER, R., Athanasius und die Kirche unserer Zeit (A. Ezcurra)	4, 138-139
GRANERIS, G., Contribución Tomista a la Filosofía del De- recho (I. Marcenaro)	4, 141-143
GRASSET, J., Minidirectorio para los Ejercicios de San Igna- cio (A. Sáenz)	15, 143-144

GUILLERMO DE SAINT-THIERRY, De la Contemplación de Dios. De la Naturaleza y de la dignidad del Amor. La Oración (P. Martínez) ..	14,	146-147
Diálogo con Dios. Sacramento del altar (R. Adriel)	14,	147-149
HAAG, H., El diablo, un fantasma (A. Sáenz) ..	8,	119-123
Breve Diccionario de la Biblia (A. Ezcurra)	14,	143-146
HÄRING, B., Centrarse en Dios. La oración, aliento de nuestra fe (A. Sáenz) ..	13,	143-144
HOMET, E., La educación en las constituciones argentinas (J. C. P. Ballesteros) ..	4,	139-140
IGARTUA, J., Respuesta Teológica a Díez-Alegría (A. Ezcurra)	5,	170-171
KÜRZINGER, J., Los Hechos de los Apóstoles (A. Frank) ..	6,	132
KUSS, O., Carta a los Romanos. Carta a los Corintios. Carta a los Gálatas (M. Ocampo) ..	14,	141-143
LAJE, E., La autoridad en la Iglesia (R. Dus) ..	15,	132-133
LAMAS, F., Panorama de la educación en la Argentina (J. Piñol) ..	12,	149-150
LA TOUSCHE D'AVRIGNY, B. de, Les Amis de Henri de La Rochejaquelein (R. Calderón Bouchet) ..	15,	133-135
LARTEGUY, J., Adiós a Saigón (A. Ezcurra) ..	12,	145
LUJAN, J., Concordancias del Nuevo Testamento (A. S.)	10,	130
MARTIN, G., Introducción al "Tratado de la Ley" en Santo Tomás de Aquino (A. Ezcurra) ..	14,	155
MATHIEU, V., Phénoménologie de l'esprit révolutionnaire (R. Calderón Bouchet) ..	8,	125
Mc IAN, T., Mentiras del mundo moderno (A. Ezcurra)	14,	149-150
MEINVIELLE, J., El poder destructivo de la dialéctica comunista (C. Sacheri) ..	4,	136-137
MEYER, J., La Cristiada (A. Ezcurra) ..	11,	141-143
MILLAN PUELLES, A., Sobre el amor y la sociedad (J. C. P. Ballesteros) ..	15,	135-136
MINDSZENTY, Card. J., Memorias (C. Ibáñez) ..	10,	127-128
MOLNAR, T., La decadencia del intelectual (J. J. Mestres) ..	2,	134-136
God and the Knowledge of reality (A. Sáenz) ..	5,	167-163
ORBE, A., Elevaciones sobre el amor de Cristo (M. Grassi)	12,	143-144
PADRON SEOANE, H., Dos esquemas de la materia en Aristóteles (R. C. B.) ..	8,	125-126

PAZOS, L., El fracaso del socialismo (A. E.) ..	14,	151-152
PEINADO PEINADO, M., Exposición de la fe cristiana (F. Burgardt) ..	11,	137-138
PIEPER, J., Prudencia y Templanza (R. Mazza) ..	1,	117-118
El Amor (J. Ferro) ..	3,	154-155
El descubrimiento de la realidad (M. Yonson) ..	12,	136-138
PITHOD, A., La Revolución Cultural en la Argentina (V. L. Funes) ..	9,	142-143
PORADOWSKI, M., El marxismo invade la Iglesia (P. Rojas)	8,	130-132
El marxismo en la teología (R. Calderón Bouchet)	15,	144
POULANTZAS, N., La dialéctica hegeliana-marxista y la lógica jurídica moderna (C. Massini) ..	6,	133-134
POULET, R., Ce n'est pas une vie (R. Calderón Bouchet) ..	15,	145-146
POZO, C., María en la obra de la salvación (A. Sáenz)	9,	143-144
El Credo del Pueblo de Dios (H. Quijano Guesalaga) ..	10,	123-124
PRESAS, J., Nuestra Señora de Luján y Sumampa (G. Montenegro) ..	13,	144-145
RANDLE, G., Oculto y descubierto (A. Ezcurra) ..	14,	157-159
RODRIGUEZ, M., El celibato ¿instrumento de gobierno?, ¿base de una estructura? (A. Ezcurra) ..	12,	144
ROGUET, A. M., Homilías para el matrimonio y para el bautismo. Homilías para las exequias (P. G. S.) ..	15,	147-149
ROIG GIRONELLA, J., Balmes, ¿qué diría hoy? (R. Sáenz)	3,	150-151
SACHERI, C., El Orden Natural (J. Ferro) ..	10,	126-127
SAN ATANASIO DE ALEJANDRIA, Vida de San Antonio (R. Sáenz) ..	9,	149
SAN PIO X, Catecismo Mayor (A. Ezcurra) ..	12,	150-151
SANTO TOMAS DE AQUINO, Escritos de Catequesis (M. González) ..	12,	135-136
SCHOECK, H., Diccionario de Sociología (A. Ezcurra)	5,	171-172
SEGARRA, F., María, Madre nuestra en el orden de la gracia, y Madre de la Iglesia (A. Sáenz) ..	2,	140-141
SERTILLANGES, A. D., Los grandes temas de la vida cristiana (A. F. Ezcurra) ..	15,	142-143
SOLYENITZIN, A., En la lucha por la libertad (A. Sáenz)	12,	127-135
SZILASI, W., Introducción a la fenomenología de Husserl (G. Clément) ..	3,	151-152

TAUSSIG, V., Reflexiones sobre la educación de un hijo adolescente (F. Delamer)	12, 143
THIBON, G., Entre el amor y la muerte (A. Sáenz)	15, 119-124
TORTOLO, Mons. A., La Sed de Dios. Escritos Espirituales (A. F. Ezcurra)	14, 135-137
TRESMONTANT, C., El problema del alma (A. Ezcurra) ..	5, 165-167
TRIVIÑO, J., Devocionario "Hacia la Vida Eterna" (J. Benson)	11, 136-137
TROMP, S., De Virgine Deipara Maria, Corde Mystici Corporis (M. Cagnello)	2, 136-138
VACCA, R., La próxima Edad Media (A. Ezcurra)	8, 128-130
VALLET DE GOYTISOLO, J., Ideología, Praxis y Mito de la tecnocracia (A. Casas Riguera)	11, 138-141
VARIOS, La Iglesia y la comunidad política (A. Sáenz)	11, 132
VARIOS, Gran Enciclopedia Rialp (J. Ipas)	14, 137-141
VARIOS, Satán. Estudios sobre el adversario de Dios (A. Ezcurra)	14, 154
VEUILLOT SOULIE, C. - DELIBES, G. - COLLIN DE PLANCY, El Exorcismo (A. Ezcurra)	8, 123-124
VOILLAUME, R., La contemplación hoy (C. Herlein)	7, 139-140
WAST, H., Juana Tabor. 666 (R. Breide Obeid)	12, 138-141
ZINN, R., La segunda fundación de la República (A. Sáenz) ..	15, 136-137
ZULETA PUCEIRO, E., Justicia e Igualdad (C. Massini) ..	13, 140-143

MIKAEL

Revista del Seminario de Paraná

Casilla de Correo 141 • 3100 PARANA (Entre Ríos) • ARGENTINA

PRECIOS DE 1978

Suscripción ordinaria (números 16, 17 y 18)	4.000 Pesos Ley
Suscripción de apoyo	6.000 Pesos Ley
El ejemplar	1.200 Pesos Ley
El ejemplar atrasado (Nos. 1, 2, 3, 4 y 5 agotados)	1.200 Pesos Ley

EXTERIOR

Suscripción ordinaria	u\$s. 12
Suscripción de apoyo	u\$s. 20
El ejemplar	u\$s. 5

Cheques y giros (preferentemente utilizar giros postales o bancarios sobre Paraná) a nombre de:

REVISTA SAN MIGUEL

CASILLA DE CORREO 141
3100 PARANA
PROVINCIA DE ENTRE RIOS
A R G E N T I N A

Impresa en los Talleres Gráficos de Librería y Editorial CASTELLVI S.A.
San Martín 2355 - Santa Fe (Argentina)

PRINCIPIOS FUDAMENTALES DEL SEMINARIO DE PARANA

1. — En lo que toca a **LO ESPIRITUAL**. Este Seminario tendrá su centro en Cristo, y orientará toda su vida en orden a lograr una indisoluble unión con Él. Será, por ello, un Seminario profundamente eucarístico. La filial devoción a la Santísima Virgen será también un sello distintivo del mismo. Los seminaristas se ejercitarán asidua y empeñosamente en la práctica de las virtudes, dando primacía a la vida de oración y de caridad, en base a la doctrina y el ejemplo de los maestros reconocidos de la vida espiritual. Esta espiritualidad no será la de un simple laico sino la de alguien que está llamado al sacerdocio y, por consiguiente, a ir preformando desde ahora la imagen de Cristo Sacerdote.

2. — En lo que toca a **LO DOCTRINAL**. Este Seminario pondrá especial cuidado en la transmisión de la íntegra doctrina de la Iglesia Católica expresada en su Magisterio ordinario y extraordinario. La doctrina de Santo Tomás, tanto en el campo de las ciencias sagradas como en el de la filosofía, constituirá el núcleo de su enseñanza.

3. — En lo que toca a **LO DISCIPLINAR**. Este Seminario quiere formar a sus seminaristas en un estilo de viril disciplina que haga posible un ambiente de estudio, de silencio, de sacrificio y de ejercicio práctico de la obediencia.

4. — En lo que toca a **LO PASTORAL**. Este Seminario desea iniciar a sus seminaristas en la práctica del apostolado. Tal iniciación será moderada y conforme a las exigencias de una formación progresiva.